REGRESO A SUMMER ISLAND



KRISTIN HANNAH

SUMA

Kristin Hannah

Regreso a Summer Island

Traducción de
Natalia Fernández

SUMA de letras

En memoria de mi madre,
Sharon Goodno John

Primera parte

Solo queda la lucha por recuperar lo que se ha perdido
y encontrado y perdido una y otra vez, y ahora en condiciones
que parecen desfavorables. Pero quizá no haya ganancia ni pérdida.
A nosotros solo nos queda intentarlo, lo demás no nos incumbe.

T. S. Eliot, «East Coker»

1

Había caído una lluvia al atardecer. En la oscuridad que se cernía sobre la ciudad, las calles de Seattle se extendían como franjas reflejadas entre los relucientes rascacielos grises.

La revolución de las puntocom había transformado esta ciudad, antaño tranquila. Incluso después de la puesta de sol, el ruido ensordecedor de las construcciones marcaba un ritmo constante. Los edificios brotaban de la noche a la mañana, al parecer, y se elevaban cada vez más hacia el cielo húmedo. Jóvenes con el pelo morado, piercings en la nariz y ropa harapienta recorrían el centro a toda velocidad en flamantes Ferraris rojos.

En una esquina de Belltown, el barrio de moda, se alzaba una estructura baja de paredes de madera que durante mucho tiempo permaneció aislada. Fue construida casi cien años antes, cuando pocos querían vivir tan lejos del centro de la ciudad.

A los dueños de la emisora de radio KJZZ no les importaba ya no encajar en esta zona de moda. Durante cincuenta años habían transmitido desde ese lugar. Habían crecido de una modesta emisora local a la más grande del estado de Washington.

Parte de la razón de su actual ola de éxito era Nora Bridge, la nueva sensación de las tertulias radiofónicas.

Aunque su programa, *Sanación espiritual con Nora*, llevaba menos de un año emitiéndose, ya era un auténtico éxito. Los anunciantes y medios afiliados no daban abasto para pagar, y su columna semanal de consejos en el periódico, «Nora lo sabe todo», nunca había sido tan popular. Aparecía en más de dos mil seiscientos periódicos de todo el país.

Nora había comenzado su carrera publicando consejos domésticos para un periódico local, pero el trabajo duro y una visión firme la habían catapultado a la cima. Las mujeres de Seattle fueron las primeras en descubrir su singular combinación de pasión y moralidad; el resto del país pronto las siguió.

Los críticos afirmaban que podía encontrar una solución a cualquier conflicto emocional; con frecuencia, mencionaban la pureza de su corazón. Pero se equivocaban. Fue la impureza de su corazón lo que la hizo exitosa. Era una mujer común y corriente que había cometido errores extraordinarios. Comprendía cada matiz de la necesidad y la pérdida. No hubo un momento en su vida, ni siquiera un instante, en que no recordara lo que había perdido. Lo que había desechado. Cada noche llevaba sus propios remordimientos al micrófono y de esa fuente de dolor extraía compasión.

Había manejado su carrera con una implacable concentración, alimentando cuidadosamente a la prensa con un pasado aceptable. Incluso la semana anterior, cuando la revista *People* la había presentado en su portada, no hubo ningún reportaje de investigación sobre su vida. Había borrado bien sus huellas. Sus fans sabían que se había divorciado y que tenía hijas adultas. Los cómos y los porqués de la destrucción de su familia permanecieron, por fortuna, en la intimidad.

Esa noche, Nora estaba en el aire. Acercó la silla con ruedas al micrófono y se ajustó los auriculares. Una pantalla de ordenador le mostraba la lista de llamadas en espera. Pulsó la línea dos, que decía: «Marge / problemas madre-hija».

—Hola y bienvenida, Marge, estás en directo con Nora Bridge. ¿Qué te preocupa esta noche?

—Hola… ¿Nora? —La persona que llamaba sonaba dubitativa, un poco sorprendida de escuchar su voz en antena después de esperar al teléfono durante casi una hora.

Nora sonrió, aunque solo su productor pudo verla. Sus oyentes, había aprendido, a menudo estaban ansiosos. Bajó la voz, la suavizó.

—¿En qué puedo ayudarte, amiga?

—Tengo un pequeño problema con mi hija, Suki.

La pronunciación apagada de la persona que llamaba la delató como originaria del Medio Oeste.

—¿Cuántos años tiene Suki, Marge?

—Sesenta y siete en noviembre.

Nora se rio.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian, ¿eh, Marge?

—No entre madres e hijas. Suki me sacó mi primera cana cuando yo tenía treinta años. Ahora parezco el Coronel Sanders.

La risa de Nora fue más discreta esta vez. A los cuarenta y nueve, las canas ya no le parecían un motivo para reírse.

—Entonces, Marge, ¿qué le pasa a Suki?

—Bueno… —Marge resopló—. La semana pasada se fue a uno de esos cruceros para solteros… Ya los conoces, esos en los que todos llevan camisas hawaianas y beben cócteles morados. En fin, hoy me

ha dicho que se va a casar otra vez, y con un hombre que conoció en el barco. A su edad… —Resopló de nuevo y luego hizo una pausa —. Sé que quiere que me alegre por ella, pero ¿cómo voy a hacerlo? Suki es voluble. Mi Tommy y yo estuvimos casados setenta años.

Nora pensó en cómo responder. Obviamente, Marge sabía que ella y Suki ya no eran jóvenes y que el tiempo tenía la costumbre de pulverizar las mejores intenciones. No tenía sentido ponerse sentimental y mencionarlo. En cambio, preguntó con dulzura:

—¿Quieres a tu hija?

—Siempre la he querido. —La voz de Marge se quebró en un pequeño sollozo—. No puedes saber lo que es, Nora, querer tanto a tu hija… y ver cómo deja de necesitarte. ¿Y si se casa con ese hombre y se olvida de mí?

Nora cerró los ojos y despejó la mente. Había adquirido esa habilidad hacía mucho tiempo; las personas que la llamaban sin cesar le decían cosas que le dolían profundamente. Había tenido que aprender a soltarlas.

—Todas las madres temen eso, Marge. La única manera de aferrarnos a nuestros hijos es dejarlos ir. Deja que Suki se lleve tu amor, que sea como una luz siempre encendida en la casa donde creció. Si tiene eso como fuerza, nunca estará demasiado lejos.

Marge lloró en silencio.

—Tal vez podría llamarla…, pedirle que traiga a su novio a cenar.

—Sería un comienzo maravilloso. Buena suerte, Marge, y no olvides ir contándonos cómo te va.

Se aclaró la garganta y colgó la llamada.

—Vamos, chicos —dijo al micrófono—, ayudemos a Marge. Sé que muchos de vosotros os habéis reconciliado con vuestra familia.

Llamad. Marge y yo queremos recordar que el amor no es tan frágil como a veces parece.

Se reclinó en la silla, observando cómo se iluminaban las líneas telefónicas. Los problemas de crianza siempre eran un tema recurrente, sobre todo los conflictos entre madres e hijas. En el monitor junto a su codo vio las palabras «Línea cuatro / problemas con la hijastra / Ginny».

Pulsó la línea cuatro.

—Hola y bienvenida, Ginny. Estás en directo con Nora Bridge.

—Eh… Hola. Me encanta tu programa.

—Gracias, Ginny. ¿Cómo está tu familia?

Durante las siguientes dos horas y trece minutos, Nora se entregó por completo a sus oyentes. Nunca pretendía tener todas las respuestas ni sustituir a los médicos o la terapia familiar. Más bien intentaba brindar su amistad a esas personas comunes y corrientes con problemas, desconocidas para ella.

Como era su costumbre, cuando al fin terminó la emisión, regresó a su oficina. Allí se tomó el tiempo de escribir notas personales de agradecimiento a todos los oyentes que habían tenido la amabilidad de dejar su dirección al productor del programa. Siempre lo hacía ella misma; jamás secretaria alguna copiaba la firma de Nora. Era un pequeño detalle, pero Nora creía firmemente en ello. Cualquiera que hubiera tenido el valor de pedirle consejo en público merecía un agradecimiento en privado.

Cuando acabó, se le había hecho tarde. Cogió su maletín Fendi y se apresuró hacia el coche. Por suerte, el hospital estaba a solo unos kilómetros. Aparcó en el estacionamiento subterráneo y salió a la luz artificial del vestíbulo.

Ya habían pasado las horas de visita, pero se trataba de un hospital pequeño y privado, y Nora se había convertido en una visitante tan habitual —todos los sábados y martes durante el último mes— que habían flexibilizado algunas normas para adaptarse a su apretada agenda. Tampoco le venía mal ser una celebridad local ni que a las enfermeras les encantara su programa de radio.

Sonrió y saludó a las caras conocidas mientras caminaba por el pasillo hacia la habitación de Eric. Se detuvo frente a la puerta cerrada y se recompuso. Aunque lo veía a menudo, nunca le resultaba fácil. Eric Sloan era lo más parecido a un hijo suyo, y verlo luchar contra el cáncer resultaba insoportable. Pero Nora era todo lo que le quedaba. Sus padres lo habían dado por perdido hacía mucho tiempo, incapaces de aceptar las decisiones que había tomado en la vida, y su querido hermano menor, Dean, rara vez se tomaba el tiempo para visitarlo.

Empujó la puerta de la habitación y vio que dormía. Estaba acostado en la cama, con la cabeza girada hacia la ventana. Una manta multicolor, tejida por Nora con sus propias manos, le envolvía el cuerpo, demasiado delgado. Prácticamente sin pelo, con las mejillas hundidas y la boca abierta, parecía tan viejo y demacrado como cualquier hombre podía llegar a estar. Y aún no había cumplido treinta y un años.

Por un momento, fue como si no lo hubiera visto antes. Como si…, aunque había presenciado su deterioro diario, en realidad no lo hubiera visto, y ahora se le aparecía y se apropiaba del rostro de su amigo mientras ella fingía tontamente que todo iba a ir bien.

Pero no sería así. Justo entonces, en ese instante, comprendió lo que él había intentado decirle, y el dolor —que había logrado

contener en pequeñas dosis— amenazaba con abrumarla. En esa fracción de tiempo pasó de la esperanza a la desesperanza. Y, si a ella le dolía tanto, ¿cómo podría soportarlo él?

Se le acercó y le acarició suavemente la coronilla. Los pocos mechones de cabello, delicados como telarañas, rozaron sus nudillos.

Él la miró con ojos soñolientos e intentó esbozar una sonrisa juvenil, casi lográndolo.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo.

Ella le tocó el hombro y sintió su fragilidad. Tan diferente del chico alto, fornido y de pelo negro que le había llevado la compra a casa…

Se le quebró un poco la voz al decir con alegría:

—¿Qué buenas noticias hay?

—No más tratamientos.

Le apretó el hombro con demasiada fuerza; sus huesos se movieron, como los de un pájaro, e inmediatamente lo soltó.

—¿Y las malas noticias?

Su mirada estaba fija.

—No más tratamientos. —Hizo una pausa—. Fue idea del doctor Calomel.

Asintió con desgana, deseando poder pensar en algo profundo que decir, pero ya se lo habían dicho todo en los once meses transcurridos desde su diagnóstico. Habían pasado decenas de noches hablando de ese momento. Incluso había pensado que estaba preparada para ello, para este principio del fin, pero ahora se percataba de su ingenuidad. No existía un estado de «preparación» para la muerte, sobre todo cuando se trataba de un joven al que querías.

Y, sin embargo, lo comprendía. Últimamente había visto cómo el cáncer se lo estaba llevando.

Él cerró los ojos y ella se preguntó si estaría recordando al hombre sano y vibrante que había sido, el chico de la risa estruendosa…, el profesor tan querido por sus alumnos…, o si estaría rememorando la época, unos años antes, en que su pareja, Charlie, había estado en una cama de hospital como esa, luchando una batalla perdida contra el sida.

Al fin la miró; su intento de sonrisa la hizo llorar. En ese instante, contempló retazos de toda su vida. Se lo imaginó a los ocho años, sentado a la mesa de la cocina mientras comía cereales Lucky Charms: un niño de pelo largo, pecoso, con las rodillas magulladas y las orejas grandes.

—Me voy a casa —dijo en voz baja—. En paliativos me ayudarán…

—¡Qué bien! —dijo ella con voz pastosa. Sonrió demasiado al intentar fingir que hablaban de dónde se iba a vivir… en lugar de dónde había elegido morir—. Voy muy adelantada con mis columnas del periódico. Me tomaré la semana libre, te visitaré durante el día. Todavía tendré que trabajar en el programa por la noche, pero…

—Me refiero a la isla. Me voy a casa.

—¿Por fin vas a llamar a tu familia?

Ella odiaba su decisión de llevar su cáncer en privado, pero Eric había sido inflexible. Le había prohibido a Nora que se lo contara a nadie y, por mucho que no estuviera de acuerdo, a ella no le había quedado más remedio que acatar sus deseos.

—Sí, claro. Siempre me han apoyado mucho…

—Esto es diferente a salir del armario y lo sabes. Es hora de llamar a Dean. Y a tus padres.

La mirada que le dirigió era tan desesperanzada que ella quiso apartar la vista.

—¿Y si le dijera a mi madre que me estoy muriendo y aun así no viniera a verme?

Nora lo entendió. Incluso una tenue esperanza podía destrozarlo ahora.

—Al menos llama a tu hermano. Dale una oportunidad.

—Lo pensaré.

—Es lo único que pido. —Forzó una sonrisa—. Si puedes esperar hasta el martes, te llevaré en coche…

Él le tocó la mano con suavidad.

—No tengo mucho tiempo. He hecho los arreglos para que me lleven en avión. Lottie ya está en la casa, preparándola.

«No tengo mucho tiempo». Era infinitamente peor, de alguna manera, oír esas palabras en voz alta. Tragó saliva con dificultad.

—No creo que debas estar solo.

—Basta.

Su voz era suave, su mirada aún más, pero ella percibió un leve eco de su antigua fuerza. Le estaba recordando, como a veces le tocaba hacer, que era un adulto, un hombre hecho y derecho.

—Ahora —dijo, juntando las manos— parecemos una maldita obra de Ibsen. Hablemos de otra cosa. He escuchado tu programa esta noche. Madres e hijas. Eso siempre es duro para ti.

De ese modo, sin más, los devolvió a ambos a la realidad. Como siempre, ella se asombró de su resiliencia. Cuando la vida parecía demasiado grande para poderla asimilar, sabía que él la superaba dividiéndola en partes más pequeñas. Las cosas normales… o las conversaciones cotidianas eran su salvación.

Acercó una silla y se sentó.

—Nunca sé muy bien qué decir y, cuando doy consejos, me siento como la mayor hipócrita del planeta. ¿Cómo se sentiría Marge si supiera que no he hablado con mi propia hija en once años?

Eric no respondió a la pregunta retórica. Era una de las cosas que más le gustaban de él. Nunca intentaba consolarla con mentiras. Pero le ayudaba que alguien reconociera lo doloroso que era para Nora pensar en su hija menor.

—Me pregunto qué estará haciendo ahora.

Era una cuestión recurrente entre ellos, una sobre la que especulaban sin cesar.

Eric soltó una risa breve.

—Con Ruby podría ser cualquier cosa, desde almorzar con Steven Spielberg hasta hacerse un piercing en la lengua.

—La última vez que hablé con Caroline, me dijo que Ruby se había teñido el pelo de azul. —Nora rio; luego guardó un silencio repentino. No era gracioso—. Ruby siempre tuvo un cabello tan bonito…

Eric se inclinó hacia delante. Había una repentina seriedad en sus ojos.

—No está muerta, Nora.

Ella asintió.

—Lo sé. Intento aferrarme a la esperanza de ese pensamiento todo el tiempo.

Él sonrió.

—Ahora saca el tablero de backgammon. Tengo ganas de darte una paliza.

Apenas era la segunda semana de junio y la temperatura ya rondaba los treinta y ocho grados. Una ola de calor atípica, la llamaban en las noticias locales, el tipo de tiempo que solía llegar al sur de California avanzado el año.

El calor enloquecía a la gente. Se despertaban con las sábanas húmedas e iban a buscar un vaso de agua para sorprenderse al descubrir, cuando se les aclaraba la vista, que sostenían la pistola que guardaban escondida en la estantería. Los niños lloraban dormidos e incluso las dosis de paracetamol líquido no lograban bajarles la fiebre. Por toda la ciudad, los pájaros caían de los cables telefónicos y aterrizaban en montones patéticos y arrugados sobre el césped sediento.

Nadie podía dormir con esa temperatura y Ruby Bridge no era la excepción. Estaba tumbada en la cama, con las sábanas en el suelo y una bolsa de hielo presionándole la frente.

Los minutos pasaban, cada uno un gemido captado por el aire acondicionado de la ventana, un zumbido que apenas servía para remover el aire caliente.

Se sentía sola. Hacía solo unos días que su novio, Max, la había dejado. Después de cinco años viviendo juntos, simplemente se había marchado de su vida como un fontanero que acaba de terminar un trabajo desagradable.

Lo único que había dejado eran unos muebles viejos y una nota.

> Querida Ruby:
>
> Nunca quise dejar de quererte (ni enamorarme de Angie), pero así son las cosas. Ya sabes cómo va. Necesito ser libre. Al fin y al cabo, los dos sabemos que nunca me quisiste de verdad.

Mantén la calma,

MAX

Lo curioso era (y cuando digo «curioso» me refiero a «raro») que casi no lo echaba de menos. De hecho, no lo echaba de menos en absoluto. Echaba de menos la idea de él. Echaba de menos un segundo plato en la mesa, otro cuerpo en esa cama que parecía haberse agrandado en su ausencia. Sobre todo echaba de menos la farsa de estar enamorada.

Max había sido… esperanza. La encarnación física de la creencia de que podía amar y ser amada a su vez.

A las siete de la mañana sonó el despertador. Ruby se deslizó de la cama dejando un rastro de sudor. El cabecero de aglomerado, tambaleante, golpeó contra la pared. El sujetador y las bragas se le pegaban al cuerpo húmedo. Tomó el vaso de agua que había junto a la cama, lo presionó contra el hueco entre sus pechos y fue al baño, donde se dio una ducha tibia.

Ya estaba sudando de nuevo antes de terminar de secarse. Con un suspiro cansado, se dirigió a la cocina y preparó una cafetera. Se sirvió una taza y luego añadió un buen chorro de nata. Unos grumos blancos flotaron de inmediato en la superficie y formaron una cruz.

Otra mujer podría haber pensado simplemente que la nata se había echado a perder, pero Ruby sabía que no era así: se trataba de una señal. Como si necesitara magia para darse cuenta de que estaba atrapada en el círculo vicioso de su vida.

Tiró esa porquería por el fregadero y regresó a su habitación, donde agarró los pantalones negros de poliéster manchados de grasa y la blusa blanca de algodón que yacían enredados en el

suelo. Sudando, con dolor de cabeza y una necesidad desesperada de cafeína, se vistió y salió al calor sofocante.

Bajó las escaleras hasta su maltrecho Volkswagen Escarabajo de 1970. Después de varios intentos, el motor arrancó y Ruby condujo en dirección a Irma's Hash House, el restaurante de moda de Venice Beach donde llevaba trabajando casi tres años.

Nunca había tenido la intención de seguir siendo camarera; se suponía que el trabajo era temporal, una solución para pagar las cuentas hasta que se estabilizara y causara sensación en uno de los clubes de comedia de la zona, hiciera una aparición especial en el *late show* de Jay Leno y, finalmente, le ofrecieran su propia comedia televisiva, que acertadamente se titularía *¡Ruby!* Siempre la imaginaba con signos de exclamación, como en una de esas revistas de Las Vegas que tanto le gustaban a su abuela.

Pero a los veintisiete ya no eras joven. Tras una década intentando abrirse paso en la comedia, se topaba con el «demasiado mayor». Todo el mundo sabía que estabas acabado si no lograbas triunfar a los treinta. Y Ruby empezaba a pensar que le tocaba ponerse a hacer mermeladas.

Finalmente, maniobró entre las viejas camionetas familiares y los autobuses Volkswagen que llenaban el atestado estacionamiento del restaurante estilo años cincuenta. Había tablas de surf atadas en cualquier superficie; la mayoría de los coches tenían más calcomanías que pintura. Gente bronceada y con aire relajado venía de muy lejos para probar la famosa tortilla de seis huevos de Irma. Aparcó al lado de un autobús que bien podría haber salido de una película ochentera de estudiantes de instituto.

Forzó una sonrisa y se dirigió al restaurante. Al abrir la puerta principal, la campanilla tintineó con alegría. Irma se acercó apresuradamente, con su voluminoso peinado de tres pisos marcándole el camino. Como siempre, se movía rápido, se inclinaba hacia delante como la proa de un barco que se hunde, y luego se detuvo en seco frente a Ruby. Sus ojos, con mucho rímel, se entrecerraron y Ruby se preguntó —de nuevo— si se podría datar a los seres humanos por el maquillaje.

—Tenías que trabajar anoche.

Ruby hizo una mueca.

—Mierda.

Irma cruzó los brazos huesudos.

—Estás despedida. No podemos contar contigo. Debbie tuvo que trabajar doble turno anoche. Tu último sueldo está junto a la caja. Espero que me devuelvas el uniforme mañana. Limpio.

Los labios de Ruby temblaron con rebeldía. La idea de suplicar por ese trabajo de mierda le daba náuseas.

—Vamos, Irma, necesito este trabajo.

—Lo siento, Ruby. De verdad.

Irma se dio la vuelta y se marchó. Ruby se quedó allí un minuto, respirando la familiar mezcla de jarabe de arce y grasa. Luego agarró su cheque del mostrador y salió del restaurante.

Se montó en el coche y se alejó sin rumbo, subiendo una calle y bajando otra. Al fin, cuando sintió que la cara se le derretía, aparcó al borde de la calle en una zona comercial. En las boutiques de moda con aire acondicionado vio docenas de cosas preciosas que no podía permitirse, vendidas por chicas que tenían la mitad de su edad. Se dio cuenta de que estaba a punto de tocar fondo cuando

un cartel de SE BUSCA EMPLEADO en el escaparate de una tienda de mascotas le llamó la atención.

«¡Ni hablar!», se dijo. Ya era bastante malo servir carne deshebrada a la estirada familia Butt como para tener que venderles también un hurón.

Volvió a subir a su coche y se marchó, esta vez a toda velocidad, hacia su destino. Cuando llegó a Wilshire Boulevard, se detuvo frente a un edificio alto y estacionó.

Antes de que pudiera arrepentirse, se dirigió al ascensor y subió hasta el último piso. Cuando se abrieron las puertas, una brisa fresca y dulce la recibió secándole el sudor de las mejillas.

Caminó a paso ligero por el pasillo hacia la oficina de su agente y empujó las puertas dobles de cristal esmerilado.

La recepcionista, Maudeen Wachsmith, estaba absorta en una novela romántica. Apenas levantó la vista y sonrió.

—Hola, Ruby —dijo—. Está ocupado hoy. Tendrás que pedir cita.

Ruby pasó corriendo junto a Maudeen y abrió la puerta de golpe. Su agente, Valentine Lightner, estaba allí, sentado tras el cristal de su escritorio. Levantó la vista.

Al ver a Ruby, su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido.

—Ruby… No te esperaba… ¿o sí?

Maudeen entró corriendo tras Ruby.

—Lo siento, señor Lightner…

Él levantó una mano delgada.

—No te preocupes, Maudeen. —Se reclinó en su silla—. Veamos, Ruby, ¿qué ocurre?

Esperó a que Maudeen se fuera y luego se dirigió al escritorio. Era humillantemente consciente de que aún llevaba el uniforme y de que

el sudor le marcaba las axilas.

—¿Sigue disponible ese trabajo en el crucero?

Se había reído de él tres meses antes —los cruceros eran morgues flotantes para el talento—, pero ya no le parecía indigno. Es más, le parecía superior.

—Lo he intentado todo por ti, Ruby. Escribes cosas graciosas, pero la verdad es que tu forma de comportarte es pésima. Y no es que estés un poco resentida; lo tuyo es un defecto mayúsculo. Has quemado demasiados puentes en este negocio. Nadie quiere contratarte.

—Alguien…

—¡Nadie! ¿Te acuerdas del trabajo que te conseguí en esa sitcom? Retrasaste la producción de la primera semana y volviste locos a todos con las reescrituras.

—Mi personaje era una idiota. No tenía ni una sola frase graciosa.

Val la miró. Sus ojos azul hielo se entrecerraron lentamente.

—¿Te recuerdo que la serie sigue en antena y que otra humorista, menos talentosa, está ganando treinta mil dólares por episodio diciendo lo que le dicen que diga?

—Es una serie de mierda.

Ruby se desplomó en el mullido sillón de cuero frente al escritorio. Le costó un momento reprimir su ego.

—Estoy sin blanca. Irma me ha echado del restaurante.

—¿Por qué no llamas a tu madre?

Cerró los ojos un segundo, respirando hondo.

—No entremos en eso, Val —dijo en voz baja.

—Lo sé, lo sé, es una bruja diabólica. Pero, vamos, Ruby, leí ese artículo en *People*. Es rica y famosa. Quizá podría ayudarte.

—Es rica y famosa y no puede ayudarme. Además, estoy hasta arriba de esas ayudas suyas. Con un poco más de atención maternal, podría terminar atada a una camilla del pabellón B de psiquiatría cantando «I Gotta Be Me».

Ruby se puso de pie. Le costó un esfuerzo tremendo, habida cuenta de que quería acurrucarse y dormir.

—Bueno, gracias por nada, Val.

—Es esa personalidad tan brillante la que hace que ayudarte sea tan condenadamente fácil. —Suspiró—. Lo intentaré en Asia. Les encantan los comediantes estadounidenses en el extranjero. Tal vez puedas hacer el circuito de clubes nocturnos.

Le daba náuseas solo pensarlo. Contarle chistes a un traductor. Hizo una mueca, imaginándose en uno de esos bares de hombres, con mujeres desnudas contoneándose arriba y abajo por pulidas barras plateadas detrás de ella. Ya había pasado bastante tiempo en antros como ese. Toda su juventud había transcurrido en las sombras, tras la luz de otro artista.

—Quizá sea hora de rendirme. Bajar la persiana. Tirar la toalla. ¿Qué harías tú?

«No, no hagas eso, Ruby; tienes demasiado talento para rendirte». Es lo que le dijo Val hacía seis años, pero esta vez se la quedó mirando.

—Tengo un título a medias de Literatura inglesa en la Universidad de California. Quizá consiga un puesto de supervisora en Burger King.

—Sin duda tienes la personalidad adecuada para atender al público.

No pudo evitar reír. Llevaba mucho tiempo con Val, desde sus primeros días en el Comedy Store. Val siempre había sido su defensor, su mayor fan, pero en los últimos años lo había decepcionado y, de alguna manera, eso era peor que decepcionarse a sí misma. Se había vuelto de trato complicado, temperamental, difícil de ubicar y, lo peor de todo, nada graciosa. Val podía superar cualquier cosa menos eso. Ella tampoco sabía qué le pasaba. Solo que parecía estar siempre enfadada. Debía de estar al borde de un precipicio.

—Aprecio todo lo que has hecho por mí, Val. De verdad, sé que es difícil conseguir trabajo para una diva sin talento.

En el instante en que las palabras salieron de su boca, Ruby oyó lo que había debajo. Vacilante, temeroso, pero presente al fin y al cabo: un adiós. Y lo peor era que sabía que Val había escuchado lo mismo y no le había respondido: «No, no hagas eso, que aún queda mucho por hacer».

En cambio, dijo:

—Tienes más talento natural que nadie que yo haya conocido. Iluminas una habitación con tu sonrisa y tu ingenio es afilado como una navaja. —Se inclinó hacia ella—. Déjame hacerte una pregunta. ¿Cuándo dejaste de sonreír, Ruby?

Ella sabía la respuesta, por supuesto. Había sucedido en su penúltimo año de instituto, pero no quería pensar en ello, ni siquiera para darle una respuesta a Val.

«Los objetos en un espejo están más cerca de lo que parecen», se dijo. Eso también era cierto para los recuerdos; era mejor no mirar.

—No lo sé.

Habló en voz baja, negándose a sostenerle la mirada. Deseaba poder dejar que Val viera lo asustada que estaba, lo sola que se sentía. Pensó que, si pudiera hacer eso, si pudiera mostrarle por una vez a un amigo su vulnerabilidad, tal vez se salvaría. Pero no lo consiguió. Por mucho que lo intentara, Ruby no lograba bajar la guardia. Sus emociones estaban reprimidas, selladas herméticamente para que cada herida y cada recuerdo permanecieran frescos.

—Bueno —dijo al fin mientras enderezaba los hombros e inflaba su poco impresionante pecho. Tuvo la fugaz sensación de verse ridícula, un gorrión herido que intentaba deslumbrar a un halcón peregrino—. Supongo que será mejor que me vaya. Necesitaré comprar unas medias de redecilla y un bote de gas pimienta si voy a dedicarme a la profesión más vieja del mundo.

Val sonrió débilmente.

—Haré las llamadas por lo de Asia. Hablaremos en unos días.

—Te lo agradezco.

Habría añadido algo más, tal vez incluso se habría humillado un poco, pero sentía la garganta cerrada.

Val rodeó el escritorio y acortó la distancia entre ellos. Ella vio la tristeza en sus ojos. Y el pesar.

—Te perdiste a ti misma —dijo en voz baja.

—Lo sé.

—Escúchame, Ruby. Sé lo que es perderse. Necesitas empezar de nuevo.

Tragó saliva con dificultad. Este tipo de honestidad era más propia de otras partes del país, donde el tiempo se medía en estaciones o mareas. Aquí, en Los Ángeles, el tiempo transcurría en intervalos de

treinta segundos; la verdadera emoción no prosperaba bajo esa presión.

—No te preocupes por mí, Val. Soy una superviviente. Ahora voy a ir a casa y aprenderé a hablar japonés.

Él le apretó el hombro.

—Esa es mi chica.

—*Sayonara*.

Ruby movió los dedos en un gesto muy californiano y se marchó con gracia del despacho. Fue difícil lograrlo, al tener que hacerse la importante con el uniforme de camarera manchado de sudor, y, en el momento en que salió de la oficina, abandonó la sonrisa fingida. Caminó con paso lento hacia el ascensor y bajó al vestíbulo; luego se dirigió a su coche. El Volkswagen parecía un escarabajo de verano medio muerto, acurrucado junto al parquímetro. Cuando entró, hizo una mueca de dolor. El asiento estaba ardiendo.

Había una multa de aparcamiento en el parabrisas. Bajó la ventanilla y extendió la mano para arrancar el papel de debajo del limpiaparabrisas oxidado. Lo arrugó formando una bola y lo arrojó fuera. Para ella, que multaran ese trasto y esperaran que les pagara era como dejar una factura en la almohada de un albergue para personas sin hogar.

Antes incluso de que la multa aterrizara en la calle, arrancó el motor y salió a Wilshire Boulevard, donde fue absorbida de inmediato por el flujo del tráfico.

En Studio City, las calles eran más tranquilas. Unos cuantos niños del vecindario jugaban aletargados en sus pequeños jardines. Con un riesgo de incendio tan elevado, no se desperdiciaba agua en cosas como toboganes acuáticos o aspersores.

Ruby esquivó a un enorme sambernardo babeante que dormía en medio de la calle y se detuvo junto a la acera, frente a su complejo de apartamentos.

Secándose la frente, subió las escaleras. Nadie salió a saludar; hacía demasiado calor. Era muy probable que sus vecinos estuvieran en casa, acurrucados en grupos familiares alrededor del aparato de aire acondicionado: el equivalente moderno en Los Ángeles de los hombres de las cavernas acampando alrededor de la maravilla del fuego.

Para cuando llegó a su piso, Ruby jadeaba tan fuerte que sonaba como Shelley Winters después de su baño en *La aventura del Poseidón*. Estaba prácticamente empapada en sudor, que le resbalaba por la frente y se le pegaba a las pestañas, nublándole la vista.

Le costó un momento abrir la puerta; siempre le pasaba. La alfombra de pelo largo se había levantado en el umbral. Por fin logró abrir la puerta a la fuerza y entró tambaleándose.

Se quedó allí, respirando con dificultad, mientras observaba los destartalados muebles de su lúgubre apartamento y sentía el ardor de las lágrimas.

Absurdamente, pensó: «Ojalá lloviera». Su día entero podría haber sido diferente si el maldito tiempo hubiera cambiado.

2

Junio era un mes difícil en Seattle. Se trataba de esa época en que las campanas de la escuela sonaban por última vez y las peonías y los delfinios florecían, el momento en que los lugareños comenzaban a quejarse de que los habían engañado. Las lluvias habían comenzado en octubre e, invariablemente, los oriundos juraban que habían llegado temprano ese año; para la última semana de mayo, incluso los menos entendidos en meteorología ya estaban hartos. En las noticias de la televisión, que miraban religiosamente, veían las primeras imágenes tentadoras de gente nadando en las cálidas aguas más al sur. Los familiares comenzaban a llamar por el móvil mientras hacían una barbacoa al aire libre. El verano había llegado a todos los demás rincones de Estados Unidos.

Los lugareños lo entendían como una cuestión de justicia. Se merecían el verano. Habían soportado nueve meses seguidos de clima desapacible y ya era hora de que el sol hiciera su aparición.

Así pues, no era de extrañar que lloviera el día en que Nora Bridge celebró su quincuagésimo cumpleaños. Ella no interpretó el tiempo como un presagio ni como un augurio de mala suerte.

En retrospectiva, debería haberlo hecho.

Por contra, solo pensó: «Lluvia». Claro. Casi siempre llovía en su cumpleaños.

Estaba de pie junto a la ventana de su oficina mientras bebía su bebida favorita, champán Mumm con una rodaja de melocotón fresco, y observaba el tráfico en Broad Street. Eran las cuatro y media de la tarde, hora punta en una ciudad cuyo sistema de autopistas había quedado desbordado hacía diez años.

En el alféizar de la ventana, decenas de tarjetas de cumpleaños se extendían sobre la brillante franja de arce ojo de perdiz. Había recibido tarjetas y regalos de todos los que trabajaban en su programa de radio. Todos resultaban apropiados y encantadores, pero la tarjeta más preciada había sido la de su hija mayor, Caroline.

Por supuesto, la alegría por esa tarjeta se vio empañada por el hecho de que, de nuevo este año, no había recibido ninguna de Ruby.

—Mañana estarás bien —le susurró a su propio reflejo, atrapado en la ventana lluviosa.

Se permitió un momento para regodearse en el arrepentimiento —la añoranza por la tarjeta ausente— y luego se mintió. Quince años de terapia le habían otorgado esa habilidad: sabía compartimentar.

En los últimos años, por fin había logrado controlar sus turbulentas emociones. Las crisis y depresiones que una vez la habían atormentado eran ahora un recuerdo lejano y doloroso.

Se apartó de la ventana y miró el reloj de cristal sobre su escritorio. Eran las 16.38.

En la sala de conferencias, estarían preparando la comida, las botellas de champán y los platos llenos de rodajas de melocotón. Asistentes, publicistas, redactores, productores, todos iban a dedicar una hora de su valioso tiempo personal a organizar una fiesta sorpresa para la nueva estrella de la radio.

Nora dejó su copa de champán sobre el escritorio y abrió uno de los cajones, de donde sacó un pequeño neceser negro de maquillaje de Chanel. Se retocó el rostro y luego salió de la oficina.

Los pasillos estaban inusualmente silenciosos. Tal vez todos estaban ayudando con la fiesta. A las cuatro y cuarenta y cinco en punto, Nora entró en la sala de conferencias.

Estaba vacía.

La larga mesa permanecía desnuda; no había comida ni pequeños trozos de confeti de colores esparcidos por el suelo. Una pancarta de feliz cumpleaños colgaba de las lámparas del techo. Parecía como si alguien hubiera empezado a decorar para una fiesta y luego se hubiera detenido de repente.

Pasó un momento antes de que se percatara de los dos hombres que estaban a su izquierda: Bob Wharton, el propietario y gerente de la emisora, y Jason Close, el abogado principal de la empresa.

Nora sonrió cálidamente.

—Hola, Bob, Jason —dijo, acercándose a ellos—. Me alegra veros.

Los hombres intercambiaron una rápida mirada.

Sintió un escalofrío de inquietud.

—¿Bob?

En el rostro carnoso de Bob, envejecido por almuerzos de dos martinis y días de veinte cigarrillos, se dibujó el ceño fruncido.

—Tenemos malas noticias.

—¿Malas noticias?

Jason pasó junto a Bob y se acercó a Nora. Su cabello gris acero estaba perfectamente peinado. Un traje negro de Armani le hacía parecer un capo de la mafia de cuarenta años.

—Esta mañana, a primera hora, Bob ha recibido la llamada de un hombre llamado Vince Corell.

Nora sintió como si la hubieran abofeteado. El aire se le escapó de los pulmones.

—Afirmó haber tenido una aventura contigo mientras estabas casada. Quería que le pagáramos para que guardara silencio.

—¡Por dios, Nora! —exclamó Bob, furioso—. ¡Una jodida infidelidad! ¡Mientras tus hijas estaban en casa! Deberías habérnoslo dicho.

Les había dicho a sus lectores y oyentes mil veces que fueran fuertes. Que nunca dejaran ver su miedo. Que creyeran en sí mismos y la gente creería en ellos. Pero, ahora que necesitaba esa fuerza, la había perdido.

—Podría decir que estaba mintiendo —dijo, haciendo una mueca al oír el tono entrecortado y desesperado de su propia voz.

Jason abrió su maletín y sacó un sobre de manila.

—Toma.

A Nora le temblaban las manos al coger el sobre y abrirlo. Dentro había fotografías en blanco y negro. Sacó la primera hoja. No había salido ni la mitad cuando vio lo que era.

—Dios mío —susurró. Extendió la mano hacia la silla más cercana y se aferró al respaldo metálico. Solo su pura fuerza de voluntad le impidió caer de rodillas. Metió las fotos de nuevo en el sobre.

—Tiene que haber una forma de detener esto. —Miró a Jason—. Una orden judicial. Son fotos privadas.

—Sí, lo son. Suyas. Es obvio que… sabías que la cámara estaba ahí. Estás posando. Probablemente ha estado esperando todo este

tiempo a que te hicieras famosa. Ese artículo en *People* debe de haber sido la clave.

Inspiró hondo y los miró.

—¿Cuánto quiere?

Hubo una pausa tensa, tras la cual Jason se acercó.

—Medio millón de dólares.

—Puedo conseguir esa cantidad…

—El dinero nunca acaba con este tipo de cosas, Nora. Lo sabes. Tarde o temprano se sabrá.

Ella lo entendió de inmediato.

—Le dijiste que no —dijo Nora con voz monótona—. Y ahora va a ir a los medios sensacionalistas.

Jason asintió.

—Lo siento, Nora.

—Puedo explicárselo a mis fans —dijo ella—. Bob, ellos lo entenderán…

—Das consejos morales, Nora. —Bob negó con la cabeza—. Esto va a ser un escándalo mayúsculo. Dios mío, te hemos estado promocionando como una versión moderna de la madre Teresa y ahora resulta que eres la protagonista de una peli porno.

Nora se estremeció.

—No es justo, Bob.

—Créenos —dijo Jason—. La gente de los parques de caravanas de los pueblecitos de Estados Unidos no entenderá que su ídolo pudiera sentirse libre.

Bob asintió.

—Cuando estas fotos vean la luz, perderemos anunciantes al momento.

Nora juntó las manos temblorosas e intentó parecer tranquila. Sabía que no funcionaba.

—¿Qué hacemos?

Una pausa. Una mirada. Entonces Jason dijo:

—Queremos que te tomes un tiempo libre.

Todo la abrumaba. No podía pensar con claridad. Lo único que sabía era que no podía rendirse. Esa carrera era todo lo que tenía.

—No puedo…

Jason se acercó y le tocó el hombro con suavidad.

—Has pasado la mayor parte de la última década diciéndole a la gente que honre sus compromisos y que ponga a la familia en primer lugar. ¿Cuánto crees que tardará la prensa en descubrir que no has hablado con tu propia hija desde el divorcio? Tu consejo sonará un poco vacío después de eso.

Bob asintió.

—La prensa te va a destrozar, Nora. No porque te lo merezcas, sino porque pueden. A los medios sensacionalistas les encantan las celebridades en apuros… y con fotos sexis. ¡Claro que sí! Se van a dar un festín con esto.

Y así, sin más, la vida se le escapaba a Nora de las manos.

—Ya pasará —susurró, sabiendo en el fondo del corazón que no era cierto o que, si lo era, poco importaría al final. Algunos vientos eran huracanados y arrasaban con todo a su paso.

—Me tomaré unas semanas libres. Veremos qué pasa. Dedicaré un tiempo a preparar una declaración.

—Para que conste —dijo Jason—, estas son unas vacaciones programadas. No admitiremos que tengan nada que ver con el escándalo.

—Gracias.

—Espero que superes esto —dijo Jason—. Todos lo esperamos.

Jason y Bob hablaron al mismo tiempo y luego se hizo un incómodo silencio. Nora los oyó pasar a su lado. La puerta se cerró tras ellos.

Se quedó allí sola, con la mirada nublada por las lágrimas, que ya no podía contener. Después de once años trabajando setenta horas semanales, todo había terminado.

¡Puf! Su vida se había esfumado, hecha añicos por unas cuantas fotografías de desnudos tomadas hacía toda una vida. El mundo vería su hipocresía, y también —¡Dios mío!— sus propias hijas.

Por fin sabrían, sin lugar a dudas, que su madre había tenido una aventura y que les había mentido a todos cuando abandonó su matrimonio.

A Ruby le dolía muchísimo la cabeza. Había dormido a ratos todo el día.

Finalmente, entró tambaleándose en la cocina y fue a la nevera. Al abrirla, la luz fluorescente le lastimó los ojos doloridos. Entrecerrándolos, agarró el litro de zumo de naranja y se lo bebió directamente del envase. El líquido le corrió por la barbilla. Lo apartó de un manotazo.

En el salón —¡menudo chiste!, porque, si vivieras en esa habitación vacía, o bien te estarías muriendo, o bien serías demasiado estúpida para seguir respirando— se apoyó contra la pared rugosa y se dejó caer en una silla, estirando las piernas. Sabía que tenía que bajar al súper de Chang y comprar un periódico, pero

la idea de recurrir a los anuncios clasificados era más de lo que podía soportar. El trabajo en el local de Irma no había sido gran cosa —había sido horrible, de hecho—, pero al menos era suyo. No tuvo que hacer cola para suplicar una oportunidad, diciendo otra vez: «De verdad, hago comedia». Como si ella fuera especial, en lugar de resultar una perdedora más en la lista de hombres y mujeres que llegaban a Hollywood con un billete barato de ida y un sueño de futuro.

Sonó el teléfono.

Ruby no quería contestar. Difícilmente podían ser buenas noticias. En el mejor de los casos sería su hermana Caroline, una yuppie de tomo y lomo y miembro de la Junior League que tenía dos hijos perfectos y un marido buenísimo.

Era posible que papá por fin se acordara de ella, pero Ruby lo dudaba. Desde que se había vuelto a casar y había formado una segunda familia, su padre estaba más interesado en las tomas nocturnas del bebé que en la vida de su hija adulta. Francamente, ni siquiera recordaba la última vez que la había llamado.

El teléfono no paraba de sonar.

Se arrastró al fin por la alfombra de pelo largo y contestó al cuarto tono.

—¿Diga? —Oyó el gruñido en su voz, pero ¿a quién le importaba? Estaba de mal humor y no le daba igual que lo supieran.

—¡Oye, no me grites!

Ruby no podía creerlo.

—¿Val?

—Soy yo, cariño, tu agente favorito.

Frunció el ceño.

—Pareces bastante contento, considerando que mi carrera se está hundiendo.

—Estoy feliz. Te cuento. Ayer llamé a todos los que se me ocurrió que pudieran contratarte. Y, cariño, odio decirte esto, pero nadie te quiso. El único que se mostró interesado fue el de esa línea de cruceros de mierda. Me dijo que te contratarían para el verano si prometías no decir palabrotas… y aceptabas usar una minifalda naranja de lentejuelas para ayudar al mago después de tu actuación.

A Ruby le dolía la cabeza con más fuerza. Se frotó las sienes.

—Déjame adivinar… ¿Me llamas para decirme que hay un tal Picha Gorda que tiene un trabajo nocturno para mí al lado de la estación?

Val se rio. Fue una risa sonora y potente, sin ninguno de los matices forzados a los que estaba acostumbrada. Un cliente suyo aprendía a reconocer los sutiles matices de su entusiasmo, una habilidad que se adquiría estando en el último escalón de la escala de ingresos.

—No te lo vas a creer. ¡Demonios, ni yo me lo creo! ¡Y contesté yo! A ver si adivinas quién me ha llamado hoy.

—Pues Heidi Fleiss o cualquier otra madama.

Hubo una pausa palpable. En ella, Ruby oyó la exhalación de Val: estaba fumando.

—Joe Cochran.

—¿De *Uproar*? No me vengas con cuentos, Val. Soy un poco…

—Me llamó Joe Cochran. En serio. Tuvo una cancelación repentina. Quiere contratarte para el show de mañana.

¿Cómo podía el mundo dar un giro tan rápido? Si ayer Ruby era una cualquiera, hoy Joe Cochran la quería. El presentador del programa nocturno de entrevistas más popular y moderno del país.

Se había inspirado en *Politically Incorrect*, pero, como *Uproar* se emitía por cable, en el programa exploraban temas más atrevidos y se fomentaba el lenguaje soez. Era el trabajo soñado de cualquier joven comediante. Aunque ella ya no era tan joven.

—Te da dos minutos para hacer un monólogo. Así que, nena, esta es tu oportunidad. Más te vale aprovechar el tiempo que te queda para ensayar. Mañana a las once mando un coche a buscarte.

—Gracias, Val.

—No he hecho nada, cariño. De verdad. Todo es mérito tuyo. Buena suerte.

Antes de colgar, Ruby se acordó de preguntar:

—Oye, ¿de qué trata el programa de mañana?

—Ah, sí. —Oyó el crujido de papeles—. Se llama «Crimen y castigo: ¿tienen mamá y papá la culpa de todo?».

Ruby debería haberlo sabido.

—Me quieren porque soy su hija.

—¿Te importa por qué?

—No. —Era cierto. No le importaba por qué Joe Cochran la había llamado. Esta era su oportunidad. Por fin, después de años de citas para actuaciones horribles en bares llenos de humo, en pueblos cuyos nombres no recordaba, iba a conseguir que la vieran a nivel nacional.

Le dio las gracias a Val de nuevo y colgó el teléfono. El corazón le latía tan fuerte que se sentía mareada. Incluso la habitación vacía parecía mejor. De todos modos, no permanecería allí mucho tiempo. Estaría brillante en el programa, una estrella resplandeciente.

Corrió a su cuarto y abrió de golpe las puertas de persiana de su armario. Todo lo que tenía era negro. No podía permitirse nada

nuevo… Entonces recordó el suéter negro de cachemira. Se lo había dado su madre, escondido en una caja de Caroline dos navidades antes. Aunque Ruby solía devolver sin abrir los regalos que su madre le mandaba desde la culpabilidad, este la había seducido. Una vez que tocó esa hermosa tela, fue incapaz de devolverlo.

Cogió el suéter negro de cuello en uve de la percha y lo tiró sobre la cama. Mañana lo adornaría con collares y se lo pondría con una minifalda de cuero negra y medias negras. Muy Janeane Garofalo.

Cuando Ruby terminó de elegir la ropa, cerró de golpe la puerta del dormitorio. Un delgado espejo de cuerpo entero en la parte posterior de la puerta reflejaba su imagen, enmarcada por tiras de plástico dorado.

Le costaba tomarse en serio, vestida como estaba con la vieja camiseta de fútbol americano de su padre y un par de calcetines rojos hasta la rodilla. El cabello corto y negro se había moldeado por el sudor de la noche anterior, imitando a la perfección el peinado punk de Johnny Rotten. Unas arrugas rosadas del sueño aún surcaban su pálida cara. Restos del maquillaje de la noche anterior le rodeaban los ojos.

—Soy Ruby Bridge —dijo al tiempo que agarraba un cepillo para el pelo de la cómoda para usarlo a modo de micrófono—. Y sí, tienen razón si reconocen el apellido. Soy su hija, la de Nora Bridge, gurú espiritual del Medio Oeste.

Sacó la cadera imaginándose cómo se vería al día siguiente: con las puntas del pelo teñidas de azul temporalmente, una docena de collares horteras, ropa negra ajustada y un maquillaje negro intenso.

—Miradme. ¿De verdad esa mujer ha de deciros cómo criar hijos? Es como esos anuncios de televisión en los que salen famosos que

te dicen que seas mentor de un niño. ¿Y a quién elige Hollywood para dar consejos? A un montón de anoréxicos, alcohólicos, drogadictos y personas que se casan en serie. Gente que no ha pasado ni diez minutos con un niño en años. Y te dicen cómo ser padre. Es como…

Sonó el teléfono.

—¡Maldita sea!

Ruby corrió a la sala y arrancó el cable de la pared. No debían molestarla durante las siguientes veinticuatro horas. Nada importaba excepto prepararse para el programa.

Como todas las grandes ciudades, San Francisco era hermosa de noche. Luces multicolores centelleaban por todo el centro, creando un jardín de esculturas de neón a lo largo de la oscura bahía.

Dean Sloan echó un vistazo al muro de ventanas que enmarcaba la vista panorámica. Por desgracia, no podía levantarse de su asiento. Estaba, como siempre, atrapado por las trampas de la cortesía.

Dispersas por el salón de baile ricamente adornado de esta mansión en Russian Hill, había una docena de mesas, cada una cubierta con tela dorada brillante y coronada por una capa de seda opalescente. La vajilla era blanca con ribetes de platino. Cuatro o cinco parejas estaban sentadas en cada mesa, inmersas en conversaciones triviales. Las mujeres lucían vestidos elegantes y costosos, los hombres llevaban esmoquin. La anfitriona de la fiesta, una celebridad local, había seleccionado en persona a los invitados entre las familias más adineradas de San Francisco. La obra benéfica

de esa noche era la ópera, que resultaría muy beneficiada, aunque Dean se preguntaba cuántos de los invitados se preocupaban en realidad por la música. Lo que en verdad les importaba era ser vistos, y, aún más importante, ser vistos haciendo lo correcto.

Su acompañante, una mujer pálida y exquisita llamada Sarah Brightman-Edgington, deslizó una mano por su muslo y Dean supo que había permanecido en silencio demasiado tiempo. Con una facilidad casi ensayada, se volvió hacia ella y le dedicó esa sonrisa tan bien documentada en las páginas de sociedad de la prensa de la ciudad.

—Fue un detalle encantador, ¿no crees? —dijo ella en voz baja antes de tomar un pequeño sorbo de champán.

Dean no tenía ni idea de qué hablaba, pero una rápida mirada a su alrededor lo iluminó. Una mujer mayor, bien conservada, con un vestido azul engañosamente sencillo, estaba de pie junto al piano Steinway de ébano. Sin duda había estado hablando con entusiasmo sobre la ópera y agradeciendo de antemano a sus invitados sus desinteresadas contribuciones. No había nada que les gustara tanto a los ricos como fingir generosidad.

Era, lo sabía, el comienzo oficial del fin de la velada. Todavía habría baile, algunas charlas animadas y aún más chismes, pero pronto sería de buena educación marcharse.

Se oyeron algunos aplausos tenues; luego el sonido de sillas que se movían hacia atrás.

Dean tomó la mano de Sarah. Juntos se escabulleron entre la multitud que susurraba. La banda tocaba algo suave y romántico, una canción que le resultaba casi familiar.

En la pista de baile, él atrajo a Sarah hacia sí, le deslizó la mano por la espalda desnuda y sintió cómo ella se estremecía con su tacto.

La multitud se arremolinaba a su alrededor. Sobre sus cabezas, miles de lucecitas centelleaban como estrellas. Había un tenue y dulce aroma a rosas en el aire. O tal vez era el olor del dinero…

Él miró el rostro de Sarah, que alzaba la vista, y notó por primera vez la belleza de sus ojos grises. Sin pensarlo, se inclinó ligeramente y la besó, saboreando el champán que había bebido. Podía intuir por ese beso hacia dónde se dirigía la noche. Ella lo desearía. Si quisiera, podría tomarla de la mano, sacarla de aquella multitud y llevarla a su cama. Ella no pondría objeciones. Después la llamaría y probablemente dormirían juntos un par de veces más. Luego, de alguna manera, la olvidaría. El año pasado, una revista local lo había nombrado el soltero más (in)deseable de San Francisco debido a su reputación de tener aventuras fugaces. Era cierto; sin duda se había acostado con docenas de las mujeres más bellas de la ciudad.

Pero lo que el reportero no sabía, ni siquiera imaginaba, era lo cansado que estaba Dean de todo aquello. No tenía ni veintinueve años y ya se sentía viejo. Dinero. Poder. Mujeres desechables que parecían oír su apellido y volverse tan maleables como la arcilla mojada. Desde hacía más de un año, Dean sentía que algo no iba bien en su vida. Que le faltaba algo.

Al principio supuso que era un problema de negocios y se volcó de nuevo en el trabajo, acumulando ochenta horas semanales en Harcourt and Sons. Pero lo único que había conseguido era ganar más dinero, y el dolor en su estómago se había agudizado.

Había intentado hablar con su padre al respecto. Como siempre, fue inútil. Edward Sloan era —y siempre lo había sido— un encantador y frívolo vividor que obedecía al instante cada orden de su esposa. Era la madre de Dean quien albergaba toda la ambición, y nunca le habían importado demasiado las cosas como la realización personal o la satisfacción. Su comentario fue el que él esperaba: «Dirigí esta empresa durante treinta años; ahora te toca a ti. No se permiten quejas».

Supuso que se había ganado ese derecho. Bajo la férrea mano de su madre, el negocio familiar, iniciado por su abuelo y expandido por su padre, se había convertido en una empresa de cien millones de dólares. Eso siempre había sido suficiente para ella. Todo lo que siempre había querido. Pero ese mismo éxito le resultaba vagamente vacío a Dean.

Incluso había intentado hablar con sus amigos sobre ello, y, aunque querían ayudar, estaba claro que ninguno entendía sus sentimientos. Después de todo, no era tan sorprendente. A pesar de que todos provenían del mismo entorno, Dean había crecido en un mundo algo diferente al de sus compañeros.

«Lopez Island. Summer Island».

Había pasado diez años perfectos en las islas San Juan. Allí, él y su hermano, Eric, habían sido —por un breve tiempo— chicos normales. Esas islas remotas habían formado a Dean y lo habían definido de alguna manera, le habían brindado un lugar donde se sentía completo.

Por supuesto, Ruby había estado allí. Y, antes de que enloqueciera y lo arruinara todo, le había enseñado lo que era el amor.

Luego le había mostrado lo fácil que era romperlo.

Dean suspiró, deseando no haber pensado en Ruby ahora, cuando tenía a una mujer hermosa y dispuesta en sus brazos…

De repente se sintió cansado. Simplemente no tenía la energía para pasar la noche con otra mujer que no le importaba.

—No me siento bien —dijo, preguntándose por un instante si era mentira o no del todo.

Ella le sonrió, dejando ver una dentadura blanca perfecta. Le deslizó la mano por el brazo y le rodeó la nuca con posesividad. Siempre eran posesivas, pensó con cansancio. O tal vez esa era solo su impresión.

—Yo también —ronroneó ella—. Mi casa está a la vuelta de la esquina.

Él extendió la mano y tomó la de ella, besándole con suavidad los nudillos.

—No, la verdad es que no me encuentro bien y tengo una conferencia telefónica al amanecer con Tokio. Creo que te llevaré a casa, si no te importa.

Ella hizo un puchero encantador y él se preguntó si eso era una de las cosas que les enseñaban a las jóvenes adineradas en escuelas de señoritas como la de Miss Porter. Si no, se había transmitido de generación en generación con el mismo cuidado que el secreto del fuego.

—Te llamaré mañana —dijo, aunque no lo sentía de verdad. En un momento así, solo había dos opciones: herirla al no decírselo o herirla al no hacerlo. Mentir en ese momento era más fácil.

Una vez tomada la decisión, salieron de la habitación lo más rápido posible. Dean se abrió paso entre la multitud como un ciclista del Tour de Francia. Se despidió de las pocas personas que en

realidad le importaban, cogió el chal de Sarah (¿un abrigo de piel en junio?) y se apresuró a colocarse bajo el pórtico.

Sarah entabló una conversación trivial mientras estaban allí juntos, y él escuchó cortésmente y respondió a lo que consideró apropiado. Al fin, oyó que su coche se acercaba. El Aston Martin negro rugió por la entrada y frenó de sopetón. Un aparcacoches uniformado saltó del asiento del conductor y se apresuró a abrir la puerta de Sarah; luego la ayudó a sentarse.

Dean asintió al hombre al pasar.

—Gracias, Ramon —dijo al subir a su coche. Cerró la puerta de golpe y arrancó, acelerando demasiado.

Pasó un minuto entero antes de que Sarah preguntara:

—¿Cómo sabías que se llamaba Ramon?

—Se lo pregunté cuando llegamos.

—Ah.

Dean la miró. Vio su perfil perfecto recortado contra el cristal ennegrecido de la ventana.

—¿Qué? ¿Hay algo malo en saber su nombre?

Un ceño fruncido cruzó su rostro. Levantó una mano y señaló distraídamente.

—Aquí está mi casa.

Dean se internó por la entrada circular y estacionó bajo una farola antigua.

Ella se giró hacia él, frunciendo un poco el ceño.

—No eres lo que esperaba. Las chicas… hablan de ti.

Se pasó una mano por su cabello rubio, demasiado largo.

—Espero que sea algo bueno no ser lo que esperabas.

—Lo es —dijo ella en voz baja—. No te volveré a ver, ¿verdad?

—Sarah, yo…

—¿Verdad? —lo interrumpió con brusquedad.

Dean tomó una honda bocanada de aire y exhaló.

—No eres tú. Soy yo. Últimamente estoy inquieto. No soy buena compañía.

Ella rio. Era un sonido ensayado y brillante que apenas contenía rastros de alegría.

—Eres joven, rico y vives protegido. Claro que estás inquieto. Los pobres viven presionados y hambrientos. Los ricos están inquietos y aburridos. Yo me aburro desde la primaria, ¡por el amor de Dios!

Fue muy triste oírlo. Dean no supo cómo responder. Salió del coche y lo rodeó para ayudarla a bajar. Deslizando una mano por su cintura, la acompañó hasta la puerta de la mansión de su padre, en la cima de la colina. En voz baja, le dijo:

—Eres demasiado hermosa para aburrirte.

Ella lo miró con tristeza.

—Tú también.

Dean le dio un beso de buenas noches, regresó a su coche y condujo a toda velocidad hasta su casa.

En menos de quince minutos estaba en su sala de estar contemplando la ciudad iluminada por la noche mientras bebía brandi caliente de una copa grande. En las paredes a su alrededor colgaban fotografías enmarcadas, su afición. Antes, verlas lo habría complacido. Ahora, todo lo que veía al mirar sus fotografías era lo malo que había habido en su vida.

Detrás de él sonó el teléfono. Esperó unos cuantos timbres a que Hester, su asistenta, contestara. Entonces recordó que Hester había ido a ver a sus hijos esa noche. Se dirigió al sofá de ante color café

con leche, se dejó caer sobre el cojín de plumas y contestó el teléfono.

—Dean Sloan. —Sabía que era un saludo impersonal, pero no le importó.

—¿Dino? ¿Eres tú?

—Eh… ¿Eric? ¿Cómo diablos estás?

Dean estaba atónito. No había sabido nada de su hermano en… ¿un año? ¿Dieciocho meses?

—¿Estás sentado?

—Eso no suena bien.

—No, claro. Me estoy muriendo.

Dean sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Un escalofrío lo recorrió.

—¿Sida? —susurró.

Eric se rio.

—¿Sabes que también contraemos otras enfermedades? Mi favorita es el cáncer.

—Te conseguiremos el mejor tratamiento. Puedo hacer algunas llamadas ahora mismo. Mark Foster sigue en la junta directiva de…

—He recibido los mejores tratamientos. He visto a los mejores especialistas, y ellos —dijo Eric en voz baja— me han visto a mí. —Inspiró hondo—. No me queda mucho tiempo.

Dean parecía no poder respirar bien.

—Tienes treinta años —dijo con impotencia, como si la edad fuera relevante.

—Debí habértelo dicho cuando me diagnosticaron, pero… seguía pensando que te lo contaría cuando todo terminara y nos reiríamos juntos de ello…

—¿Hay alguna posibilidad de que algún día nos riamos de ello?

Eric tardó un momento en responder.

—No.

—¿Qué puedo hacer?

—Voy a volver a la isla. Lottie ya está allí, esperándome.

—La isla —repitió Dean poco a poco. Una extraña sensación de inevitabilidad inundó la habitación. Era como si Dean siempre hubiera sabido que algún día acabarían de vuelta allí donde todo había empezado. Donde todo había salido tan mal. Quizá una parte de él incluso lo había estado esperando.

—¿Vendrás?

—Por supuesto.

—Quiero que volvamos a ser hermanos.

—Siempre hemos sido hermanos —respondió Dean con incomodidad.

—No —dijo Eric en voz baja—. Hemos sido miembros de la misma familia. Hace años que no somos hermanos.

3

El escándalo estalló con una fuerza huracanada. Esas humillantes fotografías estaban por todas partes, y los periódicos y las cadenas de televisión que no tenían las imágenes las describían con un detalle insoportable.

Nora se sentó acurrucada en su salón, negándose a salir a ningún sitio. La idea de que la vieran la aterrorizaba. Su asistente, Dee Langhor, había aparecido temprano por la mañana —«Llegué en cuanto me enteré»— y Nora se había sentido patéticamente agradecida. Ahora Dee estaba en la oficina de Nora y atendía las llamadas telefónicas.

Con todo lo que Nora tenía en la cabeza, una cosa seguía saliendo a la superficie: debería haber llamado a Caroline el día anterior para advertirla de la tormenta mediática que se avecinaba.

Pero ¿cómo se le dice algo así a tu hija? «Oh, cariño, ¿verdad que no te importan las fotos de tu madre desnuda que aparecen en primera plana?».

Al final, Nora había decidido manejar el desastre inminente como manejaba todas las cosas difíciles: se había tomado dos pastillas para dormir y había apagado el teléfono. Por la mañana, había tenido un breve respiro… hasta que encendió la televisión. Todos los programas matutinos recogían la noticia.

Ahora no tenía otra opción. Tenía que llamar.

Cogió el teléfono, accedió a la segunda línea y pulsó el número uno de la lista de marcación rápida. El corazón le latía tan fuerte que no podía oír el tono de llamada al otro lado.

—¿Diga?

Nora tardó un momento en responder. Dios, quería colgar el teléfono.

—¿Caro? Soy yo, mamá.

Hubo una pausa que pareció arrancar una capa de la tierna carne de Nora.

—Vaya, vaya. Espero que me digas que ayer te secuestraron y que el FBI acaba de liberarte del maletero de algún fan psicópata.

—No me secuestraron.

—Me enteré esta mañana, cuando dejé a Jenny en la guardería. —Se rio con aspereza—. Mona Carlson me preguntó cómo me sentía al ver fotos de mi madre así. Que cómo me sentía.

Nora no sabía qué responder. Defenderse no tenía sentido; peor aún: era ofensivo.

—Lo siento. No pude… llamar.

—Claro que no pudiste. —Caroline se quedó callada un momento y luego dijo—: Tampoco puedo creer que haya dejado que eso me hiera. Debería haberlo sabido. Es solo que en los últimos años…, pensé… Oh, demonios, olvídalo.

—Lo sé. Nos hemos ido acercando…

—No. Al parecer, yo me he ido acercando. Tú, obviamente, no has cambiado en absoluto. Has encarnado la imagen de la madre ideal, fingiendo y diciendo lo correcto, pero sin sentirte conectada conmigo en absoluto. No sé en qué momento fui tan estúpida como para

esperar honestidad de ti. Y ni siquiera voy a entrar en el contenido de esas fotografías, en lo que significan para nuestra familia.

—Por favor —suplicó Nora—. Sé que la he cagado. No me vuelvas a excluir de tu vida…

—Eres increíble. Realmente no lo entiendes, ¿verdad? Yo no soy la que excluye a la gente, no en esta familia. Quizá Ruby era la inteligente: ella no ha dejado que le hicieras daño en años. Ahora tengo que irme.

—Te quiero, Caroline —dijo Nora apresuradamente, desesperada por soltar esas palabras antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Sabes qué es lo triste de eso? —La voz de Caroline se quebró. Un pequeño sollozo sonó en su garganta—. Que te creo.

Colgó. El tono de llamada zumbó en los oídos de Nora y Dee entró corriendo en la sala con los ojos muy abiertos.

—El señor Adams está al teléfono.

—Oh, Dios…

—Le he dicho que no estabas aquí, pero me ha gritado. Dice que, si no contestas el maldito teléfono, va a llamar a sus abogados.

Nora suspiró. Por supuesto. Tom Adams no se había convertido en un magnate de la prensa siendo amable. Era un buen chico que había luchado por llegar a la cima sin ceder ni un ápice a nadie.

Se frotó las sienes, que de repente le dolían.

—Pásamelo.

—Gracias —dijo Dee. Se dio la vuelta, salió corriendo de la sala de estar y volvió a la oficina de Nora.

Esta contestó el teléfono.

—Hola, Tom.

—Por Dios, Nora, ¿en qué demonios estabas pensando? Me enteré de este tremendo jaleo cuando estaba en el baño esta mañana. Si no hubiera tenido la televisión encendida, no sé cuándo lo habría sabido. Mi mujercita me dijo: «Vaya, Tommy, tu chica se ha metido en un buen lío, ¿no?».

Nora hizo una mueca.

—Lo siento, Tom. Yo también estoy desconcertada por todo esto.

—Bueno, ahora ya estás preparada, señorita. Tamara me ha dicho que aún no has recibido ninguna carta, pero las recibirás. Supongo que empezarán a llegar mañana.

—Tienes dos meses de columnas mías archivadas. Eso me dará tiempo para pensar cómo quiero manejar esto.

Él soltó un ladrido.

—Te pago una fortuna por responder a las cartas de los lectores, y, ahora que por fin tienen algo interesante que preguntar, no vas a hacerte la muerta. Los escándalos venden periódicos y yo pienso sacar provecho de tu dolor. Lo siento, Nora. Y lo digo en serio, siempre me has caído bien, pero los negocios son los negocios. Tu agente sí que entendía de negocios cuando me sacó ese contrato de un millón de dólares.

A Nora se le revolvió el estómago.

—La emisora de radio me va a dar unos días libres…

—No me confundas con esos maricas con corbata. Nunca en mi vida me he echado para atrás en una pelea y mi gente tampoco lo va a hacer.

El dolor de cabeza se convirtió en una migraña en toda regla.

—Está bien, Tom —dijo en voz baja. Diría cualquier cosa con tal de terminar esa conversación—. Dame unos días. Usa lo que tienes

por ahora y luego empezaré a responder al correo lleno de odio.

Él se rio entre dientes.

—Sabía que verías la luz, Nora. Adiós.

Colgó. El silencio que siguió a todos esos gritos era extrañamente pesado. Tom esperaba que ella se sentara y leyera las cartas airadas y decepcionadas de las mismas personas que antes la querían.

Imposible.

Ruby estaba de pie en su cuarto de baño, lleno de vapor, mirando a través su reflejo acuoso a través del vaho. Parecía como si las líneas de debajo de sus ojos hinchados se las hubieran zurcido con una máquina de coser industrial.

No podía permitirse parecer tan mayor, no en Hollywood. Quería que la gente la viera joven, moderna y rebelde, no una mujer que había desperdiciado su juventud en discotecas y no tenía nada que mostrar a cambio, salvo arrugas prematuras.

Usaba maquillaje para quitarse años. Bastaba un poco de delineador negro para conseguir un estilo *heroin-chic*, y la gente daría por sentado que era joven y estúpida. Algo así como cuando las famosas guapísimas llevaban peinados horribles en la entrega de los Oscar; su mensaje tenía que ser «La apariencia no me importa».

Como si fuera posible.

Solo una mujer guapa se plantearía siquiera hacer esa ridícula declaración.

Ruby se vistió con cuidado: jersey de cachemira con cuello en uve, minifalda de cuero negro y medias negras. No había tenido tiempo de ir a la tienda a comprar tinte temporal para el pelo, pero se había

puesto mucha gomina, y eso había hecho que su pelo sobresaliera por todas partes.

Se colgó del cuello catorce collares de plástico baratos de Mardi Gras y se pintó las uñas, cortas y mordidas, con un tono llamativo de azul medianoche brillante. Por último, se puso unas gafas de sol negras y gruesas, imitaciones baratas de la última moda de diseño.

Luego respiró hondo, cogió el bolso y salió a la calle.

La elegante limusina negra ya estaba aparcada en la acera. Ruby no pudo evitar desear que Max estuviera ahí en ese momento. Le encantaría pegarle un empujón y marcharse.

Un conductor uniformado estaba de pie junto al coche.

—¿Señorita Bridge?

Ella sonrió. Nadie la llamaba así.

—Soy yo. Voy a…

—Lo sé, señorita. Al estudio Paramount. Estaré esperando para llevarla a casa después de la grabación.

El conductor dio la vuelta y le abrió la puerta.

Ruby miró dentro del oscuro interior y vio una docena de rosas blancas envueltas en papel de seda opalescente sobre el asiento trasero. En una cubitera había una botella de Dom Pérignon bien fría.

Ruby se deslizó en el asiento, oyó el satisfactorio golpe sordo de la puerta al cerrarse y sacó la tarjeta de entre las flores.

Las personas con tanto talento como tú no necesitan suerte. Necesitan una oportunidad, y esta es la tuya.

Con cariño,

VAL

Dios, qué bien se sentía. Como si esos sueños mancillados por fin se estuvieran haciendo realidad.

Nunca había pensado que lo necesitaría tanto. Había empezado como una diversión, algo que se le daba bien sin mucho esfuerzo. Ruby, la payasa de la clase, siempre haciendo reír a la gente. Pero, después de que su madre los abandonara, todo había cambiado. Ruby había cambiado. Desde ese momento, nada ni nadie había sido suficiente para ella. Había llegado a necesitar la aceptación incondicional que solo la fama podía proporcionarle.

Se acercó a la ventanilla y sonrió mientras la limusina se detenía en la garita de seguridad de la entrada de Paramount. Los arcos gemelos blancos, adornados con volutas metálicas doradas, anunciaban al mundo que tras esas puertas se encontraba un mundo especial, abierto solo a unos pocos afortunados.

Ruby pulsó un botón y bajó la pantalla de privacidad justo a tiempo para oír decir al conductor:

—Traigo a la señorita Bridge para *Uproar*.

El guarda retrocedió a su garita, consultó un portapapeles y luego les hizo señas para que pasaran. Ruby pegó la cara a la ventanilla en busca de famosos, pero lo único que vio fue a gente normal deambulando. Lo más parecido a una estrella de cine que divisó fue un deportivo rojo en una plaza de aparcamiento marcada con el nombre de Julia Roberts.

En el estacionamiento de visitantes, el conductor detuvo el coche y lo rodeó para abrir la puerta de Ruby.

—Ahí está su transporte —dijo, señalando un vehículo que parecía un carrito de golf alargado. Un hombre con pantalones cortos de

color canela y un polo a juego estaba de pie junto a él—. La llevarán rápidamente al estudio. Estaré aquí cuando vuelva.

Ruby intentó parecer indiferente, como si hiciera esto todo el tiempo. A decir verdad, si su presión arterial subía otro poco más, probablemente le daría un derrame cerebral.

Respiró hondo y se dirigió hacia el carrito. Una vez dentro, el conductor se sentó al volante y arrancó el silencioso motor. El transporte se movía a trompicones entre los enormes estudios de sonido. Había gente por todas partes, a pie o montando en bicicleta. Pasaron junto a un batallón de alienígenas —¿era Patrick Stewart, de *Star Trek*?— y rodearon un grupo de vaqueros. Finalmente, se detuvieron ante el plató nueve, un edificio enorme de color carne. Sobre la puerta había un letrero de neón que decía: *UPROAR!* UN NUEVO TIPO DE PROGRAMA DE ENTREVISTAS CON JOE COCHRAN.

Ruby saltó del carrito y cruzó la calle. Se detuvo un momento y luego abrió la puerta. Dentro había un caleidoscopio de luces de colores, asientos oscuros y gente. Eso fue lo que más le llamó la atención: había personas por todas partes que correteaban como hormigas con portapapeles, comprobaban y volvían a comprobar, asentían, maldecían y reían.

—¿Eres Ruby Bridge?

Ruby dio un respingo. Ni siquiera se había fijado en la pequeña mujer rubia platino que ahora estaba a su lado, mirándola a través de las gafas de montura marrón más feas que había visto en su vida.

—Soy Ruby.

—Bien.

La mujer agarró a Ruby del brazo y la condujo a través de la multitud, por un pasillo más tranquilo, hasta una pequeña sala de espera. Sobre la mesa junto a un sofá marrón, había un cuenco con fruta y una botella de Perrier con hielo.

—¿Necesitas maquillaje?

Ruby se rio.

—¿Estás pensando en intervenir?

La mujer frunció el ceño e inclinó la cabeza, como un pájaro.

—¿Perdón?

Ruby asintió con rigidez.

—Mi maquillaje está bien. Gracias.

—Bien. Siéntate aquí. Alguien vendrá a buscarte cuando sea el momento de salir.

La mujer consultó sus papeles.

—Dispones de dos minutos. Eres una invitada de última hora, así que no hay tiempo para una entrevista; tendremos que apañarnos. Sé rápida y divertida.

Con un fugaz resoplido, la mujer se marchó.

Ruby se derrumbó en el sofá. De repente, estaba más que nerviosa. Estaba aterrorizada. «Sé graciosa».

¿En qué había estado pensando? Ella no era graciosa. Su material podía ser gracioso, pero ella no lo era. Normalmente le llevaba tres minutos de rutina calmarse lo suficiente como para hacer reír a la gente. Así que, un minuto después de terminar, sería un éxito.

Se puso de pie de un salto. Su corazón latía tan fuerte que por un segundo pensó que había alguien en la puerta.

—Cálmate, Ruby —se dijo, obligando a sus dedos a abrirse. Se concentró en su respiración. Inspirar y espirar, inspirar y espirar—.

Eres graciosa. Lo eres.

Llamaron a la puerta.

—Están listos para usted, señorita Bridge.

—Dios mío. —Ruby miró el reloj de pared.

Llevaba treinta minutos allí de pie, hiperventilando, y ahora no podía recordar ni una sola frase del guion.

La puerta se abrió. La señora de los pájaros estaba allí, con la cara puntiaguda inclinada hacia la izquierda.

—¿Señorita Bridge?

Ruby soltó aire lentamente, muy lentamente.

—Estoy lista —dijo. Aunque se dirigía a la mujer, en realidad estaba hablando consigo misma. Estaba lista; había estado lista toda su vida.

Siguió a la mujer hacia el escenario. A medida que se acercaba, podía oír los familiares acordes de la música de apertura. Luego llegó la voz de Joe; el público rio en respuesta a algo que él dijo.

—Recuerda —dijo la mujer en un susurro teatral—, queremos opiniones, y cuanto más escandalosas y controvertidas, mejor.

Ruby asintió con la cabeza, aunque, sinceramente, no creía tener una opinión sobre nada en ese momento, excepto sobre sus propios defectos. Y, para rematarlo, estaba chorreando como un géiser. Era probable que el rímel le estuviera corriendo por las mejillas. Parecería un personaje de *Alien* para cuando…

—¡Ruby Bridge! —Su nombre resonó en el sistema de sonido, seguido por el estruendo de los aplausos.

Ruby atravesó las cortinas sonriendo lo mejor que pudo. Se obligó a no entrecerrar los ojos, aunque las luces eran tan brillantes que no podía ver nada. Solo esperaba no salirse del escenario.

Se acercó al micrófono. Este emitió un sonido confuso y crepitante cuando lo sacó de su soporte.

—Bueno —dijo con una sonrisa radiante—, qué bien saber que no soy la única persona que puede venir a un programa de entrevistas en mitad del día. Por supuesto, para mí es fácil. Me despidieron ayer. Sí, me despidieron de un restaurante modernito de mierda que no voy a nombrar, pero que suena como Irma's Hash House. Ni siquiera voy a contarles con lo que pensaba que se trapicheaba allí…

Unas pocas risas.

—En realidad, si iban a despedirme, me alegro de que fuera en jueves. El viernes es la noche del «todo lo que puedas comer». Y, créanme, la gente se lo toma al pie de la letra. Irma's es el único restaurante de Los Ángeles que tiene desfibriladores en las mesas. ¿Kétchup? ¿Mostaza? ¿Reiniciar el corazón? —Dejó que el silencio se prolongara un momento—. Quiero decir, estamos en el nuevo milenio. Por el amor de Dios, no paraba de decirle a la gente: «Comed fruta».

Más risas, esta vez más profundas. Eso le dio confianza.

Sonrió y luego se lanzó al resto de su intervención, dejando los mejores chistes, sobre su madre, para el final de su rutina abreviada.

Ruby se alejó del micrófono. En medio del hermoso sonido de los aplausos, Joe Cochran cruzó el escenario hacia ella. Sonreía, lo que sin duda era una buena señal. Le puso una mano en el hombro con calidez y se volvió hacia el público.

—Ya han conocido a la divertidísima Ruby Bridge. Ahora, conozcamos al resto de nuestros participantes de esta noche. Tenemos a la terapeuta familiar Elsa Pine, autora del libro

superventas *Padres tóxicos*, y al honorable Sanford Tyrell, congresista de Alabama.

Elsa y Sanford subieron al escenario, con un aspecto tan diferente como un lápiz y una pelota de béisbol. Tuvieron cuidado de no mirarse a los ojos.

Joe dio una palmada.

—Empecemos.

Los tres invitados siguieron a Joe hasta las sillas de cuero artísticamente dispuestas en el escenario. Joe se sentó en el asiento central; luego miró al público y sonrió.

—No sé ustedes, pero yo estoy harto de la forma en que nuestro sistema judicial trata a los delincuentes. Cada vez que abro el periódico, leo sobre algún psicópata que mató a una niña y salió libre porque el jurado sintió lástima por él. Sí, digo bien, lástima por él. ¿Quién se preocupa por las víctimas aquí?

—Vamos, Joe. —Elsa se inclinó hacia delante, con sus duros ojos entrecerrados bajo las sensatas gafas redondas. Estaba tan delgada que Ruby se preguntaba cómo podían llenársele los pulmones de aire sin derribarla—. Los delincuentes no nacen, se hacen. Es perfectamente lógico entender que algunas personas han sido tan maltratadas por sus padres que ya no distinguen el bien del mal.

—Señora —dijo el buen congresista, cuyo rostro rubicundo se arrugaba en una sonrisa de buen chico—, está usted tan fuera de contexto como un pulpo en un garaje.

Ruby frunció el ceño al público.

—¿La ha llamado pulpo? Dígame que he oído mal…

Risas.

Elsa lo ignoró.

—Has oído bien. Congresista…

—Llámeme Sanford. —Lo pronunció tan seguido que las cinco sílabas parecían su nombre.

—La medida de una sociedad es su compasión.

—¿Y qué hay de la compasión por la familia de la víctima? —dijo Joe—. ¿O es que ustedes, los liberales de corazón blando, solo quieren que seamos compasivos con el asesino?

Miró a Ruby.

—Tú sabes algo sobre padres tóxicos, Ruby. ¿Todo lo que va mal en tu vida es culpa de tu madre?

Elsa asintió.

—Sí, Ruby, tú más que nadie deberías entender cuán profundamente un progenitor puede herir a un hijo. Quiero decir, tu madre es una gran defensora del matrimonio. Se pone muy poética cuando habla de la santidad de los votos…

Ruby se rio.

—Bill Clinton también.

Elsa no se dejó distraer por las risas del público.

—Probablemente seas la única persona en Estados Unidos a la que no le ha sorprendido el *Tattler* de hoy.

—No leo la prensa sensacionalista —respondió Ruby.

Un susurro recorrió el público, las sillas chirriaron. La sonrisa entusiasta de Joe se apagó. Echó un rápido vistazo a la mujer pájaro, que estaba de pie junto al escenario. Luego se inclinó hacia delante.

—¿No has leído el *Tattler* de hoy?

El ceño de Ruby se frunció aún más.

—¿Ahora eso es un delito?

Joe se agachó y, por primera vez, Ruby se fijó en el periódico doblado debajo de su silla. Él lo cogió y se lo entregó.

—Lo siento. Deberías haberlo sabido.

Ruby sintió una tensión repentina en la habitación, el tipo de silencio que se produce justo antes de que empiece una pelea en un bar. Cogió el periódico y lo abrió. Al principio, lo único que vio fue el titular: «Levantando más que el ánimo». Eso la hizo sonreír. ¿Cómo se les ocurrían esas cosas?

Entonces se fijó en la fotografía.

Era una imagen borrosa y granulada de dos personas desnudas entrelazadas. Los editores habían colocado con cuidado unas tiras negras sobre las partes íntimas, pero no se podía negar lo que estaba pasando. Ni quién era la mujer.

Ruby miró con impotencia a los rostros que la rodeaban. Joe parecía concentrado, como un perro que ha olido algo. La terapeuta frunció el ceño, pensativa. Estaban imaginando su dolor.

Ella tiró el periódico con disgusto. Cayó al suelo con un golpe sordo.

—Hay una lección para todas las mujeres en esto —dijo—. Cuando tu amante te dice: «Una foto, cariño, solo para nosotros», más vale que te cubras el culo desnudo y salgas corriendo.

Elsa se inclinó hacia delante.

—¿Cómo te sientes al ver…?

Joe levantó las manos.

—Nos estamos desviando del tema. La pregunta es: ¿en qué medida nuestros errores son culpa nuestra? ¿Acaso un mal padre da vía libre a alguien para cometer un delito?

—Este país se ha vuelto loco con las excusas —dijo el congresista, sin mirar a Ruby a los ojos—. Cada vez que algún chiflado se vuelve loco, juzgamos a su madre. No está bien.

—¡Exacto! —dijo Joe—. Es una pena que hayas sufrido abusos. Si cometes un delito, cumples la condena.

Ruby se quedó inmóvil. No había razón para que hablara y, sinceramente, no se le ocurría nada que decir. Sabía que le había dado a *Uproar* lo que quería: una reacción. Su sorpresa había sido la guinda del pastel. Sabía que, a la mañana siguiente, su reacción inexpresiva y estúpida ante el escándalo aparecería en todos los informativos. Parecería una idiota de costa a costa.

Debería haber sabido que sería así… su gran oportunidad. Qué broma. ¿Cómo había podido ser tan ingenua?

Por fin, oyó que Joe terminaba. Parpadeó, intentando parecer normal.

—Eso es todo por hoy, amigos. Sintonícennos la semana que viene, cuando nuestro tema será la comunicación con los muertos: ¿es posible o simplemente se trata de un fraude? Gracias.

Se encendió el letrero de aplausos y el público respondió de inmediato, ovacionando con entusiasmo.

Ruby se levantó de la silla y se movió a ciegas por el escenario. La gente le hablaba, pero ella no podía oír nada de lo que decían.

Alguien le tocó el hombro. Ella pegó un respingo y se dio la vuelta.

—Ruby. —Era Joe. Estaba de pie junto a ella, con su hermoso rostro fruncido en una expresión tensa—. Siento haberte tendido una emboscada. La noticia se publicó ayer. No se nos ocurrió que no la habrías visto. Todas las cadenas la cubrieron y, como gran parte

de tu material trata sobre tu relación con tu madre… —Dejó que la explicación se extinguiera.

—Apagué el teléfono y la televisión —respondió ella, y añadió—: Me estaba preparando para el espectáculo.

Él suspiró.

—Pensabas que esta era tu gran oportunidad. Y resultó…

—No serlo —lo interrumpió.

La lástima en sus ojos era más de lo que ella podía soportar. Sabía que él también era cómico y que era consciente de lo que había pasado. No quería que su decepción quedara plasmada en palabras que recordaría para siempre.

—¿Sabes, Ruby? —dijo él—, he visto tu actuación unas cuantas veces. En el Comedy Store, creo. Tu material es bueno.

—Gracias.

—Quizá deberías pensar en escribir, por ejemplo, para una serie de televisión. Tu talento podría ser útil en las cadenas.

Ruby se quedó allí de pie con una sonrisa falsa en el rostro. Él le estaba diciendo que se rindiera. Que probara con otra cosa.

Ruby sintió como si se desvaneciera, pero, a la manera del gato de Cheshire, sonrió hasta el final.

—Gracias, Joe. Tengo que irme.

Corrió hacia su silla y cogió el bolso. En el último momento, agarró el *Tattler* y se lo metió bajo el brazo. Sin mirar a nadie, salió corriendo del estudio.

En su apartamento, Ruby cerró todas las persianas y apagó las luces.

Se dejó caer en su desgastado sofá y golpeó con los pies la barata mesa de centro con vetas de madera. Un vaso de agua medio lleno traqueteó con el movimiento. El tabloide yacía a su lado, apenas visible en la oscuridad.

«Mamá queridita tuvo una aventura, después de todo».

Esa revelación no la había sorprendido, en realidad. Cualquier mujer que abandonara a sus hijos para ir en busca de la fama y la fortuna no se lo pensaría dos veces antes de tener una aventura. Lo que sorprendió a Ruby fue lo mucho que aún le dolía.

Sus dedos temblaban mientras cogía el teléfono y marcaba el número de su hermana. Era raro que Ruby llamara a Caroline —demasiado caro—, pero no todos los días se veían fotos de tu madre desnuda teniendo sexo con un desconocido.

Caroline respondió al segundo tono.

—¿Diga?

—Hola, hermana —dijo Ruby, que sintió una repentina oleada de soledad.

—Por fin has enchufado el teléfono. Me estaba volviendo loca intentando localizarte.

—Lo siento —dijo en voz baja. Sentía la garganta apretada, lo que le daba vergüenza—. He visto las fotos.

—Sí. Tú y todo Estados Unidos. Siempre he tenido miedo de que pasara algo así.

Ruby estaba atónita. Nunca lo había imaginado.

—¿Sabías lo de la aventura?

—Lo sospechaba.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Vamos, Rube. Nunca me has mencionado su nombre en todos estos años. No querías saber nada de ella.

Ruby odiaba que Caroline actuara como si lo supiera todo.

—Supongo que ya la has perdonado, santa Caroline.

—No —dijo Caro en voz baja—. Me está costando mucho aceptarlo. Es tan… público.

—Ah. Las apariencias… Se me había olvidado eso.

—No me hagas parecer tan superficial. Hay más que eso y tú lo sabes.

Ruby se arrepintió al instante. Odiaba lo fácil que le resultaba decir cosas hirientes, incluso a las personas que quería. Cuando mamá los abandonó, Caroline fue quien mantuvo unida a la familia, a pesar de que ella misma no era más que una adolescente. Ella dio un paso al frente y se convirtió en todo lo que Ruby necesitaba. Ruby creía sinceramente que sin Caroline no habría podido superar aquel año espantoso.

—Lo siento. Ya sabes que la bondad saca lo peor de mí.

—Yo tampoco soy tan buena. Ayer le dije algunas cosas realmente desagradables. No pude evitarlo. Estaba muy enfadada.

—¿Hablaste con ella? ¿Qué te dijo?

—Lo siente. Me quiere.

Ruby resopló.

—Sí, imagínate si nos odiara.

Caroline se rio.

—La llamaré cuando me calme. Quizá por fin podamos hablar de algunas cosas… Ya sabes, de las cosas que importan.

—Nada de lo que ella tenga que decir importa, Caro. Te lo he estado diciendo durante años.

—Te equivocas, Rube. Algún día lo verás, pero, por ahora, lo único que sé es que esto va a empeorar un montón antes de que mejore.

—Solo para ti, Glenda. Yo no soy la que sigue intentando perdonarla.

Antes de que Caroline pudiera responder, sonó el timbre. Se oyó una estrofa de «Maria», la canción de *West Side Story*…

Ruby tomó la nota mental de cambiar el maldito timbre. A Max le había parecido gracioso; Ruby no estaba de acuerdo.

—Tengo que irme, Caroline. Hay alguien aquí que quiere verme. Con la suerte que me caracteriza, probablemente sea el casero, que viene a por el cheque del alquiler.

—Cuídate.

—Tú también. Y dales un beso a mi sobrina y a mi sobrino de mi parte.

Colgó y decidió no abrir la puerta de todos modos. Probablemente sí que era el casero.

Fue a la cocina. Rebuscando en los armarios casi vacíos, encontró una botella de ginebra medio llena y otra de vermut, que Max obviamente había olvidado. Se preparó un martini en un táper y luego vertió la bebida en un vaso de plástico.

Al tercer timbrazo con «Maria», se rindió. Tomó un sorbo rápido del martini, cruzó la alfombra de pelo largo y miró por la mirilla.

Era Val, de pie junto a una mujer tan delgada que parecía una espátula.

—Oh, perfecto.

Abrió la puerta de un tirón. Val le sonrió. Parecía muy fuera de lugar en ese pasillo oscuro y feo.

Val se inclinó y besó a Ruby en la mejilla.

—¿Cómo está mi nueva estrella?

—Que te jodan —susurró, sonriendo con alegría a la mujer desconocida—. No lo vi venir.

Val se echó hacia atrás, frunciendo el ceño.

—Intenté llamarte. Incluso envié un mensajero. No abriste la puerta.

Ruby habría dicho algo más, pero la forma en que la señora los miraba la incomodaba. Se volvió hacia ella y se fijó en su severo corte de pelo y su caro vestido negro. Un cigarrillo apagado colgaba de sus dedos huesudos.

Neoyorquina. Sin duda. Quizá de una funeraria.

—Soy Ruby Bridge —dijo, extendiendo la mano.

La mujer se la estrechó. Un apretón firme. Piel húmeda.

—Joan Pinon.

—Pasad. —Ruby se apartó de la puerta e hizo un gesto amplio con la mano. Intentó no ver el apartamento a través de sus ojos, pero era imposible. Muebles horteras, moqueta peluda y polvorienta, decoración de mercadillo.

Val se dirigió directamente al viejo sillón reclinable de terciopelo de Max y se sentó. Joan se posó como un pájaro en el extremo del sofá.

Ruby se dejó caer en el otro cojín del sofá. Dio un sorbo a su bebida. En realidad, un gran trago.

—Sé que es temprano para beber, pero no todos los días ves fotos de tu madre desnuda y pierdes tu carrera. Es probable que hoy me atropelle un autobús.

Val se inclinó hacia delante.

—Joan es una editora de Nueva York.

—¿En serio?

—Está aquí por tu madre.

Ruby dio un largo y doloroso trago.

—Por supuesto que sí. —Ojalá hubiera tenido Ruby una aceituna para picar; necesitaba algo que hacer con las manos. Se volvió hacia Joan—. ¿Qué quieres?

—Trabajo para la revista *Caché*. Nos gustaría que escribieras un reportaje sobre tu madre. —Joan sonrió mostrando una boca llena de dientes de fumadora—. Podríamos contratar a un escritor fantasma, si lo deseas, pero Val me ha dicho que eres una escritora de primera categoría.

Un cumplido. Eso le sentó bien. Ruby se recostó en su asiento, mirando a Joan.

—Quieres la traición de una hija.

—¿Quién traicionó a quién? —dijo Joan—. Tu madre ha estado diciendo a Estados Unidos que honre sus compromisos y ponga a sus hijos en primer lugar. Estas fotografías demuestran que es una mentirosa y una hipócrita, simple y llanamente. Hemos comprobado los registros. Nora estaba casada con tu padre cuando se tomaron esas fotos. La gente tiene derecho a saber de quién está recibiendo consejos.

—Ah, el derecho de la gente —dijo Ruby antes de tomar otro sorbo de martini.

—Solo es un artículo, Ruby, no un libro. No más de quince mil palabras, y… —dijo Val— podría hacerte famosa.

—Rica y famosa —añadió Joan.

Eso sí que llamó la atención de Ruby. Dejó la copa sobre la mesa y miró a Joan.

—¿Cómo de rica?

—Cincuenta mil dólares. Estoy dispuesta a pagarte la mitad de esa cantidad ahora mismo y la otra mitad cuando entregues el artículo. La única condición es que no puedes dar ninguna entrevista hasta que lo publiquemos.

—¿Cincuenta mil dólares?

Ruby volvió a coger su bebida, pero estaba demasiado nerviosa para dar un sorbo. Por unas pocas palabras… Y todo lo que tenía que hacer era servir la vida de su madre para el consumo público.

Dejó el vaso sobre la mesa. No era algo que se pudiera tomar a la ligera. Desearía tener a alguien a quien preguntarle, pero Ruby siempre había tenido problemas para confiar en la gente y eso hacía imposible tener amistades íntimas. Estaba su padre, pero iba tan ocupado con su nueva familia que él y Ruby no eran tan cercanos como antes. Y su hermana había pasado la última década tratando de perdonar a su madre; no había duda de que le diría a Ruby que rechazara el trato. Caro despreciaría la idea de airear los trapos sucios de su familia en público.

—No conozco muy bien a mi madre —dijo despacio, mientras trataba de pensarlo bien—. La última vez que la vi fue en la boda de mi hermana, hace nueve años. No hablamos.

Eso no era del todo cierto. Ruby había hablado con su madre. Le había dicho: «Y yo que pensaba que lo peor de este día sería llevar poliéster rosa». Luego se había marchado.

—No queremos cifras y datos fríos. Queremos tus opiniones, tus pensamientos sobre el tipo de persona que es…, el tipo de madre que era.

—Eso es fácil. Ella pisotearía la garganta de tu abuela para salir adelante. Nada ni nadie le importa, excepto ella misma.

—¿Lo ves? —dijo Joan con los ojos brillantes—. Esa es exactamente la perspectiva que queremos. Ahora bien, estoy segura de que entenderás que tenemos que publicar esto muy pronto, mientras el escándalo aún esté candente. He traído el contrato conmigo, que un agente literario ha revisado a petición de Val, y un talón por veinticinco mil dólares.

Metió la mano en su maletín negro de piel de serpiente —muy apropiado, pensó Ruby— y sacó una pila de papeles y un cheque. Dejó caer los documentos sobre la mesa, con el cheque encima.

Ruby miró con atención todos esos ceros y tragó saliva con dificultad. Nunca había tenido tanto dinero junto. Joder, era más que su salario de todo el año pasado.

Joan esbozó una sonrisa de tiburón.

—Déjame preguntarte algo, Ruby. ¿Tu madre rechazaría esta oferta si fueras tú la protagonista del artículo?

La respuesta a esa pregunta le llegó sin dificultad. Su madre había tenido que tomar una decisión así una vez. Podría haber elegido a su marido y a sus hijas… en lugar de su carrera. Sin mirar atrás, Nora Bridge se había elegido a sí misma.

—Esta es tu oportunidad, Ruby —dijo Val—. Piensa en la publicidad. Las cadenas se pelearán por ti.

Notó que se sonrojaba. Tenía la extraña sensación de estar fuera de su cuerpo, observando la escena desde la distancia. Se oyó responder muy despacio:

—Soy una buena escritora…

Eso era algo en lo que siempre había creído. Ahora sabía que Val también lo creía. Se mordió el labio inferior, preocupada. Si el artículo la hacía famosa, tal vez podría aprovechar la notoriedad para conseguir una serie de televisión.

—Sin duda conozco el comienzo de su carrera: con quién se habrá acostado para llegar a la cima y a quién simplemente habrá jodido.

Joan sonreía.

—De momento, te hemos reservado una intervención en *El show de Sarah Purcell*… para promocionar el artículo.

«*El show de Sarah Purcell*…».

Ruby cerró los ojos. Lo deseaba tanto que le dolía la cabeza. Había luchado y arañado durante toda su vida, había sido una donnadie, un cero a la izquierda…

Pensó en todas las razones por las que debería decir que no, las morales y las éticas, pero ninguna de ellas encontró un lugar donde quedarse. En cambio, con solo recordar esas malditas fotos… Y todas las mentiras de su madre.

Inspiró hondo y luego soltó el aire. Se agachó poco a poco, cogió el cheque y lo levantó. Los números se le emborronaron ante los ojos.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

4

Ruby subió el volumen de la radio del Volkswagen al máximo. Una ruidosa canción de Metallica resonaba en los pequeños altavoces negros. Todo su cuerpo se movía al ritmo de la música.

«Cincuenta mil dólares».

Tenía tantas ganas de compartir ese día con alguien… Si tuviera el nuevo número de Max, lo llamaría y le contaría lo que se había perdido. Habría gastado gran parte de ese dinero en él…, en ellos…

Ese pensamiento le provocó una rápida oleada de tristeza y la sensación la enfureció. Max no se merecía ni un céntimo de esa fortuna.

Condujo hasta Beverly Hills. Normalmente, ni siquiera pasaba por esa zona; le resultaba demasiado deprimente contemplar todos esos lujos que no podía permitirse. Pero hoy volaba alto. Se sentía invencible.

Cuando encontró un espacio libre en Rodeo Drive, se detuvo y aparcó. Cogió el bolso —con el recibo amarillo de haber depositado en el banco los veinticinco mil dólares dentro—, salió del coche y cerró de un portazo tras de sí. Por una vez, no se molestó en echar la llave; si alguien estaba tan desesperado por un coche como para robar uno como ese, era bienvenido.

Paseó un rato, pasando junto a grupos de mujeres vestidas con ropa cara y bonita. Nadie la miró a los ojos. En esta parte del mundo, una mujer de veintisiete años vestida con lo que solo podía calificarse de *grunge* simplemente no existía. Y cincuenta mil dólares no eran suficientes para llamar la atención de esas mujeres.

Entonces se quedó mirando el escaparate de una tienda y se fijó en un vestido azul plateado, transparente y bordado con pedrería que destacaba por un profundo escote en uve y una abertura lateral que llegaba hasta la mitad del muslo. Era el vestido más perfecto que había visto nunca, el tipo de ropa que jamás había imaginado que podría tener.

Apretó su bolso contra el pecho y empujó las puertas de cristal. Una campanilla tintineó sobre su cabeza. En una esquina, al otro lado de un océano de mármol blanco y percheros redondos con tapas cromadas, una mujer levantó la vista.

—Ahora mismo estoy con usted, querida —dijo con una de esas voces cultas de chica universitaria.

Ruby se sintió incómoda. Desearía poder pegarse el recibo del depósito en la frente.

Al fin, la dependienta se acercó. Era alta y delgada como una caña y vestía de negro de pies a cabeza. Ni un solo cabello estaba fuera de lugar. Olfateó un poco cuando vio a Ruby, pero su voz era amable.

—¿Puedo ayudarla?

Ruby señaló impotente hacia el escaparate.

—He visto un vestido azul en el escaparate.

—Tiene un gusto excelente. ¿Le gustaría probárselo?

Ella asintió con la cabeza.

—Maravilloso.

La mujer condujo a Ruby hasta un probador que era más grande que un dormitorio normal.

—¿Le apetece una copa de champán?

Ruby se rio. Esto sí que era ir de compras.

—Me encantaría.

La dependienta levantó la mano. Un solo gesto y, en un minuto, un hombre con esmoquin negro le estaba entregando a Ruby una espumosa copa de champán.

—Gracias —dijo ella, que se dejó caer en el mullido asiento del probador. Las burbujas del champán parecían flotar en su sangre y la aturdieron al instante. Por primera vez en años, se sentía alguien.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

La dependienta asomó la cabeza.

—Aquí estoy. Me llamo Demona. Llámeme si me necesita.

Ruby deslizó los dedos por la tela transparente con cuentas, se desnudó rápido y se puso el vestido.

Era como entrar en otra personalidad…, en una vida diferente. Con timidez, se asomó fuera del vestidor. No había moros en la costa. Se acercó a los espejos que cubrían toda la pared en la esquina.

Se le cortó la respiración. Incluso con el pelo demasiado corto, el exceso de maquillaje y los pies metidos en unas viejas y gastadas Reebok, estaba… preciosa. El escote pronunciado le acentuaba los pequeños pechos; su cintura parecía diminuta y la abertura le estilizaba los muslos carnosos.

Esta sí que era la mujer en la que había esperado convertirse algún día. ¿Cómo se había desviado tanto del camino?

—Oh, Dios mío —dijo Demona con nostalgia—, es perfecto. Y no necesita ningún arreglo. Nunca he visto nada que le quede a alguien tan bien apenas descolgado de la percha.

—Me lo llevo —dijo Ruby con voz ronca.

Al menos podía quedarse con este momento, pensó, este recuerdo de un día perfecto. El vestido colgaría en su armario para siempre, una evocación inmaculada de la mujer en la que Ruby quería convertirse.

Extendió un cheque —casi tres mil quinientos dólares, incluidos los impuestos y unos zapatos— y colgó el vestido con cuidado en la parte trasera del Volkswagen.

Luego, subiendo el volumen de la música —esta vez Steppenwolf —, aceleró en dirección a la autopista. Estaba casi en casa cuando pasó por delante del concesionario de Porsche.

Ruby se rio y pisó el freno.

Nora yacía acurrucada en el elegante sofá de su oscura sala de estar. Hacía horas que había enviado a Dee a casa y desconectado los teléfonos.

Luego había visto los informativos.

Gran error. Enorme.

Todas las cadenas de televisión daban la noticia. Reproducían una y otra vez las mismas imágenes, mostraban las espeluznantes fotografías censuradas sin cesar, a menudo seguidas de fragmentos de audio en los que Nora exponía la importancia de la fidelidad y la

santidad de los votos matrimoniales. Lo que más le dolía eran las entrevistas a «la gente de la calle». Sus fans se habían vuelto en su contra; algunas mujeres incluso lloraban por la traición que sentían. «Yo confiaba en ella» era el estribillo más común.

Estaba acabada. Nunca más nadie le escribiría una carta para pedirle consejo; nunca más la gente haría cola bajo la lluvia torrencial, en la entrada de la emisora de radio, para tener la oportunidad de conocerla en persona.

También sabía lo que estaba pasando en el vestíbulo de abajo. Había llamado varias veces al portero ese día y la información era siempre la misma. La prensa esperaba fuera con las cámaras preparadas. En cuanto vieran a Nora Bridge, se abalanzarían sobre ella como perros salvajes. El portero le dijo que el garaje era seguro —no se les permitía entrar allí—, pero ella tenía miedo de correr riesgos.

Se incorporó. Las enormes ventanas de cristal reflejaban las luces brillantes de la ciudad, convirtiéndolas en una mancha de color. La torre Space Needle, el emblemático mirador, colgaba del cielo brumoso como una nave alienígena que sobrevolaba Seattle.

Se acercó a la ventana. Su imagen reflejada, atrapada en el cristal, parecía borrosa y pequeña.

Pequeña.

Así es como se sentía. Era una sensación familiar, una que había definido su vida hacía mucho tiempo. Era esa sensación de ser… nada… lo que la había llevado por el camino de la ruina en primer lugar, y no se le escapaba la ironía de encontrarse allí de nuevo.

Si su padre estuviera vivo, se estaría riendo. «Ya no eres una estrella tan grande, ¿verdad, señorita?».

Entró en la cocina y se paró frente al «bar» que había improvisado para sentirse acompañada. Nora llevaba más años sin beber de los que podía recordar.

Pero ahora necesitaba ese algo que la ayudara a salir del agujero. Se sentía como si se estuviera ahogando…

Se sirvió un vaso lleno de ginebra. Al principio sabía horrible, como alcohol de quemar, pero, después de unos tragos, se le entumeció la lengua y el líquido se deslizó con facilidad para acumularse como el fuego en su frío estómago.

De camino al salón, se detuvo ante el piano de cola. Se fijó en la colección de fotografías enmarcadas en oro que había sobre la brillante superficie de ébano. Casi nunca las miraba; no de cerca. Era como encerrar en la mano un fragmento de cristal roto.

Sin embargo, una le llamó la atención. Era una foto de ella con su exmarido, Rand, y sus dos hijas. Estaban de pie delante de la casa de la playa de la familia, con los brazos entrelazados y unas sonrisas sinceras y luminosas.

Echó la copa hacia arriba y se terminó la bebida; luego volvió a por otra. Para cuando la terminó, apenas podía caminar en línea recta; parecía que había una lámina de papel encerado entre ella y el mundo.

No le importaba. No quería pensar con demasiada claridad en ese momento. Cuando tenía la mente despejada, entendía que había estado huyendo toda su vida y que, por fin, se había topado con un muro. El mundo sabía ahora la verdad sobre ella, y también sus hijas.

Se balanceó borracha mientras observaba las fotografías. A un lado del piano había imágenes familiares: mañanas de Navidad,

niñas con tutús rosas en festivales de danza, vacaciones en familia en aquella vieja caravana que arrastraban con la camioneta. Al otro lado estaban las fotografías de una mujer que siempre se encontraba sola, incluso entre las multitudes más grandes. Estaba guapísima; los maquilladores, peluqueros y entrenadores personales se encargaban de ello. Lucía impecable vestida con ropa cara, a menudo rodeada de fans y empleados.

Adorada por desconocidos.

Se alejó del piano tambaleándose y enchufó el teléfono a la pared. Con los ojos llorosos, marcó el número de su psiquiatra.

Un momento después, una mujer respondió.

—Consulta del doctor Allbright.

—Hola, Midge. Soy Nora Bridge. —Esperaba no estar arrastrando las palabras—. ¿Está el doctor?

Un sollozo. Ese fue el único sonido, pero Nora lo percibió.

—No está, señora Bridge. ¿Quiere dejarle un mensaje?

«Señora Bridge». Hace solo unos días era Nora.

—¿Está en casa?

—No, no está localizable, pero puedo pasarla con su asistente. También dejó el número del doctor Hornby para las consultas de emergencia.

Nora luchó por mantener la calma. Se oyó el pitido de una llamada en espera.

—Gracias, Midge. No es necesario.

Esperó un segundo interminable a que Midge respondiera y, cuando el silencio comenzó a doler, Nora colgó. Luego volvió a arrancar el cable de la pared.

En algún lugar recóndito de su mente, sabía que se estaba hundiendo en un pozo de autocompasión y que podía ahogarse en él, pero no sabía cómo salir.

«Eric».

A estas alturas ya estaría en la isla. Si se daba prisa, tal vez aún pudiera llegar al último ferry…

Cogió las llaves del coche de la encimera de la cocina y se tambaleó hasta su dormitorio. Después de colocarse una peluca rubia sobre su pelo castaño rojizo, se puso unas gafas de sol Jackie O. En la mesita de noche, encontró sus pastillas para dormir. Por supuesto, sería malo, un error, tomarse una ahora; incluso en su estado de embriaguez sabía que no podía mezclar alcohol y pastillas. Pero quería hacerlo.

Dios, quería hacerlo…

Arrojó el frasco de plástico marrón en el bolso.

Lo único que se llevó de su apartamento fue una vieja fotografía de su familia, tomada en Disneyland cuando las niñas eran pequeñas. La metió en el bolso y se marchó sin molestarse en comprobar si la puerta estaba cerrada con llave.

Se apoyó en la pared, que utilizó como barandilla mientras se tambaleaba hacia el ascensor. Una vez dentro, agarrada al resbaladizo pasamanos de madera, rezó para que no se detuviera en el vestíbulo. Tuvo suerte; el ascensor con espejos bajó hasta el aparcamiento, donde se paró con un estruendo.

Las puertas se abrieron.

Miró hacia fuera; el garaje estaba vacío. Se tambaleó hacia su coche y se desplomó contra el lateral negro azabache de su

Mercedes. Le costó varios intentos introducir la llave en la cerradura, pero al fin lo consiguió.

Se deslizó con torpeza en el suave asiento de cuero. El motor arrancó fácilmente con un rugido en la oscuridad. La radio se encendió al instante. Bette Midler cantaba sobre el viento bajo sus alas.

Nora se vio a sí misma en el espejo retrovisor. Tenía el rostro pálido y las mejillas surcadas por las lágrimas. Se había mordido el labio inferior hasta deformarlo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a la mujer de las gafas de sol. Oyó el sonido arrastrado y ebrio de su voz, y eso la hizo llorar. Las lágrimas calientes le nublaban la vista.

—Por favor, Dios —susurró—, que Eric siga ahí.

Metió la marcha atrás del coche y salió del aparcamiento. Luego siguió adelante y pisó el acelerador. Los neumáticos chirriaron al girar la esquina y subir por la rampa. Ni siquiera miró a la izquierda para ver si venía tráfico al salir a toda velocidad a la Segunda Avenida.

Dean estaba de pie en el muelle de madera. El hidroavión avanzó por las agitadas olas azules y se elevó hacia el cielo, con el motor traqueteando mientras giraba a la izquierda y se dirigía de vuelta a Seattle.

Había olvidado lo bonito que era este lugar, su tranquilidad.

La marea estaba baja y este tramo de playa, que alguna vez le resultó tan familiar como su propia mano, olía a arena calentada por el sol, a algas que se enredaban despacio hasta formar tiras

correosas. Sabía que, si saltaba sobre esa arena, esta se tragaría sus costosos mocasines y lo reclamaría, convirtiéndolo de nuevo en un niño.

Era el olor lo que lo transportaba al pasado, eso y el sonido de las olas rompiendo contra los pilotes cubiertos de percebes. Una docena de recuerdos le vinieron a la mente, envueltos en el aroma de la playa de sus padres durante la marea baja.

Allí, él y Eric habían construido sus fuertes y enterrado tesoros hechos con fichas de póquer envueltas en papel de aluminio; habían ido de roca en roca, en cuclillas, y se habían raspado las rodillas con la madera flotante mientras buscaban los diminutos cangrejos negros que vivían bajo las resbaladizas piedras grises.

En aquellos días eran los mejores amigos, hermanos inseparables que a menudo parecían pensar con una sola mente.

De los dos, Eric era el fuerte, el muchacho de oro que lo hacía todo bien y luchaba por lo que deseaba. A los siete años, Eric había exigido que lo llevaran a la casa de su abuelo en Lopez, la que habían visto en fotos. Y fue Eric quien primero convenció a su madre para que los dejara quedarse.

Dean aún recordaba las discusiones. Eran en voz baja, por supuesto, como debían ser todas las discusiones de los Sloan, llenas de sonidos sibilantes y pausas significativas. Recordaba estar sentado en lo alto de las escaleras, con su cuerpo escuálido tan apretado contra la barandilla que más tarde le quedaron marcas en la piel, escuchando a su hermano mayor suplicar por la oportunidad de ir a la escuela de la isla.

Al principio, su madre lo consideró «absurdo», pero Eric insistió sin descanso hasta convencerla. Aun siendo un niño, Eric resultó tan

formidable como su madre y, al final, ganó. En aquel momento, pareció una victoria monumental; sin embargo, con la edad llegó la sabiduría. La verdad era que su madre estaba tan ocupada dirigiendo Harcourt and Sons que no le importaba dónde estuvieran sus hijos. ¡Oh!, de vez en cuando intentaba hacer lo «correcto», como ella lo llamaba —que se cambiaran a Choate, la escuela de élite—, pero al final simplemente lo dejaba estar.

Dean cerró los ojos y enseguida los abrió, sorprendido por el sonido de una risa.

Solo era un eco en su mente, un recuerdo auditivo. Odiaba lo que lo había traído de vuelta a casa por fin, odiaba que hubiera sido necesaria una enfermedad para traerlo de vuelta con su hermano. Más aún, odiaba lo que sentía ahora por Eric; se habían distanciado mucho. Y todo eso era culpa de Dean. Lo veía, lo sabía y lo odiaba, y parecía incapaz de cambiarlo.

Sucedió un domingo en apariencia normal. Dean se había mudado de la isla para entonces, se había ido a la escuela preparatoria; era estudiante de último año y tenía el corazón tan roto que a veces se olvidaba de respirar. Eric estaba en Princeton. Entonces todavía eran hermanos, separados solo por los kilómetros, y hablaban por teléfono todos los domingos. Una llamada fue lo que lo cambió todo.

«Me he enamorado, hermanito… Prepárate para una sorpresa… Él se llama Charlie y es…».

Dean nunca había podido recordar más que eso. De alguna manera, en aquel momento extraño y desorientador, su mente se había apagado. De repente se había sentido traicionado, como si el hermano que conocía y quería fuera un desconocido.

Dean le había dicho a Eric todo lo que debía decirle. Incluso en su confusión y conmoción, sabía lo que se esperaba de él y había cumplido. Pero ambos habían oído la mentira que se escondía tras las palabras. Dean no sabía cómo ser sincero, qué palabras podía moldear para convertirlas en una verdad aceptable. Se había sentido, ridículamente, como si hubiera perdido a su hermano ese día.

Si se hubieran reunido entonces, si hubieran hablado, quizá todo habría salido bien. Pero eran jóvenes los dos, al comienzo de la vida, cada uno con un rumbo diferente. Resultó fácil separarse. Para cuando Dean se graduó en Stanford y empezó a trabajar en el negocio familiar, había transcurrido demasiado tiempo para empezar de nuevo. Eric se había mudado a Seattle y daba clases de lengua en un instituto. Vivió con Charlie durante mucho tiempo; solo hacía unos pocos años que Dean había recibido una nota de Eric sobre la batalla perdida de Charlie contra el sida. Dean envió flores y una bonita tarjeta. Tenía la intención de llamar por teléfono, pero, cada vez que lo cogía, se preguntaba qué demonios podía decir.

Dean se alejaba del agua y caminaba por el muelle. Subió las escaleras de troncos partidos que se adentraban en el acantilado arenoso. Estaba sin aliento cuando al fin llegó a la cima del acantilado.

La enorme casa victoriana era exactamente como la recordaba: revestimiento de color rosa salmón, techo inclinado, elegantes adornos blancos. Las enredaderas de clemátide se enroscaban alrededor de los barrotes del porche y colgaban en espumosos bucles a lo largo de los aleros. El césped seguía tan plano y verde

como un trozo de fieltro navideño. Las rosas florecían exuberantes, podadas a la perfección y abonadas año tras año.

Era algo que su madre nunca olvidó: los gastos de mantenimiento de la casa. Todas sus propiedades estaban primorosamente cuidadas, pero esta más que la mayoría. Ella sabía —o imaginaba, que para ella era lo mismo que una certeza— que Eric visitaba en ocasiones la casa de verano con «aquel hombre». No quería oír ninguna queja de ellos sobre la propiedad.

Dean se dirigió hacia la casa, agachado bajo las ramas extendidas de un viejo madroño. Al inclinarse, un destello plateado le llamó la atención. Se giró y se dio cuenta demasiado tarde de lo que había visto.

El columpio, ahora oxidado y olvidado. Una brisa susurrante golpeó uno de los asientos rojos e hizo que las cadenas tintinearan. Verlo le trajo un recuerdo desagradable…

Ruby. Ella había estado allí, apoyada contra el poste metálico inclinado, con los brazos cruzados. Fue en ese momento, en ese preciso instante, cuando se dio cuenta de que su mejor amiga era una chica. Se acercó a ella. «¿Qué? —dijo ella riendo—. ¿Tengo monos en la cara o algo por el estilo?». De repente, entendió que la quería. Quería decírselo, pero ese año su voz lo traicionaba. Tenía tanto miedo de sonar como una chica cuando hablaba que la besó. Fue el primer beso para ambos, y desde entonces, cuando Dean besa a una mujer, añora el olor del mar.

Se alejó del columpio y se dirigió con determinación hacia la casa. Se detuvo en la puerta principal, reunió valor y lo convirtió en una sonrisa. A continuación, llamó a la puerta.

Desde dentro llegó el sonido de unos pasos. La puerta se abrió de golpe y allí estaba Lottie. Su antigua niñera abrió los brazos regordetes.

—¡Dean!

Cruzó el umbral y se adentró en los brazos que lo habían sostenido en su infancia. Respiró su aroma familiar: jabón Ivory y limones.

Se apartó sonriendo.

—Hola, Lottie. Me alegro de verte.

Ella le lanzó «esa mirada», arqueando una espesa ceja gris.

—Me sorprende que aún hayas sabido encontrar el camino hasta aquí.

Aunque no la había visto en más de una década, apenas había envejecido. Bueno, su cabello era más gris, pero todavía lo llevaba recogido en un moño del tamaño de una galleta en la base del cráneo. Su piel sonrosada seguía estando increíblemente tersa y sus brillantes ojos verdes eran los de una mujer que había disfrutado de la vida.

De repente, se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Lottie había entrado en la familia como cocinera durante el verano y poco a poco se convirtió en la niñera a tiempo completo. No tuvo hijos propios, así que Eric y Dean fueron sus hijos sustitutos. Los crio durante los diez años que vivieron en Lopez Island.

—Ojalá estuviera aquí para una visita normal —dijo él.

Ella lo miró parpadeando.

—Parece que fue ayer cuando le limpiaba el chocolate de la carita. No puedo creerlo. Simplemente no puedo creerlo.

Retrocedió hacia la entrada bien iluminada, retorciéndose las manos.

Dean la siguió al salón, donde crepitaba el fuego en la enorme chimenea. Los muebles que recordaba de su infancia seguían abarrotando el gran espacio. Dos sofás de color crema, con patas de madera tallada, se miraban de frente. Entre ellos había una gran mesa de café ovalada de palisandro con un precioso cuenco de Lalique sobre su brillante superficie.

La sala estaba decorada de forma magnífica, con un estilo atemporal. No había nada que estuviera de moda o fuera de mala calidad. Cada objeto reflejaba el gusto impecable de su madre y su cuenta bancaria ilimitada.

Lo único que faltaba en la sala era vida. A ningún niño se le había permitido sentarse en esos sofás perfectos, nunca se había derramado ninguna bebida sobre la alfombra Aubusson.

Dean miró hacia la escalera.

—¿Cómo está?

Los ojos verdes de Lottie se llenaron de tristeza.

—No muy bien, lamento decirlo. El viaje hasta aquí le ha sentado mal. La enfermera de paliativos ha venido. Dice que la nueva medicación, algo llamado cóctel para el dolor, lo ayudará a sentirse mejor.

«Dolor».

Eso era algo en lo que Dean no había pensado, aunque debería haberlo hecho.

—Dios —dijo en voz baja, pasándose una mano por el pelo. Creía que estaba preparado. Se había estado concienciando, y, sin embargo, ahora que estaba allí, se daba cuenta de lo idiota que

había sido. No se podía estar preparado para ver morir a tu hermano —. ¿Ha llamado Eric a nuestros padres?

—Sí. Están en Grecia. En Atenas.

—Lo sé. ¿Ha hablado con mamá?

Lottie bajó la mirada hacia sus manos; él se preparó para lo peor.

—La asistente de tu madre ha hablado con él. Parece ser que tu madre estaba de compras cuando llamó.

La voz de Dean era suave con toda la intención. Temía que, si la alzaba, aunque fuera un poco, acabaría gritando.

—¿Le ha dicho Eric lo del cáncer?

—Por supuesto. Quería decírselo él mismo a tu madre, pero… decidió que era mejor dejarle un mensaje.

—¿Y ella le ha devuelto la llamada?

—No.

Dean soltó un suspiro de cansancio. Lottie se acercó a él.

—Recuerdo cómo solíais ser vosotros, los chicos. Habríais atravesado el fuego el uno por el otro.

—Sí. Ahora estoy aquí por él.

—Sube. —Ella sonrió con dulzura—. Está un poco maltrecho, pero sigue siendo nuestro chico.

Dean asintió con rigidez, se volvió a colgar del hombro la bolsa de viaje y se dirigió escaleras arriba. Los escalones de roble crujían bajo sus pies. Deslizó la mano por la barandilla, pulida hasta alcanzar una perfección brillante por el ir y venir de tres generaciones.

En lo alto de las escaleras, el rellano se bifurcaba en dos pasillos separados. A la derecha estaba la antigua ala de sus padres; sus dormitorios llevaban más de catorce años sin ocuparse.

A la izquierda había dos puertas, una cerrada y otra entreabierta. La puerta cerrada conducía a la antigua habitación de Dean. No necesitaba entrar para imaginársela con claridad: moqueta azul de lana, cama de arce con una colcha de franela a cuadros, un póster polvoriento de Farrah Fawcett con su famoso bañador rojo. Había tenido un millón de sueños en esa habitación, imaginado su vida por venir de mil maneras…, y ninguna había presagiado un momento como este.

De repente, cansado, dobló la esquina, pasó por delante de su antigua habitación y llegó a la puerta de Eric. Allí se detuvo e inspiró hondo, como si más aire en sus pulmones fuera a mejorar las cosas de alguna manera.

Entonces entró en el cuarto de su hermano.

Lo primero que vio fue la cama de hospital. Había sustituido a la litera que antes se apoyaba contra la pared. La nueva cama, grande, con barandillas metálicas e inclinada como una tumbona, dominaba la pequeña habitación. Lottie la había colocado de manera que se pudiera mirar por la ventana.

Eric estaba dormido.

A Dean le pareció verlo todo de golpe: cómo el cabello negro de Eric se había vuelto ralo y dejaba ver claros de piel…, la palidez amarillenta de las mejillas hundidas…, las ojeras manchadas bajo los ojos…, la delgadez venosa del brazo que yacía sobre las sábanas blancas. Tenía los labios pálidos y flácidos, una imitación sin color de la boca que una vez había sonreído casi sin cesar. Solo la sombra más pálida de su hermano yacía allí…

Dean se agarró a la barandilla de la cama para apoyarse; el metal traqueteó bajo su peso.

Los ojos de Eric se abrieron poco a poco.

Y allí estaba. El chico que había conocido y amado.

—Eric —dijo, deseando que su voz no sonara tan ronca. Se esforzó por esbozar una sonrisa.

—No te molestes, hermanito. Por mí no.

—¿Que no me moleste en qué?

—En fingir que no te sorprende mi aspecto.

Eric alcanzó el pequeño vaso de plástico rosa que había en la bandeja junto a la cama. Sus dedos largos y delgados temblaban mientras se llevaba la pajita a la boca. Bebió despacio y tragó. Cuando miró a Dean, sus ojos llorosos estaban llenos de una honestidad terrible y desgarradora—. No pensaba que fueras a venir.

—Por supuesto que he venido. Deberías habérmelo dicho… antes.

—¿Como cuando te dije que era gay? Créeme, hace mucho tiempo que aprendí que mi familia no maneja bien las malas noticias.

Dean luchó por contener las lágrimas, pero se rindió. Eran del tipo que duelen profundamente en el corazón. Sintió una punzante sensación de vergüenza.

Remordimiento, hastío, arrepentimiento, anticipación, ambición…, esas eran las emociones que habían acompañado a Dean a lo largo de su vida. Sabía cómo manejarlas, cómo manipularlas y compensarlas. Pero esta nueva emoción…, esta sensación en el fondo de su estómago de que había sido una mala persona, de que había herido en lo más hondo a su hermano, de que lo sabía y nunca se había molestado en arreglarlo…

Eric esbozó una leve sonrisa.

—Ahora estás aquí. Eso es suficiente.

—No. Has estado enfermo durante mucho tiempo…, solo.

—No importa.

Dean quería alisar los finos mechones de pelo de la frente húmeda de Eric, ofrecerle un gesto reconfortante, pero, cuando extendió la mano, le tembló y se echó atrás.

Hacía años que no consolaba a otro ser humano; no recordaba cómo hacerlo.

—Importa —dijo, oyendo la densidad de su voz. Habría dado cualquier cosa en ese momento por borrar el pasado, por poder volver a aquella tarde de domingo, escuchar la misma confesión de amor de su hermano y simplemente ser feliz.

Pero ¿cómo se hacía eso? ¿Cómo podían dos personas retroceder en el tiempo y desatar un nudo que se había enredado en cada momento de sus vidas?

—Solo háblame —dijo Eric, somnoliento, mientras sonreía de nuevo—. Solo háblame, hermanito. Como solíamos hacer.

5

El teléfono sonó en mitad de la noche. Ruby gimió y miró con ojos legañosos el reloj de la mesilla. La una y cuarto.

—Mierda —murmuró. Debía de ser uno de esos periodistas idiotas.

Se estiró por encima de la mitad vacía de la cama, la de Max, y descolgó el teléfono. Dándose la vuelta, se lo llevó a la oreja.

—¡A cagar!

—¿Vamos juntas, como en el cole?

Ruby se rio, somnolienta.

—¿Caro? Oh, lo siento. Pensé que eras uno de esos parásitos del *Tattler*.

—A mí no me llaman. Por supuesto, yo no he hecho carrera menospreciando a mamá.

—No es una gran carrera. —Ruby se echó hacia atrás y se apoyó contra la pared de estuco rugoso. A través de la línea telefónica podía oír llorar a un bebé. Era un llanto agudo, de esos que solo los perros debían captar.

—Dios, Caro, debes de estar atiborrándote de aspirinas. ¿El niño Jesús siempre llora así?

—Mamá ha tenido un accidente de coche.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Solo sé que está en Bayview, en el hospital. Al parecer, había estado bebiendo.

—Ella nunca bebe… Bueno, nunca solía hacerlo.

Ruby echó hacia el lado la sábana y se levantó. No estaba segura de por qué lo hacía, excepto porque tenía una necesidad repentina de moverse. Se llevó el teléfono inalámbrico a la oreja y caminó hacia la cocina, a oscuras. Allí, a través de la rendija de las cortinas raídas, miró a la calle oscura que había debajo. El letrero de neón rosa de habitaciones libres parpadeaba y zumbaba. Se pasó la mano por el pelo sudado.

—¿Cómo de grave es?

—No lo sé. Voy a dejar a los niños con la madre de Jere a primera hora de la mañana y me acercaré al hospital. Pero no quiero hacerlo sola. ¿Vendrás?

—No lo sé, Car…

—Podría estar muriéndose. Piensa en alguien más que en ti misma, para variar —dijo Caroline con dureza.

Ruby suspiró profundamente.

—Está bien, iré.

—Llamaré a Alaska Airlines y compraré un billete con mi tarjeta. Hay un vuelo a las cinco y cuarenta y cinco. Puedes recogerlo en el mostrador.

—Eh…, no tienes que hacer eso. Ahora tengo dinero.

—¿Tú? Oh…, bueno, eso es genial.

—Estaré allí al mediodía. —Ruby colgó el teléfono.

Cruzando los brazos con fuerza, caminaba de un lado a otro por su apartamento, incapaz de parar.

Llevaba toda la vida enfadada con su presunta madre. No recordaba haber dejado de odiarla… y los últimos días solo habían echado más leña al fuego.

Pero ahora… un accidente. Imágenes horribles se agolparon en su mente. Parálisis…, daño cerebral…, muerte.

Cerró los ojos. Le llevó un momento darse cuenta de que estaba rezando.

—Cuida de ella —susurró, y luego añadió un par de palabras insólitas—: ¡Por favor!

Cuando Nora se despertó a la mañana siguiente, tuvo un momento de puro miedo que le aceleró el corazón. Estaba en una cama extraña, en una habitación austera que no reconocía.

Entonces lo recordó.

Había tenido un accidente de coche. Se acordó del trayecto en ambulancia…, de las luces rojas intermitentes…, del sabor metálico de su propia sangre…, de la sorpresa en el rostro del joven paramédico cuando se dio cuenta de a quién estaba atendiendo.

Y de los médicos. Del ortopedista que le había hablado justo antes y después de las radiografías. «Una fractura grave por encima del tobillo; otra pequeña fractura por debajo de la rodilla… y un esguince en la muñeca». Le había dicho que había tenido suerte.

Cuando oyó eso, ella rompió a llorar.

Ahora tenía la pierna escayolada. No podía verla bajo las mantas, pero la sentía. La carne le hormigueaba y le picaba, y le dolían los huesos.

Soltó un suspiro. Se compadecía de sí misma, muy avergonzada. Beber y conducir.

Como si las fotografías del *Tattler* no fueran suficiente para arruinar su carrera, había añadido un delito a la lista.

No tardarían mucho los medios de comunicación en seguirle la estela. Alguien se daría cuenta de que se podía ganar mucho dinero contando al mundo que Nora Bridge estaba en Bayview. El informe del accidente probablemente valía miles de dólares.

Oyó unos golpes en la puerta, breves y secos, y Caroline entró en la habitación. Mantenía la espalda recta como una tabla y las pálidas manos cruzadas en la cintura. Llevaba unos pantalones de cachemira color cámel y un jersey a juego. Su cabello rubio plateado estaba peinado en un perfecto corte bob, con un lado discretamente colocado detrás de la oreja. Unos enormes pendientes de diamantes brillaban en sus lóbulos.

—Hola, madre.

—Hola, cariño. Qué detalle que hayas venido.

Nora se dio cuenta al momento de lo distante que sonaba y eso la avergonzó. Ella y Caroline habían trabajado duro en los últimos años para volver a estar unidas de una manera honesta. Había tratado a su hija mayor con infinito cuidado, dejando siempre que Caro diera el primer paso. Todo ese progreso se había ido al traste; podía ver cuánto se habían distanciado de nuevo. Había una frialdad en los ojos de Caroline que Nora no había visto en años.

Caroline la miró un instante, sonrió…, o hizo una mueca de dolor. De repente, parecía vulnerable.

Nora no pudo soportar el incómodo silencio que se produjo entre ellas. Dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Los médicos dicen que tendré que usar silla de ruedas unos días, solo hasta que mi muñeca se fortalezca lo suficiente para poder llevar muletas.

—¿Quién va a cuidar de ti?

—Oh… No había pensado en eso. Supongo que contrataré a alguien. No debería ser difícil.

Siguió hablando, cualquier cosa era mejor que ese silencio.

—La gran pregunta es: ¿adónde iré? No puedo volver a mi apartamento. La prensa tiene el lugar vigilado. Pero necesito estar cerca de mis médicos.

Caroline dio un paso hacia la cama.

—Podrías utilizar la casa de verano. Jere y yo nunca encontramos tiempo para ir allí, y Ruby no pone un pie en la isla. La vieja casa está vacía…

La casa de Summer Island. A un paso de Eric. Sería perfecto. Nora miró a su hija.

—¿Harías eso por mí?

Caroline la miró con infinita tristeza.

—Ojalá me conocieras.

Nora se dejó caer sobre las almohadas. Había vuelto a decir lo incorrecto.

—Lo siento.

—Dios, te lo he oído decir tantas veces que es como si lo tuviera tatuado en la frente. Deja de decir que lo sientes y empieza a actuar en consecuencia. Empieza a actuar como mi madre.

Metió la mano en el bolso y extrajo un juego de llaves. Sacó una del llavero y la dejó sobre la mesita de noche.

Nora vio que su hija estaba a punto de romperse.

—Caro…

—Llámame cuando te hayas instalado. —Caroline dio un paso atrás, alejándose de ella.

Nora no sabía qué decir. Caroline tenía razón; no había tenido el valor de actuar como una madre en años.

—Tengo que irme.

Nora asintió con rigidez, intentando sonreír.

—Por supuesto. Gracias por venir.

Quería acercarse a Caroline, coger la mano de su hija y no soltarla nunca.

—Adiós, mamá.

Y se marchó.

Ruby salió de la terminal principal del Aeropuerto Internacional de Seattle-Tacoma. La lluvia golpeaba la pasarela y salpicaba el asfalto, creando una cortina de peltre entre la terminal y el aparcamiento de varias plantas al otro lado de la calle.

El aire de la madrugada olía a árboles de hoja perenne y a tierra negra y fértil. Como si se tratara de una pizca de especias en una receta compleja, había un ligero aroma a mar, un olor que solo los lugareños podían reconocer.

Mientras estaba de pie bajo ese cielo gris e hinchado, oliendo el aire húmedo con aroma a pino, se dio cuenta de que los recuerdos eran más que vaguedades. Permanecían arraigados en el suelo en el que habían crecido. Había lugares más al norte, en el archipiélago de las islas San Juan, donde pedazos de la vida de Ruby habían quedado esparcidos como conchas marinas en la orilla. En algún

lugar allí arriba, se sentaba la sombra de una niña delgada y de ojos atrevidos que, en una playa de guijarros, arrancaba los pétalos de una margarita y canturreaba: «Me quiere, no me quiere». Sabía que, si buscaba con suficiente atención, sería capaz de encontrar el rastro invisible que había dejado atrás, los pedazos de ella que la llevaban del presente al pasado.

No le sorprendió lo frescos que aparecían los recuerdos. Nada podía secarse y convertirse en polvo en el húmedo aire de Seattle. Todo prosperaba.

Ruby paró un taxi y se subió al asiento trasero, dejando caer el bolso de mano a su lado. Echó un vistazo a la licencia del taxista, un hábito que había adquirido durante sus visitas a Nueva York, y vio que se llamaba Avi Avivivi.

Podía hacer un chiste con ello, pero estaba demasiado cansada para elaborarlo.

—Bayview —dijo mientras se acomodaba en el maloliente asiento de terciopelo marrón.

Avi pisó el acelerador y se metió en el carril contiguo.

Ruby cerró los ojos, tratando de no pensar en nada. Parecía que solo habían pasado unos minutos cuando el taxista le dio un golpecito en el hombro.

—¡Señora! Señora, ¿se encuentra bien?

Ruby se despertó sobresaltada y se frotó los ojos.

—Estoy bien, gracias.

Sacó treinta dólares arrugados del bolsillo y le dio a Avi el importe del trayecto y la propina. Luego agarró la bolsa de viaje y el bolso, se colgó ambas correas al hombro y se dirigió hacia las puertas

dobles de cristal del hospital, donde había algunas personas revoloteando.

Ruby estaba casi en medio de todas ellas cuando se dio cuenta de que eran periodistas.

—¡Es su hija!

Los reporteros se volvieron hacia ella al mismo tiempo, gritando unos por encima de otros. Se empujaban para conseguir una buena posición.

—¡Ruby, mira aquí!

—¿Estaba tu madre borracha en el momento de…?

—¿Qué te parecieron las fotografías…?

Ruby oía cada clic del obturador, cada avance del carrete. Se fijó en el mechón de pelo que se le había pegado al labio inferior, en el pequeño corte de papel en su dedo índice. Era como si estuviera a kilómetros de distancia de la multitud, aunque habría podido alargar la mano y tocar a la mujer de la CNN.

—¡Ruby! ¡Ruby! ¡Ruby!

Durante un momento vertiginoso se permitió fingir que todo eso era por ella, que se había ganado esa atención.

—¿Sabías lo de la aventura de tu madre?

Al oír eso, Ruby se giró. Cruzó la mirada con un hombre bajito y de nariz aguileña que llevaba una gorra de visera.

—No. —Esbozó una sonrisa brillante y falsa—. Haría un chiste al respecto, pero no es muy gracioso.

Se abrió paso entre la multitud con la cabeza alta y la mirada al frente. Las preguntas la seguían como piedras lanzadas a su espalda, algunas de ellas golpeándola con fuerza.

Atravesó las puertas neumáticas, que se cerraron tras ella con un silbido. Dentro, todo estaba en silencio. El aire olía a desinfectante. Sillas con estampados atrevidos salpicaban el amplio vestíbulo blanco. Había cuadros alegres y genéricos en las paredes, colocados de forma incómoda entre retratos con marco dorado de hombres y mujeres de aspecto adusto que, era obvio, habían donado millones al hospital.

—¡Ruby!

Caroline se abalanzó sobre ella. Su abrazo casi derriba a Ruby. Mientras la estrechaba, Ruby pudo notar lo delgada que estaba Caro, pudo sentir el temblor en el cuerpo de su hermana.

Por fin, Caro se apartó. Se le había corrido el rímel, arruinando la perfección imposible de su rostro.

—Lo siento —dijo al tiempo que abría el bolso y buscaba un pañuelo de encaje, que utilizó para secarse los ojos. Ruby podía sentir que Caroline estaba avergonzada por su inusual muestra de emoción. Si los viejos patrones se mantenían, Caro se apartaría ahora y tomaría distancia mientras reducía sus sentimientos a un tamaño aceptable.

Caroline cerró los ojos por un momento. Cuando los volvió a abrir, miró a Ruby con una especie de silenciosa desesperación. Ruby reconoció esa mirada. Su hermana se preguntaba por qué todo en la vida no podía ser más fácil, por qué no podían simplemente quererse todos.

El silencio se apoderó de ellas, suave y frío como la lluvia de la madrugada. En esa quietud, Ruby oyó el eco de una familia rota; eran piezas individuales, ahora separadas, que anhelaban una integridad que se había hecho añicos.

—¿Cómo está Nora? —preguntó Ruby por fin.

Caroline la miró con dureza.

—Sigue odiando que la llamemos Nora.

—¿En serio? Lo había olvidado.

—Apuesto a que sí. En fin, chocó el coche contra un árbol. Se ha roto una pierna y se ha torcido la muñeca. Estará en silla de ruedas unos días. Eso hace que le resulte bastante difícil hacer las cosas normales de la vida. Necesitará ayuda.

—Me da pena la pobre enfermera que acepte ese trabajo.

Caroline la miró.

—¿A ti te gustaría que te cuidara un desconocido?

Ruby tardó un minuto en entender lo que quería decir su hermana. Cuando lo hizo, se echó a reír.

—Estás delirando.

—No tiene gracia. Has visto a los periodistas aquí delante. Están listos para destrozar a mamá, y ella siempre ha sido frágil.

—Sí, en el sentido en que puede serlo un pitbull.

—Ruby —dijo Caroline con su voz de «somos un equipo y tú no estás jugando limpio»—, un extraño podría venderla a la prensa sensacionalista. Necesita a alguien en quien pueda confiar.

—Entonces será mejor que lo hagas tú. Ella no puede confiar en mí.

—Tengo hijos. Un marido.

Una vida. La implicación era clara y la verdad dolía.

—¿No tiene amigos?

—Deberías ser tú, Ruby. —Caroline parecía disgustada—. Por Dios, vas a cumplir los treinta en pocos años. Mamá tiene cincuenta. ¿Cuándo vas a conocerla?

—¿Quién dice que lo voy a hacer?

Caro se acercó.

—Dime que no lo pensaste anoche.

Ruby no podía tragar saliva. Su hermana estaba tan cerca… Olía a perfume caro, a gardenias, tal vez.

—¿Pensar qué?

—Perderla.

Las palabras dieron peligrosamente cerca del blanco. Ruby se quedó mirando el suelo de linóleo moteado. No tenía ninguna duda de lo que debía hacer: salir por la puerta principal y tomar un vuelo a casa. Pero esta vez no era tan fácil, sobre todo con el artículo de *Caché* que tenía que escribir. Pasar un poco de tiempo con Nora Bridge sin duda mejoraría el texto. Mucho.

Respiró hondo y se volvió hacia su hermana.

—Una semana —dijo con voz tranquila—. Me quedaré con ella durante una semana.

Caroline abrazó a Ruby con fuerza.

—Sabía que harías lo correcto.

Ruby se sintió una impostora. No podía mirar a los ojos a su hermana. Con voz débil, dijo:

—Una semana con Nora. Será mejor que empieces a reunir fondos para la defensa.

Caroline se rio.

—Ve a decírselo. Está en la 612 oeste. Te esperaré aquí.

—Cobarde. —Ruby le dedicó una sonrisa nerviosa y se dirigió a los ascensores. En la sexta planta, comenzó a buscar habitación por habitación hasta que encontró la 612.

La puerta estaba entreabierta.

Respiró hondo otra vez y entró.

Su madre estaba dormida.

Ruby exhaló aliviada. La tensión de sus hombros se alivió un poco y aflojó los puños.

Contempló el pálido y hermoso rostro de su madre y sintió una inesperada punzada de nostalgia. Tuvo que recordarse a sí misma que aquella encantadora mujer pelirroja que se parecía a Susan Sarandon no era en realidad su madre. La madre de Ruby, la mujer que jugaba al *Scrabble* y hacía tortitas con trocitos de chocolate todos los domingos por la mañana, había muerto hacía once años. Esta era la mujer que la había matado.

Nora abrió los ojos.

Ruby sintió unas ganas casi irresistibles de salir corriendo.

Nora jadeó y se incorporó rápido mientras se alisaba con timidez el pelo enmarañado de la cara.

—Has venido —dijo en voz baja y con un tono de asombro.

Ruby obligó a sus manos a permanecer pegadas a los costados. Era una vieja regla que seguía en pie. No mostrarse ansiosa. El público podía oler los nervios.

—¿Cómo estás?

Pregunta estúpida, pero Ruby estaba fuera de control, con miedo a desplomarse.

—Estoy bien. —Nora sonrió, aunque era una mueca extraña e incierta.

Ruby cruzó los brazos, otra técnica para no moverse.

—Supongo que habrás perdido tus puntos por buena conducción.

—Así es mi Ruby. Siempre lista para bromear.

—Yo no diría eso de que soy «tu» Ruby.

La sonrisa de Nora se desvaneció.

—Estoy segura de que tú no lo dirías. —Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz con una exhalación suave—. Veo que sigues creyendo que lo sabes todo… y que sigues sin dar cuartel.

Ruby podía sentir cómo los viejos hábitos se deslizaban bajo sus pies. Unas pocas palabras bien elegidas más y se desataría entre ellas una guerra a gran escala.

—No lo sé todo —dijo Ruby con tono tranquilo—. No creo que llegara a conocer nunca a mi madre.

Nora se rio, un sonido agitado y cansado.

—Entonces ya somos dos.

Se miraron fijamente. Ruby sintió una creciente necesidad de escapar; sabía que era el instinto de supervivencia. Ya se había dado cuenta de que no podría pasar una semana con esta mujer sin sentir nada… La ira era tan intensa en ese momento que la abrumaba.

Pero no tenía otra opción.

—Había pensado… en quedarme contigo un tiempo. Para ayudarte a instalarte.

La sorpresa de Nora fue casi divertida.

—¿Por qué?

Ruby se encogió de hombros. Había tantas respuestas a esa pregunta…

—Podrías haber muerto. Quizá he pensado en cómo sería perderte. —Sonrió con rigidez—. O tal vez este sea tu momento más oscuro, la pérdida de todo por lo que dejaste a tu familia, y no quiero perderme ni un minuto de tu miseria. O tal vez me hayan encargado escribir un artículo sobre ti para una revista y necesito estar cerca para obtener información privilegiada. O tal vez yo…

—Lo entiendo. No importa el motivo. Necesito ayuda y es obvio que no tienes nada mejor que hacer.

—¿Cómo te lo montas? ¿Me criticas mientras me lo agradeces? Por Dios…, Pues ¡vaya regalito!

—No era mi intención criticarte.

—No, solo has pensado en señalar que no tengo vida. No se te ha pasado por la cabeza que la he reorganizado para pasar tiempo contigo, ¿verdad?

—No empecemos, ¿vale?

—Tú has empezado.

La mano de Nora se movió hacia la barandilla de la cama, sus dedos se deslizaron cerca de Ruby. Levantó la vista.

—Sabes que voy a la casa de verano, ¿verdad?

Ruby creía no haber escuchado bien.

—¿Qué?

—Hay periodistas acampados a las puertas de mi apartamento. No puedo enfrentarme a ellos. —Nora bajó la mirada y Ruby vio lo difícil que era para su madre enfrentarse a ella también. El pasado se interponía entre ellas de nuevo, una telaraña pegajosa que atrapaba viejas heridas y las retenía—. Tu hermana me ha ofrecido la casa de verano. Si quieres cambiar de opinión, lo entenderé.

Ruby se acercó a la ventana y se quedó mirando las calles grises y lluviosas de Capitol Hill.

Hacía unos momentos le había parecido factible: ir a la casa de esa mujer —la casa de Nora, que en realidad no era su madre en absoluto—, sentarse con ella durante unos días, preparar algunas comidas, hojear unos cuantos álbumes de fotos antiguas y hacer

algunas preguntas. Obtener suficiente información para escribir la sección «De dónde viene Nora Bridge» del artículo.

Pero en la casa de verano…

Era donde estaban enterrados muchos recuerdos, tanto buenos como malos. Prefería ver a Nora en algún rascacielos con paredes de cristal que el éxito había comprado, no en la granja de madera donde Ruby recordaría la jardinería, la pintura y el sonido de las risas que hacía tiempo que se habían desvanecido.

«Cincuenta mil dólares».

Eso era en lo que tenía que pensar. Podría soportar una semana en la casa de verano.

—Supongo que no importa dónde estemos…

—¿Lo dices en serio? —Había una inquietante melancolía en la voz de su madre.

Ruby se dio la vuelta al fin. Quería acortar la distancia entre ellas, pero sus pies no se movían.

—Claro. ¿Por qué no?

Nora la miraba pensativa.

—Tendrás que alquilarme una silla de ruedas —dijo—, solo hasta que mi muñeca esté lo bastante fuerte como para usar muletas. Y necesitaré algunas cosas de mi apartamento.

—Puedo hacerlo.

—Hablaré con mi médico y pediré el alta. Tendremos que irnos con discreción; por la puerta trasera, quizá. No queremos que nos sigan.

—Alquilaré un coche y te recogeré en… ¿cuánto? ¿Dentro de un par de horas?

—De acuerdo. Mi bolso está en el armario. Coge mis tarjetas de crédito. Usa la Visa platino para lo que necesites. Te haré un mapa para llegar a mi apartamento y llamaré a Ken, el portero. Él te dejará entrar. Y, Ruby…, escoge un coche bonito, ¿de acuerdo?

Ruby intentó sonreír. Esto iba a salir mal. Su madre ya estaba exigiendo cosas y juzgándola.

—Solo lo mejor para ti, Nora.

Se dirigió al armario, vio el caro bolso negro y lo cogió. La ancha correa se ajustaba cómodamente a su hombro. Sin mirar atrás, salió.

La voz de su madre la detuvo.

—Ruby, gracias.

Ella cerró la puerta tras de sí.

6

Ruby entró en el ático de su madre y cerró con cuidado la puerta. Un silencio extraño y un leve olor a flores invadían el lugar.

Dejó caer la chaqueta sobre el reluciente suelo de mármol, junto a una mesa ornamentada de hierro forjado y piedra que sostenía una enorme urna llena de rosas. Dobló la esquina y, literalmente, tuvo que recuperar el aliento. Era la habitación más increíble que había visto nunca.

Una pared de ventanales que iban del suelo al techo rodeaba todo el apartamento y mostraba una vista panorámica de Elliot Bay. Los suelos eran de mármol pulido, de un color entre blanco y dorado, con intrincados filamentos negros y verdes que recorrían cada cuadrado. Los muebles, cubiertos de brocado y con patas doradas, se agrupaban en el salón alrededor de una preciosa mesilla de oro y cristal. En una esquina había un piano de ébano Steinway cuya tapa lacada estaba llena de fotografías en marcos con bordes dorados.

Un pasillo con poca luz conducía a varias habitaciones más —un comedor formal, una cocina gourmet, una oficina en casa— y terminaba en el dormitorio principal. Aquí, las ventanas estaban revestidas con cortinas de seda gris acero a juego con la colcha de cachemira. Había dos enormes vestidores. Abrió el primero y una luz

se encendió automáticamente para revelar dos filas de ropa, ordenada por colores.

Los dedos de Ruby se deslizaron entre las prendas. Sedas, cachemiras, lanas caras. Leyó las etiquetas: St. John, Armani, Donna Karan, Escada.

Soltó un suspiro envidioso. El pensamiento de «esto es por lo que nos dejó» le atravesó la mente y le hizo más daño del que habría esperado.

Sacó la lista del bolsillo. «Secador, rizador, pantalones cortos, vestidos, calcetines». Eran artículos comunes, pero nada en ese armario costaba menos de trescientos dólares.

Retrocedió, cerrando la puerta tras de sí. En la cómoda de palisandro con adornos dorados, abrió el cajón superior. Allí había pequeños montones de lencería doblada a la perfección. Cogió algunas piezas y luego unos pantalones cortos y unas camisetas de manga corta del segundo cajón. Dejó el montón sobre la cama y se dirigió al segundo vestidor.

De nuevo, la luz se encendió de forma automática, pero la ropa de este armario parecía pertenecer a otra mujer. Pantalones de chándal grises gastados, sudaderas holgadas y manchadas, vaqueros tan viejos que estaban pasados de moda. Unos cuantos vestidos de verano de colores vivos.

Su madre tenía ropa cara de diseño y ropa para estar por casa, pero nada entre medias. Nada para salir a comer con una amiga o ir al cine.

Nada para la vida real.

«Qué raro…».

Cogió un vestido de verano. Al tirar de él, el dobladillo de encaje se quedó trabado. Ruby apartó con cuidado el resto de la ropa y vio con qué se había enganchado el vestido. Era la tapa levantada de una caja de cartón. En el lado beis, escrito con tinta roja, estaba el nombre de Ruby.

Le dio un vuelco el corazón. Sintió un impulso rápido, casi desesperado, de salir del vestidor y cerrarlo de un portazo. Lo que fuera que hubiera en esa caja, lo que fuera que su madre hubiera guardado y marcado con el nombre de Ruby, no debería importarle…

Pero parecía que no podía moverse. Soltó el vestido, que cayó al suelo con la percha y todo, y se arrodilló. Se arrastró hacia delante y atrajo la caja hacia ella. Le temblaban los dedos mientras la abría.

Dentro había docenas de pequeños paquetes envueltos, algunos con los colores rojo y verde de la Navidad, otros con un papel plateado brillante de globos y velas.

Cumpleaños y navidades.

Contó los paquetes. Veintiuno. Dos por cada uno de los once años que Nora había estado lejos de ellas, menos el jersey negro de cachemira que Caroline había escondido a espaldas de Ruby.

Eran los regalos que Nora había comprado y enviado a Ruby cada año, los mismos que ella había devuelto sin piedad, sin abrir.

—Oh, Dios.

Soltó un suspiro y cogió una de las cajas. Era pequeña, como muchas de las demás, del tamaño de una tarjeta de crédito y como de tres centímetros de grosor. La que había elegido estaba envuelta en papel de cumpleaños.

El papel se notaba resbaladizo en las manos y, cuando lo levantó hacia ella, oyó un pequeño tintineo en su interior. El sonido la llenó

de una terrible nostalgia. Le enfureció este brote de emociones inútiles, pero no podía hacer que desapareciera.

Con cuidado, retiró el papel y se quedó con una pequeña caja blanca con el logotipo de una joyería impreso. Levantó la tapa. Dentro, sobre un lecho de papel de seda opalescente, había un colgante de plata. Era un pastel de cumpleaños, con velas y todo.

Ruby sabía que no debía coger el colgante, pero no pudo evitarlo. Sintió la solidez en la palma de la mano y luego le dio la vuelta. En la parte posterior había una inscripción: FELIZ VEINTIÚN CUMPLEAÑOS. CON AMOR, MAMÁ.

El colgante de plata se volvió borroso.

Se negó a abrir más paquetes; no era necesario. Sabía que en alguna de esas cajas habría alguna pulsera y más colgantes elegidos con esmero, muchos de ellos representando los años que habían pasado separadas.

Podía imaginar a su madre, vestida a la perfección y con un maquillaje impecable, yendo de tienda en tienda en busca del regalo ideal. Charlaría amablemente con los dependientes y diría cosas como «Mi hija cumple veintiún años hoy. Necesito algo muy especial». Fingiría que todo era normal…, que no había abandonado a sus hijas cuando más la necesitaban.

Al pensar en eso, Ruby sintió una oleada de ira fría y recuperó el control. Unas cuantas baratijas no significaban nada.

Lo que importaba no era lo que Nora había intentado darle a Ruby, sino lo que le había quitado.

No hubo fiesta de cumpleaños para Ruby cuando cumplió diecisiete años. Ese día solo hubo más silencio. Ningún familiar se reunió alrededor de una gran mesa de cocina llena de regalos. Esos

momentos…, esos preciosos momentos murieron cuando murió su familia.

Unos cuantos regalos bien envueltos que había encontrado metidos en una caja de cartón en un armario no podían cambiar eso.

Ruby no lo permitiría.

Cuando Ruby se acercó a la habitación del hospital de su madre, redujo la velocidad. Había un hombre de pie junto a la puerta. Era alto y afeminado, alguien que se viste para gustar a las mujeres: pantalones grises, camisa rosa y tirantes azul marino brillante. Tenía el pelo blanco como la nieve y ralo. Ella notó que no dejaba de pasarse la mano por él, como para asegurarse de que todavía estaba allí.

Al aproximarse, él levantó la vista. Sus ojos negros, estrechos y penetrantes se fijaron en ella.

—¿Eres Ruby Bridge?

Ella se detuvo. Había calculado mal la distancia y se había acercado demasiado a él. Desprendía un aroma dulce y almizclado. Colonia cara, usada en exceso. Pudo percibir que le molestaba que ella invadiera su espacio personal.

El hombre dio un paso atrás y carraspeó, un suave recordatorio de que le había preguntado si era Ruby Bridge.

—¿Quién quiere saberlo?

Sonriendo, como si eso fuera precisamente lo que esperaba que Ruby Bridge dijera, le tendió la mano.

—Soy el doctor Leonard Allbright, el médico de tu madre.

—¿Dónde está su bata blanca?

—Soy su psiquiatra.

Eso sorprendió a Ruby. No podía imaginar a su madre contándole sus intimidades a nadie.

—¿De verdad?

—Acabo de hablar con ella y me ha contado vuestro… acuerdo —dijo la última palabra como si tuviera un sabor amargo—. Conozco tu historial, así que he pensado en advertirte que tengas en cuenta que tu madre es frágil.

—Ajá. ¿Está casado, doctor Allbright?

Una expresión de dolor se deslizó por los surcos de su rostro.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Mi madre colecciona hombres que creen que es frágil. Es una auténtica chica Tennessee Williams.

El doctor Allbright no pareció complacido por esa observación.

—¿Por qué te has ofrecido a cuidar de ella?

—Mire, doctor, cuando todo haya terminado, puede hacerle a Nora todas las preguntas que quiera. Le pagará una fortuna por escuchar sus quejas sobre la cabrona de la hija que la traicionó. Pero yo no voy a hablar con usted.

—«Traicionó» es una elección de palabra interesante.

Ruby se estremeció.

—Si eso es todo…

Él metió la mano en el bolsillo y sacó un delgado estuche plateado con las iniciales LOA grabadas en oro. Dentro había una pulcra pila de costosas tarjetas de visita. Le entregó una.

—No sé si es buena idea que cuides de Nora. Sobre todo en su estado mental actual.

Ruby cogió la tarjeta y se la guardó en la cintura elástica de sus leggings.

—¿Sí? ¿Por qué no?

Él la observó y ella pudo ver por su ceño fruncido que no estaba contento.

—No has visto ni hablado con tu madre en años, y está claro que estás muy enfadada con ella. Teniendo en cuenta… lo que le pasó, podría ser una mala combinación. Quizá incluso peligroso.

—¿Peligroso cómo?

—No la conoces. Y, como he dicho, ahora está frágil.

—Viví con ella durante dieciséis años, doctor. Usted ha hablado con ella una vez a la semana durante… ¿qué, un año o dos?

—Quince años.

Ruby levantó la barbilla.

—¿Quince años? Pero entonces todo iba bien.

—¿Ah, sí?

Su respuesta la dejó desconcertada. Hace quince años, Ruby acababa de quitarse los brackets, cantaba las canciones de Madonna, llevaba una docena de crucifijos e imaginaba que su futuro seguiría el curso de su infancia, que su familia siempre estaría unida.

—Tu madre es muy reservada —continuó el doctor Allbright— y, como he dicho, frágil. Creo que siempre lo ha sido. Es obvio que tú no estás de acuerdo.

Dio un paso hacia ella. Esta vez fue Ruby quien se sintió invadida. Se armó de valor para mantenerse firme.

—Tu madre iba a casi ciento diez por hora cuando chocó contra ese árbol. Y ese mismo día había perdido su carrera. Es una

coincidencia bastante significativa.

Ruby no podía creer que no hubiera hecho esa conexión. Un escalofrío la recorrió.

—¿Me está diciendo que intentó suicidarse?

—Estoy diciendo que es una coincidencia. Una coincidencia peligrosa.

Ruby soltó un profundo suspiro. De repente, no le parecía buena idea hacerse responsable de su madre, ni siquiera por unos días. Nadie emocionalmente inestable debería ser confiado a Ruby; demonios, ni siquiera un pececito podría sobrevivir a su cuidado.

—No conoces a tu madre. Recuérdalo.

Esa observación devolvió a Ruby a tierra firme.

—¿Y de quién es la culpa? Yo no soy la que se marchó.

Él se la quedó mirando con esos ojos que ella había visto una y otra vez a lo largo de su vida. «Oh, genial —pensó—, ahora decepciono a completos desconocidos».

—No, no lo eres —dijo él con tono tranquilo—, y tampoco tienes dieciséis años.

Ruby debería haber alquilado un coche más grande. Como un todoterreno o una autocaravana.

Esa furgoneta era demasiado pequeña para ella y Nora. Estaban atrapadas en los asientos delanteros, una al lado de la otra. Con las ventanillas subidas, parecía que no quedaba aire para respirar, y no había nada que hacer salvo hablar.

Ruby subió el volumen de la radio.

La voz pura y vibrante de Céline Dion llenó el coche con algo sobre el amor que les llega a los que creen.

—¿Podrías bajar el volumen? —dijo Nora—. Me está dando dolor de cabeza.

Ruby miró de reojo. Nora parecía cansada; su piel, por lo habitual pálida, parecía tan translúcida como la porcelana fina. Unas pequeñas venas azules le revestían la carne hundida de las sienes. Se volvió hacia Ruby e intentó sonreír, pero, en realidad, su boca apenas tembló antes de cerrar los ojos y recostarse contra la ventanilla.

«Frágil».

Ruby no podía comprender ese pensamiento. Era demasiado ajeno a su propia experiencia. Su madre siempre había sido de acero. Incluso cuando era niña, Ruby conocía su fuerza. Los demás niños de su clase temían a su padre cuando salían las notas. Las chicas Bridge no. Vivían con el miedo de decepcionar a su madre.

No es que les impusiera un castigo especial, ni que les gritara o chillara. No, era peor que eso.

«Me decepcionas, Ruby Elizabeth… La vida no es amable con las mujeres que toman el camino fácil».

Ruby nunca había sabido qué era exactamente el camino fácil ni adónde llevaba, pero sí que era algo malo. Casi tan malo como «engañarse a uno mismo», otra cosa que Nora no toleraba.

«La verdad no desaparece solo porque cierres los ojos» era otro de los dichos favoritos de su madre.

Por supuesto, esos eran los días de «antes». Después, a nadie en la familia le importó mucho decepcionar a Nora Bridge. De hecho, Ruby había hecho todo lo posible por conseguirlo.

—Ruby, la música.

Ella apagó la radio. El sonido casi de metrónomo de los limpiaparabrisas llenó el repentino silencio.

A solo unos kilómetros del centro de Seattle, la gris ciudad dio paso a una extensa colección de centros comerciales achaparrados y de techo plano. Unos kilómetros más y se encontraron en tierras de cultivo. Colinas onduladas cubiertas de árboles y exuberantes pastos verdes se extendían a ambos lados de la autopista. La blanca cúpula helada del monte Baker se alzaba sobre una capa de niebla que cubría las llanuras agrícolas.

Ruby aceleró al atravesar la tranquila ciudad de Mount Vernon; temía que su madre dijera algo íntimo, como: «¿Recuerdas cuando solíamos pasear en bicicleta por los campos de tulipanes durante el festival?».

Pero, cuando miró de reojo, vio que Nora estaba dormida.

Ruby suspiró aliviada y soltó el acelerador. Sentaba bien conducir el resto del camino sin preguntarse si la estaban observando.

En Anacortes, la pequeña población costera situada a orillas del mar, compró un billete de ida para el ferry y se puso en la fila. Apenas se había iniciado la temporada turística; en dos semanas más, la espera para este transporte podía ser de cinco horas.

Al cabo de menos de media hora, un ferry atracó, hizo sonar su triste sirena y soltó su carga de coches, bicicletas y pasajeros. Entonces un asistente con un chaleco naranja dirigió el coche de Ruby a la proa, donde aparcó y puso el freno de mano. Primer coche en el carril dos, un lugar privilegiado. La boca ovalada y abierta del ferry era una ventana gigante sin cristales que enmarcaba la vista.

El estrecho estaba tan plano como un día lluvioso, salpicado por el aguacero incesante, que lo convertía en una lámina de hojalata martillada. El cielo gris acuoso se fundía con el mar, y la línea que los separaba era un mancha de carbón, fina como un delineador de ojos. Las focas grises con cara de cachorro se arrastraban unas sobre otras para encontrar un lugar cómodo donde posarse en la boya roja del puerto, que se balanceaba.

Ruby salió del coche y subió las escaleras. Después de comprar un café con leche en la cafetería, salió a la cubierta. No había nadie. La lluvia había disminuido hasta convertirse en poco más que una espesa niebla. La humedad cubría los pasamanos y resbalaba por las cubiertas.

Un largo y único toque de la sirena del barco anunció su partida.

Ruby deslizó los dedos por la barandilla mojada, a la que se agarró temblando por una repentina oleada de frío. Unas cuantas valientes gaviotas, con las alas extendidas e inmóviles, se dejaban llevar suspendidas por la corriente de aire. Ruidosas, graznaban pidiendo comida.

Islas de un verde exuberante salpicaban el mar estañado con sus costas de granito tallado en marcado contraste con el agua plana y plateada. Los elegantes madroños rojos se inclinaban desde la orilla y sus tenaces raíces se aferraban a una fina capa de tierra vegetal. Había casas dispersas aquí y allá, pero, en su mayor parte, las islas parecían desiertas.

Cerró los ojos y respiró el aire salado y familiar del mar. En octavo curso, había empezado a tomar el ferry para ir al colegio en Friday Harbor, en San Juan Island; los recuerdos del instituto estaban indisolublemente ligados a ese barco…

Ella y Dean siempre se quedaban juntos en este mismo lugar, justo en la proa, incluso cuando llovía.

«Dean».

Era extraño que no hubiera pensado en él de inmediato.

Bueno, quizá no tan extraño. Había pasado más de una década desde la última vez que lo vio, y aún le dolía recordarlo.

Después de que su madre se marchara, Ruby no creía que fuera posible sufrir más. Dean le había enseñado que el corazón humano siempre tenía espacio para el dolor.

Aún pensaba en él de vez en cuando. A veces, cuando se despertaba en medio de una noche calurosa y solitaria y descubría que tenía las mejillas húmedas, sabía que había estado soñando con él. Sabía por Caroline —que lo sabía por Nora— que él había seguido los pasos de su madre después de todo, que ahora dirigía el imperio. Ruby siempre había sabido que lo haría.

Por fin, el ferry giró hacia Summer Island. Sonó la sirena y el capitán habló por el altavoz, instando a los pasajeros a regresar a sus vehículos.

Ruby bajó corriendo las escaleras y se subió a la furgoneta.

El capitán apagó el motor y el barco se deslizó hacia el destartalado muelle negro. Un cartel desgastado por el tiempo —ya era viejo cuando Ruby era niña— colgaba torcido de un poste cercano. Decía: SUMMER ISLAND LES DA LA BIENVENIDA.

Una mujer salió del edificio de la terminal, del tamaño de un armario, y se quedó mirando cómo el ferry flotaba hacia ella. Llevaba un vestido marrón largo hasta los pies, sin cuello ni puños. Un crucifijo de plata ornamentado colgaba de una gruesa cadena alrededor de su cuello. Saludando a los pocos pasajeros que se

agolpaban en la barandilla de proa, arrastró una cuerda deshilachada y gruesa como un brazo a través del muelle y amarró el barco.

—Oh, Dios mío —dijo Nora, parpadeando para despertarse—. ¿No es esa la hermana Helen?

Ruby no podía creerlo. Las monjas siempre habían dirigido el tráfico de transbordadores en Summer Island, pero aun así le sorprendió ver que nada había cambiado.

—Increíble, ¿verdad?

Nora suspiró. Era un sonido cansado, como si tal vez se preguntara si la inmutabilidad era algo bueno. O tal vez, como Ruby, acababa de darse cuenta de cómo se sentiría al volver aquí, al lugar de tanto dolor.

Ruby salió del ferry y condujo por delante de la oficina de correos y el almacén. Lo primero que le llamó la atención fue la total ausencia de cambios significativos. Se sentía como si acabara de hacer un viaje en barco al pasado. Aquí, en Summer Island, todavía era 1985. Si encendiera la radio, casi seguro que sonaría Cyndi Lauper o Rick Springfield…

Por eso se había mantenido alejada.

La carretera giraba, subía una pequeña colina y después descendía hacia un valle verde y ondulado.

A su izquierda, el paisaje era como un cuadro de Monet, todo hierba dorada, árboles verdes y cielos plateados descoloridos. A su derecha se encontraba Bottleneck Bay, y, más allá, la colina boscosa y verde de Shaw Island. Barcas de pesca grises y desgastadas yacían en la playa de guijarros, olvidadas por sus propietarios hacía más de una generación. Unos pocos elegantes veleros, en su

mayoría propiedad de los pocos californianos lo bastante valientes como para comprar una casa de verano en esa isla demasiado tranquila, donde el agua potable nunca estaba garantizada y la electricidad iba y venía con el viento, se balanceaban ociosas en el mar suavemente ondulado.

Solo se veían unas pocas granjas desde la carretera. La isla contaba con unas dos mil hectáreas, pero solo cien residentes durante todo el año. Incluso en verano, cuando los habitantes del continente acudían en masa a sus casas de vacaciones en la isla, Summer Island tenía menos de trescientos residentes.

Era un lugar en extremo diferente a California. Aquí, el hiphop era la forma en que saltaba un conejo y «pasarse» solo significaba parar para saludar a tu vecino de camino al pueblo.

Nora miró por la ventanilla salpicada por la lluvia. Su cabeza hacía un ruido sordo al apoyarla contra el cristal. Las arrugas alrededor de su boca estaban profundamente marcadas, lo suficiente como para hacer que se le fruncieran los labios.

—Cuando vine aquí por primera vez… No, eso ahora no importa.

Ruby se acercó a la carretera de la playa. En lugar de girar, levantó el pie del acelerador y detuvo el coche. La frase a medias de su madre había insinuado… secretos…, cosas no dichas, y a Ruby no le gustaba.

«Quince años», había dicho el doctor Allbright. Llevaba quince años tratando a Nora…, pero ninguno de ellos lo sabía.

—¿Qué ibas a decir?

La risa de Nora era nerviosa, como un algodón de azúcar.

—Nada.

Ruby puso los ojos en blanco. ¿Por qué se había molestado siquiera?

—Da igual.

Volvió a pisar el acelerador, encendió el intermitente y giró hacia la playa. La estrecha carretera de un solo carril serpenteaba entre los imponentes árboles. Aunque era por la tarde, no lo parecía. El ramaje de los árboles estaba cargado de lluvia; las ramas caídas oscurecían la carretera. Aquí y allá, pequeños apartaderos cubiertos de maleza dejaban espacio para detenerse cuando venía otro coche en dirección contraria.

Por fin llegaron a la entrada. Un par de cornejos montaban guardia a ambos lados del camino cubierto de agujas. La grava que en su día se vertió aquí hacía tiempo que se había hundido en la tierra.

Ruby se adentró en el camino de entrada. La hierba, que llegaba hasta las rodillas y crecía en una franja salvaje en el centro de la pista, golpeaba y arañaba los bajos del coche.

Al final del trayecto bordeado de árboles, Ruby pisó el freno. A través del parabrisas salpicado por la lluvia, miró hacia su infancia.

La granja estaba revestida de gruesas tablas blancas con molduras rojas alrededor de las ventanas abatibles. Un lado sobresalía como la cadera malformada de una anciana; era la ampliación que sus abuelos habían construido para sus nietos. Un porche rodeaba tres lados de la casa. Se encontraba en medio de un claro en forma de pastel que sobresalía hacia el mar. En pleno mes de junio, el césped era frondoso y de color verde lima; en los días más calurosos del verano, Ruby sabía que crecería y adquiriría el intenso tono del oro bruñido. Los madroños marcaban el perímetro.

—Dios mío —susurró, empapándose de todo aquello.

Una valla blanca creaba un bonito patio cuadrado alrededor de la granja. En su interior, el jardín estaba en plena floración.

Era obvio que Caroline había pagado a un jardinero para que mantuviera el lugar en buen estado. Parecía como si la familia Bridge se hubiera ausentado una temporada, en lugar de más de una década.

Con un suspiro de cansancio, Ruby salió del coche.

La marea emitía un sonido grave, como un ronquido. Los pájaros gorjeaban sobre sus cabezas, sorprendidos y consternados ante los inesperados invitados. Pero tan al norte no se oían los ruidos de la ciudad, ni las bocinas, los chirridos de neumáticos y los aviones sobrevolando.

Como siempre, Summer Island tenía un aire tranquilo y sobrenatural, y, por mucho que le costara admitirlo, Ruby sintió la familiar bienvenida de la isla. El tiempo aquí se medía en eones, no en vidas. En lo que tardaba el mar en suavizar los bordes ásperos de un trozo de cristal roto, en lo que tardaba la marea en moldear y remodelar la costa.

Fue a la parte trasera de la furgoneta y sacó la silla de ruedas; luego la llevó hasta el lado del pasajero y ayudó a Nora a sentarse.

Agarrándose a los asideros recubiertos de goma, empujó con cuidado a su madre por el sendero. En la verja, Ruby se detuvo y se adelantó para abrirla. La pieza metálica hizo ruido y la cancela se abrió con un chirrido.

Cuando Ruby se dio la vuelta, se fijó en lo pálida que estaba su madre. Nora tocó el listón combado de la valla. Un trozo de pintura

en forma de corazón se desprendió al tocarla y quedó en la hierba como un pedacito de confeti.

Nora levantó la vista con los ojos brillantes y húmedos.

—¿Recuerdas el verano en que Caro y tú pintasteis cada listón de un color diferente? Parecíais dos polos arcoíris cuando terminasteis.

—No lo recuerdo —dijo Ruby. Pero por un instante, cuando miró hacia abajo, las zapatillas que llevaba eran unas Keds salpicadas de pintura de una docena de colores diferentes. Le enfurecía lo fácil que era recordar cosas en ese lugar, sentirlas. Nada parecía haber cambiado allí excepto Ruby, y la nueva Ruby, sin duda, no encajaba en esa casa de cuento de hadas.

Volvió a subir la pendiente y se colocó detrás de la silla de ruedas. Avanzó con cautela por el camino lleno de baches, guiando la silla que tenía delante. Acababan de llegar al borde del porche cuando su madre de repente habló.

—Déjame sentada aquí un momento, ¿quieres? Entra tú.

Nora sacó la llave del bolsillo y se la entregó a Ruby.

—Puedes volver y contarme cómo está.

—¿Prefieres quedarte sentada bajo la lluvia antes que entrar en casa?

—Eso resume bastante bien cómo me siento ahora mismo.

Ruby la rodeó y entró en el porche. El suelo de tablones anchos se tambaleaba bajo sus pies como las teclas de un piano y liberaba una melodía de crujidos y gemidos.

En la puerta principal, introdujo la llave en la cerradura.

Clic.

—¡Espera! —gritó su madre.

Ruby se volvió. Nora sonreía, pero era una sonrisa sombría, más bien como un apretar de dientes.

—Creo… que deberíamos entrar juntas.

—Por Dios, no hagamos un drama de esto. Solo vamos a entrar en una casa vieja. Eso es todo.

Ruby empujó la puerta, echó un vistazo fugaz a las sombras apiladas unas sobre otras y luego volvió a por Nora.

Manejó la silla de ruedas hasta el porche, la empujó por el umbral de madera y condujo a su madre al interior.

Los muebles se apiñaban como fantasmas en medio de la habitación, cubiertos con sábanas viejas. Ruby recordaba que extendían esas sábanas cada otoño, sacudiéndolas en el aire sobre los muebles. Había sido un ritual familiar cerrar la casa para el invierno.

Puede que la casa llevara tiempo deshabitada, pero estaba bien cuidada. No podía haber más de unas pocas semanas de polvo en esas sábanas blancas.

—Caroline ha cuidado bien de la casa… Me sorprende que lo haya dejado todo tal como estaba.

Había una nota de asombro en la voz de Nora, y tal vez un toque de pesar. Como si, al igual que Ruby, hubiera esperado que Caroline hubiera extendido una capa de pintura sobre el pasado.

—Ya conoces a Caro —dijo Ruby—. Le gusta que en la superficie todo se mantenga bonito.

—Eso no es justo. Caro…

Ruby se dio la vuelta.

—Dime que no vas a explicarme cómo es mi hermana.

Nora cerró la boca de golpe. Luego estornudó. Y otra vez. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras decía:

—Soy alérgica al polvo. Sé que no hay mucho, pero soy muy sensible. Tendrás que limpiar el polvo enseguida.

Ruby la miró.

—Tienes la pierna rota, no la mano.

—No puedo soportarlo… Las alergias.

Era la mejor excusa para no limpiar que Ruby había escuchado jamás.

—Está bien. Yo quitaré el polvo.

—Y pasa la aspiradora, recuerda que hay polvo en las alfombras.

—¿En serio? Eso me sorprende bastante.

Nora tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Lo siento. Se me había olvidado por un momento que no eres… Da igual.

Ruby la miró.

—Ya no soy una niña, y limpiar el polvo fue una de las muchas cosas que Caroline y yo tuvimos que aprender a hacer después de que nos dejaras.

Vio cómo el dolor se apoderaba de los ojos verdes de Nora; de repente, la hacía parecer vieja y frágil.

Esa palabra otra vez. No era algo que Ruby quisiera ver en particular. Agarró la silla y empujó a su madre hacia el centro de la habitación, donde la antigua alfombra oriental amortiguó el ruido metálico de las ruedas y las sumió en el silencio de nuevo.

—Supongo que tendré que dormir en tu antigua habitación. No hay forma de que podamos subirme al piso de arriba.

Obediente, Ruby llevó a Nora en silla de ruedas al dormitorio de la planta baja, donde había dos camas individuales cubiertas con una capa de sábanas. Entre ellas colgaban unas cortinas de cuadros. Una caja de juguetes de madera decorada contenía la mayor parte de la infancia de Ruby.

El papel pintado seguía siendo el de color rosa pálido con rosas que ella y Caroline habían elegido cuando eran niñas.

Ruby se negó a sentir nada. Tiró de las sábanas con fuerza. Una fina capa de polvo se elevó en el aire. Oyó a su madre toser detrás de ella, así que Ruby se inclinó hacia delante y abrió la ventana de un tirón, dejando entrar el sonido de las olas que rompían en la orilla.

—Creo que me voy a tumbar un momento —dijo Nora cuando se calmó todo—. Todavía me duele la cabeza.

Ruby asintió.

—¿Puedes levantarte de la silla tú sola?

—Supongo que será mejor que aprenda.

—Supongo que sí.

Ruby se giró hacia la puerta. Ya casi había salido cuando la voz de su madre la detuvo de nuevo.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

Ruby sabía que debía decir algo agradable, pero no se le ocurría nada. Estaba demasiado cansada, y los recuerdos de aquella habitación eran como mosquitos que zumbaban alrededor de su cabeza. Asintió y siguió caminando, cerrando de un portazo detrás de ella.

7

Dean tiró su bolsa de viaje al suelo de su antigua habitación y se sentó en el borde de la cama.

Todo estaba exactamente como lo había dejado. Los trofeos de béisbol y de fútbol cubiertos de polvo abarrotaban la parte superior del escritorio; los pósters cubrían las paredes de color crema, con los bordes amarillentos y curvados. Si abría el baúl de los juguetes, encontraría todos los recuerdos de su pasado: el G.I. Joe con el agarre de kung-fu, el juego de los robots boxeadores, tal vez incluso su viejo mecano *Erector*. Un banderín firmado por los Seattle Seahawks colgaba sobre el escritorio, un recuerdo del año en que Jim Zorn había visitado la escuela primaria.

Dean no se había llevado nada cuando se marchó de allí, ni siquiera una fotografía de Ruby. Mucho menos una foto de ella. Se puso de pie y cruzó la habitación. En el escritorio, se agachó y tiró del cajón inferior, que chirrió y se tambaleó, y luego se abrió.

Y allí estaban, todavía apilados y esparcidos, tal como los había dejado, los recuerdos de Ruby. Había fotos enmarcadas y sin enmarcar, conchas que habían recogido juntos en la playa y un par de botoniers secos. Metió la mano al azar y sacó una pequeña tira de fotos en blanco y negro, una serie que había sido tomada en uno de esos fotomatones de la feria del condado. En las imágenes, ella

estaba sentada en el regazo de Dean, con los brazos envolviéndolo con fuerza y la cabeza inclinada contra la de él. Ruby sonreía; luego fruncía el ceño; después sacaba la lengua a la cámara invisible. En el último fotograma, se besaban.

Ya resultaba bastante malo recordar a Ruby en abstracto; seguir ese rastro fotográfico de su infancia sería como tragar trozos de cristal. Habían empezado juntos de niños, él y Ruby, mejores amigos en la guardería. Luego cayeron en el dulce y doloroso pozo del primer amor y acabaron en la rocosa y aislada orilla de esa emoción. Recordaba el final, y eso era suficiente.

Dejó las fotos en el cajón y lo cerró de una patada.

Alguien llamó a la puerta y Dean la abrió.

Lottie estaba allí, agarrando su gran bolso de vinilo.

—Me voy a la tienda —dijo—. La nevera no hace hielo; necesitamos una bolsa.

—Iré yo…

—Por supuesto que no. Necesitarás pasar tiempo con Eric. — Sonriendo, le entregó una copa de champán. Dentro había un líquido espeso de color rosa—. Es la medicina de tu hermano. La necesita ahora. Adiós.

Lo dejó allí de pie, un hombre adulto en la habitación de un niño, sosteniendo un analgésico en una copa de champán acanalada.

Caminó despacio hacia la habitación de Eric. La puerta estaba cerrada. Dean se quedó mirándola durante un largo rato, recordando los días en que esas puertas nunca se cerraban. Siempre entraban en la habitación del otro cuando les apetecía.

Giró el pomo y entró. El ambiente en la habitación era sofocante y demasiado caliente. Las cortinas estaban corridas.

Eric dormía.

Dean se acercó en silencio a la mesita de noche, dejó la copa y se dispuso a salir.

—Espero que sea mi viagra —dijo Eric, somnoliento. En un segundo, la cama se activó con un zumbido y lo colocó en una posición casi vertical.

—En realidad, es un doble de Cuervo Gold. Le he añadido antiácidos para ahorrarte tiempo.

Eric se rio.

—Nunca me dejarás olvidar la fiesta de despedida de Mary-Anne.

—Una noche que pervivirá en la infamia. —Dean abrió las ventanas y descorrió las cortinas. Las ventanas enmarcaban un día gris y lluvioso y dejaban entrar un poco de luz en la habitación.

—Gracias. Bendita sea Lottie, pero cree que necesito paz y tranquilidad. No me atrevo a decirle que me está dando un poco de miedo la oscuridad. Me recuerda demasiado a un ataúd. —Sonrió—. Yo también estaré allí pronto.

Dean se volvió hacia él.

—No hables de eso.

—¿De la muerte? ¿Por qué no? Me estoy muriendo y no le tengo miedo. Joder, otra semana como esta y estaré deseando que llegue. —Miró a Dean con ternura—. ¿De qué se supone que debo hablar? ¿De la próxima temporada de los Mariners? ¿De los próximos Juegos Olímpicos? O tal vez podríamos charlar de los efectos a largo plazo del calentamiento global. —Se recostó en las almohadas con un profundo suspiro—. Solíamos ser tan cercanos… —añadió en voz baja.

—Lo sé —respondió Dean, acercándose a la cama. Vio a Eric moverse, intentar girarse un poco para mirarlo; también vio cómo un dolor repentino arrebataba el color a las mejillas de su hermano.

—Toma —dijo Dean enseguida.

Las manos de Eric temblaban cuando cogió el vaso y se lo llevó a los labios descoloridos. Haciendo un gesto de dolor, se lo bebió todo de un trago y luego se limpió la boca con el dorso de su huesuda muñeca.

Eric intentó sonreír.

—Mataría por un margarita de Ray's Boathouse ahora mismo… Y por una bandeja de mejillones de Penn Cove…

—¿Tequila y marisco, con tu tolerancia al alcohol? Lo siento, amigo, pero tendré que pasar por alto esa pequeña fantasía.

—Ya no tengo diecisiete años —dijo Eric—. No me emborracho hasta vomitar.

Ahí estaba, el agudo recordatorio de cómo se habían alejado el uno del otro. Se conocían desde niños, pero ahora eran dos desconocidos.

—¿Te ayudará esa medicación? —preguntó Dean.

—¡Claro! En diez minutos podré saltar edificios de un solo brinco, como un superhéroe. —Eric frunció el ceño—. ¿Qué es un brinco, exactamente? ¿Y por qué nunca me lo había preguntado antes?

—Sea lo que sea, es mejor que el avión. Incluso la primera clase se ha ido al garete. Mi vuelo hasta aquí ha sido horrible.

Eric sonrió.

—¿Incluso la primera clase es mala? Estás hablando con un profesor de lengua de instituto que fue desheredado, ¿recuerdas?

—Lo siento. Solo intentaba entablar una conversación.

—No lo hagas. Me estoy muriendo. No necesito rellenar el tiempo. Por Dios, Dean, tú y yo hemos pasado toda nuestra vida adulta hablando de cualquier cosa que importara. Sé que es genético, pero ya no tengo tiempo para eso.

—Si me vuelves a recordar que te estás muriendo, te juro por Dios que te mataré yo mismo. No es que vaya a olvidarlo.

Eric se rio.

—¡Alabado sea Dios! Es el primer indicio de mi hermano que he visto en una década. Me alegra saber que ha sobrevivido.

Dean se relajó un poco.

—Me alegra oírte reír. Ha pasado mucho tiempo. —Se acercó distraídamente a la cómoda que había junto a la cama, donde se apilaba una colección de fotografías. La mayoría eran de Dean y Eric de niños.

Pero había otra foto, una en la que los hermanos y otro chico del equipo de fútbol sonreían, todos de pie y con los brazos alrededor de los hombros del otro. Parecía bastante normal, pero, cuando volvió a mirar a Eric, Dean no pudo evitar preguntarse: ¿había estado ahí todo el tiempo, la diferencia entre él y su hermano? ¿Se le había escapado a Dean lo obvio?

—Ojalá nunca te hubiera dicho que era gay —dijo Eric.

Era como si Eric le hubiera leído el pensamiento. Poco a poco, Dean se giró. Aún no estaba preparado para esa conversación, pero no tenía otra opción. Eric lo había arrojado al agua fría; ahora tenía que nadar.

—Es difícil mantener un secreto como ese cuando vives con un hombre.

—La gente lo hace todo el tiempo; mantener ese secreto, quiero decir. Yo era tan ingenuo…, quería contártelo. —Eric levantó la cabeza de las almohadas y se quedó mirando a Dean—. Sabía que nuestros padres no lo aceptarían. Pero tú… —Su voz se quebró un poco—. De ti… no me lo esperaba. Me rompiste por dentro.

—Nunca fue mi intención.

—Dejaste de llamarme.

Dean suspiró, preguntándose cómo decirlo todo.

—Tú estabas lejos, en la universidad, así que no sabías cómo estaban las cosas aquí. El colapso de la familia Bridge en tecnicolor. Era noticia de primera plana. Y luego… Ruby y yo rompimos.

—Siempre me pregunté qué pasó entre vosotros dos. Pensaba…

—Fue horrible —dijo Dean enseguida, sin querer profundizar en ese dolor en particular—. Llamé a madre y le exigí que me trasladara a Choate, donde, por cierto, conocí a un montón de niños ricos elitistas y presumidos. Odiaba estar allí. No conseguía hacer amigos. Pero, todos los domingos por la noche, mi hermano me llamaba, y esa hora hacía que el resto de la semana fuera soportable. Tú no solo eras mi mejor amigo, eras mi único amigo. Entonces, un domingo, te olvidaste de llamar. —Dean recordaba cómo había esperado junto al teléfono ese día, y el domingo siguiente, y el de después—. Cuando al fin volviste a llamar, me contaste lo de Charlie.

—Te sentiste abandonado —dijo Eric en voz baja.

—Más que eso. Sentí que no te conocía en absoluto, como si todo lo que me habías dicho hasta entonces fuera una mentira. Y solo querías hablar de Charlie. —Dean se encogió de hombros—. Tenía diecisiete años y estaba curándome un corazón roto. No quería oír

hablar de tu vida amorosa. Y sí, el hecho de que fuera con otro hombre me costaba mucho aceptarlo.

Eric se hundió más en las almohadas.

—Cuando dejaste de devolverme las llamadas, supuse que era porque me odiabas. Luego te fuiste a trabajar en el negocio familiar y te borré de mi vida. Nunca pensé en cómo habría sido para ti. Lo siento.

—Sí. Yo también lo siento.

—¿A dónde nos llevan estas disculpas?

—¿Quién demonios lo sabe? Estoy aquí. ¿No es eso suficiente?

—No.

De repente, Dean entendió lo que Eric quería.

—Quieres que recuerde quiénes solíamos ser, que te recuerde y luego… ver cómo mueres. Desde mi punto de vista, no parece un plan muy atractivo.

Eric levantó la mano, fría y temblorosa, y la colocó sobre la de Dean.

—Quiero que alguien de mi familia me quiera mientras esté vivo. ¿Es eso pedir demasiado? —Cerró los ojos, como si la conversación lo hubiera agotado—. Ah, maldita sea… Voy demasiado rápido. Necesito tiempo, joder. Quédate aquí hasta que me duerma, ¿puedes hacerlo por mí?

Dean sintió un nudo en la garganta.

—Claro.

Permaneció junto a la cama de su hermano hasta mucho después de que la respiración de Eric se hubiera vuelto regular y su boca se hubiera abierto. Y aun así no sabía qué decir.

Habría dado su fortuna —demonios, habría dado todo lo que tenía o poseía o podía pedir prestado— a cambio de lo único que siempre dio por sentado. Lo único que Eric necesitaba.

Tiempo.

Para cuando Nora fue al baño y volvió al dormitorio, se encontraba mareada y sin aliento. Se tumbó en la cama y se recostó contra el cabecero de madera, que se tambaleaba. Sabía que tenía que tratar a Ruby con mucho cuidado, lidiar con el dolor de su hija —que Nora nunca olvidó haber causado— con respeto, dejar que Ruby diera los primeros pasos hacia la reconciliación. Por mucho que le doliera, por muy profundo que fuera el dolor, Nora no quería forzar la situación.

Pero Ruby siempre había sacado lo peor de ella. Incluso en los buenos tiempos, su hija menor tenía una forma de decir las cosas que molestaba a Nora. La mayoría de las veces, ambas acababan diciendo algo de lo que se arrepentían.

Y Ruby sabía que cada «Nora» dicho con frialdad le rompería un poco el corazón. Era la forma que tenía de recordarle a su madre que eran unas desconocidas.

«Tienes que mantener la calma».

«Y, por el amor de Dios, no le digas qué hacer… ni finjas que la conoces».

Si hubieran ido a otro lugar, tal vez todo aquello habría sido más fácil, pero nada nuevo podía crecer aquí, no en ese suelo contaminado por el pasado.

Fue en esa casa donde Nora cometió su mayor error, y, dada la vida que había llevado, eso era decir mucho. Aquí fue de donde se

marchó cuando dejó a Rand. Tenía la intención de que fuera algo temporal. En ese momento, tan solo pensó: «Espacio; si no consigo algo de espacio, empezaré a gritar y nunca pararé».

Todo lo que quería era una pequeña habitación, algo de tiempo para ella misma. Se sentía abrumada por su vida. Un viaje en ferry de veinte minutos le parecía perfecto. Desconocía que tres kilómetros podían convertirse en más de una década.

Recordaba todo aquel verano, y los malos años que lo precedieron, con doloroso detalle.

Recordaba cómo había sentido y saboreado esa depresión que descendía despacio, como un grueso frasco de vidrio que se cerraba a tu alrededor y te succionaba el aire que necesitabas para respirar hasta crear una barrera entre tú y el mundo. Lo peor era que había sido capaz de ver todo lo que se estaba perdiendo, pero, cuando extendió la mano, lo que tocó fue vidrio frío y duro.

Todo había comenzado con unos días sombríos, unas cuantas pesadillas, pero, a medida que el invierno se convirtió en primavera y luego en verano, ella simplemente… cayó. Tras todos esos años, nunca había encontrado una palabra mejor para describirlo. Se había sentido entonces como se sentía ahora, tan frágil como una hoja en invierno. Siempre había bastado muy poco para quebrarla.

Si no hubiera dejado a Rand entonces, creía que habría muerto. Su dolor había sido tan grande. Aun así… Pensaba que podría volver a casa, que a las mujeres se les concedía la misma libertad en el matrimonio que a los hombres. ¡Qué ingenua había sido!

Alargó la mano hacia el teléfono de la mesilla y lo descolgó, agradecida al encontrar tono de llamada. No habría esperado menos de Caroline.

Marcó el número de Eric, pero nadie respondió. Lo más probable es que estuviera agotado por el viaje. Últimamente se cansaba con facilidad.

No quería pensar en eso ahora, en cómo el cáncer lo estaba destruyendo. Si lo hacía, se derrumbaría; y, con Ruby al otro lado de la puerta, Nora no se atrevía a derrumbarse.

Marcó otro número. El doctor Allbright respondió al segundo tono. Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea, el sonido de una cerilla encendiéndose.

—¿Diga?

—Hola, Leo. Soy yo, Nora.

Él inhaló y exhaló el humo de su cigarrillo hacia el teléfono. Se oyó un silbido.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien —dijo ella, preguntándose si él podía oír las mentiras de la misma manera que podía verlas en su rostro—. Me pediste que llamara cuando llegáramos, así que…

—No pareces estar bien.

—Bueno… Ruby y yo estamos rodeadas de un montón de viejos fantasmas. —Intentó reír—. Esta casa…

—No creo que debas estar allí. Ya lo hablamos. Con todo lo que está pasando, deberías estar en la ciudad.

Era agradable que alguien se preocupara por ella, aunque le pagara por ello.

—¿Y dejar que los buitres me devoren? —Sonrió con tristeza—. Por supuesto, parece que la temporada de caza de Nora Bridge está abierta allá donde voy.

—Ruby —dijo él.

—Sabía que no sería fácil. —Al menos eso era cierto. Era consciente de lo mucho que le dolería ver la amargura de su hija con tanto detalle, tan de cerca. Y así era.

—Ya hablamos de esto, Nora. Si te odia es porque era demasiado joven para entenderlo.

—Tengo cincuenta años, Leo, y no lo entiendo yo del todo.

—Te debes a ti misma, y a Ruby, decirle la verdad.

Ella suspiró con cansancio. La idea de abrirse como una flor marchita ante su querida hija era más de lo que podía soportar.

—Solo quiero verla sonreírme. Eso es todo. Solo una vez y podría llevar esa imagen conmigo para siempre. No espero que le guste…, y mucho menos que me quiera.

—Ah, Nora —dijo él, y ella percibió la familiar decepción en su tono.

—Me pides demasiado, Leo.

—Y tú pides demasiado poco, Nora. Tienes tanto miedo de tu pasado que…

—Dime algo útil, Leo. Tú eres padre, dame algún consejo.

—Habla con ella.

—¿Sobre qué? ¿Cómo superamos lo que pasó hace once años?

—Paso a paso, así es como se hace. Prueba esto: cuéntale una cosa personal sobre ti cada día. Solo una, e intenta descubrir una cosa sobre ella. Eso sería un comienzo.

—Una cosa personal…

Nora lo pensó. Sí, podía hacerlo. Solo tenía que encontrar la manera de compartir un momento sincero al día con su hija. No era mucho y no lo cambiaría todo, pero le parecía… posible. Por ahora, era todo lo que podía esperar.

Ruby recorrió la casa de ventana en ventana y abrió de un tirón las cortinas de algodón a cuadros para dejar que la poca claridad entrara en todas las habitaciones. Ya eran casi las tres. Pronto no pasaría la luz del día a través de las nubes. Quería aprovechar todo lo que pudiera.

De repente, se sintió desesperadamente cansada. La llamada telefónica en mitad de la noche, el vuelo antes del amanecer, el viaje en coche hasta las islas… De repente, todo eso la abrumó y le quitó las fuerzas. Si no tenía cuidado, podría perder la batalla contra sus propias emociones y empezar a llorar al ver aquella vieja casa.

Por fin, se encontró en la cocina comedor.

Nada había cambiado.

Una mesa redonda de arce estaba colocada debajo de la ventana de la cocina, con sus cuatro sillas de respaldo de escalera a su alrededor. Un sucio centro de mesa con dalias de plástico rosa estaba flanqueado por un juego de salero y pimentero de porcelana en forma de pequeños faros. Había un libro de cocina en un atril en la encimera, con las páginas abiertas en una receta de pastelitos de limón. Cuatro paños de cocina bordados a mano colgaban en fila delante del horno.

Pasó por debajo del arco que separaba la cocina del salón y se fijó en el reloj de bitácora de latón que colgaba en el centro del arco de yeso. Ahora estaba en silencio, pero sus campanadas —dos ding-ding rápidos cada media hora— habían sido una puntuación constante en la ruidosa banda sonora de su familia. Era probable que hubieran transcurrido años desde la última vez que alguien se acordó de cambiar las pilas.

En la sala de estar, un sofá mullido y dos sillas de cuero estaban frente a una gran chimenea de piedra de río. En la pared del fondo había estanterías llenas de ediciones del *Reader's Digest* de dos generaciones y un equipo de música RCA. Una caja de leche de plástico roja contenía todos los álbumes favoritos de la familia. Desde allí, Ruby podía ver la mitad superior del primer elepé: *Venus*, de Bananarama.

Ese era suyo.

A continuación, las fotografías de la repisa de la chimenea le llamaron la atención. Tenían marcos diferentes a los que recordaba. Frunciendo el ceño, se acercó a la chimenea.

Todas las fotos eran de los hijos de Caroline. No había ni una sola foto de Ruby. Ni siquiera una de Ruby y Caroline.

—Qué bonito, Caro —dijo, dándose la vuelta.

Se dirigió hacia las escaleras, pero, mientras subía los estrechos y crujientes escalones hacia el segundo piso, se sintió… olvidada.

Sus dedos recorrieron el polvo de la barandilla de roble, dejando dos líneas onduladas. El segundo piso era pequeño, apenas lo bastante grande para un dormitorio de tamaño normal. El cuarto de baño, añadido por el abuelo Bridge a principios de la década de 1970, había sido en su día un armario. Apenas era lo bastante grande como para agacharse en el lavabo y lavarse los dientes. Una fea moqueta de pelo largo de color verde aguacate cubría cada centímetro del suelo.

Empujó la puerta del antiguo dormitorio de sus padres y encendió la luz.

Una gran cama de latón ocupaba toda la habitación, flanqueada por dos mesitas auxiliares de estilo provenzal francés. Las lámparas

de noche eran amarillas con pantallas verdes cubiertas de cuentas de plástico doradas.

«Un toque de clase de Las Vegas», solía decir su abuela. Y, con ese recuerdo inesperado, Ruby la evocó sentada en esa mecedora de esquina, con sus manos venosas haciendo trabajar las agujas de tejer como si fueran pistones. «Nunca se tienen demasiadas mantas», decía cada vez que empezaba una nueva. Siempre había un álbum de Elvis sonando en el tocadiscos cuando la abuela tejía…

Había pasado mucho tiempo desde que no tenía un recuerdo tan claro de su abuela.

Quizá todo lo que necesitaba para recordar los buenos tiempos era volver a ver este lugar. La habitación estaba tal como la había dejado la abuela; Nora nunca se había molestado en redecorarla. Cuando la abuela y el abuelo murieron, papá se mudó con su familia a una casa más grande en la Lopez Island y dejó esta casa para usarla en verano.

Ruby cruzó la habitación y se dirigió a las puertas dobles acristaladas para abrirlas de par en par. El aire dulce, con aroma a lluvia, hacía que las cortinas de encaje temblaran y danzaran. El cielo gris e hinchado y el agua azul acero quedaban enmarcados a la perfección por dos abetos Douglas gemelos tan delgados y rectos como un escobillón.

Salió al pequeño balcón del segundo piso. Un par de tumbonas blancas se encontraban a ambos lados, con los respaldos de listones salpicados por la lluvia.

Por un instante, no podía imaginar que alguna vez hubiera vivido en un valle tan caluroso y falto de aire que el agua hirviendo a veces salía a chorros de las mangueras verdes que solían estar el jardín.

Retrocedió del balcón y se volvió hacia la habitación. Por el rabillo del ojo, vislumbró las nuevas fotografías en la mesita de noche.

—Maldita sea —murmuró mientras las miraba.

Caroline lo había vuelto a hacer. Eran todas fotos de la nueva vida de Caroline. Era como si su hermana estuviera intentando exorcizar a Ruby de la familia.

Frunciendo el ceño, bajó las escaleras y salió al exterior. Cogió las dos maletas del coche y las llevó dentro. Dejó la de su madre delante de la puerta cerrada del dormitorio.

Arriba, abrió las puertas de lamas del armario y tiró de la cadena de cuentas de la lámpara. Una bombilla desnuda en el techo se encendió en el armario vacío. Arrojó su maleta dentro. Golpeó una caja de cartón, haciéndola traquetear.

Se arrodilló sobre la polvorienta alfombra de pelo largo y tiró de la caja hacia ella. Con rotulador negro y en negrita, alguien había escrito ANTES en la tapa.

Ruby abrió la caja… y se encontró a sí misma.

Fotografías. Docenas de ellas. Eran las fotos que solían estar en todas las superficies planas de esta casa: mesas, repisas de chimenea, alféizares de ventanas. Fotos de dos niñas pequeñas con vestidos rosas a juego…, de Dean y Eric con los uniformes de la liga infantil…, de papá saludando desde la popa del Capitán Garfio. Y una de Nora.

Sacó poco a poco esa foto.

Era la madre que había olvidado, la mujer por la que había llorado. Una mujer alta y delgada, con el pelo castaño rojizo cortado al estilo de Farrah Fawcett, unos pantalones cortos blancos impecables y una camiseta verde apio. La fotografía era vieja y estaba arrugada, pero

ni siquiera las fisuras, parecidas a las de un mapa, podían empañar la sonrisa de su madre. Al fondo se veía la punta blanca del Matterhorn.

Su viaje a Disneyland.

En una oleada agridulce, Ruby recordó aquel día: los gritos de los niños mayores en las atracciones más aterradoras, la oscuridad repentina y vertiginosa del Paseo Salvaje del Señor Toad; la música alegre de Country Bear Jamboree; el residuo azucarado de los churros que comían mientras caminaban; la magia del desfile de luces y música. Ruby lo había visto desde el mejor de los asientos, a hombros de su padre.

Y entendió lo que Caroline había hecho. Caro no soportaba los conflictos ni las confrontaciones… Caro solo quería que todo fuera «normal».

A su hermana le había dolido recordar esos años.

Era mejor simplemente… seguir adelante. Empezar de nuevo. Fingir que nunca había habido veranos felices en estas costas, en estas habitaciones.

Ruby soltó un profundo suspiro y volvió a guardar las fotografías en la caja. Su hermana tenía razón. Era demasiado duro contemplar el pasado en Kodachrome.

Dios…, ya había perdido el equilibrio en esta casa y solo había transcurrido un día. De repente, se sintió tensa, llena de energía nerviosa. Tenía que volver a centrarse. Recordar por qué estaba allí.

El artículo de la revista. Eso la mantendría concentrada.

Abrió la cremallera del bolsillo lateral de su maleta y sacó un bloc de notas amarillo y un bolígrafo azul. Luego se subió a la cama

polvorienta, se acurrucó… y se quedó mirando todas esas líneas azules.

«Queremos tus pensamientos, tus recuerdos, saber qué tipo de madre creías que era».

—Vale, Ruby —dijo en voz alta—. Empieza. Siempre puedes cambiar el principio más tarde.

Era la primera regla de la escritura cómica; debería funcionar aquí también.

Inspiró hondo, soltó el aire despacio y escribió lo primero que le vino a la mente.

> En aras de la transparencia, debo deciros [decidió dirigirse directamente a los lectores de *Caché*] que me pagaron por escribir este artículo. Me pagaron generosamente, como dicen en el tipo de restaurantes en los que una persona como yo no puede permitirse pedir una ensalada para cenar. Lo suficiente como para poder cambiar mi destartalado Volkswagen Escarabajo por un Porsche un poco menos destartalado.
>
> También debo deciros que no me gusta mi madre. No, eso no es cierto. Quien no me gusta es el dependiente engreído que trabaja en el turno de noche del videoclub de mi barrio.
>
> A mi madre la odio.
>
> Sé que parece una afirmación bastante dura. De niños nos enseñan a no usar la palabra «odio» porque representa una mancha en nuestra alma, tal vez incluso un desajuste kármico. Pero silenciar una palabra no elimina su significado.
>
> No es que la odie sin motivo, ni siquiera por un motivo estúpido y mezquino. Se ha ganado mi desprecio. Para explicarlo, tengo que abrir la puerta de la vida de mi madre y la mía, y daros la bienvenida como amigos.
>
> Nuestra historia comienza hace once años, en un lugar que pocos de vosotros habéis visto: las islas San Juan, en el estado de Washington. Crecí en una pequeña granja ubicada en un terreno que había sido colonizado por mi bisabuelo. La isla…, el pueblo…, mi casa…, todos ellos parecen sacados de

una postal de Hallmark. Fui al colegio con los mismos niños durante trece años; el único delito que recuerdo ocurrió en 1979, cuando Jimmy Smithson forzó la entrada a la farmacia, abrió todos los paquetes de condones y escribió en el escaparate con jabón: «A Peggy Jean le gusta el sexo».

Y luego estaba mi familia.

Mi padre era —es— pescador profesional y repara motores de barco en los meses de invierno para llegar a fin de mes. Nació y se crio en Lopez Island, y resulta que está tan arraigado en ese lugar como uno de los viejos árboles que bordean la carretera principal.

Aunque mi madre no nació en la isla, era una más de la zona cuando yo nací. Se ofrecía voluntaria en todos los eventos benéficos de la ciudad y era una figura habitual en la escuela.

En otras palabras, éramos una familia perfecta en un pueblo pequeño y tranquilo donde nunca pasaba nada. En todos mis años de infancia, nunca oí a mis padres discutir.

Entonces, en el verano antes de cumplir diecisiete años, todo cambió.

Mamá nos abandonó. Salió por la puerta, se subió a su coche y se marchó. No llamó ni escribió en todo ese verano, simplemente… desapareció.

Ahora no recuerdo cuánto tiempo esperé a que volviera, pero sé que, en algún momento, entre un mar de lágrimas, se convirtió en «mi madre» y, por fin, en «Nora». Mamá se había ido. Acepté el hecho de que, fuera lo que fuera lo que ella quería de la vida, no era a mí.

Podría describir cómo fue la espera, pero no lo haré. Ni siquiera por dinero. Lo peor de todo fue mi padre. Durante mis dos últimos años de instituto, lo vi… desintegrarse. Bebía, se sentaba en su habitación a oscuras y lloraba.

Así que, cuando *Caché* vino a mí y me pidió mi historia, dije que sí. Por supuesto que sí. Pensé que era hora de que todo Estados Unidos supiera a quién estaban escuchando, quién les estaba dando consejos morales.

Como todos vosotros, he escuchado su mensaje a través de las ondas. Comprométanse con su familia y hagan que funcione. Sean honestos. Mantengan los votos que hicieron ante Dios.

Esto lo dice una mujer que abandonó su matrimonio y a sus hijas, y…

—¡Ruby!

Dejó el bolígrafo y el papel, y se acercó a la puerta, asomando la cabeza.

—¿Sí?

—¿Puedes respirar bien con todo este polvo?

Ruby puso los ojos en blanco. Como siempre, su madre era tan sutil como un signo de exclamación.

—Veo que has encontrado aire suficiente en tus pulmones para gritarme —murmuró mientras bajaba las escaleras a toda prisa.

Al pasar por delante del dormitorio de su madre, oyó un estornudo.

Ruby sonrió; no pudo evitarlo.

En la cocina, se arrodilló frente al armario de debajo del fregadero y abrió las puertas. Todo lo que necesitaba para limpiar la casa, y en cantidades suficientes para adecentar una mansión, estaba colocado en cuatro filas rectas. Cuando advirtió que los suministros estaban organizados en orden alfabético, se echó a reír.

—Pobre Caro —susurró al darse cuenta de lo mucho que su hermana quería que todo estuviera ordenado—. Sin duda naciste en la familia equivocada.

Luego, a pesar de lo muy cansada que estaba, se puso a limpiar.

8

Nora intentó no mirar cómo su hija limpiaba la casa. Era demasiado irritante.

Ruby quitaba el polvo sin mover nada y claramente pensaba que con un trapo seco bastaría. Vaya, había sacado el bote industrial de limpiador Pledge, pero lo había dejado en la encimera de azulejos de la cocina. Cuando se puso a fregar el suelo con agua sin jabón, Nora ya no pudo contenerse.

—¿No vas a barrer primero? —preguntó desde su silla de ruedas, aparcada en la puerta abierta del dormitorio.

Ruby se dio la vuelta despacio. Tenía la cara enrojecida, pero Nora no podía imaginar que fuera fruto del esfuerzo.

—¿Perdón?

Nora deseó haberse callado, pero ahora no había otra opción que seguir adelante.

—Tienes que barrer el suelo antes de fregarlo…, y el jabón en el agua es de gran ayuda.

Ruby soltó la fregona. El mango de madera cayó al suelo con estrépito.

—¿Estás criticando mi técnica de limpieza?

—Yo no lo llamaría técnica. Es solo sentido común…

—Entonces, tampoco tengo sentido común.

Nora suspiró.

—Vamos, Ruby. Tú sabes que no es así. Yo te enseñé…

Ruby se colocó delante de Nora antes de que pudiera terminar la frase.

—¿No pretenderás mencionar las cosas que me enseñaste tú? Porque, si hago lo que me enseñaste tú, saldré por esa puerta, me subiré a la furgoneta y me iré. Ni siquiera me molestaré en despedirme.

La irritación de Nora desapareció y fue sustituida por el arrepentimiento. Se desplomó en su silla como una muñeca de trapo.

—Lo siento.

Ruby dio un paso atrás.

—Según Caro, esas son tus palabras favoritas. Quizá deberías pensar en lo que de verdad significa pedir perdón antes de molestarte en hacerlo.

Volvió al fregadero de la cocina, cogió un poco de jabón líquido y echó un chorro en el cubo de plástico blanco. A continuación volvió a fregar el suelo; sus movimientos eran violentos.

Nora se quedó allí sentada, observando. El golpe-aplastamiento-golpe de la fregona moviéndose por el suelo —dejaba rastros de suciedad; Nora lo notó, pero por supuesto no lo mencionó— era el único sonido en la habitación.

Al fin, Nora se armó de valor para intentar un enfoque diferente.

—¿Quizá podría ayudarte?

Ruby no la miró.

—He quitado las sábanas de la cama de arriba. Están apiladas en la lavadora. Tú podrías encargarte de tu cama y hacer la colada.

Nora asintió. Le llevó casi una hora maniobrar en su silla para quitar las sábanas de su cama, circular hasta el lavadero, del tamaño de un cubículo, y poner la primera lavadora. Cuando terminó, jadeaba como un cuervo moribundo.

Volvió a la cocina y descubrió que estaba reluciente. Ruby incluso había sustituido las horribles flores de plástico de la mesa por un fragante ramo de rosas.

—Oh —dijo Nora, respirando hondo por primera vez desde que entró en la casa—. Está precioso. Justo como…

—Gracias.

Nora entendió que Ruby no quería que se mencionara el pasado. Esa reacción no la sorprendió. Ruby siempre había sido una experta en la negación. Incluso de niña, tenía la capacidad de compartimentar y olvidar. Podía guardar en una caja todo lo que no quería afrontar y almacenarlo. Había sido precisamente ese rasgo el que le había permitido excluir a Nora de su vida por completo.

Para Ruby, «fuera de la vista» siempre había significado «fuera de la mente».

Nora decidió no ponérselo tan fácil esta vez.

—He pensado en ayudarte a preparar la cena.

Ruby se volvió para mirarla. Había una expresión de auténtico horror en su rostro.

Nora sonrió.

—Te pareces a John Hurt justo antes de que el alien saliera de su pecho. Cierra la boca.

—No hay comida. Tenemos…, tengo que ir a comprar.

—Las dos conocemos bien a Caroline. Te garantizo que en estos armarios hay ingredientes para preparar varias cenas de

emergencia. Con toda probabilidad, etiquetados como tales. Solo tenemos que echar un vistazo.

—Entonces no necesitas mi ayuda. Voy a subir…

—No tan rápido. No puedo alcanzarlo todo. Tendremos que trabajar juntas.

Ruby parecía como si acabara de morder un limón.

—No sé cocinar.

A Nora no le sorprendió.

—Nunca te interesó demasiado.

—Me interesó cuando tenía diecisiete años. No es que tú lo supieras.

Golpe directo.

—Ahora podría enseñarte.

—Qué suerte tengo.

Nora se negó a sentirse ofendida por ese comentario. Se dirigió a la cocina. De espaldas a Ruby, rebuscó en los armarios y encontró varias latas de tomate, una bolsa de pasta cabello de ángel, una botella sin abrir de aceite de oliva, unos frascos de corazones de alcachofa marinados y de alcaparras, y un recipiente de queso parmesano seco. Sacó todo lo que necesitaba y dejó los ingredientes junto a los fogones. Luego esperó pacientemente.

Su paciencia no duró tanto como le habría gustado.

—Ruby —dijo por fin.

Ella se acercó a la cocina.

—Vale, ¿qué quieres que haga?

—¿Ves esa sartén grande que cuelga del estante? No, la más grande. Sí. Cógela y ponla en el quemador delantero.

La dejó con un estruendo.

Nora hizo una mueca de dolor.

—Ahora echa una cucharada de aceite de oliva y enciende el gas.

Ruby abrió el aceite y vertió al menos media taza.

Nora casi podía «sentir» que le iba a dar algo, pero se mordió la lengua mientras buscaba el abrelatas. Se sintió orgullosa de sí misma por limitarse a decir:

—Las cucharas medidoras están en el cajón de arriba, a tu izquierda. —Entonces abrió los tomates enlatados—. Toma, añade esto. Y baja el fuego.

Cuando Ruby lo hizo, Nora continuó:

—Corta los corazones de alcachofa marinados y añádelos. Quizá media taza de ese caldo de pollo enlatado también estaría bien.

Ruby se dirigió a la encimera, le dio la espalda a Nora y empezó a cortar.

—¡Ay, mierda!

Nora giró la silla de ruedas hacia su hija.

—¿Estás bien?

Ruby dio un paso atrás. Desde su dedo índice, la sangre caía en un goteo rojo constante sobre la encimera de azulejos.

Nora arrancó un paño limpio de la puerta del horno.

—Ven aquí, cariño. Ponte de rodillas delante de mí. Mantén la mano en alto.

Ruby se arrodilló. Parecía incapaz de apartar la mirada del dedo. Tenía el rostro pálido.

Nora tomó suavemente la mano de su hija. Ver esa sangre, la de su hija, hizo que la mano de Nora palpitara. Como en los viejos tiempos. Nora siempre había experimentado un dolor fantasma cada vez que una de sus hijas se lastimaba. Enrolló con cuidado el paño

alrededor de la herida y, sin pensarlo, envolvió con sus propias manos las de Ruby.

Cuando levantó la vista, Nora vio la emoción en el rostro de Ruby y supo que su hija recordaba esa sencilla rutina. Lo único que faltaba era un beso para que todo mejorara. Vio el anhelo brillar en los ojos de su hija. Solo duró un instante, pero Nora había esperado mucho tiempo para verlo…

Ruby retiró la mano con un movimiento brusco.

—Solo es un corte, por el amor de Dios. No tenemos que ir buscando mi dedo por el suelo ni nada por el estilo.

La brecha se abrió de nuevo entre ellas y Nora se preguntó de repente si había imaginado el anhelo en los ojos de su hija. Si solo había visto lo que tan desesperada estaba por ver.

Su voz temblaba cuando dijo:

—Pon los corazones de alcachofa y dos cucharadas de alcaparras en la salsa.

Se giró rápido hacia el cajón de las especias y lo abrió de un tirón. Pero, cuando miró en el interior, lo único que encontró fue el rostro de Ruby tal y como lo había visto durante ese segundo, ese instante que de alguna manera había sido el de entonces y el de ahora.

Nora cogió las hierbas que necesitaba y se dio la vuelta para añadirlas a la salsa.

—Pon una olla grande con agua a hervir, ¿quieres?

Durante los siguientes treinta minutos, Ruby hizo lo que le dijeron sin proferir palabra. Se mantuvo alerta en su negativa a establecer contacto visual.

Pero por fin la comida estuvo lista y se sentaron una frente a la otra en la mesa redonda de madera de la cocina. Ruby cogió el

tenedor y lo clavó en la pasta, dándole vueltas.

—¿No quieres bendecir la mesa? —preguntó Nora.

Ruby levantó la vista.

—No.

—Pero nosotros…

—No hay ningún «nosotros». Las oraciones antes de la cena son una de esas tradiciones familiares que desaparecieron de nuestra familia. Dios y yo tenemos un acuerdo. Cuando Él dejó de escuchar, yo dejé de hablar.

Nora suspiró.

—Oh, Ruby…

—No me mires con esos ojillos de carnero degollado. —Ruby volvió a centrar su atención en el plato y empezó a comer—. Esto está bueno.

—Gracias. —Nora cerró los ojos—. Gracias, Dios —dijo en voz baja, apenas lo suficiente para que Ruby la oyera—, por esta comida… y por este tiempo que Ruby y yo pasamos juntas.

Ruby siguió comiendo.

Nora intentó llevarse un bocado a la boca, pero el silencio le ponía los nervios de punta. Ya era bastante difícil sentirte alejada de tu hija cuando miles de kilómetros os separaban…, pero el alejamiento en la misma mesa resultaba brutal.

«Una cosa personal».

Recordó el consejo de Leo. Le pareció fácil cuando estaba hablando por teléfono con su médico; ahora, sentada bajo ese arco de silencio, le parecía una tarea hercúlea.

Seguía buscando una forma de romper el hielo cuando Ruby dijo:

—Disculpa. —Se levantó de la mesa y cruzó la cocina. Empezó a llenar el fregadero con agua.

Nora no se había dado cuenta de que comer era un evento cronometrado. Por fortuna, se guardó esta observación para sí misma. Despejó la mesa y apiló los platos en la encimera, junto al codo de Ruby. En un silencio inquietante, Ruby lavó y Nora secó. Cuando terminaron, Nora se dirigió en silla de ruedas a la sala de estar.

Se preparó mentalmente para la segunda ronda.

Ruby pasó junto a ella corriendo y se dirigió hacia las escaleras. Nora tuvo que pensar rápido.

—¿Por qué no enciendes la chimenea? Las noches de junio siempre son frías.

Ruby se detuvo de golpe. Sin responder, se dirigió a la chimenea y se arrodilló para encender el fuego.

Lo hizo tal como le había enseñado el abuelo Bridge.

—Supongo que hay cosas que nunca se olvidan —dijo Nora.

Ruby se sentó sobre los talones y extendió las manos hacia el fuego. Pasó un minuto entero antes de que se volviera hacia Nora y dijera:

—Excepto lo que se siente al tener una madre.

Nora contuvo el aliento.

—Eso no es justo. Estuve contigo todos los días hasta…

—Hasta el día en que dejaste de estarlo.

Nora juntó las manos y las deslizó entre las piernas. No quería que Ruby viera lo mucho que temblaba.

—Tú y Caroline erais todo mi mundo.

Ruby soltó una risa seca y se puso de pie, acercándose a Nora.

—No éramos todo tu mundo el verano en que cumplí los dieciséis; ese fue el año en que entraste en la sala de estar, dejaste caer tu maleta en el suelo y anunciaste que te ibas, ¿no? ¿Y qué fue lo que nos dijiste? «¿Quién quiere venir conmigo?». Sí, eso fue. «¿Quién quiere venir conmigo?». Como si Caroline y yo fuéramos a dejar los tenedores, recoger la mesa y alejarnos de nuestro padre y nuestro hogar solo porque tú habías decidido que no querías estar aquí.

—Yo no decidí… Me fui porque…

—A mí no me importa por qué te fuiste. Eso es lo que te importa a ti.

Nora deseaba que Ruby lo entendiera, aunque fuera solo un poco. Lo justo para que pudieran simplemente hablar.

—No lo sabes todo sobre mí.

Ruby la miró. Nora creyó adivinar una batalla en el interior de su hija, como si Ruby quisiera seguir luchando y dejar de hacerlo a la vez. Eso la sorprendió. Entendía por qué su hija quería mantener la distancia entre ellas. Lo que no podía imaginar era por qué Ruby seguía allí de pie. La verdad es que resultaba un poco desconcertante. Tenía la inquietante sensación de que Ruby, la Ruby honesta hasta la exageración, estaba ocultando algo.

—Entonces cuéntame algo sobre ti —dijo Ruby por fin.

Era la oportunidad de Nora. Sabía que tenía que actuar con cautela.

—Vale, vamos a sentarnos en el porche, como solíamos hacer, ¿recuerdas? Cada una compartirá un dato sobre sí misma.

Ruby se rio.

—Te he pedido que me cuentes algo sobre ti. No he dicho que yo también vaya a hacerlo.

Nora se mantuvo firme.

—Yo también necesito saber cosas sobre ti. Además, si las dos hablamos, podemos fingir que es una conversación.

Ruby ya no se reía.

—Muy al estilo de *El silencio de los corderos*, Nora. *Quid pro quo*. Por cada secreto que me cuentes, yo te contaré uno.

—Supongo que yo soy Hannibal Lecter en tu pequeña comparación. Una caníbal… y una psicópata, qué encantador.

Ruby la estudió un minuto más.

—Esto podría resultar interesante. Tengo veintisiete años; tú cumpliste cincuenta… ¿cuándo, anteayer? Supongo que es hora de que hablemos. Vamos.

Vio a su hija atravesar la cocina y desaparecer en el porche. La puerta mosquitera se cerró de golpe tras ella. Nora por fin se permitió sonreír. Ruby se había acordado de su cumpleaños.

Salió en silla de ruedas al porche, agradecida de ver que había dejado de llover. El aire fresco de la noche le acariciaba las mejillas y llevaba consigo los olores de una vida pasada: el mar, la arena, las rosas trepando por las barandillas. Habían florecido temprano ese año, como siempre hacían después de un invierno suave. En dos semanas más habría flores del tamaño de un platillo trepando por los enrejados y a lo largo de la valla.

Las sombras se arrastraban por el suelo como tinta china que se filtra despacio, subían por los lados de la casa y se deslizaban a través de las rendijas de la valla. La puesta de sol tiñó el cielo de púrpura y rosa.

La luz del porche proyectaba una luz anaranjada en la espalda de Ruby. Parecía joven y vulnerable, con su pelo negro mal cortado y su

ropa hecha jirones. Nora sintió el impulso de acercarse, apartarle el pelo de la cara y decirle en voz baja…

—No lo digas, Nora.

Esta frunció el ceño.

—¿Decir qué?

—«Ah, Ruby, podrías estar muy guapa si solo lo intentaras un poco».

A Nora le sorprendió que le leyera el pensamiento. Claro, se lo había dicho a menudo a Ruby; de hecho, había pensado en decírselo hacía un segundo, pero no significaba nada. Para Nora, el comentario no era más que un grano de arena en el desierto de los consejos de una madre. Era obvio que Ruby había sentido lo contrario y había llevado esas palabras consigo hasta la edad adulta. Nora entendió lo pesadas que se habían vuelto y se sintió avergonzada.

—Lo siento, Ruby. Lo que debería haber dicho es que eres hermosa tal y como eres.

Ruby se volvió y se la quedó mirando.

El silencio se instaló entre ellas, solo roto por los sonidos del mar y el ocasional graznido de un cuervo solitario escondido entre los árboles.

—Está bien, Nora —dijo Ruby, que cruzó los brazos y se apoyó con fingida indiferencia contra la barandilla del porche—. Dime algo que no sepa.

Nora miró a su hija, vio la cautelosa expectativa en esos ojos oscuros y respiró hondo.

—Crees que no te entiendo —comenzó a decir en voz baja—, pero sé lo que se siente al dar la espalda a un padre.

Ruby se apartó de la barandilla. Frunciendo el ceño, se sentó en la silla de mimbre blanco junto a Nora.

—Tú querías a tus padres. Nos lo contaste todo sobre ellos.

—Las historias que os conté eran ciertas —respondió despacio— y también eran mentiras. Nunca se me dio bien inventarme cosas, así que mis cuentos antes de dormir siempre eran fragmentos de mi vida… edulcorados. Quería que tú y Caro tuvierais una idea de vuestros orígenes.

—¿Qué quieres decir con «edulcorados»?

La mirada de Nora era firme.

—Por muy oscuro que sea un lugar, siempre hay momentos de luz. Eso es lo que os transmití a ti y a Caroline, mis momentos de luz. —Respiró hondo—. El día que me gradué en el instituto, me fui de casa y nunca volví.

—¿Te escapaste?

—De mi padre, sí. Quería a mi madre.

—¿Cuánto tiempo pasó antes de que volvieras a verlos?

Nora no pudo evitarlo; cerró los ojos.

—Vi a mi padre una vez, en el funeral de mi madre. Antes de que tú y Caroline nacierais.

—¿Y nunca más?

—Nunca más.

Nora deseaba que esas dos pequeñas palabras no le dolieran. La emoción era tan antigua que debería haberse descompuesto ya. Se inclinó hacia Ruby.

—Nunca volví a verlo, ni siquiera asistí a su funeral, y toda mi vida he tenido que vivir con esa decisión. No es tanto arrepentimiento lo

que siento como más bien… una triste nostalgia. Ojalá hubiera sido un hombre diferente. Sobre todo, ojalá hubiera podido quererlo.

—¿Alguna vez lo quisiste?

—Quizá… cuando era joven. Si es así, no lo recuerdo.

Ruby se levantó, se acercó a la barandilla y se quedó mirando al mar. Sin darse la vuelta, dijo:

—Leí el artículo de la revista *People* sobre ti. Decía, y cito textualmente: «Los pilares del mensaje de Nora Bridge son el perdón y el compromiso». —Ruby se dio la vuelta por fin—. ¿Intentaste perdonarlo?

Nora quería mentir. Era fácil ver que Ruby estaba preguntando tanto por su relación como por la de ella y su padre. Si había pocas posibilidades para Nora y Ruby, con el engaño no quedaría ninguna.

—Años más tarde, después de tener mis propias hijas y de perder su amor, comencé a arrepentirme de cómo lo había tratado. Cuando era joven, no entendía, no lograba entender lo dura que puede ser la vida. Creo que eso era lo que él sentía. No es una excusa, pero me permite verlo de una manera que convierte el odio en compasión. Por supuesto, esa comprensión llegó demasiado tarde. Él ya se había ido.

—Entonces debería perdonarte ahora, mientras aún tengo tiempo. ¿Es ese tu mensaje nada sutil?

Nora levantó la vista bruscamente.

—No todo gira en torno a ti, Ruby. Te he contado algo doloroso sobre mí esta noche, algo doloroso y privado. Espero que trates mi vida con respeto si no puedes hacerlo con cuidado.

Ruby parecía avergonzada.

—Lo siento.

—Acepto tus disculpas. Ahora cuéntame algo sobre ti.

Ruby miró a su madre con ojos indescifrables. Nora se armó de valor. Esto iba a ser algo malo…

—Ese verano cuando te fuiste, ¿te acuerdas? Pensé que volverías.

—Eso no es ningún secreto.

—Esperé y esperé. Para el siguiente junio, Caroline se había ido y solo quedábamos papá y yo en casa. Una noche, simplemente… perdí los estribos.

Tragó saliva y apartó la mirada por un momento; luego se recompuso y volvió a empezar.

—Conduje hasta Seattle y fui a esa discoteca, Monastery, yo sola. Recogí a un chico, ni siquiera recuerdo su nombre. Tenía el pelo azul, las orejas perforadas y los ojos muertos. Fui a su apartamento y dejé que me follara. —Hizo una pausa para causar efecto—. Era mi primera vez.

Le dolió tanto como Ruby había pretendido. Nora pensó: «Ahí está. Mi legado». No se atrevió a decir que lo sentía. Ruby solo le habría devuelto esas palabras ridículamente inadecuadas.

—Lo hice para hacerte daño. Pensé que volverías a casa algún día y entonces te lo contaría. Solía imaginar tu cara cuando te lo describiera.

—Querías verme llorar.

—Como mínimo.

Nora suspiró.

—Lo habría hecho, si eso te hace sentir mejor.

—Es demasiado tarde para que ninguna de nosotras se sienta mejor. —Suspiró—. Dean tampoco se lo tomó muy bien.

«Dean». Por un momento, Nora sintió tanto dolor que no podía respirar con normalidad.

Así era como le afectaba el dolor últimamente. Como una ola gigante que surge de un mar en calma, aparecía de la nada y la golpeaba con la fuerza de un huracán. A veces pasaba horas sin pensar en Eric y de repente se acordaba.

Ahora había sido el nombre de Dean lo que se lo había recordado, pero podría haber sido cualquier cosa: el sonido del timbre de una escuela, la risa de un hombre procedente de otra habitación. Cualquier cosa.

Sabía que debía decir algo. El dolor en los ojos de Ruby cuando mencionó el nombre de Dean era inequívoco, pero Nora tenía la garganta demasiado apretada para hablar.

—Ya basta de *quid pro quo* por esta noche —dijo Ruby con brusquedad—. Voy a subir a darme un baño.

Nora vio marcharse a su hija. Entonces, en voz baja, dijo:

—Buenas noches, Ruby.

Volviendo a su dormitorio, Nora cerró la puerta con el codo y se subió a la cama. Buscó el teléfono y marcó el número de Eric.

Él respondió al tercer tono y ella se dio cuenta de que estaba muy medicado.

—¿Diiiga?

—Hola, Eric —dijo ella, recostándose contra el cabecero—. Parece que te hayas metido heroína.

—Asssí es como me siento.

Pareció tardar mucho en hablar, y las palabras salieron entrecortadas y alargadas.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

—Claaaro. Solo estoy un poooco drogado. Nuevos medicamentos…

Nora ya lo había visto pasar por esto antes. Siempre era un infierno conseguir la receta adecuada para el dolor. Sabía que no era un buen momento para hablar.

—Te dejaré dormir, ¿vale? Te llamaré mañana.

—Dormiiir —murmuró él—. Sí. Mañana.

—Buenas noches, Eric.

—Buenasss nochesss…

Nora escuchó el tono de llamada durante tanto rato que empezó a sonar la grabación y, al final, colgó.

Ruby subió las escaleras, cogió su bloc de notas amarillo y se encaramó a la cama.

> Este lugar, Summer Island, me está matando. Cuando me fui de Los Ángeles, era fuerte y divertida; quizá no tenía éxito, pero al menos era yo misma. Aquí, las cosas son diferentes. Huelo las rosas que plantó mi abuela y me seco las manos con las toallas que ella bordó… Me siento a la mesa donde crecí y recuerdo cuando no llegaba al suelo con los pies. Contemplo la playa y, en el movimiento de las olas, oigo la risa de mi hermana.
>
> Y luego está mi madre.
>
> Tenemos batallas que librar, de eso no hay duda, pero me da miedo hacer las preguntas y ella, lo sé, tiene miedo de responderlas. Así que bailamos desacompasadas, cada una al son de una melodía distinta.
>
> *Quid pro quo*. Mi secreto por uno de los tuyos; este es el juego que hemos empezado a jugar. Con él, sé que no podré permanecer al borde de la intimidad. Tarde o temprano, tendré que sumergirme en esas frías y profundas aguas, y no habrá fin para las olas que mi entrada provocará.

Aprenderé cosas sobre mi madre que no quiero saber. Demonios, ya lo he hecho. Sé, por ejemplo, que se escapó de casa justo después del instituto y nunca volvió a hablar con su padre.

Incluso ayer eso no me habría sorprendido. Yo habría dicho: «Claro. Escaparse es lo que mejor se le da a Nora Bridge».

Pero observé sus ojos mientras hablaba de su padre. Vi el dolor…

Le dolió huir. Una parte de mí desearía no haberlo visto, porque, mientras estaba allí, escuchando la pena de mi madre, me pregunté por primera vez si le dolió dejar a sus hijas.

9

Dean se sentó con las piernas cruzadas en el extremo del muelle, observando cómo salía el sol.

El estrecho estaba agitado con el cambio de marea. Las olas golpeaban contra el viejo velero que se balanceaba junto al muelle. Las cuerdas crujían y gemían.

Oyó el sonido de motores en la distancia y sonrió.

Los barcos pesqueros estaban saliendo. Estaban demasiado lejos para verlos con claridad —como siempre, bordeaban la costa de Shaw Island en su camino hacia el estrecho de Haro—, pero Dean lo había contemplado mil veces: los barcos destartalados, hechos de madera pintada o aluminio, que salían a faenar. ¿Cuántas veces él y Ruby se habían quedado en algún muelle observando cómo el barco de Rand se adentraba en el mar? Ella siempre le apretaba la mano a Dean en el último momento, cuando el Capitán Garfio doblaba la punta y desaparecía. Él sabía, sin que ella tuviera que decírselo, que Ruby vivía con un ligero miedo a que algún día el barco de su padre no regresara.

Dean se había quitado el reloj al llegar a Lopez Island, por lo que no estaba seguro de cuánto rato había estado allí sentado. Lo único que sabía era que, cuando el sol ganó fuerza y le calentó las mejillas, ya llevaba allí tiempo suficiente.

Cansado, se puso en pie y se dio la vuelta. A su derecha, el viejo velero familiar se balanceaba cansino con la marea. El mástil, que fue de un blanco brillante, se había decolorado por la lluvia interminable y estaba picado por el viento. Los costados rojos aparecían raspados hasta dejar la madera al descubierto en una docena de sitios distintos, y la cubierta, alrededor del gran timón metálico, quedaba oculta bajo una capa de hojas ennegrecidas y viscosas y de moho verde grisáceo.

Por supuesto, fue entonces cuando oyó su voz: «Vamos a sacar el Wind Lass, Dino, ¡vamos!».

Cerró los ojos y recordó a Ruby. Al principio, se estremecía con cada recuerdo, contenía la respiración y esperaba a que las imágenes pasaran, pero luego las evocaciones habían empezado a desvanecerse y él había ido en su búsqueda, extendiendo la mano como un ciego.

Ahora comprendía lo preciosos que eran sus recuerdos del primer amor, y atesoraba tanto su placer como su dolor.

Agarró el cabo y acercó el barco al muelle; luego subió a bordo. La embarcación se balanceaba de forma inestable, como si le sorprendiera que la abordaran después de tantos años de soledad.

Siempre se había sentido libre en ese barco. El sonido de las velas al hincharse con el viento lo había animado como nada en la vida. Él y Eric habían pasado gran parte de su juventud en el Wind Lass. En esas cubiertas de teca habían tejido sueños para un futuro que se extendía años y años. Aunque ninguno de los dos lo había expresado en voz alta, ambos habían imaginado envejecer en ese barco, llevando a bordo a sus esposas, hijos y nietos.

A Dean le encantaba navegar, y, aun así, había dejado de hacerlo, había dejado que formara parte de la vida que había dejado atrás…

Era obvio que Eric había hecho lo mismo. El Wind Lass podría haber estado atracado en Seattle, a un tiro de piedra de la casa de Eric, y, sin embargo, se había quedado allí, desatendido y sin tocar.

Y, de repente, Dean supo lo que tenía que hacer.

Restauraría el Wind Lass. Rasparía la vieja pintura, lijaría la madera y la volvería a aceitar; limpiaría cada centímetro. Cogería ese barco olvidado, que una vez tanto amaron, y lo devolvería a su antigua gloria.

Si conseguía que Eric fuera hasta allí una tarde, solo eso, una sola tarde, tal vez el viento y el mar pudieran transportarlos al pasado…

Ruby se despertó con el olor del beicon frito y el café recién hecho. Cogió del suelo los leggings del día anterior, se los puso debajo de su larga camisola, se apresuró a terminar su rutina matutina en el baño y luego bajó las escaleras.

Nora estaba en la cocina, maniobrando con la silla de ruedas como el general Patton en el frente. Había dos sartenes de hierro fundido en los fogones; de una de ellas salía vapor. Un bol amarillo de cerámica reposaba junto a la sartén vacía con una cuchara con mango de metal apoyada a un lado. Sonrió a Ruby.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Bastante bien.

Pasó a trompicones junto a la silla de ruedas y se sirvió una taza de café. Le añadió azúcar y leche. Después de un sorbo, se sintió

más humana. Recostándose contra los armarios, vio que su madre había preparado beicon y tortitas.

—No he comido un desayuno como este desde que nos dejaste.

Era obvio que a su madre le costaba mantener la sonrisa.

—¿Quieres que ponga una carita de M&M'S en tus tortitas, como solía hacer?

—No, gracias. Intento evitar los carbohidratos recubiertos de chocolate.

Ruby puso la mesa, sirvió dos platos y se sentó. Nora se acomodó frente a ella.

—¿Has dormido bien esta noche? —le preguntó mientras vertía un pequeño charco de sirope junto a sus tortitas.

Ruby había olvidado que su madre mojaba cada bocado de tortita en sirope. Esa peculiaridad le recordó todos los detalles de su vida en común, las cosas que unían de forma inextricable a una madre y a una hija, tanto si Ruby quería esos lazos como si no.

—Ya me lo has preguntado.

El tenedor de Nora golpeó el borde del plato.

—Mañana me acordaré de ponerme un chaleco antibalas debajo del camisón.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ser como Caroline y fingir que todo va bien entre nosotras?

—Mi relación con Caroline no te incumbe —dijo Nora con dureza sin dejar de mirarla—. Siempre has creído que lo sabías todo. Antes pensaba que era una buena cualidad en una chica, pero toda esa certeza tiene un lado oscuro, Ruby. Tú… haces daño a la gente. — Ruby vio cómo su madre se hinchaba de ira y de inmediato se

desvanecía en un gesto de cansancio—. Pero supongo que no es del todo culpa tuya.

—¿No del todo? ¿Qué tal eso de que no es para nada mi culpa?

—Yo también dejé a Caroline. Eso no la convirtió en una persona fría y dura, incapaz de amar a la gente.

Eso enfureció a Ruby.

—¿Quién dijo que no puedo amar a la gente? Viví con Max durante cinco años.

—¿Y dónde está él ahora?

Ruby se apartó de la mesa y se puso de pie. De repente, quería distancia entre ellas.

Nora levantó la vista. Había una suave comprensión en su mirada que no le gustó a Ruby.

—Siéntate. No hablaremos de nada importante. Si quieres, comentaré el tiempo.

Ruby se sintió como una tonta allí de pie, respirando con dificultad. Mostraba con exactitud hasta qué punto la había herido el comentario de su madre.

—Ruby Elizabeth, siéntate y desayuna.

Su madre habló con uno de esos tonos de voz que de inmediato convierten a una mujer adulta en una niña. Ruby hizo lo que le ordenaron.

Nora dio un mordisco al beicon. Masticaba con un ruido crujiente.

—Tenemos que ir a comprar comida.

—Vale.

—¿Qué tal si lo hacemos esta mañana?

Ruby asintió. Terminó el último bocado, se levantó y empezó a limpiar la mesa.

—Yo fregaré los platos. ¿Nos vamos en unos treinta minutos?

—Que sea una hora. Tengo que averiguar cómo diablos se hace un baño con esponja.

—Podría atarte la pierna con un lazo y bajarte a la bañera como si fueras un ancla.

Nora se rio.

—No, gracias. No quiero ahogarme desnuda y con la pierna en alto. Los medios sensacionalistas se darían un festín con eso.

Tardó un momento en asimilar el comentario. Cuando lo hizo, Ruby volvió a la mesa.

—No dejaría que te ahogaras.

—Lo sé. Pero ¿me rescatarías?

Sin esperar una respuesta, Nora se dio la vuelta y se desplazó hacia su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí.

Ruby se quedó allí, mirando la puerta cerrada.

«¿Me rescatarías?».

La Benevolente Orden de las Hermanas de San Francisco llegó por primera vez a Summer Island durante la Primera Guerra Mundial. Un generoso donante —que sin duda había vivido una vida que ponía en peligro su alma inmortal— les había concedido más de cuarenta hectáreas frente al mar. Las hermanas, que tenían una gran altura de miras tanto en lo espiritual como en lo comercial, habían abierto un almacén de comestibles junto al muelle que se convertiría en la terminal del ferry. En el ondulado terreno de detrás de la tienda, habían construido un santuario que los turistas nunca visitaban. Criaban ganado y poseían el campo de manzanos más rentable de la

isla. Tejían su propia tela, la teñían con extractos de sus propios jardines y la cosían a mano para confeccionar túnicas marrones. Su santuario estaba abierto a cualquiera de su orden, así como a cualquier mujer que buscara refugio de una vida infeliz. A esas mujeres se les daba la bienvenida al redil y se les concedía ese bien tan preciado que tanto se echaba en falta en el agitado y violento mundo exterior: tiempo. Aquí podían vestirse con las ropas de sus abuelas, realizar las sencillas tareas necesarias para la subsistencia y comunicarse con el Dios que sentían que habían perdido.

Los domingos, las hermanas abrían la pequeña capilla de madera a sus amigos y vecinos. Un sacerdote del monasterio de una isla cercana oficiaba tranquilas misas en latín. Era una iglesia humilde, donde a nadie le importaban los llantos de los bebés aburridos o el cepillo vacío de la colecta cuando los tiempos se ponían difíciles. La suya seguía siendo la única tienda de la isla.

Ruby condujo la furgoneta hasta el aparcamiento de grava situado detrás del almacén de comestibles Él Proveerá y aparcó junto a una camioneta oxidada. Ayudó a Nora a sentarse en la silla. Juntas recorrieron el destartalado paseo marítimo de madera que conectaba los tres edificios del pueblo. Las glicinas crecían a lo largo de los postes que sostenían el alero del techo y adornaban las vigas superiores con fragantes flores blancas. Aquí y allá, a lo largo del paseo marítimo, había bancos hechos a mano por las hermanas. Más adelante, en la temporada turística, esos asientos se llenarían de gente esperando el ferry.

Ruby se acercó a la puerta mosquitera del almacén y la abrió. Una campana tintineó con alegría sobre sus cabezas cuando entraron. La

oscura tienda era larga y estrecha, construida como una caja de zapatos.

La luz se colaba por las ventanas gemelas e iluminaba un pequeño escritorio con una caja registradora. Más allá, unas estanterías de madera con varios niveles contenían productos secos dispuestos con cuidado. Un pequeño congelador ofrecía todo tipo de carne criada en la isla —ternera, pollo, cerdo y cordero— y una vitrina refrigerada contenía verduras cultivadas en la propia tierra de las hermanas.

La monja que estaba en la caja registradora levantó la vista al verlas entrar.

—¿Nora Bridge? ¿Ruby? ¡No me lo puedo creer!

La hermana Helen se movió con dificultad alrededor del escritorio. Con la falda levantada, mostraba las pesadas pantorrillas blancas enfundadas en calcetines de lana. Sus zuecos de goma verdes golpeaban con cada paso. La cara carnosa se le arrugó en una sonrisa de bienvenida que convirtió sus ojos con gafas en rendijas. Parecía, como siempre, un viejo duende vivaz.

—Alabado sea Dios —exclamó la hermana con un marcado acento alemán—. Ha pasado tanto tiempo… —Se volvió hacia Ruby—. ¿Y cómo está la graciosa?

Ruby sonrió.

—Sigo siendo un fenómeno, hermana. ¿Y usted tiene algún chiste bueno sobre el cielo para mí?

—Lo pensaré, eso es seguro. Es *wunderbar* veros a las dos. —Le dio un codazo a Ruby—. La madre Ruth todavía habla del día en que tu conejo corrió por la iglesia, *ja!* Se alegrará de volver a verte.

Ruby se alejó de la silla de ruedas.

—Yo…, eh…, hace tiempo que no voy a misa. De todos modos, solo estaré en la isla una semana.

Helen le lanzó «esa mirada» que todos los católicos reconocen.

—Hay un domingo cada semana, ¿no?

—Eh…, quizá.

Nora sonrió a la monja.

—Hay cosas que nunca cambian.

Helen asintió. Se le deslizó el hábito por la frente, pero se lo echó rápido hacia atrás.

—La mayoría de las cosas nunca cambian. Eso es lo que he aprendido en setenta y tres años de vida. —Se enderezó sobre sus talones y cruzó los fornidos brazos—. Es bueno veros a las dos juntas de nuevo, eso es seguro. Habéis estado alejadas de esta isla durante demasiado tiempo.

Se volvió hacia Ruby.

—¿Tienes hijos, *ja*, como tu hermana?

—No tengo hijos y, antes de que me lo pregunte, tampoco tengo marido. Soy, o bien libre y sin ataduras, o bien solitaria y sin amor. Elija usted misma.

Helen se rio.

—Siempre has sido así, Ruby. Bromeando sobre cualquier cosa. Sin embargo, solo para que conste, mi apuesta sería… libre y solitaria. —Aplaudió—. De todos modos, la tienda está como siempre. Coge lo que necesites. ¿Te abro una nueva cuenta?

—No —respondió Ruby.

—Sí —dijo Nora al mismo tiempo, lanzándole una mirada sombría —. Puede que me quede aquí una temporada.

Ruby cogió una de las pequeñas cestas rojas apiladas junto al escritorio y se la entregó a Nora.

—Empecemos.

Pasaron por la sección de artículos para turistas: postales, bolígrafos con ferris, pequeños candelabros marrones y blancos hechos con cenizas del monte Santa Helena, adornos navideños. Ruby se adelantó; Nora circulaba despacio detrás de ella.

Llegaron primero a los cereales. Ruby cogió una caja de Cap'n Crunch y la tiró a la cesta que su madre acarreaba en el regazo.

—No hay nada bueno para ti en esos cereales.

Ruby se giró y vio el ceño fruncido de su madre.

—¿Debería coger los que tienen bayas? Añaden fruta.

—Muy gracioso. ¿Me coges una de esas granolas? Las hacen las hermanas, si no recuerdo mal.

Ruby cogió la bolsa de cereales con lazo y la echó en la cesta. Hasta donde era capaz de recordar, sabían a tejido de alfombra.

—Necesitaremos varias latas de tomate —dijo Nora—. No, esas no; las del envase verde.

Ruby devolvió las latas de tomate inaceptables y eligió la marca «correcta».

—Espaguetis y *penne*, por favor. Dios, no, esa marca barata no; compra los buenos…, los de Italia.

«¡Como si en realidad se fabricaran en Italia!». Ruby apretó los dientes y siguió adelante, pero, con cada palabra que decía su madre, sentía cómo le subía la ira. Cuando Ruby cogió los bizcochos rellenos de crema, su madre casi gritó.

—No puedes comer eso.

Hasta ahí. Muy despacio, Ruby se dio la vuelta.

—Lo siento, ¿me has oído pedirte consejos sobre alimentación?

—No, pero…

—Esa es la cuestión. Es mi trasero el que va a hincharse hasta alcanzar el tamaño de Nebraska, no el tuyo. Así que, por favor…, cállate.

Nora apretó los dientes.

—Está bien.

Ruby podía oír a la hermana Helen riéndose.

Fue un milagro que ella y su madre llegaran al final del pasillo sin otra discusión. Al parecer, Nora estaba reservando fuerzas para la batalla de las verduras.

—Esa mazorca de maíz es asquerosa. Coge una de las blancas… Esa cebolla no, por el amor de Dios, coge una Walla Walla dulce… Vamos, Ruby, ese brócoli está medio pocho. ¿Qué demonios coméis en California?

Ruby dejó el brócoli en la cesta y se alejó. Era más seguro así. Asomó la cabeza al final del pasillo y llamó a la hermana Helen.

—¿Dónde están las aspirinas?

La hermana Helen se rio entre dientes.

—En la pared del fondo, cariño, junto a los antiácidos…, que quizá también quieras considerar.

Ruby cogió un envase industrial de analgésicos y lo echó en la cesta. Golpeó un tomate con un jugoso ¡plof!

—Estupendo —dijo Nora, limpiándose la mejilla. Luego miró hacia la esquina izquierda, donde las monjas ponían a la venta algunas camisetas y pantalones cortos—. Puedo comprarte algo de ropa, si quieres…

—Ya está. Hemos terminado.

Ruby agarró las manillas de la silla de ruedas, le dio la vuelta y se dirigió a la caja registradora. Se detuvo tan bruscamente que su madre salió disparada hacia delante como una muñeca de trapo.

La hermana Helen hacía todo lo posible por no sonreír.

—Es como en los viejos tiempos, veros juntas a las dos.

Nora le dedicó una sonrisa forzada.

—Sí, hermana, siempre hemos disfrutado de estas salidas madre-hija.

Ruby asintió.

—Solo recuerde cómo era ir de compras con ella… cuando la policía venga a interrogarla.

La hermana Helen se rio y empezó a cobrar los comestibles. Hablaba sin parar de esto y aquello —quién se presentaba a alcalde en otoño, quién había perdido hacía poco su caballo, quién tenía el pozo seco— mientras sus dedos volaban sobre las teclas.

Ruby salió de la tienda y se quedó mirando los coches que hacían cola para el próximo ferry. Estaba a punto de darse la vuelta cuando la fila de máquinas expendedoras de periódicos le llamó la atención.

Echó un vistazo hacia el almacén y luego se apresuró a bajar hasta la caja que contenía el *USA Today*. Y allí, en la esquina superior derecha, había una foto de su madre debajo del titular: «¿Dónde se esconde Nora Bridge?».

Ruby rebuscó en su riñonera, encontró dos monedas de veinticinco centavos y las introdujo en la máquina.

—Ruby, cariño —dijo su madre desde el interior de la tienda.

Ruby sacó el periódico, lo enrolló y se lo metió en la cintura. Se bajó la camiseta por delante para taparlo.

—¡Un momento! —gritó a la par que pasaba corriendo por delante del almacén. En la furgoneta, abrió la puerta trasera y metió el diario debajo del asiento trasero. Cuando volvió a la tienda, estaba sin aliento.

Nora la miraba fijamente.

—Las bolsas están en el mostrador. Yo puedo llevar dos si tú te encargas de la tercera.

Ruby estaba segura de que la vista de rayos X patentada por su madre había percibido de alguna manera lo que había comprado.

—Claro. Adiós, hermana Helen.

Cogió la bolsa del mostrador, se la colocó bajo el brazo y empujó a su madre hacia el coche.

En cuanto llegaron a casa, Ruby ayudó a su madre a entrar, llevó la compra y la guardó. Luego se volvió hacia Nora, que la observaba con atención.

—Yo…, eh…, voy a dar un paseo por la playa. Hace un día estupendo.

Con una sonrisa falsa, Ruby volvió a salir. En la furgoneta, cogió el periódico y se lo guardó debajo de la camiseta, por si acaso. Entonces se dirigió a la playa, donde se sentó en una roca plana de granito. Sacó la sección de sociedad y dejó el resto del periódico en la arena sujeto con un gran trozo de madera plateada.

El viento agitaba las puntas del periódico e intentaba arrebatárselo de las manos.

¿DÓNDE SE ESCONDE NORA BRIDGE?

A raíz de un feo escándalo, Nora Bridge ha desaparecido. Los ejecutivos de KJZZ, que emite su popular programa de entrevistas, *Sanación espiritual con*

Nora, cierran filas y solo confirman que la señora Bridge está de vacaciones, tal y como tenía previsto.

Tom Adams, el controvertido y franco propietario de Adams News Organization, informa de que nada ha cambiado en la columna de consejos diarios de la señora Bridge, «Nora lo sabe todo».

Ayer, Adams habló con Katie Couric. Animó a los espectadores a escribir a Nora, con la promesa de que «ella quiere saber de sus fieles lectores y responderá a sus preguntas, incluso a las más difíciles».

Sin embargo, fuentes cercanas a la señora Bridge no parecen convencidas de que vaya a volver. Una empleada, que pide que no se revele su nombre, afirma: «Supongo que era una gran charlatana. Todos esos consejos sobre la santidad del matrimonio… Bueno, es una verdadera decepción descubrir lo mentirosa que es».

Estaba claro que se había desatado una auténtica locura mediática: *Today*…, *Larry King Live*… Los periodistas estarían rastreando todo el país, hablando con cualquiera que hubiera conocido a Nora Bridge. La destrozarían si pudieran.

Y el artículo de Ruby empeoraría las cosas…

Ruby estaba sentada en la cama del antiguo dormitorio de sus padres, con las rodillas recogidas y su bloc amarillo en el regazo. El *USA Today* descansaba a su lado; aquella fotografía granulada y poco favorecedora de su madre la miraba fijamente.

Mi madre está siendo destruida en la prensa. Supongo que es lo justo. Arruinó su familia en pos de una carrera, y ahora esa carrera está explotando.

Es lo que yo quería que sucediera. Estoy segura de que es parte de lo que me llevó a aceptar el dinero por un artículo. Una necesidad de algún tipo de…, si no venganza, llamémoslo justicia.

Y, sin embargo, hay algo en todo esto que no me cuadra…

—¡Ruby! ¡Ven a ayudarme a preparar la cena!

Durante un extraño y desorientador segundo, Ruby volvió a tener catorce años, escondida en su habitación y leyendo *El señor de los anillos* cuando se suponía que debía estar haciendo los deberes. Sacudió la cabeza para aclarar las ideas, se dio la vuelta y abrió de un tirón el cajón superior de la mesita de noche de su madre. Bolígrafos y trastos salieron disparados. Cuando fue a guardar su bloc, vio un frasco marrón de medicamentos.

Lo cogió y leyó la etiqueta: VALIUM. NORA BRIDGE. 1985. El médico que figuraba en la receta era Allbright.

Ruby frunció el ceño. ¿Su madre tomaba Valium en 1985?

10

Valium.

Ese descubrimiento abrió una puerta, dejaba entrever una mujer que Ruby nunca había conocido, que ni siquiera se había imaginado.

En 1985 todo iba bien. Genial.

O eso había pensado Ruby.

Ojalá no hubiera encontrado el frasco. Era el tipo de cosa que no quería saber. Como encontrar por accidente el vibrador de tu madre. Algunas cosas debían permanecer ocultas.

Ruby no pudo soportar más estar en el dormitorio. Bajó las escaleras y encontró a Nora ya en la cocina.

—Vamos a hacer pollo al diván. ¿Qué te parece?

—Cocinar juntas —murmuró Ruby entre dientes.

—Quiero que cortes ese brócoli. La tabla de cortar está ahí mismo.

Ruby hizo lo que le dijo.

—Más pequeño, por favor. Cada trozo tiene que caber en la boca de una persona.

Ruby inspiró hondo y volvió a empezar.

Durante la siguiente media hora, trabajaron codo con codo. Ruby hirvió y cortó el pollo en trozos del tamaño de un bocado mientras Nora hacía todo lo demás. Al final, la cazuela estaba en el horno.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Nora al tiempo que guardaba la tabla de cortar—. Hay una caja de cartón grande en mi armario. ¿Me la traes?

Ruby negó con la cabeza.

—Mejor no. —Una sorpresa de su madre no podía ser nada bueno.

Nora le lanzó «esa mirada» y Ruby cedió. Algunas cosas eran más poderosas que la fuerza de voluntad, y la ceja levantada de una madre era una de ellas. Entró en el dormitorio, abrió las puertas de lamas del armario y encontró la caja. Cuando la levantó con los brazos, hizo un ruido metálico, como si fueran piezas de automóvil apiladas unas sobre otras.

La llevó al salón y la dejó sobre la brillante mesilla de ajenjo. Cayó con un estruendo.

Nora la había seguido al salón.

—Ábrela.

Ruby separó las solapas de cartón y miró dentro de la caja.

—¡Oh, mierda!

Era su proyector de cine de dieciséis milímetros y un rollo de película. Se volvió hacia su madre.

—Películas caseras —dijo Nora con una sonrisa forzada.

—No me digas que quieres que nos unamos por los viejos tiempos.

—Quiero verlas, eso es todo. Puedes acompañarme… o puedes prepararlo y dejarme sola.

Ruby estaba atrapada. Tanto si veía las películas como si no, sabría que las imágenes estaban allí, en la casa, esperando como un monstruo debajo de la cama de un niño.

Metió la mano en la caja y encontró una sábana blanca doblada y un juego de tachuelas. Su vieja «pantalla». Colocó el proyector sobre una mesa en la sala de estar, encajó la bobina en su sitio y enchufó el cable. Luego clavó la sábana en la pared.

Se negó a pensar en lo importante que solía ser ver las películas familiares. Cada Nochebuena, se sentaban juntos en pijama, con sus regalos sin abrir brillando seductores bajo el árbol, y visionaban lo más destacado de su año. Era una tradición esencial en una familia que tenía muy pocas.

Ruby apagó las luces. Con un sonido sordo y chirriante, la película comenzó como un cuadrado gris y negro en el centro de la sábana.

Ruby se dejó caer sobre el brazo del sofá.

Las palabras ESPECTÁCULO DE VARIEDADES EN LOPEZ ISLAND titubeaban en la pantalla improvisada. Se oía un murmullo de gente hablando, y luego la voz de su madre, clara como el agua: «¡Ahí está! Rand, ya sale».

Ruby no podía tener más de cinco años. Era una niña de jardín de infancia, delgada y de mejillas regordetas, vestida con un tutú rosa raído. Daba vueltas y giros, y se tambaleaba por el escenario con los brazos delgados adoptando todo tipo de ángulos extraños.

«Oh, Rand, es perfecta».

«Calla, estoy intentando concentrarme».

En el escenario, Ruby ejecutó un giro desigual y se hundió en una reverencia. Los aplausos retumbaron.

La imagen se oscureció y luego volvió entrecortada a la vida. Esta vez estaban en la playa. Caroline, con un bañador de una pieza con falda, chapoteaba en el agua riendo. Ruby llevaba un bikini; la barriga le sobresalía por encima de las delgadas piernas. Su madre

estaba sentada en la arena y miraba dentro de un cubo de plástico lleno de conchas y piedras. Ruby corrió hacia ella y pisoteó el suelo junto al cubo. Mamá se inclinó y le arregló una correa de sus sandalias de agua; luego abrazó a Ruby, que se retorcía y reía, y le dio un beso.

«Mamá…».

Ahí estaba.

Ruby se deslizó del brazo del sofá y aterrizó en el cojín suave y raído. Toda su infancia se desarrolló ante sus ojos en imágenes entrecortadas en blanco y negro, acompañadas por el sonido de las risas de los niños.

¿Cómo era posible que hubiera olvidado lo mucho que se habían reído… o lo a menudo que su madre la había abrazado y besado? Recordaba la sensación de montarse en los fuertes hombros de su padre, de ver el mundo desde lo alto, pero no la suave presión del beso de su madre.

Pero ahora lo recordaba. Lo estaba viendo.

No había forma de mantener la distancia.

Ahí estaban papá, que hacía girar a Ruby una y otra vez en círculos, y mamá, que enseñaba a Ruby a atarse los zapatos…; el Halloween lluvioso de dos princesas que saltaban de la mano hasta la puerta principal de los Smithson, llevando linternas con forma de calabaza…; la nevada mañana de Navidad en la que Ruby había recibido un cerdo de Santa Claus…; mamá y papá bailando en el salón de esta misma casa, la imagen borrosa y temblando por la cámara que sostenían unas manos infantiles…

Para cuando la última parte de la película salió del rollo y la pantalla se quedó en blanco, Ruby se sentía como si hubiera corrido

una carrera de quince kilómetros. Se tambaleó al apagar la cámara y encender las luces.

Su madre —«Nora», se recordó a sí misma— estaba encorvada en la silla de ruedas, con las manos cerradas en un puño apretado en el regazo. Las lágrimas brillaban en sus mejillas y pestañas. Captó la mirada de Ruby e intentó sonreír.

Al ver las lágrimas de su madre, Ruby sintió que algo dentro de ella se rompía.

—Papá y tú parecíais muy felices juntos.

Nora sonrió con tristeza.

—Fuimos felices durante muchos años. Y luego… dejamos de serlo.

—Quieres decir que tú dejaste de serlo. Yo vi lo que le pasó cuando te marchaste. Créeme, él te quería.

—Rand se habría quedado conmigo para siempre, tienes razón en eso. Tal y como había prometido.

Ruby frunció el ceño.

—Se habría quedado porque te quería, no solo porque lo había prometido.

—Ah, Ruby… Hay muchas cosas que no sabes. Tu padre y yo tenemos una… historia que solo nos pertenece a nosotros. Ningún niño puede juzgar el matrimonio de sus padres.

—¿Quieres decir que no me dirás por qué lo dejaste?

—¿Más allá de decir que éramos infelices? No, no lo haré.

Ruby quería enfadarse, pero en realidad estaba demasiado abatida. Las películas le habían hecho tanto daño que no podía pensar con claridad. Por primera vez en años, había visto a «mamá».

—Te había olvidado —dijo Ruby en voz baja mientras cerraba los ojos—. Nunca te he soñado ni tengo ningún recuerdo de la infancia en el que aparezcas.

Cuando Ruby abrió los ojos, vio que su madre estaba llorando, y eso hizo que se sintiera incómoda, como si hubiera hecho algo mal. Era una locura sentir eso, pero así era. Era curioso, no quería hacer llorar a su madre.

—Pero esta noche me he acordado del medallón que me regalaste cuando cumplí once años. El óvalo plateado que se abría. Guardaba una foto tuya en un lado y otra de papá y Caro en el otro.

Nora se secó los ojos y asintió.

—¿Todavía lo tienes?

Ruby se levantó y se acercó a la chimenea. Se quedó mirando las fotos de la familia de Caroline. Cuando alargó la mano y se tocó el cuello desnudo, sintió el medallón fantasma. Tenía dieciséis años la última vez que lo llevó puesto.

Era un día caluroso y húmedo de la segunda semana de agosto. Ruby y Caroline se habían negado a ir a comprar el material escolar. Su fe había tocado fondo por lo que se habían dicho durante semanas: mamá estaría en casa a tiempo para el colegio… Pero no fue así; agosto dio paso a septiembre y sus vidas ya no podían seguir en suspenso. En esa temporada, cuando todos sus amigos y vecinos se reunían para hacer pícnics, barbacoas y fiestas en Trout Lake, los Bridge se quedaban acurrucados en su casa demasiado silenciosa. Ruby y Caro habían aprendido a moverse sin hacer ruido ese verano. Hacían todo lo posible por desaparecer. Las chicas invisibles no tenían que responder a las preguntas de la gente ni dar explicaciones dolorosas. Fue fácil. Papá se encargó de ello. Había

empezado a beber y a fumar cuando Nora se marchó en junio. En agosto, ya no salía de su habitación. El Capitán Garfio estuvo parado todo el verano y, en otoño, papá tuvo que vender otra parte de las tierras para pagar las facturas. Al final, el primer día de clase, Ruby se quitó el medallón y lo tiró al suelo…

—Ruby, te he preguntado por el medallón.

Se volvió y miró a su madre.

—Lo tiré a la basura.

—Ya veo.

—No, no lo ves. No lo tiré porque te odiara. —Respiró hondo. Por un instante, casi perdió el valor; tuvo que obligarse a confesarlo—. Lo tiré porque me dolía demasiado recordarte.

—Oh, Ruby…

En la cocina, sonó el temporizador del horno.

Ruby se puso en pie de un salto.

—Gracias a Dios. Comamos.

Nora pasó una noche larga y sin dormir. Al amanecer, se rindió por fin y fue hasta el porche a contemplar la salida del sol. En cuanto amaneció, llamó a Eric, pero no hubo respuesta, y de alguna manera eso hizo que se sintiera aún más sola. Volvió al porche.

Ahora había marea baja. El agua tímida se había retirado, dejando al descubierto una amplia franja de costa brillante y cubierta de guijarros.

Recordó las muchas veces que en esa playa había recogido ostras, chirlas y almejas gigantes con el padre de Rand para la barbacoa del domingo.

«Te había olvidado».

Nora sabía que Ruby la culpaba, que la odiaba. Pero haberse olvidado de ella… Nora no sabía cómo combatir eso.

«¿Quieres que sea como Caroline y finja que todo va bien entre nosotras?», había preguntado.

Nora se recostó en su silla, suspirando cansada. Ruby tenía razón. Ella, con su fuego, su ira, su resentimiento…, al menos era sincera. Todo o nada. Blanco o negro. No podía vivir en los tonos grises que reconfortaban a su hermana.

—Te echo de menos, Ruby —susurró, atreviéndose a pronunciar esas palabras en ese mundo silencioso, unas palabras que no podía imaginar decirle a su hija menor. La tristeza brotó en su interior. En lugar de alejarla o de fingir que no existía, se permitió sumergirse en ella: «Te echo de menos, pequeña…».

Pensó en todos los años que habían pasado: Ruby marchándose a la universidad…, dejando la universidad…, mudándose a Los Ángeles (¿se había llevado el viejo y destartalado Volkswagen de Rand o había encontrado la manera de comprarse un coche nuevo?)…, alquilando su primer apartamento…

«Ha pasado tanto tiempo».

—Ya basta —dijo por fin. Enderezó la espalda y abrió los ojos.

Lo que necesitaba era un plan. Tenía que abordar el problema con Ruby de forma agresiva; no había otra manera de lidiar con ella. No habría una segunda oportunidad, lo sabía.

Nora tenía una semana, seis días ahora, para romper la dura coraza del pasado.

Pero ¿cómo?

«De acuerdo —se dijo a sí misma—. Imagina que esto es una carta de un lector».

> Querida Nora:
>
> Hace años, abandoné mi matrimonio y dejé a mis hijas. Mi hija menor nunca me ha perdonado. Ahora me dice que ha olvidado todos los recuerdos que tenía de mí. ¿Cómo puedo reparar el daño causado?

Respiró hondo y lo pensó detenidamente. Si Nora hubiera recibido una carta como esta, habría reprendido a la mujer por su comportamiento imperdonable y le habría dicho que no era de extrañar que su hija la odiara.

—Hipócrita —siseó. No era de extrañar que hubiera perdido su carrera.

De todos modos, después de moralizar a lo largo de unas cuantas frases, habría dicho: «Oblígala a que te recuerde». La respuesta le vino con facilidad al ofrecérsela a una desconocida.

Nora sonrió. Si obligaba a Ruby a recordar el pasado, quizá podrían encontrar el camino hacia el presente…, y tal vez incluso vislumbrar un futuro diferente.

Sabía que no sería fácil. Ni especialmente agradable. Es muy probable que resultara insoportable, de hecho.

Pero era la única manera. En ese momento, a Ruby le resultaba fácil odiar a Nora: solo recordaba las horribles decisiones que había tomado aquel verano. ¿Sería tan fácil si Ruby recordara los buenos momentos?

A sus espaldas, la puerta mosquitera se abrió con un chirrido.

—¿Nora?

Esta se dio la vuelta, sonriendo con alegría.

—Hola, cariño.

Ruby frunció el ceño.

—Estás muy alegre para ser las ocho de la mañana. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Ya tengo. ¿Por qué no te traes una taza y te sientas conmigo aquí fuera? Hace un día precioso.

Ruby se pasó la mano por el pelo revuelto y despeinado y asintió. Sin decir nada, volvió a entrar en casa y, unos minutos más tarde, salió y se acomodó en la mecedora.

Nora contemplaba la playa. El silencio entre ellas era extrañamente agradable, similar al de otras mil mañanas, hacía mucho tiempo, cuando se sentaban juntas aquí. Tomó un sorbo de café y miró hacia la punta de la isla.

—¿Recuerdas las barbacoas del Cuatro de Julio que solíamos hacer aquí? Tu padre siempre se iba a pescar y nosotras tres, las chicas, nos pertrechábamos de petardos.

Ruby sonrió.

—Las bengalas eran mis favoritos —dijo—. Esperaba impaciente a que oscureciera.

—Escribíamos cosas con la luz de la bengala, ¿te acuerdas? —dijo Nora, mirando a Ruby—. Yo siempre escribía: «Quiero a mis chicas».

Ruby rodeó la taza de café con las manos, como si necesitara una infusión repentina de calor.

—Caroline siempre garabateaba el nombre del chico del que estuviera enamorada en ese momento. ¿Recuerdas cuando le tocó a Alexander Jorgenson? Necesitó dos bengalas para escribir su nombre completo, estaba desesperada.

Nora sonrió. Se imaginó a Eric y Dean, de pie alrededor de la parrilla, riendo. Siempre aparecían justo a tiempo, esos chicos. Nunca se perdían una comida. De repente, sintió un nudo en la garganta, por lo que su voz sonó suave cuando dijo:

—Tú solo escribiste el nombre de Dean. Año tras año.

Ruby suspiró.

—Sí… Él y Eric siempre aparecían justo cuando ponías el salmón en la barbacoa, ¿te acuerdas? —Levantó la vista—. Caroline me ha dicho que sigues en contacto con Eric. ¿Cómo está?

Nora sabía que este momento iba a llegar. Pensaba que estaba preparada para ello, pero no fue así. Soltó aire muy despacio. No había forma de respetar el deseo de privacidad de Eric, no con Nora incapacitada para conducir. Tarde o temprano, tendría que pedirle ayuda a Ruby, y, cuando lo hiciera, Ruby se enteraría de lo de Eric. Pero ¿cómo se le dice a tu hija que uno de sus mejores amigos de la infancia se está muriendo?

—Mamá.

Nora se secó los ojos con naturalidad y miró a Ruby a los suyos, que la esperaban con expectación.

—Eric tiene cáncer.

Ruby palideció.

—Dios mío…

Nora observó cómo los recuerdos se reflejaban en la mirada de Ruby. Sabía que su hija estaba rememorando los tranquilos días de verano que pasó en el lago con Dean y Eric. Ruby tardó mucho rato en recuperar la voz.

—¿Es grave?

—Muy grave.

—¿Va a morir?

Le dolió responder.

—Sí, cariño, va a morir.

Ruby se desplomó hacia delante y se cubrió la cara con las manos.

—Debería haber seguido en contacto con él. Dios… —Se quedó en silencio, sacudiendo la cabeza, y Nora supo que su hija estaba llorando—. Parece que fue ayer cuando estábamos todos juntos. No puedo imaginarlo… enfermo.

—Lo sé. No dejo de pensar en esas barbacoas del Cuatro de Julio. Solía veros a Dean y a ti en la playa. Os cogíais de la mano y jugabais con las bengalas. Podía oír vuestras risas desde aquí arriba, y, cuando crecisteis y empezasteis a susurrar…, entonces me preocupé.

Ruby levantó la vista. Las lágrimas le salpicaban las pestañas y la hacían parecer una niña de diez años.

—No lo sabía.

—La maternidad está llena de preocupaciones secretas. —Nora se dio cuenta un segundo demasiado tarde de que se había mostrado vulnerable. Nunca debería haber utilizado la palabra «secretas». Pero, por fortuna, Ruby tenía cosas más importantes en la cabeza.

—¿Podemos visitar a Eric?

—Por supuesto. Se aloja en la antigua casa de Lopez. Sé que le encantaría verte. —Nora se recostó en su silla y se quedó mirando el estrecho—. A veces, cuando cierro los ojos, puedo imaginarnos a todos. A ti, a mí, a Caroline…, a Eric y a Dean. Lo que más recuerdo son los días en el Wind Lass. A Dino y a Eric les encantaba ese barco…

—Sé lo que estás haciendo —dijo Ruby tras una larga pausa. Su voz era grave y profunda—. Quieres que recuerde.

—Sí.

—Recordar cosas así duele.

—Lo sé, cariño. Pero…

Dentro de la casa sonó el teléfono. Ruby se levantó despacio y entró. La puerta mosquitera se cerró de golpe detrás de ella.

—¿Diga?

Nora podía oír la mitad de la conversación de Ruby.

—¿Quién es? Oh, soy su hija, Ruby… Sí, un momento, voy a buscarla. ¿Nora? —gritó Ruby—. Es tu asistente personal, Dee.

—Dile que no estoy aquí.

Ruby abrió la puerta mosquitera y asomó la cabeza.

—Ya le he dicho que estabas. Vamos, te está esperando.

Nora entró en la cocina con la silla de ruedas y cogió el teléfono.

—Hola, Dee.

—¡Oh, Nora, gracias a Dios! Acaba de llegar una caja con cartas a tu escritorio. No he podido hacer nada al respecto. Tom Adams ha llamado y ha amenazado con despedirme si no te las enviaba. Hoy. —Dee hizo un ruido como de sollozo—. Necesito este trabajo, Nora. Sé que tú nunca me despedirías, pero y si…, ya sabes…

—¿Pierdes tu trabajo? —Nora suspiró—. Lo entiendo perfectamente. Adelante, envíame las cosas por correo a la dirección que te di.

—Tom quiere que use Lake Union Air para la entrega de hoy.

Por supuesto. Con Tom, todo tenía que suceder al instante.

—¿Has leído las cartas, Dee?

—Eh…, algunas.

A Nora se le revolvió el estómago.

—¿Tan mal está la cosa?

—Es horrible, Nora. La gente de por aquí está empezando a hablar con la prensa sensacionalista… y no dicen cosas bonitas… Una señora de Iowa salió anoche en televisión y dijo que iba a demandarte por asesoramiento fraudulento o alguna tontería por el estilo.

Nora miró a Ruby, que estaba escuchando con descaro la conversación.

—De acuerdo, Dee. Envíame las cartas.

—Pensé en enviarte también tu archivo de «lo mejor de». Por si querías colar algunas cartas antiguas. Tom no se enteraría.

—Buena idea.

Dee suspiró hondo.

—Sabía que ibas a escribir la columna. La gente está diciendo…

—Me aseguraré de que te cuiden. No te preocupes por eso. Gracias por todo, Dee. De verdad. Adiós. —Se inclinó hacia delante y colgó el teléfono. Quería hacer una broma para Ruby, pero no tenía fuerzas.

—Nora.

Levantó la cabeza poco a poco.

Ruby estaba de pie junto a la nevera, con los brazos cruzados. Su taza de café estaba sobre la encimera, olvidada.

—¿Qué ha sido todo eso?

—Mi jefe en el periódico espera que responda a unas cartas… bastante desagradables de mis lectores.

—Bueno, es tu trabajo.

Nora no se molestó en responder. Ruby no podía entenderlo. No sabía lo que se sentía al necesitar la aceptación ni que, sin ella, uno podía sentirse invisible. Peor que invisible.

«Una señora de Iowa…, una demanda…, un consejo fraudulento…». Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz.

—Es probable que David Letterman se lo esté pasando en grande en su programa con todo esto…

Durante dos días, había sido capaz de olvidar que su vida se estaba desmoronando, que era un escándalo nacional. Ya no.

Oyó a Ruby subir corriendo las escaleras.

Gracias a Dios.

Pero, al cabo de un minuto, Ruby volvió y le dio un golpecito en el hombro.

—Nora.

Abrió los ojos. Ruby estaba de pie a su lado, sosteniendo una sección del periódico.

—Compré esto ayer en la tienda. Quizá deberías… leer lo que escriben sobre ti.

Nora se quedó mirando el periódico. Podía ver una foto grande y granulada de sí misma. La habían tomado en los Emmy del año pasado. Dios, odiaba esa foto. Se la veía con las mejillas hinchadas y los ojos entrecerrados.

Cogió el periódico de Ruby y echó un vistazo al artículo.

—Se acabó —dijo con voz apagada, dejando caer el periódico al suelo.

Ruby frunció el ceño.

—No seas tonta. Lo superarás. Mira a Monica Lewinsky, ahora vende bolsos caros. El año pasado fue a los Oscar. Y esa idiota que

se casó con el millonario se hizo de oro con *Playboy*.

—Gracias por esas comparaciones tan reconfortantes.

—Solo quería decir…

—Eres demasiado joven para entenderlo, Ruby. Mi carrera se ha acabado. No tengo intención de responder ni una sola carta. Voy a esconderme hasta que esta… mierda… termine. Saldrá otra noticia y se olvidarán de mí. Entonces desapareceré.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No.

—Pero eres una estrella.

—Soy una estrellada. Créeme, hay una diferencia.

—Con el giro adecuado, puedes…

—No entiendes mi carrera, Ruby. Nunca he interpuesto una barrera entre mis lectores y yo. Todo lo que pienso, siento y creo se refleja en mis palabras a los desconocidos. Por eso creían en mí, porque percibían mi honestidad.

Ruby arqueó las cejas.

—Según la prensa, en tus columnas decías que creías en el matrimonio. ¿Es ese el tipo de honestidad que obtuvieron de ti?

—Yo creo en el matrimonio. Y en el amor, y en la familia, y en los compromisos. Solo que… fracasé en ello.

Ruby pareció sorprendida por esa respuesta.

—Es una elección de palabra interesante. «Fracasé».

—Supongo que ninguna de las dos caracterizaría mi matrimonio y mi maternidad como exitosos.

—No. Pero no esperaba que lo vieras de esa manera. Como un fracaso, quiero decir.

Por fin estaban dando vueltas a algo importante.

La voz de Nora era suave.

—¿Cómo imaginabas que me sentiría?

Ruby frunció el ceño.

—Habría pensado que percibirías abandonarnos como… un éxito. Lo hiciste muy bien. Como dejar un trabajo que odias: puede que eches de menos los ingresos, pero estás orgullosa de ti misma por haber encontrado el valor para renunciar.

—No estaba orgullosa de mí misma.

—¿Por qué? —preguntó Ruby en voz baja—. ¿Por qué lo hiciste? ¿No podías tener una carrera y criar a tus hijas?

Nora suspiró. Había tantas formas de responder a eso…, y estaba demasiado deprimida para elegir la correcta. Así que dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Lo que nos pasó no fue un acontecimiento único, como el naufragio del Titanic. Fueron pequeñas cosas, encadenadas a lo largo de décadas. Para entenderlo de verdad, deberías crecer y ver cómo eran en realidad las cosas en nuestra familia, pero tú no quieres hacer eso, Ruby. Quieres olvidar que yo existí…, olvidar que existimos.

—Es más fácil así —dijo Ruby en voz baja.

—Sí. Y para mí es más fácil alejarme de mi carrera. No puedo luchar contra estos cargos…, no con la vida que he llevado y las decisiones que he tomado. La prensa descubrirá lo que les hice a mis hijas…, a ti, Ruby…, y será aún peor.

—Nunca te vi como una persona que se rinde.

Nora le dedicó una sonrisa triste y cómplice.

—Ay, Ruby… Tú, precisamente tú…, deberías haberlo hecho.

11

Era temprano por la tarde, el punto culminante de un día de junio sorprendentemente caluroso. El mar y el cielo formaban una sólida capa de azul brillante. La luz del sol refulgía en la superficie del agua. En el límite de la propiedad, justo antes de descender hacia la arena, los árboles se extendían los unos hacia los otros con sus hojas susurrando al viento. Los estorninos revoloteaban y se lanzaban en picado a lo largo de los aleros, piando ruidosos, para volar bajo, a ras de hierba.

Ruby estaba sentada en la silla Adirondack blanca del balcón del segundo piso. No podía dejar de llorar. Pensaba en Eric, en todos los momentos que habían pasado juntos, en que él había sido el hermano mayor que nunca había tenido. La idea de perderlo era insoportable…, pero no peor que darse cuenta de que lo había perdido años antes, sin pensarlo, al marcharse y no molestarse en llamar.

«No molestarse en llamar».

Era la historia de su vida. Ruby, la chica loca que sale por la derecha del escenario. Había amado a Eric. No de la forma ardiente y desgarradora en que había amado a su hermano, sino de una forma sólida y fiable. Durante todos los años de su juventud, él había estado allí. Fue Eric quien le enseñó a montar una tienda de

campaña cuando se acercaba la reunión de las *scouts*… Eric le había enseñado a ponerse de pie en la proa del Wind Lass en un día ventoso.

Y, sin embargo, se había alejado, había dejado que él se convirtiera en una fotografía descolorida en el cajón de su vida.

—Lo siento —susurró en voz alta, oyendo el tono patético de su voz. No era suficiente su disculpa al aire. Lo reconocía. Pero la idea de verlo la aterrorizaba. ¿Cómo iba a ponerse junto a su cama y hablar con él…, a sonreír como si siguieran siendo amigos… y decirle adiós?

¿Cómo iba a verlo morir?

Cerró los ojos y se recostó en la silla. En el dormitorio, detrás de ella, sonó el teléfono, pero, cuando lo descolgó, no hubo respuesta.

Cuando volvió a oír el riiiiing, se dio cuenta de que era su móvil. Se lanzó sobre la cama y alcanzó el teléfono, que estaba en el suelo. Lo había enchufado menos de una hora antes.

—¿Diga?

—Dios, Rube, he estado llamando a este número sin parar. ¿Cómo va la vida en el páramo?

Era Val. Podía oír cómo soltaba el humo del cigarrillo en el auricular.

—Es Summer Island, Val, no Siberia. Y todo va bien.

—Pensaba que quizá necesitarías que te sacaran en helicóptero.

Ruby se rio.

—No, solo ten a mano esa coartada por si la necesito.

—¿Cómo va el artículo?

—Tirando, creo. Quizá incluso bien.

—Excelente noticia. Hablé con Joan esta mañana. Las cosas se están calentando mucho con esta historia. La prensa está crucificando a tu madre.

Ruby se sintió desconcertada por su reacción ante eso. La enfureció.

—A ella no le importa. Está dejando su carrera. Renunciando.

—¿En serio?

—Increíble, ¿no? De todos modos, estoy trabajando duro.

—Joan se alegrará de oírlo. Recuerda que tienes una cita en el programa de Sarah Purcell de la semana que viene. Nos vemos entonces, cariño.

«Cariño». Ruby no pudo evitar poner los ojos en blanco. Nunca la había llamado así antes; debía de ser un término reservado para los clientes que de verdad le reportaban dinero.

—De acuerdo, Val. Hablamos pronto.

Después de colgar, cogió el papel y el bolígrafo, y volvió al balcón, donde se sentó en la silla de gran tamaño que su abuelo había hecho a mano.

Se obligó a dejar de pensar en Eric. Por ahora tenía que trabajar en el artículo. Miró su bloc amarillo. Entonces cogió despacio el bolígrafo y empezó a escribir.

> He pasado la mayor parte de mi vida adulta fingiendo que no tenía madre. Al principio me costó mucho esfuerzo. Cuando me venía un recuerdo de ella, lo reprimía sin piedad y forzaba otras imágenes en mi mente: una puerta que se cerraba de golpe, el sonido de los neumáticos chirriando sobre la grava, mi padre sentado en el borde de la cama y llorando con la cabeza entre las manos.
>
> Con el tiempo, aprendí a olvidar y, en ese estado de amnesia suspendida, las cosas eran fáciles. El tiempo pasaba.

Pero anoche mi madre y yo vimos algunas viejas películas caseras. Allí, en una sala de estar a oscuras, las puertas que había intentado mantener cerradas se abrieron poco a poco.

Ahora me queda una pregunta inquietante y que me desubica: al olvidar a mi madre, ¿cuánto he olvidado de mí misma?

Parece que no conozco a ninguna de las dos. Mi madre me dice ahora que va a dejar su carrera. No sé qué pensar de eso. Ella cambió a nuestra familia por la fama y la fortuna; ¿cómo puede significar tan poco para ella?

Ruby dejó el bolígrafo y el bloc de notas sobre la mesa de cristal oxidada y esmerilada que había junto a su silla, incapaz de pensar en nada que añadir. No podía olvidar la cara de su madre cuando le había dicho: «Entonces desapareceré».

Su madre parecía… destrozada, resignada y más que un poco asustada. Igual que la otra vez.

«Me voy. ¿Quién quiere venir conmigo?».

Durante once años, Ruby solo había recordado las palabras, su sonido áspero y desagradable en el silencio de aquella mañana.

Ahora recordaba el resto.

Los ojos de su madre se habían llenado del mismo dolor agonizante y, cuando habló, su voz había sonado tensa. No era su voz en absoluto.

Entonces Ruby no oyó nada más allá del adiós. Entendió que su madre se marchaba…, pero ¿y si Nora había huido?

«Nunca te vi como una persona que se rinde», le había dicho Ruby hoy. Y la respuesta de su madre: «Tú, precisamente tú…, deberías haberlo hecho».

Pero ¿de qué podía haber huido su madre? ¿Y qué la había mantenido alejada?

El paquete llegó de Seattle a última hora de la tarde, mientras su madre dormía la siesta. Ruby sabía lo que era. Se debatió durante unos instantes —al fin y al cabo, había decidido deliberadamente no leer nunca las columnas de su madre en el periódico—, pero el artículo de *Caché* había cambiado las cosas. Ruby necesitaba saber de qué hablaba «Nora lo sabe todo».

En silencio, abrió la caja y sacó un sobre de manila marcado con LO MEJOR DE. En la sala de estar, se dejó caer en el sofá, se acurrucó y sacó la pila de recortes. El que estaba encima del todo tenía fecha de diciembre de 1989 y se había publicado en el *Anacortes Bee*.

> Querida Nora:
>
> ¿Tienes algún consejo para quitar la mancha de vino tinto de la seda blanca? En la boda de mi hermana, me emborraché un poco y derramé una copa sobre su vestido. Ahora no me habla y me siento fatal por ello.
>
> La Depre del Vestido de Novia

La respuesta de Nora fue breve y concisa.

> Querida Depre del Vestido de Novia:
>
> Solo tu tintorería puede quitar la mancha. Si no se puede hacer, debes ofrecerte a reemplazar el vestido. Como estabas borracha, aunque fuera un poco, esto es más que un accidente normal, y tu hermana se merece un recuerdo perfecto de su día especial, un vestido que pueda legar a su hija. Puede que te lleve un tiempo ahorrar el dinero, pero al final te sentirás mejor.

> Nada es más importante que la familia. Estoy segura de que lo sabes; es lo que te ha llevado a escribirme. Es muy fácil hacer lo incorrecto en la vida, ¿no crees? Cuando vemos un camino claro para ser mejores personas, debemos tomarlo.

Mientras Ruby seguía leyendo las columnas, se dio cuenta de que el correo de su madre había cambiado con el paso del tiempo de preguntas sobre consejos domésticos a preguntas sinceras y sentidas sobre la vida. Ruby tenía que admitir que a su madre se le daba bien eso. Sus respuestas eran concisas, sabias y compasivas.

Ruby comenzó a escuchar a su madre en la columna. No a la sofisticada, codiciosa y egoísta Nora Bridge, sino a su mamá, la mujer que le había dicho a Ruby que se pusiera el abrigo, se cepillara los dientes o limpiara su habitación.

Mientras leía una columna sobre una chica de dieciséis años que tenía un problema con las drogas, Ruby recordó un momento de su propia vida…

Fue en ese terrible año cuando Ruby casi se había «echado a perder». Tenía catorce años, y Lopez Island y su propia familia le parecían irremediablemente pequeñas y poco interesantes. Durante un tiempo, faltar a clase y fumar marihuana le habían ofrecido a Ruby una vida mejor. Incluso se había alejado de Dean.

Papá se enfureció cuando a Ruby la expulsaron del colegio por fumar, pero Nora no. Su madre la recogió de la oficina del director y la llevó al parque estatal, en la punta de la isla. La arrastró hasta un rincón apartado de la playa, con vistas al estrecho de Haro y al lejano resplandor del centro de Victoria. Eran las tres de la tarde en punto y las ballenas grises migraban frente a ellas en una fila de chorros y salpicaduras. Nora llevaba puesto su vestido bueno, el que

guardaba para las reuniones de padres y maestros, pero se había sentado con las piernas cruzadas en la arena.

Ruby se había quedado allí, esperando que le gritara, con la barbilla levantada y los brazos cruzados.

En cambio, Nora metió la mano en el bolsillo y sacó el porro que habían encontrado en la taquilla de Ruby. Para su sorpresa, se lo metió entre los labios y lo encendió. Tras dar una calada profunda, se lo ofreció a su hija.

Atónita, Ruby se sentó junto a su madre y cogió el porro. Se lo fumaron entero juntas y, durante todo ese tiempo, ninguna de las dos habló.

Poco a poco había caído la noche; al otro lado del agua, se habían encendido las brillantes luces blancas de la ciudad. Su madre eligió ese momento para decir lo que había ido a decir: «¿Notas algo diferente en Victoria?».

A Ruby le costaba concentrarse. «Parece más lejana», respondió entre risas.

«Sí que está más lejos. Eso es lo que tienen las drogas. Cuando las consumes, todo lo que quieres en la vida está más lejos. —Nora se había vuelto hacia ella—. ¿Qué tiene de genial hacer algo que cualquiera con un fósforo puede hacer? Lo genial es convertirse en astronauta…, en comediante… o en científica que cura el cáncer. Lopez Island es exactamente lo que tú crees que es, un pequeño punto en el mapa. Pero el mundo está ahí fuera, Ruby, aunque tú no lo hayas visto. No desperdicies tus oportunidades. No tenemos tantas como necesitamos. Ahora mismo puedes ir a cualquier parte, ser quien quieras, hacer lo que quieras. Puedes llegar a ser tan famosa que te hagan un desfile cuando vuelvas a casa para la

reunión del instituto… o puedes seguir metiendo la pata, saltándote las clases y recortando tus opciones hasta que al final termines con esa gente que se reúne en el Zeke's Diner para fumar cigarrillos y hablar de los partidos de fútbol americano del instituto que terminaron hace veinte años. —Se levantó y se sacudió el vestido; luego miró a Ruby—. Es tu elección. Tu vida. Soy tu madre, no tu carcelera».

Ruby recordó que temblaba mientras se ponía en pie. Así de profundas fueron las palabras de su madre. Muy suave, dijo: «Te quiero, mamá».

Ese fue el último recuerdo específico que Ruby tenía de decirle esas palabras a su madre…

Volvió a centrar su atención en las columnas. Se dio cuenta de que este último conjunto estaba sujeto con clips. La primera frase la cautivó.

Querida Nora:

¿Alguna vez te sientes tan sola en el mundo que todo lo normal te parece desenfocado? Es como si fueras el único ser humano en blanco y negro en una ciudad en tecnicolor.

Me he casado con la mujer equivocada. Lo supe cuando llegó el día de caminar hacia el altar. Lo supe cuando levanté el velo y la miré a los ojos. Pero a veces haces lo correcto por razones equivocadas y rezas para que el amor crezca.

Cuando no crece, una parte de ti muere, y día tras día sigue muriendo hasta que por fin te das cuenta de que no queda nada de ti.

Te dices a ti mismo que solo importa tu hija, la razón por la que te casaste en primer lugar, y casi llegas a creerlo. Cuando sostienes a tu bebé en brazos, al fin aprendes lo que es el verdadero amor.

Y, sin embargo, sigues preguntándote, incluso mientras sostienes la mano de tu hija, le cepillas el pelo o le lees un cuento antes de dormir…, te preguntas si eso realmente es suficiente.

No sé qué hacer. Mi esposa y yo nos hemos distanciado terriblemente… Por favor, ¿puedes ayudarme?

PERDIDO Y SOLO

Querido Perdido y Solo:

Mi corazón está contigo. Creo que todos sabemos lo que se siente al estar solo, en especial dentro del supuesto círculo cálido de una familia.

Puedo decir que eres un hombre honorable, y es obvio que sabes que romper una familia es el tipo de acto que destruye vidas de una manera irrevocable. Créeme, la soledad que sientes dentro de tu familia es una pálida sombra del tormento que sentirás si te vas.

Rezo para que, si buscas con suficiente ahínco, desentierres algún vestigio del amor que una vez sentiste por tu esposa y que, con cuidado, la semilla de ese sentimiento pueda volver a crecer. Busca asesoramiento; habla con profesionales y hablad entre vosotros. Tomad unas vacaciones juntos. Tocaos, y no solo sexualmente. Los pequeños gestos a lo largo del camino pueden significar mucho. Participad en actividades: eventos comunitarios, actividades de la iglesia, ese tipo de cosas.

Id a ver a un consejero matrimonial. No terminéis con vuestro matrimonio y les rompáis el corazón a vuestros hijos a menos que no haya ninguna posibilidad de reconciliación.

Confía en mí,

NORA

Este último elemento era una carta manuscrita; no había ninguna columna adjunta. Era evidente que había sido enviada para su publicación y la habían rechazado. Sin embargo, Nora la había guardado.

Querida Nora:

Mi hija, mi preciosa niña, murió este año a causa de un conductor ebrio. Ahora entiendo la tragedia; su sabor, su textura…, la huella que deja en ti.

Me doy cuenta de que ya no puedo hablar con nadie, ni siquiera con mi esposa, que me necesita más que nunca. La veo sentada en el borde de la cama, con el pelo sin lavar y los ojos enrojecidos, y no puedo acercarme a ella, no puedo ofrecerle consuelo. Si me dejaran solo, estoy seguro de que podría pasar el resto de mi vida sin volver a hablar nunca más.

Quiero recoger mis pertenencias, meterlas en un carrito de la compra y desaparecer entre la multitud anónima de vagabundos de Pioneer Square. Pero no tengo fuerzas ni siquiera para eso. Así que me siento en mi casa, viendo los interminables recuerdos de lo que una vez tuve…, y me pregunto por qué me molesto en respirar…

PERDIDO Y SOLO

En la parte superior de esa carta, alguien había escrito: «Envíen de inmediato por FedEx la carta adjunta a la dirección de devolución de este hombre». Adjunta a la carta con un clip, había una fotocopia de una nota manuscrita.

Querido Perdido y Solo:

No voy a perder el tiempo con las bonitas palabras con las que envolvemos el dolor. Estás en peligro; no estás tan perdido como para no saberlo. Voy a

hacer lo que nunca he hecho antes, lo que imagino que nunca volveré a hacer.

Vendrás a hablar conmigo. No aceptaré un no por respuesta. En tu carta mencionabas Pioneer Square; veo que tu dirección de remitente está en Laurelhurst, también en Seattle.

Mi secretaria en el periódico esperará tu llamada mañana y concertará una cita.

Por favor, por favor, no me decepciones. Sé cómo la vida puede herir incluso al corazón más fuerte, y a veces todo lo que se necesita para salvarnos es el contacto de la mano de un simple desconocido.

Ponte en contacto conmigo… Estaré ahí.

Estaba firmada por Nora.

Las manos de Ruby temblaban. No era de extrañar que estos lectores quisieran a su madre. Guardó con cuidado las columnas y las cartas en la carpeta de manila y dejó todo el paquete en la mesa de la cocina para que su madre lo encontrara. A continuación, subió las escaleras.

Ni siquiera se había dado cuenta de que iba a llamar a Caroline hasta que descolgó el teléfono. Pero tenía sentido. Ruby se sentía inestable… y Caroline siempre había sido su punto de apoyo.

Caro respondió al tercer tono.

—¿Diga?

Ruby no pudo evitar fijarse en lo cansada que sonaba su hermana.

—Hola, hermana. Parece que necesitas una siesta.

Caroline se rio.

—Siempre necesito una siesta. Por supuesto, lo que hago para estar tan cansada es un completo misterio.

—¿Qué haces todo el día?

—Solo una mujer soltera le haría esa pregunta a una madre. Bueno, ¿qué pasa por esas latitudes? ¿Cómo estáis mamá y tú?

—No es quien yo creía que era —admitió Ruby en voz baja.

—¿Cómo iba a ser eso posible? No has hablado con ella desde que *Luz de luna* se emitía en televisión.

—Lo sé, lo sé…, pero es más que eso. Por ejemplo, ¿sabías que iba al psiquiatra cuando estaba casada con papá… o que tomaba Valium en 1985?

—Vaya —dijo Caroline—. Me pregunto si su médico le dijo que dejara a papá.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Caroline se rio en voz baja.

—Eso es lo que hacen, Ruby. Les dicen a las mujeres infelices que busquen la felicidad. Si me dieran un dólar por cada vez que mi terapeuta me ha dicho que deje a Jere, viviría en Hunt's Point.

—¿Tú también vas al psiquiatra?

—Vamos, Ruby. Es como hacerse la manicura. Es bueno para cuidar la mente.

—Pero yo pensaba que tú y el señor Quarterback teníais una vida perfecta.

—Tenemos nuestros problemas, como todo el mundo, pero prefiero hablar de… ¡Ay! ¡Maldita sea, Jenny! Eso no está bien. Tengo que dejarte, Ruby. Tu sobrina acaba de echar un vaso de zumo de uva a la cabeza de su hermano.

Antes de que Ruby pudiera responder, Caroline colgó.

Todo estaba listo.

Dean llamó a la puerta de Eric, oyó un «adelante» amortiguado y entró. Su hermano estaba sentado en la cama y leía una gastada copia en rústica de *Ilusiones*, el libro de Richard Bach. Cuando vio a Dean, sonrió.

—Hola, hermano. Es casi la hora de cenar. ¿Dónde has estado?

Buscó la taza en la bandeja de la mesilla de noche. Sus dedos delgados temblaban; cansado, gimió y se rindió.

Dean se apresuró a acercarse a la cama, cogió la taza y la colocó con cuidado en la mano temblorosa de Eric. Guio la pajita hasta la boca de su hermano.

Eric bebió despacio y tragó. Dean lo ayudó a volver a colocar la taza en la bandeja y entonces su hermano giró la cabeza y la dejó reposar sobre la pila de almohadas.

—Gracias, me estaba muriendo de sed. —Sonrió—. No he mencionado la muerte adrede.

Dean quería sonreír; de verdad, quería hacerlo. Pero lo único en lo que podía pensar era en su hermano mayor, allí arriba, solo, sediento y demasiado débil para alcanzar su vaso de agua. Cruzó los brazos y miró por la ventana. No se atrevía a mirar a Eric a los ojos. Necesitaba solo un minuto para recomponerse.

—He estado trabajando en algo —dijo.

—¿Una sorpresa?

Dean observó entonces a su hermano y advirtió un atisbo del antiguo Eric, el Eric joven. Se le apretó aún más la garganta. Era todo lo que podía hacer para asentir. Poco a poco, bajó la barandilla metálica de la cama. Cuando la encajó en su sitio, dijo:

—¿Te apetece dar una vueltecita?

—¿Estás de broma? Estoy tan harto de esta cama que podría llorar. Joder, lloro… todo el tiempo.

Dean se inclinó hacia delante, cogió a su hermano en brazos y lo levantó de la cama.

Dios, no pesaba nada.

Era como sostener a un niño frágil, solo que era su hermano. Su hermano mayor, fuerte y franco, que una vez lideró el equipo de fútbol de la isla en pases de touchdown…

Dean apagó los recuerdos. Si recordaba quién era Eric antes mientras este hombre frágil y demacrado estaba ahora en sus brazos, tropezaría y caería.

Llevó a su hermano escaleras abajo y atravesó la casa. Pasó junto a Lottie en la cocina, que, con los ojos brillantes, lo saludó con la mano… Cruzó el cuidado césped y bajó por la orilla hasta la playa. En el muelle inclinado de madera, ya había colocado una silla Adirondack de gran tamaño y había apilado almohadas sobre ella.

—El Wind Lass —dijo Eric en voz baja.

Dean instaló con cuidado a su hermano en la silla y luego le arropó el delgado cuerpo con la manta de cachemira.

Se acercaba el atardecer. El cielo estaba tan bajo que casi se podía tocar. Los últimos rayos del sol poniente lo tiñeron todo de rosa: las olas, las nubes, la playa de guijarros, que se curvaba protectora a lo largo de la costa en forma de anzuelo. El velero seguía en mal estado, pero al menos estaba limpio.

Dean se sentó junto a Eric. Estirando las piernas, se recostó contra uno de los pilotes de madera.

—Todavía me queda algo de trabajo por hacer. Jeff Brein, en el Crow’s Nest, está reparando la vela, que debería estar lista mañana.

Wendy Johnson está limpiando los cojines. He pensado que…, si pudiéramos sacarlo, tal vez…

Dean dejó la frase en el aire. No sabía muy bien cómo plasmar su amorfa esperanza en algo tan ordinario como las palabras.

—Podríamos recordar cómo solía ser antes —dijo Eric—. Cómo solíamos ser.

Por supuesto, Eric lo había entendido.

—Sí.

Eric se apretó la manta contra la barbilla.

—Entonces ¿cómo es ser el hijo favorito?

—Solitario.

Eric suspiró y se recostó sobre las almohadas.

—¿Recuerdas cuando ella me quería? Cuando era un deportista estrella con notas excelentes y un futuro prometedor. Yo era su trofeo.

Dean lo recordaba. Su madre adoraba a Eric, su ángel de cabello oscuro, como ella lo llamaba. Mamá y papá solo iban a la isla durante la temporada de fútbol. En cada partido en casa, mamá se vestía con su mejor ropa «informal» y acudía al partido, donde animaba a su hijo, el quarterback. Cuando terminaba la temporada, se marchaban de nuevo.

Eric había vivido durante tanto tiempo en el cálido resplandor del afecto de sus padres que había confundido el orgullo con el amor, pero, cuando les habló de Charles, se dio cuenta de lo profunda que era su ingenuidad. Su madre no le había vuelto a dirigir la palabra desde entonces.

Así que había sido Dean, el hijo menor y menos perfecto, quien se había hecho cargo del negocio familiar. Nunca fue algo que él

quisiera hacer, pero las expectativas familiares, sobre todo en una familia adinerada, eran una red insidiosa.

—Lo recuerdo —dijo en voz baja.

—Oí sonar el teléfono anoche, sobre las once —dijo Eric.

Dean apartó la mirada; el contacto visual era imposible.

—Sí. Un representante de la compañía telefónica que…

—No te molestes, hermano. Era ella, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sigue en Atenas?

—En Florencia. Madre tuvo el descaro de decirme que las compras eran estupendas.

También añadió: «Ven, Dean, tenemos mucho espacio en la villa». Como si no importara en absoluto que su hijo mayor estuviera muriéndose.

La mirada de Eric era patéticamente esperanzada cuando se volvió hacia Dean.

—¿Van a venir a verme?

No tenía sentido mentir.

—No.

—¿Les has dicho que se acabó? ¿Que no voy a vivir mucho más tiempo?

Dean extendió la mano y tocó la de su hermano. A ambos les sorprendió ese repentino gesto de intimidad.

—Lo siento.

Eric soltó un suspiro débil.

—¿De qué sirve una muerte agónica por cáncer si tu propia familia no llora a tu lado?

—Estoy aquí —dijo Dean en voz baja—. No estás solo.

A Eric se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo sé, hermanito. Lo sé…

Dean tragó saliva.

—No puedes dejar que te afecte.

Eric cerró los ojos.

—Algún día lo lamentará. Pero ya será demasiado tarde.

Al final de la frase, sus palabras eran ininteligibles y se había quedado dormido. Dean se inclinó hacia él. Con cuidado, tiró de la manta y la colocó bajo la barbilla de su hermano.

Eric parpadeó y sonrió somnoliento.

—Cuéntame cómo te va la vida.

—No hay mucho que contar. Trabajo.

—Muy gracioso. Recibo los periódicos de San Francisco, ya sabes, solo para leer sobre ti y los demás. Eres como el soltero de oro de la ciudad. Si no te conociera bien, diría que eres un hombre que lo tiene todo.

Dean quería reírse y decir: «Sí, lo tengo; tengo todo lo que un hombre podría desear», pero era mentira y él nunca había sido capaz de mentir a su hermano. Y, más que eso, Dean quería hablar con Eric como lo había hecho antes. De hermano a hermano, desde el corazón.

—Hay algo… que falta en mi vida. No sé qué es.

—¿Te gusta tu trabajo?

Dean se sorprendió por la pregunta. Nadie le había preguntado eso nunca, y él tampoco se había molestado en preguntárselo a sí mismo. Aun así, la respuesta le llegó de inmediato.

—No.

—¿Estás enamorado de alguien?

—No. Hace mucho tiempo que no estoy enamorado.

—¿Y no sabes qué es lo que falta en tu vida? Vamos, Dino. La pregunta no es qué falta. La pregunta es: ¿qué demonios es tu vida?

Eric bostezó y volvió a cerrar los ojos. Ya estaba cansado.

—Dios, he deseado que fueras feliz todos estos años…

Se quedó dormido por un segundo y luego parpadeó, despierto.

—¿Te acuerdas del campamento Orkila? —preguntó de repente.

—Ayer estuve pensando en eso, en la primera vez que fuimos allí.

—Cuando conocimos a Ruby.

Dean encontró una sonrisa sincera en su interior y la dejó salir.

—Se subió a ese gran árbol junto a la playa, ¿te acuerdas? Dijo que las manualidades eran para bebés y que ella ya era una niña mayor.

—No bajó hasta que tú se lo pediste.

—Sí. Ese fue el comienzo, ¿no? Nunca habíamos visto una familia de verdad antes…

Dean dejó que las palabras fluyeran, se encontraran y se conectaran. Como si fueran hilos, las entrelazó, cosió una colcha con los fragmentos de su vida y la envolvió alrededor del delgado cuerpo de su hermano.

12

Nora se despertó aturdida de su siesta. Se quedó tumbada en la cama durante un minuto, escuchando el suave sonido del mar a través de la ventana abierta. Era casi de noche; había estado durmiendo durante horas.

«Eric».

Cogió el teléfono y marcó el número.

Habló con Lottie durante unos minutos y luego esperó paciente a que Eric contestara.

—¿Nora? Bueno, ya era hora.

Ella se rio. Dios, qué bien le sentaba sonreír, y aún mejor oír su voz. Sonaba casi como antes.

—He tenido unos días… interesantes. Estoy en Summer Island. Caroline está dejando que me relaje aquí un tiempo.

—Ah, el estilo de vida de los ricos y famosos. Supongo que es difícil sacar tiempo para un viejo amigo que se enfrenta a la parca con tranquila dignidad. —Se rio de su propio chiste, pero la risa se convirtió en una tos.

Nora cerró los ojos y trató de imaginarlo tal y como era hacía solo unos años…, como aquella tarde en que su equipo ganó el campeonato de liga y los chicos le echaron Gatorade por la cabeza y corearon su nombre…

—Nora, ¿te has quedado en coma?

—Estoy aquí. —Tomó una decisión instantánea: no le contaría nada del escándalo. Él no tenía por qué preocuparse por ella. Pero tenía que decirle algo, no podía presentarse en su casa en silla de ruedas, sin más—. Tuve un accidente y acabé en Bayview.

—Dios mío, ¿estás bien?

—Para ser una mujer de cincuenta años que se ha estrellado contra un árbol, estoy genial. Y tú me dijiste que el Mercedes era un derroche de dinero… ¡Ja! Me salvó la vida. Salí de allí con una pierna rota y una muñeca torcida. Nada de qué preocuparse. Pero por eso no he ido a verte.

—Hay algo que no me estás contando.

Ella se obligó a reír.

—Tu intuición te falla esta vez.

—Nora. —Dijo su nombre con infinita ternura, y en ello escuchó Nora el suave y reprochador recordatorio de todo lo que habían pasado juntos. Por primera vez desde que había comenzado aquel lío, se sintió querida de verdad.

—No, de verdad, yo… —Se pellizcó el puente de la nariz y se concentró en hacer respiraciones cortas.

—Nora, sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa.

—No necesitas saber nada de mis problemas.

—¿Quién se sentaba a mi lado en el hospital todas las noches mientras Charlie se moría? ¿Quién me cogió de la mano en el cementerio? ¿Quién estaba allí cuando empecé la quimioterapia?

Nora tragó saliva.

—Yo.

—Pues habla.

Todas las emociones que había reprimido en los últimos días salieron a borbotones. No lloró; de hecho, conservó una tranquilidad casi sobrenatural. Pero, mientras hablaba, sentía como si el tejido mismo de su alma se estuviera desgarrando.

—El *Tattler* acaba de publicar unas fotos mías desnuda, en la cama con un hombre.

—Dios… —susurró él.

—Y eso no es lo peor. —Para su sorpresa, se echó a reír—. En realidad estaba posando con ese chico. Y, por suerte para mí, las fotos tenían fecha, lo que demuestra que estaba casada con Rand cuando se tomaron. La prensa me está crucificando. Al parecer, la gente está saliendo de las madrigueras para llamarme hipócrita.

—¿Por eso estás en la casa de verano? ¿Te estás escondiendo?

—Mi carrera ha terminado. No podría conseguir ni un trabajo como consejera para enseñar a los niños pequeños a ir al baño.

—Vamos, esto es Estados Unidos. Las celebridades la cagan todo el tiempo. Eso hace que las queramos más. Jack Nicholson la emprende a palos contra un coche con un bate de béisbol… y le damos otro Oscar. Hugh Grant nos muestra no solo flexibilidad moral, sino también una estupidez absoluta, y, tras una rápida disculpa en el programa de Jay Leno, aparece en una película con Julia Roberts. Así que enseñaste el culo. No pasa nada. No es como si las fotos te mostraran haciéndole una mamada a un traficante de drogas. Levanta la cabeza, llora cuando admitas tu error y suplica una segunda oportunidad. Tus fans te querrán más por ser uno de ellos. Humana.

—Por eso te quiero, Eric. El vaso siempre está medio lleno. Sinceramente, si fueras mi hijo, estaría muy orgullosa.

Ella oyó un sonido, un carraspeo, y lo supo. Se habría dado una bofetada por su insensibilidad.

—Has llamado a tu madre.

—Está en Europa. Las compras son estupendas. —Suspiró, emitió un sonido que era casi un gemido—. Ella no me ha llamado. Pero solo han pasado un par de días.

Un par de días desde que se enteró de que su hijo tenía cáncer… y no había encontrado tiempo para llamar. A esa mujer habría que pegarle un tiro.

—¿Qué tal si voy a verte mañana? Entre la silla de ruedas y la cama del hospital, pareceremos una escena de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

—Estaría genial. Y no te vas a creer quién está aquí.

Nora se rio.

—Créeme, tú tampoco te vas a creer quién está aquí.

—Dean…

—Ruby…

Hablaron al mismo tiempo.

Nora fue la primera en recuperarse.

—¿Dean está en la isla?

—Ha venido a verme.

—Sabía que vendría si lo llamabas. ¿Cómo están las cosas entre vosotros?

—Incómodas. Un poco inseguras. Somos como los mejores amigos del instituto que se reúnen al cabo de veinte años y no saben muy bien qué decir. Pero encontraremos nuestro camino de vuelta. ¿Y Ruby?

—Enojada. La verdad es que me odia.

—Pero está ahí. Eso significa algo. Recuerda que hay una delgada línea entre el amor y el odio.

—Gracias, Yoda. —Hizo una pausa—. Tuve que contarle lo de tu cáncer.

—No pasa nada. Ya me da igual quién lo sepa.

Ella podía oír la sonrisa en la voz de Eric.

—Oye, ¿sabes qué pasó entre Dean y Ruby? Él no quiere hablar de ello.

—Ella tampoco.

—Yo estaba en Princeton cuando rompieron, pero debió de ser algo grave. Dean se fue a un internado para alejarse de ella. Pero es curioso que ninguno de los dos se haya casado nunca.

—¿Estás pensando en lo mismo que yo?

—¿Cómo podemos juntarlos?

Nora sonrió. Le sentaba muy bien hablar de algo que no fuera la enfermedad de Eric o su propio escándalo. Y esto hizo que se sintiera como una madre por primera vez en años.

—Con cuidado, hijo mío. Con mucho cuidado.

Cuando Nora colgó, le latía el tobillo; el dolor era solo un poco peor que el picor que lo acompañaba. Se dirigió al cuarto de baño en silla de ruedas, se lavó la cara y se cepilló los dientes. Luego salió de la habitación.

—Ruby —llamó. No hubo respuesta.

Estaba a medio camino de la cocina cuando vio el paquete sobre la mesa.

Despacio, se acercó en su silla de ruedas.

Lo habían abierto.

No era de extrañar que Ruby se escondiera.

Con un suspiro, se puso la delgada caja en el regazo y se dirigió a la sala de estar, donde se acomodó en el sofá con el pie apoyado sobre un cojín en la mesa de centro. Todos los pensamientos sobre Ruby y Dean y el amor verdadero desaparecieron.

Le temblaban los dedos mientras abría el sobre de manila marcado con CARTAS NUEVAS y sacaba la pila de papeles. Encima había un sobre pequeño y arrugado del tamaño de un papel de carta con el matasellos de Great Falls, en Montana. Lo abrió con cuidado, desplegó la carta y comenzó a leer.

Nora:

Ya no me atrevo a escribir «Querida». Te he escrito una docena de veces en los últimos años. Dos veces has publicado mis cartas y una vez me enviaste una carta privada diciéndome que esperabas que las cosas mejoraran.

No puedes imaginar lo que eso significó para mí. Estaba ahogándome en un mal matrimonio y tú siempre estuviste ahí.

¿Te imaginas lo que se siente al saber quién es la persona de la que he estado siguiendo los consejos?

Te admiraba. Creía en ti. Mi marido solo me rompió el corazón. Tú me has roto el espíritu.

Si hubieras sido sincera, quizá habría seguido admirándote. Ahora veo que no eres más que otra celebridad mediocre que vende un producto que no utiliza.

No te molestes en responder a esta carta, ni siquiera en publicarla en «Nora lo sabe todo». No me importa tu opinión y, desde luego, no volveré a leer tus columnas. Supongo que no soy la única que ha tomado esta decisión. Si

quiero leer ficción, iré a la biblioteca. Ya no tienes derecho a dar consejos a nadie sobre nada.

Que Dios te perdone, Nora Bridge. Tus fans no lo harán.

Nora dobló la carta y la volvió a meter en el sobre. Necesitaba algo que la distrajera. Cogió el mando a distancia, sin sorprenderse en absoluto al ver que Caroline había cambiado el televisor de la casa de verano por otro mejor. Con niños pequeños en esta era de los medios de comunicación, probablemente era esencial.

Pulsó el botón de encendido y oyó su propio nombre. Era *El show de Sarah Purcell*, uno de esos programas en los que las mujeres se reunían para charlar. La tertulia del nuevo milenio.

Nora quería cambiar de canal o apartar la mirada, pero era como un pez atrapado en el anzuelo de su propio nombre. En la pantalla, una mujer corpulenta estaba de pie entre el público. Sarah estaba a su lado, sosteniendo un micrófono frente a la boca de la mujer.

«Confié en Nora Bridge —decía la señora—. Ahora me siento como una idiota».

Otra mujer en una fila cercana se puso de pie. «¿Cómo pudiste ser tan estúpida para confiar en una celebridad? Todos mienten y engañan para salir adelante. Así es la vida pública», dijo.

La mujer corpulenta se sonrojó. Parecía a punto de llorar. «No pensé que ella fuera como los demás…».

Sarah le quitó el micrófono. «Esto plantea una buena cuestión, doctor Harrison —dijo, dirigiéndose al caballero sentado en el escenario—. La gente está enfadada con Nora Bridge porque les mintió, pero ¿realmente es una mentira? ¿Tienes que contarle a la gente todo sobre tu vida solo porque eres una figura pública?».

El doctor sonrió con frialdad a la cámara.

«Sin duda, una figura pública tiene derecho a sus secretos…, a menos que esos secretos se vuelvan relevantes. En este caso, Nora no tenía derecho a presentarse como una experta en el amor, la familia y los compromisos. Pero, por supuesto, es ridículo que la gente confíe en ella de todos modos… Se trata de una mujer sin estudios cuya única fama procede de una columna diaria en un periódico. La confianza debe reservarse para los profesionales que están capacitados para ayudar a las personas».

Sarah lo detuvo: «Un momento, doctor. No creo que la formación…».

«Nora Bridge fingía tener las respuestas, pero nadie se molestó en preguntarse de dónde procedían. Esperemos que los estadounidenses hayan aprendido que se necesita algo más que un micrófono abierto para resolver los problemas de la gente. Se necesita formación, empatía e integridad, áreas en las que la señora Bridge es muy deficiente».

«Y es una cobarde —dijo alguien entre el público—. Quiero decir…, ¿dónde está? Nos debe…».

Nora apagó la televisión.

No podía moverse, ni siquiera para salir de la habitación en silla de ruedas. Un temblor se extendía por su cuerpo y la enfriaba desde dentro. Tenía la garganta tan apretada que le costaba respirar.

—Nora.

Se quedó paralizada, con el corazón latiéndole con fuerza. No había oído los pasos en las escaleras.

Dios, no quería que su hija la viera así…

Ruby entró en la habitación, rodeó despacio la silla de ruedas y se sentó en el sillón de cuero frente a Nora.

—¿Has dormido bien?

Nora se miró las manos y pensó: «Por favor, vete… No me hables ahora».

—Sí —logró decir—, gracias.

—He leído tus columnas —dijo Ruby cuando el silencio se prolongó demasiado.

—¿De verdad? —Fueron dos palabras diminutas, apenas pronunciadas.

—Eres buena en eso.

El alivio de Nora fue tan profundo que jadeó. Solo un «te quiero» podría haber significado más para ella en ese momento. Y, sin embargo, aunque el consuelo la animó, también la deprimió de nuevo, al recordarle todo lo que había perdido esa semana.

—Gracias —dijo en voz baja. Al fin levantó la vista y vio que Ruby la observaba con los ojos entrecerrados.

—Supongo que has leído algunas de tus nuevas cartas —dijo Ruby, inclinada hacia delante y con los codos apoyados en las rodillas. Parecía verlo todo: las manos temblorosas, el mando de la televisión que había arrojado al suelo.

Nora quería decir algo liviano y despreocupado para demostrar lo insignificantes que eran unas cuantas cartas desagradables, pero no pudo.

—Ahora me odian.

—Son desconocidos. No saben nada de ti. No pueden quererte ni odiarte, en realidad. —Ruby esbozó una sonrisa—. Deja las emociones fuertes y desagradables para tu familia.

Que también la odiaba.

Eso solo empeoraba las cosas.

—¿Qué familia? —gimió Nora en voz baja—. En serio, Ruby…, ¿qué familia me queda?

Ruby la miró durante un largo minuto y luego dijo:

—Después de leer tus columnas, ¿sabes qué recordé?

Nora se secó los ojos.

—¿Qué?

—Cuando tenía doce años, en séptimo curso, mi clase me eligió para organizar el primer tolo. ¿Te acuerdas? Era algo muy importante en Lopez, un baile en el que las chicas invitaban a los chicos. El señor Lundberg, de la ferretería, dijo que eso significaba que el mundo se iba al garete en un bote de remos agujereado.

Nora volvió a sollozar.

—Sí…, lo recuerdo.

—Yo quería que el periódico local cubriera el evento. Tú fuiste la única que no se rio de mí. —Ruby sonrió—. Te vi cautivar a ese viejo y gordo editor del *Island Times*. Recuerdo que me sorprendió lo fácil que fue conseguir que aceptara lo que tú querías…, lo que yo quería.

Nora recordó aquel día por primera vez en años.

—En cuanto entré en aquella oficina cutre y sin ventilación, me encantó. El olor del papel, el traqueteo de las máquinas de escribir. Envidiaba a los reporteros, con las yemas de los dedos manchadas de tinta. Y, por primera vez en mi vida, sentí que pertenecía a algún lugar. Siempre había sabido que tenía palabras dando vueltas en el pecho, pero nunca había sabido qué hacer con ellas.

Levantó la vista. La mirada de Ruby era solemne.

—Me di cuenta… más tarde… de que te había mostrado el camino para salir de nuestra vida.

Nora respiró hondo.

—No dejé a mi familia por una carrera, Ruby. Eso no tuvo nada que ver con mi decisión. Menos que nada.

—Sí, claro.

—Ah, Ruby —dijo—. Quieres respuestas, pero ni siquiera sabes cuáles son las preguntas. Tienes que mirar el principio de las cosas, no el final. Para mí, dejar a tu padre empezó antes de conocerlo.

—No lo entiendo.

Nora quería preguntarle a su hija si toda esa conversación las llevaría en realidad a alguna parte o si solo era una forma de pasar las horas antes de que cada una siguiera su camino. Una parte de ella, la parte cobarde, quería cambiar de tema, tal vez hablar de Dean o Eric, pero no se permitió tomar la senda fácil. Ella y Ruby por fin se estaban acercando a algo que importaba.

Miró por la ventana. Caía la noche, que rociaba un oscuro sirope sobre los árboles de hoja perenne.

—Mi padre era alcohólico. Cuando estaba sobrio, era casi humano, pero cuando estaba borracho, que era la mayor parte del tiempo, era cruel como un pitbull. Era un secreto que aprendí a ocultar a todo el mundo. Es lo que hacen los hijos de alcohólicos. Guardan secretos. Joder, me llevó quince años de terapia poder siquiera decir la palabra «alcohólico».

Ruby abrió un poco la boca.

—¿Eh? Nunca nos lo habías contado.

—En una granja como la nuestra, los vecinos no podían oír los gritos de una mujer. Ni los de una niña. Y aprendes rápido que no sirve de nada gritar… para pedir ayuda. En cambio, intentas hacerte

cada vez más pequeña, con la esperanza de que, si te vuelves lo bastante diminuta y te mantienes quieta, él pasará de largo.

—¿Te maltrataba?

«Maltrataba», qué palabra tan débil.

—No hizo lo peor que un padre puede hacerle a su hija, pero… me moldeó. Crecí intentando ser invisible, encogiéndome todo el tiempo. Creo que no me mantuve erguida hasta que dejé a tu padre. —Se inclinó hacia delante, mirando directamente a los ojos de su hija—. Durante años pensé que, si no hablaba de mi padre, él desaparecería de mi vida…, de mis pesadillas. Pensé que podría olvidarlo.

Ruby contuvo el aliento.

—¿Funcionó?

Nora sabía que su hija estaba haciendo la conexión: «Te había olvidado».

—No. Lo único que conseguí fue darle más poder… y convertirme en una mujer que no podía imaginar que la amaran.

—Porque tu propio padre no te amaba… No muy diferente de cómo se sentiría una niña si su propia madre la abandonara.

Nora no se atrevía a apartar la mirada.

—¿Te enamoraste alguna vez… después de Dean?

—Viví con un chico, Max Bloom, durante casi cinco años.

—¿Lo amabas?

—Yo… quería hacerlo.

—¿Él te amaba?

Ruby se puso de pie y se dirigió a la estantería, donde comenzó a hojear su vieja colección de discos.

—Creo que sí. Al principio.

—¿Cómo terminó lo vuestro?

Ruby se encogió de hombros.

—Un día volví a casa del trabajo y se había mudado. Se llevó todo lo que había en la cocina, excepto la cafetera. En el baño dejó una maquinilla de afeitar llena de su pelo y una botella casi vacía de suero reparador de cabello, pero ninguna toalla.

Nora deseaba empatizar con su hija, decirle lo mucho que entendía ese tipo de dolor, pero eso era lo fácil: entender. Lo que importaba ahora, en este momento en el que realmente estaban hablando, no era la comprensión de Nora. Era la propia Ruby. Al igual que a Nora, a Ruby le gustaba huir de sus problemas, y a veces huía tan lejos y tan rápido que nunca se molestaba en analizar de verdad por qué se había ido.

—¿Alguna vez le dijiste que lo querías?

—Casi. Prácticamente.

—Ah.

Ruby la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué significa eso de «ah»?

—¿Él te dijo que te quería?

—Sí, pero Max era así. Le dijo a la cajera del súper que la quería.

Nora se dio cuenta de que tenía que ser más directa.

—Déjame preguntarte algo, Ruby. ¿Cuánto tiempo crees que tarda una en enamorarse?

Ruby suspiró con resignación.

—Entonces, si lo que quieres decir es que nunca amé de verdad a Max, ¿por qué lloré cuando me dejó?

—No. Viviste y dormiste con un hombre durante casi cinco años y nunca le dijiste que lo querías, incluso después de que él te dijera

esas preciosas palabras. La pregunta no es por qué se fue, sino por qué se quedó tanto tiempo.

Ruby estaba boquiabierta.

—Oh, Dios mío. Nunca lo había pensado así. —Miró a Nora con impotencia.

—Le dije a tu padre que lo quería la primera vez que hicimos el amor. Nunca antes había dicho esas palabras, a nadie. No era algo que se hiciera en mi familia. Había acumulado tequieros toda mi vida. ¿Y sabes cuándo me dijo Rand que me quería?

—¿Cuándo?

—Nunca. Lo esperé como un niño espera la mañana de Navidad. Cada vez que yo lo decía, esperaba, y cada segundo de su silencio era una pequeña muerte.

Ruby cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No más. Por favor…

—Quería criarte para que fueras fuerte y segura de ti misma, y en cambio te convertí en mí. Te hice temerosa de amar y convencida de que te abandonarían. Fui una mala madre y tú pagaste el precio. Lo siento muchísimo.

—No fuiste una mala madre —dijo Ruby en voz baja— hasta que te fuiste.

Nora se sintió patéticamente agradecida por eso.

—Gracias.

Sabía que estaba siguiendo un camino peligroso, sentada ahí, dejándose llevar por el amor a su hija de nuevo…, pero no podía evitarlo.

—Todavía recuerdo a la niña que lloraba cada vez que un pajarito se caía del nido.

—Esa niña desapareció hace mucho tiempo.

—La volverás a encontrar —dijo Nora en voz baja—, y es probable que al mismo tiempo te enamores. Y cuando sea real, Ruby, lo sabrás… y dejarás de tener miedo.

Después de cenar, Ruby se quedó en la bañera hasta que el agua se enfrió.

El mundo, su mundo, había cambiado, pero no sabía exactamente de qué modo. Era como entrar en una habitación decorada a la perfección y saber por instinto que en algún lugar había un cuadro torcido.

Salió de la bañera con patas y se quedó de pie sobre la alfombrilla rosa, goteando. Para cuando se secó y se puso unos pantalones de chándal y una sudadera extragrande de los Bruins de la Universidad de California, ya podía oler que se cocinaba la cena.

Se peinó con los dedos y se tumbó en la cama con su bloc amarillo abierto delante de ella.

> Hoy he hablado con mi madre. Es una frase extraordinariamente corriente para un acto en verdad revolucionario.
>
> He hablado con ella. Ella ha hablado conmigo. Las dos hemos acabado llorando, aunque estoy segura de que no por las mismas razones.
>
> Lo que no sé es qué va a pasar a partir de ahora. ¿Cómo puedo bajar las escaleras y fingir que nada ha cambiado? Y, sin embargo, solo ha sido una conversación, unas palabras intercambiadas entre dos mujeres que son desconocidas la una para la otra, aunque compartan un pasado. Quiero creer que me equivoco al sentir que ahora las cosas son diferentes.
>
> Entonces ¿por qué he llorado? ¿Por qué la he mirado, me he sentido una niña otra vez y he pensado, aunque solo fuera por un momento: «Y si…»?

13

Dean llevó la bandeja del desayuno al dormitorio de su hermano. No era gran cosa: un vaso de zumo, un huevo pasado por agua y una tostada integral. Sabía que Eric no probaría más que unos pocos bocados, pero ofrecerle comida hacía que la vida pareciera normal.

Cuando Dean entró en la habitación, encontró a su hermano ya despierto, sentado en la cama.

—Hola, Dino —dijo Eric.

Dean dejó la bandeja, ayudó a su hermano a sentarse más erguido en la cama y luego colocó con cuidado la bandeja sobre su regazo.

—Apuesto a que esto huele muy bien —dijo Eric mientras Dean se dirigía a la ventana y descorría las cortinas.

La abrió lo justo para dejar entrar el sonido del mar. Cuando se volvió, se dio cuenta de lo pálido y demacrado que estaba su hermano esa mañana. Las ojeras eran tan oscuras como moretones. Parecía estar más enfermo que el día anterior.

—¿Mala noche?

Eric asintió. Recostó la cabeza en las almohadas, como si la farsa de desayunar lo hubiera agotado.

—Parece que ya no puedo dormir, lo cual es bastante irónico, ya que es lo único que hago. El cóctel de analgésicos me deja fuera de

combate, pero no es lo mismo que una buena noche de reposo. —Sonrió con cansancio—. Es curioso lo que se echa de menos. Ya no sueño.

Dean acercó su silla a la cama y se sentó.

—Anoche quería hablar contigo, pero no podía concentrarme.

Dean extendió el brazo y tomó la fría y delgada mano de su hermano. Eric se volvió hacia él sonriendo.

—Siempre pensé que volveríamos a esta casa cuando fuéramos viejos. Nos imaginaba sentados en el porche. Para entonces tendríamos el pelo blanco… o tal vez solo yo tendría pelo y tú estarías calvo, como el abuelo. Jugaríamos a las damas chinas y veríamos a tus niños correr arriba y abajo por el muelle, buscando camarones.

Dean se dejó llevar por el sueño.

—Tendrían redes…, como nosotros.

Eric cerró los ojos.

—Me pregunto qué habrá sido de esas redes que comprábamos cada año. Tú y Ruby solíais jugar en ese muelle durante horas…

Dean tragó saliva. Pensó en cambiar de tema, pero de repente quiso recordarla, evocarla con alguien que la hubiera conocido.

—A veces, cuando cierro los ojos por la noche, la oigo reírse y gritarme que me dé prisa. Siempre me adelantaba corriendo.

—Yo pensaba que sería tu padrino de boda. Es una locura, ¿verdad? Ruby y tú teníais dieciséis años, pero yo creía que era el amor verdadero.

—Yo también lo creía.

Eric lo miró.

—¿Y ahora?

Dean quiso sonreír, fingir que solo era una pregunta tonta entre dos hombres adultos sobre algo que había sucedido hacía mucho tiempo y que no importaba. Pero ¿qué sentido tenía? Ahora sabía lo precioso que era este tiempo con Eric. Era obvio que se estaba acabando, que se desvanecía como el color de las mejillas de su hermano.

—Ahora sé que lo era.

—Está en Summer Island.

Dean frunció el ceño. Tardó un momento en comprender el impacto de esas palabras.

—¿Ruby está en la casa de verano?

Eric sonrió.

—Sí.

Dean se recostó.

—¿Qué…, con su marido y sus hijos?

—Nunca se ha casado, hermanito. Y me pregunto por qué.

Dean se levantó y se dirigió hacia la ventana. Miró a través del cristal, tratando de ver Summer Island entre los árboles. Su corazón latía tan rápido que se sintió a punto de desmayarse. «Ruby está aquí».

—Ve a verla —dijo Eric en voz baja.

Dean se puso unos vaqueros y una camiseta. En la puerta principal, se calzó los zapatos náuticos y cogió su bicicleta de diez velocidades de donde la guardaba, debajo del alero. No había duda de que, en esa semana de junio, con el sol brillando con intensidad sobre las

islas, las colas del ferry serían interminables. Las bicicletas siempre tenían prioridad.

Pedaleó por la corta y sinuosa colina hasta el muelle y tuvo suerte. Un barco estaba embarcando. Subió enseguida.

No fue a la cubierta superior. En lugar de eso, se quedó con su bicicleta en la proa del ferry, sin apenas darse cuenta de los coches que se alineaban detrás de él.

En Summer Island ni siquiera saludó a la hermana Helen al pasar en bicicleta. Cuando llegó a la entrada de los Bridge, muy sombreada, estaba sudando y sin aliento. En la parte superior del jardín, saltó de la bicicleta y la dejó caer al suelo con estrépito.

Entonces se detuvo. Por primera vez, se preguntó qué demonios hacía corriendo hacia su primer amor como si no hubieran transcurrido once años, como si la hubiera visto ayer…

Pero habían estado separados durante toda su vida adulta; él no tenía forma de saber si ella había pensado en él en absoluto.

Su último día juntos le vino a la mente en una avalancha de imágenes y frases.

El cielo era de un azul intenso. Curiosamente, recordaba haber mirado hacia arriba y haber visto la estela blanca de un avión que pasaba. Estaba a punto de señalársela a Ruby para comenzar su habitual ensoñación: «Si yo estuviera en ese avión, ¿adónde iría?». Pero, cuando se volvió hacia ella, vio lo que debería haber notado antes. Ruby estaba llorando.

Eso no era tan inusual, por supuesto; aquellos eran los días en que Ruby lloraba todo el tiempo. La diferencia era que, esta vez, no le permitía acercarse a ella. No recordaba con precisión lo que había dicho, cómo había intentado en vano consolarla. Lo que sí recordaba

era que ella al fin se había calmado y que la imagen de Ruby, su Ruby, pálida y fría, lo había asustado.

«Anoche me acosté con un chico». Lo dijo sin preámbulos, como si quisiera herirlo con su confesión.

Él le había sacado toda la sórdida historia, una dolorosa sílaba tras otra. Cuando ella terminó, él conocía todos los hechos, pero no encajaban en una verdad completa que pudiera entender.

Si hubiera sido mayor, con más experiencia sexual, habría sabido qué pregunta hacer, la única que importaba: ¿por qué? Pero tenía diecisiete años y él mismo era virgen. Lo único que le importaba era la promesa que él y Ruby se habían hecho: esperarse el uno al otro hasta el matrimonio.

La ira y el dolor lo abrumaron. Ella le mintió y no lo había amado tanto como él la amaba a ella. Se había sentido estúpido y utilizado. Esperó con desesperación que ella se arrojara a sus pies, que le suplicara perdón, pero ella se quedó allí, lo bastante cerca como para tocarla, y, sin embargo, tan lejos que no podía verla con claridad. O tal vez eran sus lágrimas las que nublaban el mundo y la convertían en una chica que nunca había visto antes.

«Adelante —le dijo ella, mirándolo con indiferencia—. Vete. Se acabó».

Tuvo que marcharse rápido, antes de que Ruby pudiera ver que estaba llorando. Se alejó de ella y corrió hacia su bicicleta. Pedaleó con fuerza, tratando de dejar atrás el dolor, pero este rugía dentro de él y lo golpeaba con cada latido de su corazón. Dondequiera que miraba, la veía: a la sombra del roble de la señorita McGinty, donde había leído los sonetos de Shakespeare a Ruby la semana anterior…; en la oscuridad arbolada de la entrada del parque estatal, donde una

vez habían montado su puesto de limonada; en la finca de sus padres, donde la había besado por primera vez.

En casa, cogió el teléfono y llamó a su madre. En cuestión de horas, estaba en un hidroavión rumbo a Seattle. Al día siguiente, se dirigía a un internado en el este. Todo lo que deberían haberse dicho o pudieron hacer se había perdido.

Dean soltaba el aire en un flujo constante y uniforme. Ya no había vuelta atrás. Caminó por el sendero y subió al porche. Tras otra rápida inspiración, llamó a la puerta. Y ella respondió.

En cuanto la vio, comprendió lo que faltaba en su vida. Sabía que era cursi, sentimental y sensiblero, pero eso no lo hacía menos cierto. Lo que había estado anhelando, sin siquiera darse cuenta, era esa mezcla mágica y esquiva de amistad y pasión que solo había encontrado con ella.

—Ruby —susurró. Le dolía decir su nombre. Era tan hermosa que, por un segundo, no pudo respirar.

—Dean —dijo ella, abriendo mucho los ojos.

Él no sabía qué decir. Se sentía como un chico de diecisiete años otra vez, sin palabras delante de la reina del baile. Intentaba por todos los medios parecer despreocupado, pero le resultaba difícil. De repente, arrancó a sudar y sintió la garganta dolorosamente seca. Lo único en lo que podía pensar era en que Ruby estaba en casa, delante de él, y no quería decir nada inapropiado, pero no se le ocurría qué sería lo adecuado. Había soñado con verla durante mucho tiempo, pero ahora… el momento parecía hecho de azúcar, tan frágil que una suave brisa podría romperlo.

—Yo…, eh…, he venido a casa para ver a Eric…, probablemente ya lo sabes.

—¿Cómo está? —Su voz era apenas audible.

—No muy bien.

Ella cerró los ojos por un segundo y luego volvió a mirarlo.

—Estoy aquí con mi madre. Tuvo un accidente de coche y estoy cuidando de ella.

—¿Tú? —Se le había escapado una observación íntima del hombre que una vez había conocido a la chica. Al instante temió haberla ofendido.

A ella se le dibujó una media sonrisa en la boca.

—Lo sé. Debería pedir luces y taquígrafos.

—Entonces la has perdonado.

La tristeza le oscureció los ojos.

—El perdón no importa, ¿verdad, Dean? Cuando algo está hecho, hecho está. No se puede dar marcha atrás. —Sonrió, pero no era la sonrisa que él recordaba, la que le arrugaba todo el rostro y le hacía brillar los ojos. Parecía estar esperando a que él dijera algo, pero Dean no podía pensar lo bastante rápido y, como de costumbre, ella no esperó demasiado—. Bueno, me ha alegrado verte de nuevo. Nora está en mi antigua habitación. Salúdala antes de irte. No le gustaría perderse tu visita.

Y, según lo decía, pasó junto a él y se dirigió a la playa.

Ruby pensaba que iba a ponerse mala. Por eso había dejado a Dean tan rápido. No podía quedarse allí manteniendo una conversación educada, no cuando sentía como si el agua carbonatada hubiera reemplazado a su sangre.

Corrió por el camino hacia la playa y se sentó en su roca favorita cubierta de musgo, tal y como había hecho mil veces en su vida.

—Ruby.

Oyó su nombre, pronunciado con la voz suave que había llenado sus sueños desde la adolescencia, y se quedó paralizada. Su corazón comenzó a latir con fuerza. No había oído sus pasos, no estaba preparada para volver a verlo tan pronto.

—¿Puedo sentarme contigo?

Intentó no recordar todas las horas que habían pasado allí, acurrucados en esa roca, mirando primero al mar y luego, poco a poco, el uno al otro. Se desplazó hacia la derecha, que siempre había sido su lado.

Dean se sentó junto a ella.

Sintió su muslo junto al suyo y sintió el deseo de acercarse más…, de poner la mano sobre la de él, como hizo tantas veces antes. Pero había perdido ese derecho. En su enfadada y confusa juventud, lo desperdició.

Siempre supo que aún sentía algo por Dean, pero era obvio que no había entendido lo que eso significaba. Era más que unos recuerdos entrañables o unos anhelos adolescentes. Los sentimientos ardían y le quemarían la piel si no tenía cuidado.

—Esto me trae recuerdos —dijo él en voz baja.

Ella no tenía intención de volverse hacia él, pero no pudo evitarlo. Quería decir algo ingenioso, pero, cuando miró sus ojos azules, volvió a tener dieciséis años. Excepto que él se había convertido en un hombre. Tenía arrugas alrededor de la boca y patas de gallo en las comisuras de los ojos. Si ello fuera posible, ahora era aún más guapo.

Ruby sintió una oleada de vergüenza. Ojalá hubiera llevado hoy una ropa mejor que unos pantalones cortos negros rotos y una camiseta raída, o se hubiera cortado el pelo hacía poco. Era probable que él estuviera asqueado por haberse dejado poner tan… fea.

Buscó en su interior una voz despreocupada.

—Me alegro de volver a verte —dijo, mirando de nuevo al mar—. Caro me ha dicho que ahora eres un pez gordo en la empresa.

—No significa gran cosa.

—Hablas como un hombre rico. —Ella intentó sonreír—. Bueno, ¿cómo te ha tratado la vida? —Dios, ojalá él tomara las riendas de esta incómoda conversación y se alejara…

—Te vi actuar una vez. En el Comedy Store.

Se volvió hacia él y enseguida se arrepintió. Estaba lo bastante cerca como para ver las motas verdes de sus ojos azules. De repente, recordó cómo solían cambiar de color, adoptando el tono del mar o del cielo.

—¿En serio?

—Me pareciste divertidísima.

Su sonrisa se suavizó y se convirtió en una de verdad.

—¿En serio?

—Iba a hablar contigo después del espectáculo, pero había mucha gente a tu alrededor. Un hombre…

—Max. —Sintió la punzada de esa oportunidad perdida y se preguntó cuántas veces ocurría eso en la vida: oportunidades perdidas y ganadas por un giro del destino tan pequeño que no se podía apreciar a simple vista—. Rompimos hace un tiempo. ¿Y tú? ¿Estás casado?

En cuanto hizo la pregunta se estremeció, sintiéndose expuesta del todo. Si hubiera podido retirar lo dicho, lo habría hecho.

—No. Nunca.

Sintió una euforia repentina, que luego se desvaneció para dejarla aún más confundida. Él podía destrozarla con una sola palabra, ese chico al que había amado y que se había convertido en un hombre al que no conocía. Lo había amado tanto y, sin embargo, le había destrozado el corazón. Aún no sabía muy bien por qué.

—Ese verano…, Lottie me dijo que te habías mudado —dijo con voz temblorosa.

—No podía enfrentarme a ti —respondió él, mirándola—. No solo me hiciste daño, Ruby. Me destrozaste.

—Lo sé. —Estuvo a punto de acercarse a él, de ponerle la mano en el muslo, como si tuviera todo el derecho a tocarlo. Y la dolorosa constatación de que no podía tocarlo, de que ni siquiera lo conocía, la detuvo en seco.

Se puso de pie tambaleándose, aterrorizada ante la idea de que, si él la miraba de nuevo, ella estallaría en lágrimas.

—Tengo que volver con Nora.

Despacio, él se puso de pie y extendió la mano hacia Ruby, que retrocedió tan rápido que casi se cayó en el terraplén. Dean bajó la mano y ella sintió un miedo repentino y abrumador de que él no intentara tocarla de nuevo.

Podía ver la decepción en sus ojos.

—El tiempo es oro —dijo él—. Si no lo sabía antes de esta semana, ahora lo sé. Así que solo voy a decirlo: te he echado de menos.

Ella no sabía qué decir, cómo responder. Ella también lo había echado de menos, lo había echado muchísimo de menos, y le dolía saber que seguiría echándolo de menos hasta que fuera una anciana. Una persona más flexible y confiada podría haber cambiado el futuro en ese mismo momento, pero Ruby no podía imaginar ese tipo de fortaleza.

Él esperó y el silencio se prolongó entre ellos. Luego, poco a poco, se dio la vuelta y se alejó.

14

Nora se acomodó en el porche. Podía ver a Dean y Ruby sentados en su vieja roca.

Ruby fue la primera en levantarse. Dean la siguió despacio. Se quedaron inmóviles, lo bastante cerca como para darse un beso.

Entonces Dean se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, dejando atrás a Ruby. Subió por el camino, vio a Nora en el porche y se acercó a ella. Se detuvo en la barandilla, colgó los brazos del borde cubierto de glicinas y sonrió con cansancio.

—Hola, señora Bridge.

Ella sonrió.

—Llámame Nora. Me alegro de verte de nuevo, Dean. Me alegro de que por fin hayas vuelto a la isla.

—Yo también me alegro de verte.

La miró y, en sus ojos, ella vio dolor.

—Gracias, Nora —dijo en voz baja—. Lo eres todo para él.

Ella asintió, sabiendo que no necesitaba decir nada. Todo lo que importaba había pasado entre ellos en silencio.

Dean se volvió y se quedó mirando hacia la playa. Nora sabía que ambos querían hablar de Ruby, pero ninguno de los dos sabía qué decir. Finalmente, se alejó del porche.

—¿Queréis venir el sábado? Tengo el Wind Lass a punto. Voy a llevar a Eric a navegar.

—Sería estupendo.

Dean lanzó una última y prolongada mirada a Ruby y luego se alejó.

Nora esperó, sabiendo que Ruby no se quedaría allí abajo por mucho tiempo. En efecto, unos minutos más tarde, su hija se dirigió hacia el camino. Cuando vio a Nora en el porche, se detuvo.

Nora notó que los ojos de su hija estaban rojos. Un delgado rastro de lágrimas le surcaba las mejillas. Sintió una gran compasión por ella.

—Ven —le dijo—. Siéntate conmigo.

Ruby parecía indecisa. Probablemente no podía decidir qué era peor: estar sola en ese momento o estar con Nora. Al fin, subió al porche y se sentó en la barandilla.

Nora deseaba tocar a su hija, tan solo ponerle una mano sobre la cabeza, como solía hacer. Pero tal intimidad era imposible entre ellas. La única forma en que podía tocar a su hija era con palabras, con recuerdos.

—¿Sabes lo que estaba recordando hace un momento? El invierno en que estaba embarazada de ti. Un fenómeno meteorológico extraño azotó las islas.

Ruby levantó la vista.

—¿Sí?

—La nieve llegó antes de lo que nadie recordaba. Justo después del día de Acción de Gracias. Al principio, la gente intentó conducir, pero al anochecer había más coches en las cunetas que en las carreteras y todos nos dimos por vencidos. Al caer la noche, las

nubes habían desaparecido y nunca habíamos visto un cielo tan estrellado. —Sonrió al recordar—. Tu padre y yo estábamos en el porche cuando escuchamos risas. Nos pusimos toda la ropa de invierno que teníamos y seguimos el sonido, caminando por la nieve, que nos llegaba hasta las rodillas. Recuerdo haber tenido la extraña sensación de que podía ver nuestras palabras; parecían estar escritas en el vapor de nuestro aliento. La nieve no crujía bajo nuestras botas. Era como si… suspirara. Seguimos las risas hasta la casa de los McGinty. Ese viejo y feo pantano que tenían en su propiedad, ¿te acuerdas? Pues bien, se había congelado por completo. Todos los niños de la isla estaban allí y patinaban, se deslizaban o se tiraban en flotadores. Nunca entendí cómo era posible que todos supieran que tenían que estar allí en ese momento… A medianoche, empezaron a llover estrellas. Cientos de ellas. Al día siguiente, en las noticias, dieron todo tipo de explicaciones científicas, pero nosotros creíamos que se trataba de magia.

Nora cerró los ojos y, por un momento, casi pudo oler la nieve recién caída, casi sentir ese frío punzante en las mejillas.

—Después de eso, durante casi un mes, las cosas en la isla se volvieron un poco locas. Las rosas florecieron en arbustos espinosos que habían estado desvaídos y muertos durante semanas. La lluvia caía de cielos sin nubes. Pero lo que más recuerdo eran las puestas de sol. Desde entonces hasta que llegó el año nuevo y ahuyentó la magia, el cielo nocturno siempre estuvo rojo. Lo llamábamos la «época del rubí».

Ruby dijo en voz baja:

—¿De ahí viene mi nombre?

—Tu padre y yo solíamos sentarnos aquí, envueltos en mantas, para contemplar ese cielo rubí. Nunca hablamos de ponerte ese nombre, pero, cuando llegaste, lo supimos. Serías nuestra Ruby. Nuestra propia pizca de magia.

Ruby sonrió.

—Gracias.

Nora la miró y se detuvo.

—Dean nos ha invitado a navegar el sábado.

—¿Qué le diré a Eric?

—Oh, Ruby —dijo con dulzura—, empieza por decir hola.

Ruby apenas durmió esa noche. Al principio, intentó convencerse a sí misma de que era por el calor. Incluso con las ventanas abiertas, el verano siempre había sido sofocante en el segundo piso.

«Te he echado de menos».

Si había algo que Ruby sabía era que ella hacía daño a la gente, y no quería volver a herir a Dean. Él se merecía una mujer que pudiera corresponder a su amor tan plena y libremente como él lo daba. Eso era lo único que ella sabía incluso cuando era adolescente.

Finalmente, alrededor de las tres y media, salió al balcón y se sentó en la silla que había hecho su abuelo. En la oscuridad antes del amanecer, intentó encontrar la paz en los sonidos y olores familiares. El susurro de las olas…, el ulular de una lechuza, no muy lejos…, el aroma de las rosas de su abuela, que trepaban por los enrejados a un lado de la casa.

«Escribe. Eso te ayudará a despejar la mente».

Alargó la mano hacia el bloc que tenía a su lado. Entonces se detuvo. Frunciendo el ceño, retiró la mano.

Por primera vez, pensó en el impacto que tendría su artículo. Había aceptado escribirlo porque quería hacer daño a su madre, vengarse de todo el dolor que había sufrido de niña.

Pero ya no era una niña.

En el pasado no quiso saber por qué Nora los había abandonado. O tal vez había estado malditamente segura de haber visto todo lo que importaba.

Pero los matrimonios se rompían por diversas «razones»; las mujeres como su madre no abandonaban sin más a su marido en un soleado día de verano.

Ruby había vislumbrado momentos en los últimos días, imágenes que no encajaban con la composición que se había formado de su madre. Y estaba el archivo de «lo mejor de» que había leído. La primera columna de «Nora lo sabe todo» no apareció hasta meses después de que su madre se marchara…, y en un periódico local cutre que no podía haberle pagado más que la gasolina.

No encajaba, y eso molestaba a Ruby.

Cerró los ojos… y recordó un día frío y fresco de octubre que olía a manzanas maduras y hojas negras moribundas. Papá estaba en la sala de estar, sentado en su sillón de cuero, bebiendo y fumando cigarrillos que él mismo había liado. Toda la casa olía a humo. Caroline se había ido de excursión al Museo de la Aviación de Seattle y habían perdido el ferry de vuelta. Ruby estaba en su habitación, leyendo *Misery*, de Stephen King. «Groovy Kind of Love» sonaba en el tocadiscos…

Llamaron a la puerta. Ruby se incorporó en la cama, esperando oír los pasos de su padre, y, cuando él pasó por delante de su puerta abierta, reconoció el tambaleante caminar de borracho. Por favor, pensó, que no sea uno de mis amigos…

Lo oyó decir «Nora» con una voz demasiado alta, beligerante.

Ruby se quedó paralizada; luego oyó el chirrido de la aguja del tocadiscos al rozar el vinilo. Todo quedó en silencio. Los resortes de la silla crujieron. Ruby se deslizó fuera de la cama y se acercó con sigilo a la puerta de su habitación para abrirla un poco más.

Papá estaba en su silla, mamá estaba arrodillada delante de él.

—Rand —dijo mamá en voz baja—, tenemos que hablar.

Él la miró fijamente, con el pelo demasiado largo y sucio.

—Es demasiado tarde para hablar.

Mamá se acercó. Él se puso de pie tambaleándose y se balanceó inestable sobre ella.

Ruby no pudo soportar ni un minuto más ver el dolor de su padre de forma tan clara.

—¡Fuera! —gritó, sorprendida por la fuerza de su voz.

Mamá se puso de pie y se dio la vuelta.

—Oh, Ruby —dijo mientras extendía los brazos.

Cuando mamá se acercó a ella, Ruby vio los cambios en su madre, la palidez grisácea de sus mejillas…, el peso que había perdido…, la forma en que sus manos, siempre tan fuertes y seguras, estaban cubiertas de venas azules y temblaban mientras se acercaba.

Ruby dio un salto hacia atrás.

—Vete. Ya no te queremos.

Mamá se detuvo; sus manos cayeron indolentes a los lados.

—No digas eso, cariño. —Miró a Ruby—. Hay cosas que no entiendes. Eres muy joven…

Ruby ignoró las lágrimas de su madre. Fue fácil; ella misma había llorado tantas veces que habían perdido su valor.

—Entiendo lo que se siente al ser abandonada, como si fueras… nada. —Su traicionera voz se quebró y la repentina crudeza de su dolor le dificultó la respiración. Ruby apretó los puños e inspiró hondo, temblando.

—Vete, madre. Aquí ya nadie te quiere.

Mamá miró a papá, que se había desplomado de nuevo en su silla. Tenía la cabeza entre las manos.

Ruby quería abrazarlo y decirle que lo quería, como había hecho tantas veces en los últimos meses, pero ahora no se atrevía. Lo único que podía hacer era evitar llorar. Retrocedió hasta su dormitorio y cerró de un portazo.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, completamente inmóvil, con las manos apretadas en fríos puños, pero al poco rato oyó unos pasos que cruzaron la cocina y luego el suave abrir y cerrar de la puerta principal. Afuera, se puso en marcha el motor de un coche; los neumáticos crujieron sobre la grava. Y volvió a reinar el silencio, solo roto por el sonido de un hombre adulto que lloraba…

Ruby se puso en pie de un salto y se sintió inestable. No es que hubiera olvidado aquel día…, debía de haberlo bloqueado, enterrado bajo las frías y duras piedras de la negación.

El mundo, antes tan firme, parecía haberse desmoronado bajo sus pies.

«Cosas que no entiendes».

Incluso entonces, su madre tenía una historia que contar…, pero nadie había querido escucharla.

Ahora Ruby estaba preparada. Quería saber qué había sucedido más de una década antes, bajo su propio techo, dentro de su propia familia.

Y, si su madre no respondía a esas preguntas, siempre había una alternativa.

Se lo preguntaría a su padre.

Segunda parte

Nunca cesaremos de explorar,
y el final de nuestras exploraciones
será llegar a donde comenzamos
y conocer el lugar por primera vez.

T. S. Eliot, «Little Gidding»

15

Había sido fácil salir de casa. Ruby tan solo había dejado una nota —«Me he ido a casa de papá»— sobre la mesa de la cocina.

En ese momento estaba en la furgoneta, conduciendo por la carretera arbolada que se alejaba del muelle del ferry de Lopez Island.

Era una isleña de cuarta generación y en ese momento, al ver todas las casas nuevas y los *bed and breakfast* que habían surgido en Lopez, sintió de pleno el impacto de esa herencia. Tenía raíces aquí, un pasado que se hundía en el rico suelo negro de la isla. Lopez había crecido y a ella no le gustaban los cambios. No podía evitar preguntarse si todavía quedaban lugares donde la hierba llegaba hasta las rodillas de una niña y los manzanos florecían a los lados de la carretera, donde los conejos salvajes de color castaño salían bajo la luna llena y se abrían camino a mordiscos por los jardines de verano.

Su tatarabuelo llegó a esta remota parte del mundo desde una zona industrializada y lúgubre de Inglaterra. Llevó consigo a su hermosa esposa irlandesa de ojos negros y diecisiete dólares, y juntos colonizaron ochenta hectáreas en Lopez. Su hermano llegó unos años más tarde y reclamó su propio terreno en Summer Island.

Ambos se convirtieron en exitosos productores de manzanas y criadores de ovejas.

Ahora, más de cien años después, solo quedaban unas cuatro hectáreas en Lopez que pertenecían a su padre. La casa de Summer Island la cedieron a Ruby y a Caroline; sus abuelos temían que su hijo perdiera esas tierras, hectárea tras hectárea. Y llevaban razón.

Randall Bridge vivía ahora en lo que había sido el punto más alto de la granja, una parcela de tierra con forma de huella que sobresalía por encima de la bahía.

Era un isleño de pies a cabeza. Había crecido en ese pequeño mundo flotante y había criado a sus hijos allí. Tenía un armario lleno de camisas de franela a cuadros para el invierno y de camisetas turísticas de fabricación local para el verano.

Vivía con muy poco dinero, de una temporada de pesca a otra. El dinero siempre había escaseado y «el próximo verano» siempre iba a cambiar las cosas. Pasaba los meses de escasez reparando los barcos de los lugareños. La mayor parte de esos años fueron las reparaciones, y no la pesca, las que le permitieron poner un plato de comida en la mesa y pagar los impuestos sobre la propiedad, que no dejaban de aumentar.

Ruby llegó a la cima de la colina y tuvo que pisar el freno para evitar atropellar a un trío de ciervos. Una cierva y sus dos cervatillos moteados estaban en medio de la carretera, con las orejas erguidas. De repente, saltaron por encima de la zanja y desaparecieron entre la alta hierba dorada.

Volvió a avanzar, ahora más despacio. Había olvidado lo que era compartir la carretera con animales. En Los Ángeles había otro tipo de fauna en las autopistas.

Se desvió de la carretera principal. Un camino de grava serpenteaba entre hectáreas de manzanos cuyas ramas estaban sostenidas por listones de madera inclinados y grisáceos.

Por fin estaba en casa. El edificio amarillo de tablas de madera, construido a finales de los años veinte, se encontraba encajado entre dos enormes sauces. La casa original, una cabaña de madera achaparrada y destartalada con el techo cubierto de musgo, aún se podía ver entre las zarzamoras que crecían en los límites de la propiedad.

Aparcó junto a la descacharrada camioneta Ford de su padre, salió del coche y se quedó allí, mirando a su alrededor. Era exactamente como lo recordaba. Caminó por el sendero de grava y pasó por las jaulas de conejos, ahora vacías, que había construido con su padre, en dirección al porche trasero. El jardín seguía siendo un caos de maleza descontrolada y flores descuidadas. Las margaritas crecían en enormes montículos a la altura de la cadera y atraían a todas las abejas del lugar. Una puerta mosquitera destrozada, a la que le faltaban varios tornillos, colgaba inclinada.

Se detuvo en el porche y se preparó para ver a la nueva familia de su padre, caminando como lo hicieron ellos por las tablas del suelo de su antigua casa.

Sabía que iba a entrar en la casa de otra mujer, a la que apenas conocía y que era menos de diez años mayor que la propia Ruby, y que vería a su hermano pequeño por primera vez. Un bebé que no tenía ni idea de que, con su llegada, su padre había empezado de nuevo ni de que había dejado a sus otras hijas abandonadas en el páramo gris de una familia rota.

Respiró hondo, llamó a la puerta y esperó. Al no obtener respuesta, abrió la puerta mosquitera y entró en la cocina.

Los cambios eran evidentes por todas partes. Cortinas de guinga rosa con volantes. Manteles blancos de encaje. Paredes empapeladas con un estampado blanco cremoso con rosas trepadoras entrelazadas en enredaderas espinosas. Si necesitaba pruebas de que papá había seguido adelante con su vida —y no las necesitaba—, ahí las tenía. Había repintado su antigua vida.

—¿Papá? —dijo, sin sorprenderse al descubrir que su voz era débil. Pasó junto a la mesa, cuyas sillas lucían pintadas de un verde chillón, y asomó la cabeza al salón.

Él estaba allí, arrodillado frente a la pequeña estufa negra de leña, echando troncos al fuego. Cuando levantó la vista y la vio, abrió mucho los ojos, sorprendido, y una gran sonrisa se dibujó en su rostro arrugado.

—No me lo puedo creer… Estás aquí.

Cerró la puerta de la estufa con un golpe y se puso de pie. Se acercó a ella y extendió los brazos, pero se detuvo, indeciso. En el último momento, la atrajo hacia sí en un torpe abrazo.

—Caroline me dijo que estabas en casa. Me preguntaba si vendrías a verme.

Ella se aferró a él, luchando contra un repentino impulso de llorar. Su padre olía a humo de leña, barniz y aire salado.

—Por supuesto que iba a venir —dijo ella con voz temblorosa, apartándose. Pero ambos sabían que era una verdad a medias, una creencia deseada. Ni siquiera lo había llamado, y la constatación de su propio egoísmo le dejó un sabor negro y amargo.

Él le tocó la mejilla. Su piel áspera y callosa le recordó las horas que pasaban lijando las cubiertas de los barcos en el puerto deportivo, una niña y su padre, acurrucados juntos bajo la luz roja del sol moribundo, sin decir nada importante.

—Te echaba de menos —dijo él.

—Yo también te echaba de menos.

Era cierto. Lo había echado de menos, todos los días y todo el tiempo. Ahora, allí de pie, viendo en sus ojos cuánto la quería, deseó haber sido más indulgente cuando él se volvió a casar, más tolerante con su nueva vida.

Era el tipo de pensamiento que pasaba por la mente de Ruby todo el tiempo, remordimientos y mejoras esperadas, pero al final nunca cambiaba. Decía todo lo que se le pasaba por la cabeza y hacía daño a quien le había hecho daño antes. Parecía que no podía evitarlo.

Acumulaba rencores y penas como antes acumuló Barbies, sin compartir nunca, sin abandonar nunca. Al fin y al cabo, su padre había herido profundamente a Ruby; era el tipo de situación que no sabía cómo superar. Siempre se interponía entre ellos, como una astilla incrustada justo debajo de la piel.

Miró inquieta hacia las escaleras, preguntándose dónde estaba Marilyn.

—No quiero entrometerme…

—Mari se ha llevado a Ethan fuera de la isla para una cita con el médico. —Él sonrió—. Y no finjas que no te alegras por ello.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—Bueno…, quería ver al niño. A mi hermano —añadió al ver cómo él la miraba. Hizo un gesto de dolor y deseó haberlo dicho bien la primera vez.

—No te preocupes por eso.

Pero él se dio la vuelta con rapidez y se dirigió de nuevo al salón. Ella sabía que había herido sus sentimientos. Él se sentó en el desgastado sofá floral con una pierna cruzada sobre la rodilla.

—¿Cómo van las cosas entre tú y tu madre?

Ella se dejó caer en el gran sillón mullido que había cerca de la chimenea.

—Imagina a Tom y Jerry, pero hasta arriba de crack.

—No veo ningún moretón visible. Tengo que admitir que me sorprendió cuando Caro me dijo que te habías ofrecido para cuidar de Nora. Estoy sorprendido y orgulloso.

Ruby sintió de repente dolor por lo que se había perdido entre ellos, y lo peor era que no habían peleado ni discutido. Cuando él conoció a Marilyn, simplemente se alejó de sus hijas. Dejó de llamar con frecuencia.

—Tenía intención de ir a verte esta semana —dijo con esa sonrisa suya de «ya sabes cómo es». La que siempre te recordaba que tenía otras cosas (otras personas) en la cabeza.

Ella se negó a dejarse afectar por su actitud despreocupada.

—¿Qué tal la pesca esta temporada?

Algo cruzó por sus ojos tan rápido que habría sido fácil pasarlo por alto. Pero Ruby lo vio.

—Papá, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?

—El verano pasado fue terrible. Puede que… tenga que vender otra parte del terreno.

—Oh, papá…

Ruby recordó la última vez que habían tenido esa conversación. Fue el año después de que su madre se marchara, cuando su padre

no había faenado en toda la temporada. Entonces quedaban algo más de dieciséis hectáreas. Habían vendido la última parcela frente al mar. Ella estaba desesperada por ayudar, pero lo único que tenía era el dinero que había ganado recogiendo bayas.

—¿Cuánto necesitas?

—Tres mil. No te preocupes por eso. Hablemos de…

—Podría prestarte el dinero.

—¿Tú?

Ella rebuscó en su bolso y sacó la chequera. A pesar de las protestas de su padre, extendió un cheque y lo dejó sobre la mesa.

—Ya está —dijo sonriendo—. Hecho.

—No puedo aceptarlo, Ruby.

Pero ambos sabían que lo aceptaría.

—Significa mucho para mí poder ayudarte.

—Está bien —dijo él muy despacio. Y añadió en voz baja—: Gracias.

Un silencio desconocido se instaló entre ellos, roto solo por el crepitar del fuego. Ella se preguntó si él estaría pensando en su padre; al abuelo Bridge le había decepcionado mucho la falta de ambición de su único hijo. No habría estado orgulloso de Rand en un momento como ese.

De repente, papá se levantó.

—Vamos, demos un paseo.

Ella lo siguió hacia la brillante luz del sol. Como habían hecho mil veces, caminaron por el sendero de grava hasta el puerto, donde unos cuantos barcos pesqueros se balanceaban junto a los muelles con sus redes verdes enrolladas en enormes tambores.

Papá se dirigió a su amarre, el 8A, donde el Capitán Garfio se mecía perezoso contra el muelle. Ya a bordo, se dio la vuelta y ayudó a Ruby a subir.

Le lanzó un ovillo de hilo blanco nuevo.

—Haz un empalme con eso, ¿quieres? Ned y yo nos vamos mañana. Le dije que lo tendría todo listo.

Ruby se sentó con las piernas cruzadas en la cubierta de popa del barco y se llevó al regazo el montón de cuerda deslizante. Dudó un momento, cuando su mente no pudo acceder al recuerdo, pero luego sus dedos comenzaron a moverse. Trabajó con la cuerda, entrelazó los tres hilos para formar uno nuevo y más resistente, y fue recuperando la pericia.

—Nora no es exactamente lo que esperaba —dijo, tratando de sonar despreocupada.

—No es de extrañar.

Ruby experimentó un momentáneo lapsus de valor. «Cállate —pensó—, no preguntes». Inspiró hondo y miró a su padre.

—¿Qué sucedió entre vosotros dos?

Él levantó la vista bruscamente y la miró; luego se puso de pie y pasó junto a ella hacia la popa. Cada paso alteraba el equilibrio y producía un suave crujido. De repente, se volvió hacia Ruby, pero ella tuvo la extraña sensación de que él no la estaba viendo en realidad. Parecía… congelado, o quizá atrapado, y ella se preguntó qué imágenes pasarían por su mente.

—Papá.

Ahora sentía como si él la estuviera viendo demasiado. Más allá de la piel y el cabello, hasta los mismos huesos. Quizá incluso más adentro.

—¿Estás dispuesta a quedarte mucho tiempo esta vez, Ruby?

—¿A qué te refieres?

—Ah, Rube… —Suspiró—. Tienes una forma de seguir adelante… Nunca he visto a nadie que pueda aislarse con tanta facilidad de las personas que la rodean.

—No es fácil.

Él sonrió con tristeza.

—Hacías que pareciera fácil. Te fuiste a California y empezaste una nueva vida sin ninguno de nosotros…, pero, al cabo de un tiempo, resultó que era culpa nuestra, de Caroline y mía. No llamábamos lo suficiente…, o no lo hacíamos en los días adecuados…, o no decíamos lo correcto cuando hablábamos. Y tú te alejaste cada vez más. No viniste a mi boda, ni siquiera llamaste cuando nació tu hermano, ni fuiste a ver a Caroline cuando sufrió ese terrible parto. Pero, de alguna manera, eso también fue culpa nuestra. Te abandonamos. Ahora quieres airear viejos trapos sucios. ¿Estarás aquí mañana, el mes que viene o las próximas navidades para ver qué pasa?

Ruby quería decirle que se equivocaba. Pero no pudo.

—No lo sé, papá. —Era todo lo que podía hacer ahora, mostrar una sinceridad tranquila y sencilla.

La miró fijamente un largo minuto y luego soltó la cuerda.

—Sígueme —dijo, antes de saltar del barco y dirigirse al destartalado muelle.

Caminaba tan rápido que Ruby tuvo que correr para alcanzarlo. Se apresuraron entre los muelles y subieron la colina. Empujó la puerta mosquitera con tanta fuerza que casi golpeó a Ruby en la cara. No pareció darse cuenta.

Ella tropezó en el umbral.

—Por Dios, papá…

Cuando levantó la vista, se quedó sin palabras.

Su padre estaba de pie junto a la mesa de la cocina con una botella de tequila. La dejó caer con fuerza sobre la mesa; luego tiró de una silla y se sentó.

Era un gesto que le traía demasiados recuerdos. Le sorprendió la intensidad de su reacción. Verlo con una botella de alcohol en la mano la conmocionó hasta el fondo. Se agarró al respaldo de la silla.

—Creía que habías dejado de beber.

—Lo hice.

—Me estás asustando.

—Cariño, aún no he empezado a asustarte. Siéntate, abróchate el cinturón de seguridad y pon el asiento en posición vertical.

Ruby sacó la silla y se sentó nerviosa en el borde. Su pie empezó a dar golpecitos tan fuertes que sonaban como disparos.

Su padre parecía… diferente. No podía precisar en qué, pero el hombre sentado frente a ella, con el pelo canoso y un jersey muy usado y con los codos raídos, no era el hombre que esperaba. Ese hombre encorvado, que miraba con firmeza una botella llena de Cuervo Gold, parecía no haber sonreído en años.

Levantó la vista de repente.

—Te quiero. Quiero que lo recuerdes.

Ella escuchó la ternura en su voz, vio la emoción en sus ojos, y eso le recordó exactamente lo mucho que se habían distanciado.

—Nunca podría olvidarlo.

—No lo sé. Se te da bien olvidar a las personas que te quieren. La historia comienza en 1967, solo unos años antes de que todo el

maldito mundo explotara. Yo estaba en la Universidad de Washington. Acababa de terminar mi último año y estaba seguro de que me reclutarían para la NFL. Tan seguro que ni siquiera me molesté en obtener un título. Apenas estudié. Es más, llegué a pagar a alguien para que hiciera los exámenes por mí. Todo era una locura en aquel entonces. El mundo estaba fuera de su eje. Todos los que conocía se habían doblegado o estaban destrozados por culpa de eso.

»Y entonces conocí a Nora. Estaba demacrada y asustada y parecía que no hubiera dormido en una semana. Aun así, era la chica más guapa que había visto nunca. Ella creía firmemente que yo jugaría al fútbol americano como profesional…

Papá se inclinó un poco hacia delante y dio un golpe con los codos en la mesa.

—Pero no sucedió. Nadie llamó. Andaba atontado, no podía creerlo. No tenía un plan B ni una segunda opción. Entonces me tocó el servicio militar. Podría haberme librado diciendo que me necesitaban para llevar la granja, pero odiaba esta isla y no podía imaginar cómo sobreviviría aquí.

Suspiró y se recostó en la silla.

—Pero quería que alguien me esperara, que me escribiera cartas. Así que volví a por Nora, mi guapa camarera del Beth's Diner, en Greenlake, y le pedí que se casara conmigo.

Ruby frunció el ceño. Había oído esa historia mil veces durante su infancia y de ningún modo era así como había sucedido.

—¿No la querías?

—No cuando me casé con ella. No, eso no es cierto. Es solo que había amado más a otras mujeres. En fin, nos casamos, pasamos

una luna de miel maravillosa en el Lake Quinault Lodge y me embarqué. Tu madre se mudó a esta casa con mis padres. Al final de la primera semana, estaban enamorados de ella. Era la hija que nunca tuvieron, y amaba esta tierra de una manera que yo nunca pude.

»Sus cartas me mantuvieron vivo allí. Es curioso. Me enamoré de tu madre cuando ni siquiera estábamos en el mismo continente. Tenía la intención de seguir enamorado de ella, pero no volví a casa siendo el mismo chico arrogante y seguro de sí mismo que se había ido. Vietnam…, la guerra… nos cambió. —Sonrió con tristeza—. O quizá no. Quizá las malas semillas siempre estuvieron en mí y la guerra les proporcionó un lugar oscuro en el que crecer. En fin, me volví… cínico y duro. Tu madre se esforzó mucho por recomponerme y, durante unos años, fuimos felices. Nació Caroline y luego tú…

Ruby tuvo la extraña sensación de que toda su existencia se había convertido en arena y que se le escapaba entre los dedos.

—Cuando volví a casa, tu madre y yo nos mudamos a Summer. Empecé a trabajar en la tienda de piensos de Orcas. Todo el mundo pensaba que era un fracasado. «Tanto potencial desperdiciado», le susurraban a mi padre mientras bebían en la taberna de Herb. Dios, odiaba mi vida. —Levantó la vista de repente—. No quería que pasara.

Ruby tragó saliva convulsivamente, como si algo amargo se le hubiera atascado en la garganta.

—No lo digas…

—Me acosté con otras mujeres.

—¡No!

—Tu madre no lo sabía al principio. Yo tenía cuidado, al menos todo el cuidado que puede tener un hombre que se está ahogando. Por entonces bebía mucho, y Dios sabe que eso no ayudaba, pero sabía cuándo ella empezaba a sospechar. Y siempre me dio el beneficio de la duda.

—Oh, Dios… —susurró Ruby.

—Al final, ese verano, alguien le contó la verdad. Ella me confrontó. Por desgracia, yo estaba borracho en ese momento. Dije… cosas… Fue horrible. Al día siguiente, ella se fue.

Ruby se sintió como si se estuviera ahogando o cayendo, y estaba desesperada por encontrar algo a lo que aferrarse.

—Oh, Dios mío —repitió. Era demasiado; sentía como si fuera a explotar por intentar contenerlo todo dentro de sí misma.

Él se inclinó hacia ella y se estiró para alcanzarla al otro lado de la mesa. Ruby se levantó tan rápido que se le escurrió la silla. Él se echó hacia atrás y se enderezó despacio.

—Todos hemos estado cargando con este peso durante demasiado tiempo. Algunos de nosotros hemos intentado seguir adelante. —La miró—. Y algunos nos hemos negado a hacerlo. Pero todos estamos sufriendo. Yo soy tu padre; ella es tu madre. Al margen de lo que haya o no haya hecho, de lo que haya o no haya dicho, es parte de ti y tú eres parte de ella. ¿No ves que no puedes estar completa sin ella?

El pasado de Ruby parecía desmoronarse a su alrededor. No había nada sólido a lo que aferrarse, nada a lo que señalar y decir: «Ahí está, esa es mi verdad».

—Me voy.

Él sonrió con tristeza.

—Por supuesto que sí.

—Llama a Nora. Dile que me voy a casa de Caroline. Volveré a casa… cuando sea.

—Te quiero, Ruby —dijo él—. Por favor, no lo olvides.

Ella sabía que esperaba que le devolviera las palabras, pero no pudo hacerlo.

16

Ruby nunca había estado en casa de su hermana, pero tenía la dirección grabada en la mente. Caroline era la única persona en el mundo que recibía con regularidad una tarjeta de Navidad de Ruby. Simplemente, era necesario. Ruby había descubierto hacía mucho tiempo que no valía la pena aguantar once meses de comentarios sarcásticos. Era mejor enviar la maldita postal.

El tráfico era intermitente cuando salió de la interestatal 5 y se adentró en el extenso barrio residencial de Redmond.

No hacía muchos años, esto había sido campo, cientos de inmaculadas hectáreas de tierras de cultivo enclavadas entre dos ríos. Ahora era MicrosoftLand, el barrio residencial por excelencia de los frikis. Las urbanizaciones habían intentado mantener el sabor rural: las parcelas eran grandes y las subdivisiones lucían nombres como Evergreen Valley y Rainshadow Vista, y se conservaban los árboles a toda costa. Por desgracia, todas las casas eran inquietantemente similares. Un lugar de perfectas amas de casa vestidas de Ralph Lauren.

Ruby consultó el práctico mapa del coche de alquiler y giró por Emerald Lane. Una gran casa de ladrillo seguía a la anterior, cada una construida hasta el límite de su parcela. El nuevo paisajismo daba al barrio un aspecto inestable.

Por fin lo encontró, el 12712 de Emerald Lane.

Subió por el camino de entrada de hormigón azul y aparcó junto a una camioneta Mercedes plateada. Cogió su bolso del asiento del copiloto y se dirigió por el sendero hacia un par de puertas de roble adornadas con abalorios de latón.

Llamó a la puerta. Dentro se oyó un ruido de movimiento y un «ahora voy» amortiguado. La puerta se abrió de golpe y Caroline apareció ahí, impecable a la una de la tarde con unos pantalones de lino azul hielo y un jersey de cachemira con cuello barco a juego.

—¡Ruby!

Caroline abrazó a su hermana y la apretó con fuerza. Ruby cerró los ojos; por primera vez en horas, pudo respirar hondo. Finalmente, Caro se apartó.

—Me alegro mucho de que hayas venido.

—No he tenido tiempo de ir de compras. Quería traerles algo a los niños…

—Olvídalo.

Caroline empujó a Ruby al interior de la casa.

Por supuesto, era impecable. Ordenada y decorada a la perfección. No había nada fuera de lugar. No parecía que allí hubiera estado un niño, y mucho menos que allí vivieran varios.

Pasaron por una cocina impecable, con superficies metálicas relucientes y encimeras de granito negro. Allí encontró el primer indicio de la familia. Las fotos cubrían el frigorífico Sub-Zero. Por encima del fregadero de tina doble, una ventana salediza ofrecía una vista del césped verde y ondulado. Un campo de golf.

Caro la condujo a través del comedor formal, donde el servicio de té de plata de la abuela brillaba en un enorme aparador de roble, y

entró en la sala de estar. Las paredes, pintadas con un precioso acabado de imitación de mármol, descendían hasta un suelo de roble de tablones anchos. Dos sillones orejeros, tapizados con una elegante tela de seda color coñac, flanqueaban un sofá en oro y bronce. Un par de lámparas de cristal descansaban sobre mesitas de palisandro dorado y vertían una luz dorada sobre la lujosa y antigua alfombra china.

—¿Dónde están los niños?

Caroline se llevó un dedo a los labios y dijo con dureza:

—Chist. Mejor no despertarlos…

—Podría subir de puntillas y…

—Confía en mí. Podrás verlos cuando se despierten.

Ruby vislumbró algo, a alguien, detrás de la perfecta y sonriente cara de Caro, pero fue tan fugaz que no dejó huella alguna.

Sintió una ligera punzada de inquietud. Nunca había nada malo en Caroline. Era la persona más equilibrada y mejor adaptada que Ruby había conocido jamás. Incluso durante aquel horrible verano, Caro siguió adelante con serenidad, aceptó lo que Ruby nunca habría aceptado, sonrió, olvidó, continuó…

Y, sin embargo, aunque parecía imposible, a Caroline se la veía infeliz.

—Te pasa algo —dijo Ruby—. ¿Qué es?

Caro se sentó como un periquito en el borde de la silla. Las manos, cuidadas a la perfección, las tenía tan apretadas que la piel se le había vuelto pálida. Una sonrisa a lo Julia Roberts iluminó su sereno rostro.

—No es nada, de verdad. Solo una mala semana. Los niños se han portado mal. No es nada.

Ruby no sabía con exactitud de qué se trataba, pero algo no iba bien. De repente, le pareció que lo había entendido.

—¡Estás teniendo una aventura!

Esta vez no había duda de la autenticidad de la sonrisa de Caro. Demostraba lo falsas que habían sido las anteriores.

—Desde que nació Fred, prefiero darme un martillazo en la cabeza antes que tener sexo.

—Quizá ese sea tu problema. Yo intento tener sexo al menos dos veces por semana, a veces incluso con otra persona.

Caro se rio.

—¡Oh, Ruby! ¡Dios, te echaba de menos!

Ahora parecía normal.

—Yo también te echaba de menos.

—Bueno —dijo Caro, recostándose—. ¿Qué te ha traído corriendo hasta mi puerta?

—¿Qué te hace pensar que he venido corriendo?

Caro le lanzó «esa mirada».

—Bonito conjunto. No había visto tanto negro desde que Jenny fue a la fiesta de Halloween disfrazada de regaliz.

—Tienes razón.

Ambas sabían que Ruby solía vestirse de forma defensiva para Caro. Era más fácil así.

—¿Qué pasa? ¿Dejaste a mamá atada a la silla de ruedas y huiste a gritos de casa? —Caro sonrió ante su propio humor negro—. ¿O tal vez la has abandonado en un área de descanso unos cuantos kilómetros atrás y ahora está haciendo autostop?

Ruby ni siquiera podía sonreír.

—He ido a casa de papá esta mañana.

—Sí, ¿y?

No tenía ni idea de cómo darle un giro bonito a algo tan feo, así que simplemente lo dijo.

—Cuando Nora se marchó…, papá tenía una aventura.

Caroline se recostó en su asiento.

—Ah, eso.

—¿Lo sabías?

—Todo el mundo en la isla lo sabía.

—Yo no.

La sonrisa de Caroline era suave y tierna.

—No querías saberlo.

A Ruby le costó encontrar su propia voz.

—No es quien yo creía que era, Caro. Estamos atrapadas las dos en esa casa y, me guste o no, estoy empezando a conocerla. Nosotras… hablamos.

—¿Estás empezando a conocerla?

Algo pasó por los ojos de Caroline al oír eso. Si Ruby no hubiera sabido lo que sabía, lo habría llamado envidia. De repente, Caro salió de la habitación. Unos minutos más tarde, regresó con dos copas de vino y un paquete de cigarrillos.

Ruby se rio.

—Fumar… Estás bromeando, ¿verdad? Un cigarrillo en tu mano sería como…

—No bromees, Ruby, por favor.

Ruby vio lo frágil que parecía su hermana.

—El camino hacia el cáncer. Eso no cuenta, que no ha tenido gracia.

Caro abrió las puertas dobles de cristal y llevó a Ruby a sentarse a una mesa con sombrilla. El campo de golf se extendía junto al jardín florido, descendía hacia un valle y se elevaba al otro lado hasta una hilera de casas muy parecidas a aquella.

Caroline sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió.

Ruby hizo lo mismo. No había fumado en años y tenía que admitir que la novedad era divertida. Su hermana dio una calada, exhaló y se quedó mirando el césped. Una nube de humo le nubló el rostro.

—Llevo años hablando con mamá. He quedado con ella de vez en cuando para comer, la he llamado los domingos por la mañana, he sido la hija que ella espera, y somos unas desconocidas educadas. Y tú… —Miró a Ruby con los ojos entrecerrados—. Y es contigo, que la tratas como una apestada, con quien ella habla.

Se produjo un silencio incómodo entre ellas, y a Ruby no se le ocurría cómo romperlo.

—Estamos enjauladas juntas.

Caroline dio una calada y exhaló despacio.

—No es eso. ¿Cómo es ella?

—Lo peor es que es más inteligente que yo. No deja de recordarme quién solía ser. Quiénes solíamos ser. Y ¿sabes? Duele. Cuando estaba en el ferry esta mañana, antes de que papá soltara su bomba atómica, pensaba en nuestras visitas a la feria del condado. En cuando solíamos pasear por la feria con ella, comíamos algodón de azúcar, lanzábamos monedas a los feos platos de porcelana, y yo… la echaba de menos.

—Sé lo que se siente.

Ruby se dio cuenta de que las manos de su hermana estaban temblando.

—¿La has perdonado? —le preguntó—. Quiero decir, ¿de verdad?

Caro levantó la vista.

—Intenté olvidarlo, ¿sabes? La mayor parte del tiempo, lo consigo. Es como si le hubiera pasado a otra familia, no a la mía.

—Entonces no la has perdonado más que yo. Solo que tú eres más amable al respecto.

Caroline intentó sonreír, aunque había una tristeza en sus ojos que resultaba inquietante.

—Tu honestidad es un don, Rube, aunque haga daño a la gente. Eres… auténtica. Yo no me veo capaz de…

Un grito resonó a través de la ventana abierta detrás de ellas. Ruby dio un respingo.

—Dios mío. ¿Han disparado a alguien?

Caroline se desinfló. Se hundió de hombros y pareció que el color le desaparecía de las mejillas.

—La princesa está despierta.

Ruby se acercó a su hermana.

—¿Estás bien, Caro?

La sonrisa fue demasiado fugaz para ser real.

—Estaré bien —dijo, y Ruby vio que su hermana estaba fingiendo otra vez. Se levantó de su asiento y caminó con rigidez de vuelta a la casa.

Ruby la siguió.

—¡Ahhhhh…!

Esta vez hubo dos gritos. Una cajita sorpresa cayó ruidosa por las escaleras hasta dar con el suelo de la cocina.

—Vete —dijo Caro con una sonrisa cansada—. Ponte a salvo.

Una muñeca Barbie desnuda rodó por los escalones y se estrelló contra la pata de la mesa. Los gritos se hacían cada vez más fuertes. Ruby luchó contra el impulso de taparse los oídos.

—Subamos arriba. Quiero al menos ver a mi sobrina y a mi sobrino.

—No cuando Jenny está de este humor. Créeme.

Otro juguete cayó estrepitosamente por las escaleras, seguido de un grito agudo.

—¡MAMÁ, AHORA!

Caroline se volvió hacia ella.

—Por favor, en otro momento?

—Bueno…, la semana que viene vendré a cuidar a los niños. Tú y Jere podéis salir a bailar o algo así.

—Bailar. —Caroline sonrió con nostalgia—. Eso estaría bien.

Ruby recordó de repente dónde estaría la semana siguiente. Estaría de vuelta en California, en *El show de Sarah Purcell*, contando al mundo la historia de su madre. De repente se sintió fatal.

—Será mejor que te vayas. Las colas del ferry son un infierno a esta hora del día.

Ruby miró su reloj.

—Mierda. Tienes razón.

Caroline rodeó a Ruby con un brazo, la atrajo hacia sí y la guio hacia la puerta. Allí se detuvo.

—Siento que hayas tenido que enterarte de lo de papá, pero quizá te ayude. Somos humanos, Ruby. Todos nosotros. Solo humanos.

Ruby abrazó a su hermana con tanta fuerza que ninguna de las dos podía respirar.

—Te quiero, Caro.

—Yo también te quiero, cubo de Rubik. Ahora vete.

Ruby se apartó. Tuvo la extraña sensación de que, si decía algo más que adiós, Caro simplemente se derrumbaría.

Así que todo lo que dijo fue adiós.

Nora se sentó a la mesa de la cocina y se quedó mirando el paquete de cartas. Había hablado un rato con Eric, pero el silencio la había vuelto a invadir.

Se frotó la muñeca dolorida con despreocupación. Había pasado una hora por la mañana practicando con las muletas y estaba mejorando. Podía recorrer distancias cortas. Para el final de la semana esperaba dejar de usar por completo la maldita silla.

Pero la práctica no había cumplido su propósito. No lograba despejar la mente del todo. Las cartas siempre estaban allí.

Había intentado darse ánimos. Eran solo palabras, se decía a sí misma, garabatos en un papel, y de desconocidos. Sin duda, podía encontrar la fuerza necesaria para coger un bolígrafo y redactar algún tipo de respuesta. Un adiós y un gracias por los buenos momentos, como mínimo.

No era cierto. Todas las cartas que había intentado escribir comenzaban igual: «Queridos lectores». A veces se le ocurría un comienzo triste y patético: «Lo siento más de lo que podéis imaginar…». O bien: «¿Cómo puedo empezar a expresar lo que siento…?». O tal vez: «A estas alturas, todos sabéis quién soy en realidad». Pero nunca había una segunda frase. Y, por si todo eso no fuera suficiente, estaba preocupada por Ruby.

Su mirada se posó en la nota que había encontrado sobre la mesa de la cocina: «Querida Nora, me he ido a casa de papá». Parecía bastante inocua, pero las apariencias a menudo engañaban. Ruby no iba a volver.

Era culpa de Nora. Había presionado demasiado a su hija en los últimos días y eso era peligroso. Ruby siempre se rebelaba; lo había hecho desde que era pequeña. A diferencia de Caroline, que sonreía con frialdad, te cogía de la mano y se apartaba cuando la realidad se acercaba demasiado.

Nora se dio cuenta de su error en cuanto leyó la nota de despedida. Su hija ya había tenido suficiente.

Se inclinó hacia delante y dejó caer la cabeza sobre los brazos cruzados. Un buen llanto tal vez la ayudara, pero ni siquiera podía encontrar esa fácil vía de alivio. Estaba completamente agotada.

Entonces oyó un coche que llegaba…, unos pasos en el porche…

La puerta se abrió y Rand entró en la cocina.

Nora lo entendió al instante: Ruby había enviado a su padre para darle la mala noticia.

—Hola, Randall —dijo mientras quitaba la pierna escayolada de la segunda silla—. Siéntate.

Él miró a su alrededor.

—Tengo una idea mejor.

Antes de terminar la frase, había cruzado la habitación y la había cogido en brazos. Ella soltó un grito ahogado de sorpresa y le rodeó el cuello con los brazos, agarrándose a él.

—¿Pero qué…?

—Aguanta.

Nora se mantuvo aferrada mientras atravesaban el umbral y salían al porche. Allí, Rand agarró una vieja manta de mohair de la mecedora y se la colgó del brazo. Bajó los escalones y cruzó el césped descuidado hacia el borde del terraplén.

A la sombra de un enorme madroño, extendió la manta sobre el suelo rocoso y recostó a Nora con cuidado. Los dedos desnudos sobresalían del extremo de la escayola, y él se inclinó y le envolvió el pie con los flecos de la manta.

Rand se sentó a su lado, apoyado en los codos, y estiró sus largas piernas.

—¿Todavía no soportas estar dentro en un día soleado? —preguntó ella.

—Hay cosas que nunca cambian. —Se volvió hacia ella con cara seria—. Lo siento, Nora.

—¿Por qué?

Su mirada se desplazó a un punto justo detrás de su hombro izquierdo.

—Debería haberlo dicho hace mucho tiempo.

Ella respiró hondo. El tiempo parecía haberse detenido entre ellos. Sintió la cálida luz del sol de verano en el rostro, olió la familiar fragancia del mar en marea baja.

Él por fin la miró y, en sus ojos, Nora vio el triste reflejo de su vida juntos.

—Lo siento —dijo de nuevo, sabiendo que esta vez ella lo entendía.

—Oh… —Fue todo lo que ella alcanzó a decir.

Rand se inclinó más cerca y le tocó la cara con una delicadeza que le quitó las fuerzas.

—Fue culpa mía. Solo mía. Los dos lo sabemos. Yo era joven, estúpido y arrogante. No sabía lo especiales que éramos.

A Nora le sorprendió lo fácil que le resultaba de repente sonreír. Había pasado veinte años amando a este hombre y once más echándolo vagamente de menos, y ahora, con él a su lado sobre una vieja manta que atesoraba sus años de juventud en el áspero tejido, por fin se sentía en paz. Quizá eso era todo lo que había necesitado durante esos años. Solo esas pocas y sencillas palabras.

Puso la mano sobre la de él y una paz se apoderó de Nora, como si todo en sus vidas hubiera conducido a este momento. Él era su juventud, se dio cuenta con tristeza, una juventud que no había sido ni bien aprovechada ni del todo malgastada. Tan solo… aprovechada a secas. En sus ojos, y solo en los suyos, estaba la mujer que ella fue una vez.

—Los dos tuvimos la culpa, Rand. Lo intentamos. Solo que no lo conseguimos.

Él se inclinó hacia ella. Por un instante, Nora pensó que iba a besarla. Él quería hacerlo, podía ver el deseo en sus ojos. Pero en el último segundo se echó hacia atrás y le dedicó una sonrisa tan suave y tierna que fue mejor que un beso.

—Cuando miro atrás, y créeme que intento no hacerlo, ¿sabes lo que recuerdo?

—¿Qué?

—El día que volviste. Dios… —Cerró los ojos—. Debería haberme arrodillado y rogarte que te quedaras. En mi corazón, sabía que era lo que quería, pero había oído hablar de ti y de ese chico, y solo podía pensar en mí. ¿Qué habría parecido si te hubiera aceptado de vuelta después de eso? —Se rio, un sonido amargo y áspero—. Yo,

preocupándome por eso, después de cómo te había tratado. Me pone enfermo. Y pagué por ello, Nora. Durante ocho largos años, me acosté solo todas las noches. Y te eché de menos.

A Nora le entraron ganas de llorar por lo que habían echado a perder.

—Deberías haber llamado. Yo también estaba sola.

Hizo una pausa y luego dijo:

—Es una pena.

—Sí.

Nora extendió la mano y le apartó el pelo de los ojos con un gesto tan natural para ella como respirar.

—Pero ahora has seguido adelante. Te has casado. Me alegro por eso.

Se dio cuenta de lo cierto que era. Esas pocas palabras —«Lo siento»— la habían liberado, habían convertido a Rand en lo que en realidad era: su primer amor. Su gran amor, tal vez, pero algún día habría otro para ella.

Sonrió y arqueó una ceja.

—¿Y tú estás siendo un buen chico, Randall?

Él se rio, ahora cómodo con ella.

—Ni siquiera un perro estúpido es atropellado dos veces por el mismo autobús.

—Bien. Te mereces ser feliz.

—Tú también.

Ella se estremeció, incapaz de evitarlo.

—Tú engañaste a tu mujer. Yo abandoné a mis hijas. No es lo mismo.

Se la quedó mirando. Ella vio las profundas arrugas alrededor de su boca y sus ojos, surcos labrados por años de sol y viento.

—Le conté la verdad a Ruby.

—¿Sobre qué?

—La verdad. Sobre nosotros.

Nora se sintió mal.

—Ha sido una tontería.

—Pensaba que te alegraría. Es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—Quizá, pero, cuando tú no lo hiciste, cuando yo no lo hice, enterramos ese pequeño fragmento de la historia familiar. No deberías haberlo desenterrado. Ahora ya no cambiará nada.

—Te lo merecías, Nora —dijo él—. Después de todos estos años, te lo merecías.

—¡Oh, Rand! Ella creía en ti. Esto le romperá el corazón.

—¿Sabes lo que aprendí de nosotros, Nora? —Le acarició la cara y sonrió un poco—. El amor no muere. Nunca el amor verdadero. Y eso es lo que Ruby va a descubrir. Siempre te ha querido. Solo le he dado una razón para admitirlo.

Nora no pudo evitar pensar que, para ser un hombre adulto, era increíblemente ingenuo.

17

Después de dos horas esperando en la cola del ferry con doscientos turistas afanosos y unos cuantos lugareños agobiados, Ruby recordó por qué estuvo tan ansiosa por marcharse de la isla. Sincronizar tu vida con un sistema de transporte estatal era horrible.

Lo último que necesitaba era tiempo para pensar. La conversación con Caroline se repetía sin cesar en su mente. Incluso cuando encendió la radio cutre de la furgoneta, oyó las voces de los cantantes gemir las palabras que todo el mundo conocía. «Excepto yo», se dijo con amargura.

Aún no podía superarlo.

Por fin, el ferry atracó —tarde, como de costumbre— y ella condujo a bordo, siguiendo las instrucciones de la mujer del chaleco naranja, hasta un lugar en la parte trasera de la fila. Cuando el barco zarpó, ajustó el asiento a una posición más cómoda y cerró los ojos. Quizá dormir la ayudaría.

«Todo el mundo lo sabía».

Abrió los ojos y miró el techo aterciopelado de la furgoneta. Todavía se notaba temblorosa, como si los cimientos de su vida se hubieran convertido en gelatina caliente y la estuvieran hundiendo poco a poco.

«Me acosté con otras mujeres».

Eso lo cambiaba todo.

¿No es así?

Eso era lo peor. Ruby no podía tomar las ramificaciones del día en sus manos y estudiarlas.

Una cosa sí la sabía: su novelización del pasado, con papá como héroe y su madre como villana, ya no funcionaría.

El mundo no era como ella pensaba. Tal vez había tardado en hacer ese descubrimiento elemental y, sin embargo, monumental. Se sentía como si hubiera sido una niña todos estos años, caminando por una tierra que ella sola había ideado.

Y ahora algo estaba cambiando dentro de ella, creciendo. No se trataba de nada tan tópico o fácil de definir como su corazón. Más bien eran los huesos mismos; se estaban desplazando y le presionaban los tendones y músculos, y, en lo más profundo de su interior, había un nuevo dolor.

Metió la mano debajo del asiento y sacó el bolígrafo y el bloc de notas que había guardado por la mañana. Después de solo un momento de vacilación, comenzó a escribir.

> Tenía dieciséis años cuando mi madre nos abandonó. Era un día normal de junio; el sol brillaba en un cielo azul como el huevo de un petirrojo. Es curioso lo que uno recuerda. El estrecho estaba tan plano y tranquilo como una bandeja de horno nueva, y una bandada de gansitos aprendía a nadar en el estanque de los McGuffin.
>
> Éramos una familia normal. Mi padre, Rand, era un isleño de pura cepa, un pescador profesional que reparaba barcos fuera de temporada. Todos los sábados por la noche iba a jugar a los bolos con sus amigos, y nos ayudaba a las niñas con los deberes de matemáticas y ciencias. En invierno vestía camisas de franela a cuadros, y en verano, polos de golf Lacoste. A ninguno

de nosotros, al menos a mí, se nos ocurrió nunca que él fuera algo menos que el padre perfecto.

En nuestra familia no había gritos, ni discusiones acaloradas, ni noches en las que mi hermana y yo nos acostáramos en nuestras camas gemelas, una al lado de la otra, y nos preocupáramos febrilmente por que nuestros padres se divorciaran.

Después de que cada uno tomara su camino, a menudo he recordado aquellos años tranquilos. Me obsesionaba buscar el incidente que lo había desencadenado, un momento en el que pudiera decir: «¡Ajá! Ahí está, el principio del fin». Pero nunca lo encontré. Hasta ahora.

Hoy, mis padres han corrido el telón y el gran mago de Oz, mi padre, ha resultado ser un hombre corriente.

Por supuesto, entonces yo no lo sabía. Lo único que sabía era que, en un día precioso, mi madre arrastró una maleta hasta el salón.

«Me voy. ¿Quién quiere venir conmigo?».

Eso es lo que nos dijo a mi hermana y a mí. Oí a mi padre en la cocina. Dejó caer un vaso en el fregadero y el estruendo sonó como unos huesos rompiéndose.

Ese fue el día en que aprendí el concepto de «antes y después». Su marcha atravesó nuestra familia con la sangrienta precisión del bisturí de un cirujano.

En aquel momento, pensamos que era algo temporal. Unas vacaciones que deberían haber sido con «las chicas», solo que mi madre no tenía amigas. Quizá todos los niños piensan cosas así.

Es difícil decir cuándo mis sentimientos hacia mi madre pasaron de la culpa a la ira, al disgusto y al odio, pero ese fue el arco que describieron.

Vi lo que su ausencia le hizo a mi padre. En el espacio de unos pocos días, se volvió casi irreconocible. Bebía, fumaba, pasaba el día en pijama. Solo comía cuando Caroline o yo le cocinábamos. Dejó que el negocio del puerto deportivo se fuera al garete y, para la primavera siguiente, tuvo que vender terrenos para pagar los impuestos y seguir poniendo un plato de comida en la mesa.

Ese verano me formé una imagen de mi madre. En la dura piedra de todo lo que sucedió, esculpí la imagen de una mujer y la llamé «madre». Durante todos estos años, la he guardado en mi mesilla de noche; no era menos real

por ser visible solo en mi propia mente. La estatua era una colección de aristas duras: egoísmo, mentiras y abandono.

Pero ahora sé la verdad: mi padre fue infiel a mi madre.

Infiel. Una palabra fría y distante que no da ninguna pista del calor que implica la pasión. Llevaba un anillo de boda y se follaba a otras mujeres que no eran la que había jurado amar, honrar y proteger.

Esto lo describe mejor. La vulgaridad de la frase coincide con la obscenidad del acto.

Sé que lo cambia todo, pero no consigo ver adónde conduce. Mi infancia, pensaba con ingenuidad, era solo mía, esos recuerdos pintados con vibrantes pinceladas de óleo en el lienzo de mis años. Ahora parece que Barbra Streisand tenía razón. Los recuerdos son acuarelas y una lluvia intensa puede borrarlos.

Mi padre no es el hombre que yo creía que era.

Incluso cuando releo esta frase que acabo de escribir, me doy cuenta de lo infantil que es, pero no se me ocurre otra forma de decirlo. No sé cómo mirarlo ahora, a este padre que ha demostrado ser un desconocido.

Mi madre no lo dejó —ni a nosotras— por la fama y la fortuna, sino tan solo porque era humana y el hombre al que amaba le había roto el corazón.

Sé lo que se siente cuando alguien a quien amas deja de quererte. Es una especie de pequeña muerte que rompe algo dentro de ti.

Este conocimiento, esta comprensión… debería hacer que quisiera perdonar a mi madre, ¿no?

Creo que tengo miedo de quererla, aunque sea un poquito.

El daño que me causó es tan profundo que mis huesos han crecido alrededor de ello. Me pregunto quién sería sin él…

Antes de que pudiera terminar la frase, el ferry hizo sonar la sirena. Estaban atracando en Lopez. Ruby levantó la vista.

Sabía que, en cuanto descargara unos cuantos coches, pondría rumbo a Orcas Island. Summer era la última parada antes de que el barco regresara al continente.

Ruby tomó una decisión rápida. No quería ver a su madre todavía. Tendrían que hablar sobre esta nueva información y Ruby no estaba preparada.

Arrancó el coche y salió de la fila, acelerando por el carril vacío. Los trabajadores del ferry le gritaron, agitando las manos. Sin duda pensaban que era una turista que se había bajado en la isla equivocada. No le importaba. Aceleró, pasó por la rampa y se marchó.

La casa de los Sloan estaba a solo unas manzanas de la terminal del ferry. Era una gran mansión victoriana, bonita como un pastelito, situada en un impresionante promontorio con vistas a la bahía.

Entró con la furgoneta en el camino de entrada y aparcó. Era el crepúsculo; una bruma púrpura cubría el jardín, aún impecablemente cuidado. Una valla blanca recién pintada lo mantenía todo ordenado a la perfección. Justo como le gustaba a la señora Sloan, aunque era probable que no hubiera pisado la isla en años.

Ruby subió por el sendero de conchas marinas trituradas que conducía a la puerta principal. Allí se detuvo, reunió valor y llamó a la puerta.

Abrió Lottie. Estaba tal y como Ruby la recordaba: mejillas rellenitas y ojos que desaparecían cuando sonreía.

—¡Ruby Elizabeth! —exclamó, aplaudiendo con las manos regordetas—. ¡Dios mío, qué alegría verte!

Ruby sonrió.

—Hola, Lottie. Cuánto tiempo sin verte.

—No tanto como para no darme un abrazo, presuntuosa.

Extendió los brazos y agarró a Ruby, atrayéndola hacia su amplio pecho. Ruby notó que Lottie todavía olía a los caramelos de limón que guardaba en los bolsillos de su delantal. Se apartó, tratando de mantener la sonrisa, y dijo:

—He venido a ver a Eric.

—Está arriba. Dean ha tenido que volar a Seattle… por algo relacionado con el trabajo.

Ruby se sintió aliviada. Ahora que estaba allí, tampoco estaba preparada para hablar con Dean. Miró más allá de Lottie, hacia el salón.

—¿Puedo subir?

—¿Cómo? Te daría una paliza si no lo hicieras. Te prepararé un té si…

—No, gracias. Estoy bien.

—Ah. Entonces adelante. —Cuando Ruby pasó a su lado, Lottie extendió la mano y le tocó el hombro—. No tengas miedo, Ruby. Sigue siendo nuestro chico.

Ella inspiró hondo y soltó el aire antes de subir despacio las escaleras. En el rellano superior, giró hacia la antigua habitación de Eric. La puerta estaba cerrada. La empujó ligeramente para abrirla.

—¿Eric?

—Ruby, ¿eres tú?

Oyó lo débil que sonaba su voz, lo diferente que era de aquel melodioso barítono de antaño, y tragó saliva con dificultad.

—Soy yo, amigo.

Empujó la puerta y entró en la habitación.

Solo su fuerza de voluntad le impidió jadear. Parecía delgado y cansado. Su hermoso cabello negro casi había desaparecido, solo

quedaba una fina capa. Unas ojeras oscuras como moretones le rodeaban los ojos; sus pómulos resaltaban con patético relieve sobre la pálida y hundida carne.

Él le dedicó una sonrisa que le partió el corazón.

—Debo de estar muerto si Ruby Bridge ha vuelto a la isla.

—Estoy en casa —dijo ella, apartando rápido la mirada para que él no pudiera ver su estupor. Se acercó a la ventana y abrió las cortinas… Cualquier cosa con tal de recuperar la compostura.

—No pasa nada, Ruby —dijo él en voz baja—. Sé cómo estoy.

Ella se volvió.

—Te he echado de menos, Eric —dijo, sintiéndolo de verdad. Se odió una vez más por lo fácil que le había resultado abandonar este lugar, a esta gente.

—Con tu presencia aquí, parece que volvemos a los viejos tiempos —dijo él. Apretó un botón y colocó la cama en una posición más vertical.

Ella sonrió.

—Sí. Lo único que nos falta es…

Eric metió la mano en el cajón de la mesilla de noche y le ofreció un porro gordo. Le dedicó esa misma sonrisa ladeada de dientes torcidos que ella recordaba tan bien.

—El cáncer hace que la marihuana sea fácil de conseguir. —Se llevó el porro a los labios y lo encendió.

Ruby se rio.

—Así que has estado colocando a todos nuestros viejos amigos, ¿eh?

Él dio una calada y se lo pasó. Cuando por fin soltó el humo, dijo:

—Aquí no hay viejos amigos. No para mí, al menos.

Ruby dio una calada. El humo le quemó la garganta y la hizo toser. Le devolvió el porro.

—Hace años que no fumo marihuana.

—Eso es una buena noticia. ¿Qué tal te va en el mundo del humor?

Esta vez dio una calada más pequeña, aspiró, retuvo el humo en los pulmones y luego lo soltó. Después de eso, se lo pasaron el uno al otro.

—No soy lo bastante graciosa como para triunfar.

—Eres muy divertida. Siempre me has hecho reír.

—Gracias, pero eso es como ser la chica más guapa de Paducah. No te convierte en Miss América. La chica más graciosa de Lopez Island no va a dejar a todos boquiabiertos en el programa de Jay Leno. Es la triste realidad.

—¿Vas a dejarlo?

—Supongo que sí. Creo que voy a meterle mano a la escritura. —Se rio—. ¿Lo pillas? Meterle mano a la escritura.

Eric se rio con ella.

—Como si pudieras meterle pie —dijo entre carcajadas. Ambos sabían que no era gracioso, pero en ese momento, con el dulce olor a marihuana entre ellos, parecía divertidísimo.

—¿Qué tipo de libro vas a escribir?

—Bueno, no será sobre las alegrías del sexo.

—Y tampoco sobre moda.

Ruby le lanzó una mirada.

—Muy gracioso. Ya tengo a mi madre para que se burle de mi aspecto, si no te importa. ¡Eh! Eso es sobre lo que escribiré. Querida vieja mamá.

Eric se rio más bajito esta vez. Apagó el porro y se recostó sobre los codos.

—Pues alguien debería escribir un libro sobre ella. Es una santa.

—Debo de estar tan colocada que he perdido el oído. Me ha parecido escuchar que era una santa.

Él se volvió hacia ella.

—Lo es.

Su rostro parecía asomarse ante ella, dos tallas más grande. Sus ojos azul pálido estaban llorosos, rodeados de unas vetas rojas casi invisibles. Sus labios carnosos, casi femeninos, aparecían sin color. Y, de repente, ella no pudo fingir, no pudo mantener una conversación trivial.

—¿Cómo estás, Eric…, de verdad?

—Es lo que los médicos llaman fase terminal. —Esbozó una débil sonrisa—. Es curioso, se les ocurren eufemismos para cada etapa de la enfermedad, pero al final, cuando de verdad necesitas un poco de brillo de labios para disimularlo todo, lo llaman fase terminal. Como si necesitaras otro recordatorio de que te estás muriendo.

Ruby le apartó los finos y lacios mechones de pelo de la cara.

—Debería haber estado más en contacto contigo. No debería haber permitido que lo que pasó entre Dean y yo te afectara a ti también.

—Lo dejaste destrozado —dijo Eric en voz baja.

—Supongo que a todos se nos hizo añicos el corazón ese año y nada ni nadie logró recomponerlo.

Le acarició la mejilla.

—Lo que hizo tu madre… fue una auténtica mierda. Pero ya no tienes dieciséis años. Deberías ser capaz de ver las cosas con más

claridad.

—¿Como qué?

—Vamos, Ruby. Toda la isla sabía que tu padre se acostaba con otras mujeres. ¿No crees que eso cambia un poco las cosas?

Así que era cierto: todo el mundo lo sabía.

—Caroline y yo no hicimos nada y ella también nos dejó.

Ahí estaba lo que aún no podía superar.

—He llegado a conocer bastante bien a tu madre en los últimos años y déjame decirte que es genial. Daría cualquier cosa por tener una madre como ella.

—La dama de la jet set tenía problemas con tu estilo de vida, supongo…

—No. Ningún problema. Cuando le dije a mi madre que era gay, me respondió que no quería volver a verme nunca más.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

—Ella no es como tu madre. Cuando la mía dijo «fuera de mi casa», lo decía en serio. No he vuelto a verla desde entonces.

—¿Ni siquiera ahora?

—Ni siquiera ahora.

—Dios… Lo siento —dijo ella, sabiendo hasta qué punto eran inadecuadas esas palabras.

—¿Sabes quién me ayudó a superar esos momentos difíciles cuando me di cuenta de que era gay y mis padres me repudiaron?

—¿Dean?

—Tu madre. Acababa de trasladar su columna «Nora lo sabe todo» al *Seattle Times*. Le escribí, al principio de forma anónima. Ella me respondió, elogiando mi valentía, y me dijo que mantuviera la cabeza alta, porque mi madre seguro que cambiaría de opinión. Eso

me dio esperanza. Pero después de unos años supe que se equivocaba. Mi madre había marcado su límite. No iba a tener un hijo maricón. Y punto.

Cogió su cartera de la parte superior de la mesita de noche. La abrió, sacó un trozo de papel doblado varias veces y lo desplegó con cuidado.

—Toma. Lee esto.

Ruby cogió el papel. Estaba amarillento por el paso del tiempo y tenía pequeñas marcas de pliegues. Una mancha marrón salpicaba la esquina superior derecha. Se concentró en las letras pequeñas y ordenadas. Le llevó un momento reconocer la caligrafía. Era la de su madre.

Querido Eric:

No puedo expresar lo mucho que comprendo tu dolor. Que hayas decidido compartirlo conmigo es un honor que no tomo a la ligera.

Para mí siempre serás Eric, el rey de la cuerda colgante. Cuando cierro los ojos, te veo agarrado como un mono de esa vieja soga en el lago Anderson, gritando «¡Banzái!» mientras te lanzabas al agua. Veo a un niño que vino a nuestra casa cuando yo estaba enferma, que se sentó en el porche y aplastó menta en un cuenco para darle sabor a mi té. Recuerdo a un niño de sexto curso, con la cara enrojecida por los granos y en pleno cambio de voz, que nunca temió coger de la mano a la señora Bridge mientras caminaban por el pasillo de la escuela.

Así eres tú, Eric. A quién elijas amar es parte de ti, pero no la parte más importante. Sigues siendo ese niño que no soportaba comer nada que hubiera tenido padres. Espero y rezo para que algún día tu madre despierte y recuerde al niño tan especial que dio a luz. Espero que entonces levante la vista y sonría al hombre en el que se ha convertido.

Pero, si no lo hace, por favor, por favor, no dejes que eso te rompa el corazón. Algunas personas simplemente no son capaces de ser flexibles, de aceptar. Si ocurre algo tan terrible, Eric, debes seguir adelante. No hay otra palabra para describirlo. La vida está llena de personas diferentes, destrozadas, heridas, que ponen un pie delante del otro y siguen adelante.

Es por tu madre por quien temo. Tú crecerás y te enamorarás, y te encontrarás a ti mismo. Cuando vaya a visitarte y los dos seamos viejos, nos sentaremos en tu porche y nos reiremos de los días dorados que casi acaban con nosotros. Pero no será así para tu madre. Si sigue por ese camino, eso la consumirá por dentro. Descubrirá que ciertos dolores son infinitos.

Así que perdónala. Es la única manera de aliviar este dolor en tu corazón. Perdónala, ámala y sigue adelante.

Te quiero, Eric Sloan. Tú y tu hermano sois los hijos que nunca tuve, y, si os hubiera dado a luz, estaría orgullosa de en quiénes os habéis convertido.

Besos y abrazos,

NORA

Ruby dobló la carta en el pequeño triángulo que cabía en la cartera de Eric.

—Es una carta preciosa. Entiendo por qué la llevas siempre contigo.

—Me salvó. Literalmente. Me costó mucho esfuerzo, muchísimo esfuerzo, pero perdoné a mi madre y, cuando lo hice, dejó de dolerme el pecho a todas horas.

—No sé cómo pudiste perdonarla. Lo que ella hizo…

—Era humana, eso es todo.

—¿Y ahora?

Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Ahora es más difícil. Me doy cuenta de lo precioso que es el tiempo. Solo quiero un momento con ella para decirle que la quiero.

Para oír… —Su voz se quebró y se redujo a un susurro—. Para oírla decir que me quiere.

Ruby se volvió hacia él y le tocó la cara. Eric sonrió y puso la mano encima de la suya.

—Perdona a tu madre, Ruby.

—Tengo miedo —dijo ella, utilizando las palabras que rara vez se permitía expresar en voz alta.

Él le soltó el brazo.

—Por Dios. El tiempo es corto, ¿no lo entiendes? Avanzamos a tientas, asumiendo a ciegas que tenemos toda la eternidad para hacer cosas, decir cosas…, pero no es así. Puedes sentirte muy bien, ir a tu revisión médica anual en un soleado miércoles por la tarde y descubrir que se te ha acabado el tiempo. Que se acabó el juego.

Ella lo miró.

—¿Cómo se perdona a alguien?

Él sonrió con ternura.

—Simplemente… lo dejas ir. Te relajas.

—Si lo dejo ir…, me da miedo caer.

—No hay nada malo en caer. —Se besó la punta de los dedos y luego le dio un beso en la mejilla—. Te quiero, Ruby. No lo olvides.

—Nunca. —Susurró ella—. Nunca.

Cuando Ruby llegó por fin a casa, era más de medianoche. Pasó sigilosa por delante de la puerta cerrada del dormitorio de su madre y subió las escaleras. Se metió en la cama, cogió su bloc de papel y empezó a escribir.

Uno de mis mejores amigos de la infancia se está muriendo. Hoy me he quedado junto a su cama y le he hablado como si la vida fuera normal, pero durante todo ese rato no podía respirar.

No lo había visto en más de una década y, en todo ese tiempo, apenas había pensado en él.

Apenas lo recordaba.

A este chico, ahora un hombre, que había caminado de la mano conmigo durante la infancia, lo había olvidado. Guardé la medalla de san Cristóbal que me regaló por mi decimotercer cumpleaños, pero al chico lo perdí.

Quizá él nunca se dio cuenta o no le importó. Después de todo, seguimos con nuestras vidas separadas, como suelen hacer los amigos de la infancia, pero ahora veo la tristeza en ese curso normal de las cosas. Me alejé con demasiada facilidad; no pensé lo suficiente en lo que —y a quién— dejaba atrás. Ahora no logro pensar en otra cosa.

Dejé a un chico de pelo negro y risa estruendosa y sincera, y volví a un hombre tan delgado que me daba miedo tocarlo por temor a ver mis propios huesos a través de su piel, fina como el papel.

Y este hombre moribundo me dio la bienvenida a casa como si nunca me hubiera marchado. Me pregunto si sabía lo mucho que me dolía mirar sus ojos llorosos y ver el reflejo de mi propio vacío. Mi propia carencia.

Quiero reunir los pedazos rotos de mi corazón, ponérmelos en el regazo y estudiarlos. Quizá entonces podría encontrar el agujero, la pieza perdida que me permite olvidar a quienes amo.

Estoy cansada de mi vida solitaria, agotada hasta los huesos. He estado corriendo durante años tan rápido y con tanta fuerza que estoy sin aliento. Y aquí, al final, veo que no he llegado a ninguna parte.

Quiero a mi madre. ¿No es increíble? Si pudiera, iría ahora mismo a su encuentro, entraría en el círculo de sus brazos y le diría: «Eric se está muriendo y no puedo imaginar un mundo sin él».

¿Cómo se sentiría algo así? Me pregunto: ¿dejaría que ella me consolase y me tranquilizara? Cuando cierro los ojos, puedo imaginármelo, pero, cuando despierto, todo lo que veo son las puertas cerradas entre nosotras. Y la aflicción que se extiende por mi pecho duele cada vez más.

Ahora reconozco lo que es, este dolor que ha sido parte de mí durante tantos años.

Es nostalgia, pura y simple. Echo de menos a mi mamá.

18

La mañana siguiente fue uno de esos días perfectos de junio que convencen a los forasteros de comprar tierras en las islas San Juan.

Ruby se despertó tarde, lo cual no era de extrañar, dado que había dado vueltas en la cama toda la noche. Sabía, por supuesto, que ella y Nora tendrían que hablar sobre la confesión de su padre. Con suerte, podrían postergarlo por un tiempo; por ejemplo, hasta que las tetas de Britney Spears comenzaran a caerse.

Apartó las mantas y salió tambaleándose de la cama. Una ducha la hizo sentir casi humana y se quedó en ella hasta que el agua se volvió tibia. Incluso entonces se resistía a salir. Al menos bajo el agua tenía un propósito.

Salió de la ducha y se quedó de pie, goteando, sobre la mullida alfombra rosa. Las viejas tuberías hacían ruido mientras el agua gorgoteaba por el desagüe.

A través del vaho, se vio en el espejo. Secó la humedad y se quedó mirando el reflejo borroso de su rostro.

Experimentó uno de esos raros momentos en los que, por una fracción de segundo, te veías a ti misma a través de los ojos de un extraño. Su pelo era demasiado corto y estaba cortado de forma irregular, como si esa estúpida chica de pelo morado que mascaba chicle en la escuela de peluquería hubiera utilizado las tijeras

dentadas en lugar de unas normales. ¿Qué demonios había llevado a Ruby a teñírselo de negro, como la protagonista de *Elvira, la reina de las tinieblas*?

Hacía que, por contraste, su piel pareciera pálida como la de un vampiro. No era de extrañar que no hubiera sido capaz de atraer a un chico decente. Laura Palmer estaba más guapa en *Twin Peaks*, y ella apareció muerta en la orilla.

Ruby se dio cuenta de que había intentado resultar poco atractiva. La verdad de esa revelación era tan impactante que, literalmente, se quedó con la boca abierta. Todo ese rímel, el delineador negro, el corte de pelo y el color…, todo era un camuflaje.

Dejó caer su neceser de maquillaje en la papelera metálica. Golpeó con un satisfactorio tintineo. Se acabó el maquillaje al estilo *heroin-chic* y la ropa de refugiada. Demonios, incluso dejaría de teñirse el pelo y descubriría cuál era su color real. Su último recuerdo era de un bonito y natural castaño rojizo.

La decisión la hizo sentir mejor. Entró en su dormitorio, se vistió con unos vaqueros y una camiseta verde jade con cuello en uve, y luego bajó apresurada las escaleras.

Nora estaba de pie junto a la encimera, apoyada en sus muletas. El goteo de la cafetera llenaba la cocina con un sonido constante. Levantó la vista cuando Ruby entró en la habitación.

Una expresión de sorpresa casi cómica se dibujó en su rostro.

—Estás… preciosa. —Se sonrojó al instante— Lo siento. No debería haberme sorprendido.

—No pasa nada. Supongo que no estaba muy guapa con todo ese maquillaje.

—No voy a meterme en eso ni por asomo.

Ruby se rio y se sintió bien.

—Necesito cortarme el pelo. Mucho. ¿Sigue habiendo peluquería en Friday Harbor?

—Yo solía cortarte el pelo.

Ruby no lo había recordado hasta ese momento, pero de repente le vino todo a la memoria: los domingos por la tarde en la cocina, un paño sujeto al cuello con una pinza, el relajante tris tras de las tijeras, papá pasando las páginas del periódico a ritmo constante en el salón. Ruby se quedó allí un momento, extrañamente insegura de qué hacer. Tenía la persistente sensación de que, si decía lo correcto ahora, en ese instante que parecía impregnado de posibilidades repentinas, podría cambiar las cosas. De repente se sintió vulnerable, como una niña que lleva sus emociones en una etiqueta con su nombre del jardín de infancia.

—¿Podrías cortármelo otra vez?

—Por supuesto. Trae la toalla y una pinza para la ropa. Las tijeras deberían estar aquí…

Nora cogió sus muletas y se dirigió cojeando hacia el cajón de los utensilios, donde siempre se guardaban las tijeras.

Ruby se quedó desconcertada un momento, aunque no estaba segura de por qué. Parecía como si Nora estuviera tan ansiosa como Ruby por evitar una conversación durante el desayuno.

—Coge el taburete del lavadero y llévalo fuera. Hace una mañana preciosa.

Ruby reunió los utensilios necesarios y los sacó al jardín. Colocó el taburete en un bonito trozo de césped llano con vistas a la bahía y se sentó en él.

Oyó a Nora acercándose. Paso, golpe, paso, golpe. Su madre se movía con torpeza mientras bajaba los escalones del porche y cruzaba el césped; era una mujer temerosa de pisar un agujero y torcerse el tobillo sano.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Ruby, observándola—. A ver si de repente te oigo decir «¡uy!» detrás de mí y acabo con uno de esos horribles cortes asimétricos de cuando iba a primaria.

Nora se movió detrás de Ruby.

—¿Recuerdas tu segundo año? No usabas laca para el pelo, te echabas barniz para barcos. Me daba mucho miedo acariciarte la cabeza y romperme la muñeca.

Riendo, enrolló la toalla alrededor del cuello de Ruby y la sujetó con una pinza; luego comenzó a pasar los dedos por el cabello aún húmedo de su hija.

Ruby soltó el aire con un suspiro. No fue hasta que oyó el sonido —el aire silbando entre sus dientes— cuando se dio cuenta de lo que estaba sintiendo.

Anhelo, otra vez.

—Solo voy a darle un poco de forma, ¿vale?

Ruby parpadeó y salió trastabillando del pasado.

—Sí —dijo. Su voz era apenas audible. Se aclaró la garganta y volvió a hablar, esta vez más alto—: Vale.

—Siéntate derecha. Deja de moverte.

El constante chasquido de las tijeras parecía hipnotizar a Ruby, eso y la reconfortante familiaridad del tacto de su madre.

Nora tocó la barbilla de Ruby y la obligó con ternura a mirar al frente. Chasquido, chasquido, chasquido.

—Eric me llamó anoche. Dijo que lo habías visitado —dijo.

Ruby cerró los ojos.

—No estoy preparada para hablar de Eric —respondió en voz baja.

—De acuerdo. ¿Por qué no me cuentas cómo es tu vida en Hollywood?

Lo primero que pensó Ruby fue en el artículo.

—No hay mucho que decir. Es como vivir en el tercer piso del infierno. Tampoco quiero hablar de eso.

Nora hizo una pausa; las tijeras se detuvieron.

—No pretendo entrometerme. Solo me pregunto en quién te has convertido.

—¡Oh! —No era algo en lo que pensara mucho, eso de quién era. Lo normal era que se preocupara por quién quería ser. Mejor mirar hacia delante que hacia atrás y todo eso—. No lo sé.

—Recuerdo cuando el doctor Morane te puso por primera vez en mis brazos. —Nora hizo una pausa en el corte—. Desde el principio, eras fuego y hielo. Gritabas para conseguir lo que querías, pero un animal herido podía hacerte llorar. A los ocho meses ya caminabas y a los dos hablabas. ¡Y vaya si tenías cosas que decir! Era como vivir con una de esas muñecas parlantes que podía tirar de su propia cuerda. Nunca te callabas.

Ruby se dio cuenta de repente de que se echaba de menos a sí misma, echaba de menos quien solía ser. Al olvidar a su madre, se había perdido a sí misma.

—¿Cómo era yo?

—Querías un tatuaje a los doce años, el símbolo del infinito, creo. Nunca te perforaste las orejas, porque todas las demás lo hacían. Querías ir a un retiro espiritual hindú el verano que cumpliste trece años. Le tuviste miedo a la oscuridad durante mucho mucho tiempo,

y, cada vez que había una tormenta de viento, me acurrucaba más cerca de papá porque sabía que irías corriendo a nuestra habitación y te meterías en la cama con nosotros. —Nora se volvió hacia ella y le apartó con suavidad el cabello mojado de los ojos—. ¿Ya no queda nada de esa niña?

De repente, Ruby se sintió temblorosa, insegura.

—Nunca me perforé las orejas.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Me descorazonaría pensar que has cambiado tanto. —Extendió la mano y tocó la mejilla de Ruby con una caricia fugaz y tierna—. Siempre has sido capaz de iluminar una habitación como nadie que yo haya conocido. ¿Recuerdas el día que fuimos al periódico de la isla para que cubrieran el baile de octavo curso? —Sonrió—. Me senté allí, observándote mientras exponías tus argumentos, y pensé: «Esta niña mía podría dirigir el país». Estaba muy orgullosa de ti.

Ruby tragó saliva.

Nora volvió a cortarle el pelo a Ruby. Unos minutos más tarde, dijo:

—¡Venga, ya está! ¡Todo listo!

Se hizo a un lado y le entregó un espejo a su hija.

Ruby se miró en él, capturada tal y como era en el óvalo plateado. Volvía a parecer joven. Una mujer con toda la vida por delante, en lugar de una cómica amargada y luchadora que había dejado su juventud sentada en taburetes de bar.

—Está genial —dijo, volviéndose hacia su madre.

Sus miradas se cruzaron y se quedaron fijas. La comprensión pasó entre ellas, rápida como una descarga eléctrica.

—Ayer fui a ver a papá.

—Lo sé. Vino a verme.

Ruby debería haberlo adivinado.

—Tenemos que hablar de ello.

Nora suspiró. Fue un sonido como el lento escape de aire de un neumático pinchado.

—Sí. —Se agachó y recogió sus muletas—. No sé tú, pero yo voy a necesitar una taza de café para esto…, y también una silla. La verdad es que necesito sentarme. —Sin esperar, se fue cojeando hacia el porche.

Ruby guardó el taburete, cogió dos tazas de café y salió al porche. Nora estaba sentada en el sofá de dos plazas; Ruby eligió la mecedora.

Nora tomó una de las tazas de café.

—Gracias.

—Papá me dijo que te había sido infiel —dijo Ruby, apresurada.

—¿Qué más?

—¿Importa algo más?

Nora frunció el ceño.

—Por supuesto que importan otras cosas.

Ruby no supo qué responder a eso.

—Él culpó a Vietnam… Bueno…, quizá no. No estoy segura de a qué culpaba. Dijo que la guerra lo había cambiado, pero me dio la sensación de que pensaba que habría tonteado de todos modos.

Nora se recostó en su silla.

—A mí me encantó tu padre desde el primer momento en que lo vi, pero éramos jóvenes y nos casamos por razones infantiles. Yo quería una familia y un lugar donde sentirme segura. Él quería… —

Sonrió—. Todavía no estoy segura de lo que quería. Una mujer que lo esperara en casa, tal vez. Una mujer que pensara que él era perfecto. Durante un tiempo fuimos una pareja ideal. Ambos pensábamos que él era Dios.

—Era fácil verlo así. Actuaba de manera tan… cariñosa y amable.

—No lo juzgues con demasiada dureza, Ruby. Su infidelidad solo fue una de las razones por las que rompimos. Yo también tuve la culpa.

—¿Tú también te acostaste con otros hombres?

—No, pero lo quería demasiado, y eso puede ser tan malo como no querer lo suficiente a alguien. Necesitaba tanta seguridad y amor que lo agoté. Ningún hombre puede llenar todos los rincones oscuros del alma de una mujer. Sabía que tarde o temprano me sería infiel. Creo que lo volví loco con mis preguntas y mis sospechas.

Ruby no lo entendía.

—¿Sabías que te sería infiel? ¿Cómo?

—Dijiste que vivías con un hombre. Se llamaba Max, ¿verdad?

Ruby asintió.

—Sí. Pero ¿qué…?

—¿Te fue fiel?

—No. Bueno…, durante un tiempo, quizá.

—¿Esperabas que lo fuera?

—Por supuesto. —Ruby respondió rápido. Demasiado rápido. Luego suspiró y se recostó—. No. No esperaba que solo me quisiera a mí.

—Por supuesto que no. Si la madre de una chica no la quiere lo suficiente como para quedarse con ella, ¿por qué debería hacerlo un hombre? —Nora se la quedó mirando; la sonrisa que le dedicó a

Ruby era triste—. Ese es el regalo que me dio mi padre, el que yo te transmití a ti.

—Dios mío —dijo Ruby en voz baja.

Su madre tenía razón. Ruby había pasado toda su vida tan asustada de sufrir un desengaño amoroso que no se había permitido ser amada. Por eso había permanecido con Max todos esos años. Sabía que nunca se enamoraría de él y que su corazón estaría a salvo. Toda esa soledad…, porque no podía creer en ser amada.

Ruby se acercó a la barandilla y se quedó mirando el estrecho. No podía entender lo que sentía… ni lo que debería sentir.

—He recordado el día en que regresaste.

Oyó cómo su madre inspiraba hondo y esperó una respuesta. Al no obtenerla, se dio la vuelta. Nora estaba allí sentada, encorvada como si esperara un golpe.

—No me gusta pensar en ese día.

—Lo siento…, mamá —dijo Ruby en voz baja—. Te dije cosas horribles.

Su madre alzó la vista de repente. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me has llamado «mamá». —Se levantó y cojeando se acercó a Ruby—. No te atrevas a sentirte culpable por lo que me dijiste. Eras una chiquilla y yo te había roto el corazón en mil pedazos.

—¿Por qué volviste a casa ese día?

—Os echaba mucho de menos a las dos. Pero, cuando vi lo que os había hecho, me avergoncé. Me mirasteis de la misma forma en que yo había mirado a mi padre. Eso… me destrozó.

Ruby ya no podía evitar la pregunta.

—Vale, sé por qué dejaste a papá, pero ¿por qué te mantuviste alejada?

Nora la miró fijamente.

—El irme…, el estar lejos… Para ti, eso fue el principio de la historia. Para mí, era justo la parte central…

Nora respiró hondo y se sumergió. Las aguas del pasado estaban tan frías como esperaba, incluso en el calor de esa hermosa mañana de verano.

—Todos pensaban que Rand y yo éramos la pareja perfecta. —Envolvió con las manos la porcelana de su taza de café y dejó que la calentara—. Yo era joven entonces y me importaba más la apariencia que la esencia. Vivir con un alcohólico te hace eso. Creces escondiéndote, retrocediendo, protegiendo al mismo hombre al que deberías exponer. Te aseguras de que nada de la fealdad que ocurre dentro de tu casa se derrame nunca en las calles. Esa fue una lección que mi madre me enseñó antes de que tuviera edad suficiente para cepillarme los dientes. Fingir y sonreír…, y llorar a puerta cerrada. Sospechaba que tu padre tenía aventuras mucho antes de obtener la prueba más dura. —Miró a su hija—. Sin doble sentido.

Ruby casi escupe el café.

—¿Cómo puedes bromear sobre eso?

—¿Qué es lo que dicen sobre la comedia? ¿Que solo duele cuando te ríes? —Sonrió y continuó—: Me dolió sospechar de él, pero no fue lo peor. Eso fue su afición al alcohol. Empezó a beber después de la cena, las noches que volvía a casa. Vosotras tal vez ni siquiera lo

notasteis. Unas cuantas cervezas, un whisky con soda de vez en cuando. A las diez ya se tambaleaba y a las once estaba borracho perdido. Y se volvía… malvado. Todas sus inseguridades, ya sabes lo duro que era el abuelo con él, y sus decepciones salían a borbotones, y todo era culpa mía. Cada vez que me gritaba, oía la voz de mi padre, y, aunque Rand nunca me pegó, empecé a esperar que sucediera, apartándome de él, y eso solo lo enfurecía más. «¿Cómo puedes pensar que te voy a pegar?», gritaba él cuando salía de la casa dando un portazo. —Miró a Ruby—. Así que, como ves, yo era al menos la mitad del problema. No podía separar mi pasado de mi presente, y cuanto más lo intentaba, más se entrelazaban ambos. Me aterrorizaba convertirme en mi madre, una mujer que nunca decía más de dos palabras seguidas y que murió demasiado joven. Pero estaba lidiando bien con todo hasta que Emmaline Fergusson me habló de Shirley Comstock…

—¿Mi entrenadora de fútbol?

Nora asintió.

—¿Recuerdas lo mucho que a tu padre de repente le empezó a gustar el fútbol?

Ruby se quedó sin aliento.

—No…, no con mi entrenadora.

—Es una isla pequeña —dijo Nora con tristeza—. No había muchas mujeres entre las que elegir. Me dije a mí misma que no importaba. Yo era su esposa y eso era un honor. Pero él empezó a beber más y a volver menos a casa, y yo me derrumbé. Empezó con el insomnio. Simplemente dejé de dormir. Luego llegaron los ataques de pánico. Me recetaron Valium, pero no me ayudó lo suficiente. Me quedaba en vela por la noche con el corazón latiendo con fuerza y sudando a

chorros. Cada vez que te recogía del fútbol, iba a casa y vomitaba. Al final, empecé a desmayarme. Me despertaba tirada en el suelo de la cocina y no podía recordar buena parte de mi día.

—Dios mío… —dijo Ruby en voz baja—. ¿Se lo contaste a papá?

Nora esbozó una sonrisa temblorosa.

—Por supuesto que no. Pensaba que estaba perdiendo la cabeza. Lo único a lo que podía aferrarme era a la apariencia de un matrimonio. Tú y Caro erais el centro de un mundo que no dejaba de encogerse a mi alrededor.

Nora levantó la vista, preguntándose si sería posible hacer comprender a una mujer soltera de veintisiete años lo agobiantes que podían resultar a veces el matrimonio y la maternidad.

—No podía soportarlo todo: las borracheras de tu padre, sus aventuras amorosas, mi insomnio, mi sensación de estar abrumada y atrapada. Era una mezcla explosiva. Y entonces…

Nora cerró los ojos. El día que tanto había intentado mantener a raya brotó en su interior. Fue un precioso día de principios de verano. Había ido temprano al campo de fútbol para dejar unas galletas… y los vio. Rand y Shirley, besándose a la vista de todos, como si tuvieran todo el derecho a hacerlo.

—Tomé demasiadas pastillas para dormir. No recuerdo si fue a propósito o si fue un accidente, pero, cuando desperté en el hospital, supe que, si no hacía algo rápido, moriría. No sé si puedes entender ese tipo de depresión; es debilitante, abrumadora. Así que contuve la respiración, hice la maleta y hui. Solo pensaba estar fuera unos días, quizá una semana. Pensé en venir aquí, quedarme unos días, descansar un poco y recuperar la salud.

—¿Y?

Nora respiró hondo. Quería levantar la vista, pero no podía. En su lugar, se quedó mirando la taza que tenía entre las manos.

—Y conocí a Vince Corell.

—El tipo que vendió las fotos al *Tattler*.

—Era fotógrafo y estaba haciendo fotos de las islas para un calendario. O eso decía, porque a mí me daba lo mismo. Lo único que me importaba era cómo me miraba. Me dijo que era la mujer más hermosa del mundo. Por entonces, tu padre y yo llevábamos mucho tiempo sin tener relaciones íntimas y yo no era hermosa. Estaba muy delgada y temblaba todo el tiempo. Cuando Vince me tocó…, le dejé. Pasamos una semana maravillosa juntos, con fotos y todo. Por primera vez, encontré a alguien con quien podía hablar de mis sueños, y, una vez que los expresé en voz alta, no pude volver a la forma en que había estado viviendo. Y entonces… se fue. Estaba devastada. Sabía que tu padre se habría enterado de lo que había hecho; Vince y yo no ocultábamos nuestra relación. Quizá incluso quería que Rand se enterara. No lo sé, pero, cuando la aventura terminó y me di cuenta de que había echado por tierra mi matrimonio y perdido a mis hijas, volví a tomar demasiadas pastillas para dormir. Esta vez fue grave. Acabé en un centro psiquiátrico en Everett.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí? —preguntó Ruby en un susurro.

—Tres meses.

—¿Qué?

—El tiempo no era real allí. En aquellos días, en ese lugar, todavía se practicaba la terapia de electrochoque. Todos hacíamos cola a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana para recibir la medicación. Al cabo de una semana, había olvidado casi todo del mundo exterior.

Fue el doctor Allbright quien me salvó. Venía todos los días y hablaba conmigo…, simplemente hablaba hasta que yo podía volver a respirar. Trabajé muy duro para mejorar, para poder volver a casa. Pero cuando lo hice…

—Oh, Dios —dijo Ruby en voz baja—. Ese fue el día.

Nora sintió que le picaban los ojos y eso la sorprendió. Pensaba que había gastado todas sus lágrimas aquel día, hacía mucho tiempo.

—No es culpa tuya —dijo, y era en serio.

—Pero papá debería haberte dejado volver a casa. Después de lo que te había hecho…

—No le pedí a Rand que me acogiera —respondió Nora—. Estaba demasiado mal para cuidar de mis hijas y lo sabía. No quería recuperar mi matrimonio. Yo quería…, me quería a mí misma. Es horrible decirlo, y más aún haberlo hecho. Pero es la única verdad que puedo decirte.

Anhelaba acercarse, tomar a su hija en sus brazos, pero tenía miedo. Ahora se estaban aproximando la una a la otra, superando las heridas que se habían acumulado entre ellas como rocas en el camino.

—El mundo está lleno de remordimientos y de momentos en los que piensas: «Si tan solo…». Tenemos que superar eso. Tu padre estaba enfadado y era arrogante. Yo estaba asustada y era frágil. Tú tenías el corazón roto. Y ese día nos juntamos y nos hicimos daño los unos a los otros. Errores —dijo—, solo errores de personas normales. Pero quiero que sepas esto, Ruby, y es lo único que importa: nunca dejé de quererte ni de pensar en ti. Nunca dejé de echarte de menos.

Ruby la miró fijamente durante un largo rato. Luego, en voz baja, dijo:

—Te creo.

Y Nora supo que la curación había comenzado por fin.

19

Ruby se retiró a su dormitorio.

«Me despertaba tirada en el suelo de la cocina y no podía recordar buena parte de mi día». «No sé si puedes entender ese tipo de depresión».

Mamá debía de estar muy asustada, muy sola…

Ruby sabía cómo se sentía. Era lo peor, lo sabía, estar en medio de una larga y oscura noche cuando el hombre con el que vivías estaba en la cama a tu lado. Si él olía a otro perfume de mujer, esa distancia entre dos personas podía parecer el Atlántico Norte.

Abrió el cajón de la mesita de noche y sacó su bloc de notas. Había aprendido que escribir sus pensamientos la calmaba. Y Dios sabía que necesitaba relajarse.

Se sentó en la cama, levantó las rodillas, apoyó el bloc contra los muslos y comenzó a escribir.

> Siempre había creído que la verdad de una persona era fácil de detectar, como si fuera una línea trazada con tinta oscura sobre papel blanco. Ahora me pregunto: quizá la verdad de quienes somos es una mentira oculta en todos esos tonos de gris de los que todo el mundo habla.
>
> Mi madre estuvo en una institución mental. Esta es su última revelación. Una de ellas, al menos; en realidad, ha habido demasiadas para contarlas.

Esta noche, mamá ha pintado un retrato de nuestra familia en el que, a través de sus ojos, he visto a personas como nunca las había imaginado: un marido borracho e infiel y una esposa deprimida e infeliz hasta el hartazgo.

¿Cómo es posible que yo no viera nada de esto? ¿Acaso los niños son tan sublimemente ajenos a su propio mundo?

Hizo bien en ocultarme esta verdad. Incluso ahora desearía no saberla.

A veces, conocer de dónde venimos duele más de lo que podamos soportar.

Sonó el teléfono. Ruby se sobresaltó con el sonido. Dejó a un lado el bloc, se inclinó y contestó.

—¿Diga?

—¿Ruby?

Era la voz de Caroline, suave y débil. Ruby sintió de inmediato cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo? Nada. ¿No puede una chica llamar a su hermanita?

Ruby se recostó contra el cabecero. Caro sonaba mejor ahora; aun así, esa sensación de que algo iba mal persistía.

—Por supuesto. Es solo que sonabas…

—¿Qué?

—No sé. Cansada.

Caro se rio.

—Tengo dos hijos pequeños y un gato que vomita diez mil bolas de pelo al día. Siempre estoy cansada.

—¿De verdad es así, Caro? ¿La maternidad te deja sin fuerzas?

Caroline se quedó callada un minuto.

—Solía soñar con ir a París. Ahora solo quiero privacidad cuando uso el baño.

—¡Por Dios, Caro! ¿Cómo es que nunca hablamos de cosas como esas?

—No hay nada que decir.

Ruby intentó plasmar una vaga idea en palabras.

—Eso no es cierto. Cuando hablamos por teléfono, siempre es sobre mí. Mi carrera. Mi novio, que no vale nada. Mis opiniones sobre la comedia. Siempre se trata de mí.

—Me gusta vivir a través de ti.

Ruby sabía que eso era mentira. La verdad era que Ruby siempre había sido egoísta. No establecía relaciones; coleccionaba fotografías de personas y luego recortaba los bordes de todo lo que no encajaba con lo que quería ver. Pero esos bordes importaban.

—¿Eres feliz, Caro?

—¿Feliz? Por supuesto que soy… —Caro empezó a llorar.

El sonido suave y desgarrador dejó a Ruby desolada.

—Caro…

—Lo siento. Mal día en el barrio residencial.

—¿Solo uno?

—No puedo hablar de eso ahora.

—¿Qué le pasa a nuestra familia, que no podemos hablar de nada que importe?

—Hablar no cambia las cosas. Créeme, es mejor seguir adelante.

—Solía pensar lo mismo, pero estoy aprendiendo mucho aquí arriba…

—¡Ruby! —Era la voz de mamá. Debía de estar al pie de la escalera, gritando. Ruby se llevó el teléfono al pecho.

—Ahora mismo bajo. Eh, Caro —dijo, volviendo a la línea—, ¿por qué no subes aquí? A pasar la noche.

—Oh, no puedo. Los niños…

—Déjalos con el guapo. No es que estés pegada a la casa.

La risa de Caroline fue aguda.

—En realidad, eso es exactamente lo que pasa.

—Ella no es quien pensábamos, Caro —susurró, dándose cuenta de que ya había dicho esas palabras antes, pero sin ser en verdad consciente de su poder—. Ella es la… guardiana de nuestros recuerdos. De quienes somos. Deberías venir.

Caroline hizo una pausa e inspiró hondo.

—Tengo miedo.

Ruby lo entendió. Hace una semana no lo habría hecho, pero ahora sí.

—No te romperás. —Se detuvo, pensativa. Era importante que lo expresara bien, que transmitiera algo de lo que había aprendido sobre esta familia suya—. Crees que tienes que aguantarlo todo y que, si dejas escapar algo, te harás añicos y no sabrás quién eres. Pero no funciona así. Es más como… abrir los ojos en una habitación que esperabas que estuviera a oscuras. Puedes ver cosas, y eso te hace sentir más fuerte. —Se rio—. Dios, sueno como Obi-Wan Kenobi hasta las cejas de heroína.

—Por Dios, Rube —dijo Caroline, sorbiendo un poco por la nariz—. Mi hermana pequeña por fin ha crecido.

—Y justo antes de la menopausia. Pero, bueno, siempre he sido superdotada. La primera de mi clase, no lo olvides.

—Había diez personas en tu clase.

—Y tres de ellas suspendieron. Vamos, Caro, ven a visitarnos. Corre por la playa conmigo como solíamos hacer…, bebe tequila y baila conmigo. Veamos, por fin, quiénes somos.

—¡RUBY! ¿Me oyes?

Era la voz de mamá otra vez. Esta vez gritaba a pleno pulmón. Ruby aceptó la derrota.

—Tengo que colgar. Te quiero, hermana mayor.

—Ahora eres tú la que parece la hermana mayor —respondió Caroline—, y estoy orgullosa de ti, Rube. Y celosa. ¡Qué cosas! Adiós.

Ruby colgó y bajó corriendo las escaleras.

—¡Dios mío! ¿Hay un incendio en…?

Se detuvo en seco en la cocina. Dean estaba allí de pie, con un ramo de margaritas envueltas en papel de aluminio.

—Oh… —dijo Ruby, sintiendo cómo se le subían los colores a la cara.

Mamá estaba de pie junto a la mesa, sonriendo.

—Tienes una visita —dijo con una voz perfecta de madre superiora.

Ruby se miró: aún no se había cepillado los dientes y todavía llevaba el pijama, una vieja camiseta de Megadeth y unos calcetines rosas peludos. Si tuviera suerte, y no cabía esperarla, las tablas del suelo de roble se abrirían y se la tragarían.

Dean se adelantó y le entregó las flores.

—¿Todavía te gustan las margaritas?

Ella asintió con la cabeza. Él acortó la distancia entre ellos.

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja. Su tono tranquilo coincidía con la suave súplica de sus ojos—. Por favor.

La forma en que lo dijo la hizo estremecerse.

—De acuerdo.

Se quedaron allí, mirándose fijamente. Mamá se acercó por fin y le quitó con delicadeza las flores de la mano a Ruby.

—Las pondré en agua —dijo.

Ruby se volvió hacia ella. Se sintió como si acabara de meterse en un extraño y enloquecido episodio de *La tribu de los Brady*. Entonces se dio cuenta de que se suponía que las madres debían decir cosas así.

—Gracias, mamá. —Ruby se volvió hacia Dean—. ¿Adónde vamos?

Él sonrió.

—Ponte un bañador debajo de la ropa. Ah…, y zapatillas de tenis. Te espero fuera.

Le dedicó otra rápida sonrisa, besó a su madre en la mejilla y salió. Ruby podía oír sus pasos crujiendo sobre la grava detrás de la casa. Miró a su madre.

—¿Has organizado tú esto?

—Por supuesto que no.

—No es una buena idea.

—Ruby Elizabeth Bridge, no tienes ni el sentido común que Dios le dio a una babosa. Ahora sube arriba y vístete. Si estás demasiado asustada para salir con tu primer amor, intenta recordar que él también solía ser tu mejor amigo.

No se le ocurrió nada brillante que decir, así que salió de la habitación. Arriba, se paró frente a su maleta abierta, mirando la ropa que había traído.

Un traje de baño. Sí, claro.

¿Se había dado cuenta cuando hizo el equipaje de que todo era negro? ¿O siempre se vestía así? Todas las camisetas llevaban algún mensaje: Megadeth, UCLA Bruins, Planet Hollywood. Su favorita era

una blanca con el dibujo de un fontanero agachado sobre un inodoro roto. Sus pantalones de tiro bajo dejaban al descubierto una gran parte de su trasero. El eslogan decía: «Mete una monedita». No era precisamente la elección más adecuada para visitar a tu primer amor…

En el fondo de la maleta, encontró al fin una camiseta lisa y sin mangas de color melocotón y unos pantalones cortos deshilachados. No se molestó en ponerse calcetines; solo se cepilló los dientes, se peinó el pelo hacia atrás (gracias a Dios que su madre se lo había cortado), cogió las gafas de sol y bajó corriendo las escaleras.

Su madre estaba sentada a la mesa de la cocina. Hacía un crucigrama y bebía té como si fuera una mañana cualquiera.

—Que lo pases bien —le dijo sin levantar la vista.

—Adiós.

Ruby salió al exterior. Lo primero que notó fue el dulce aroma de las rosas y la fragancia salada del mar. Las algas cocidas y las rocas calientes le daban al aire un ligero olor metálico a quemado.

Bajó por el porche y dio un salto hacia el lateral de la casa. Allí estaba Dean, justo al otro lado de la valla, con una bicicleta a cada costado.

Ella se detuvo.

—Es obvio que me has confundido con una mujer a la que le gusta sudar.

Él le entregó un casco de bicicleta. Era rosa y tenía una pegatina de Barbie en la visera. Ella cruzó los brazos.

—Eso definitivamente no va a suceder.

Dean sonrió.

—¿Demasiado mayor para montar en bicicleta, Rube? ¿O demasiado desentrenada?

¡Maldito sea! Sabía que ella no podía rechazar un reto. Ruby agarró el manillar y giró la bicicleta.

—No he montado en bicicleta desde… —Tropezó con los recuerdos —. Desde hace mucho tiempo.

Su sonrisa se desvaneció. Él también recordaba el día en que lo invitó a dar un paseo en bicicleta… y lo dejó devastado.

Ella se lo quedó mirando durante un minuto más, tratando de leerle la mente. Estaba cerrada para ella.

—De acuerdo —dijo por fin—. Ve delante.

Él se subió a la bicicleta y se adelantó pedaleando. Ella quería observarlo, quizá ir a su lado, pero, francamente, le aterrorizaba la idea de caer de bruces sobre la grava del camino de entrada y acabar como un caso médico en un episodio de Discovery Channel.

Él giró al final del camino y embocó cuesta arriba.

Ruby intentó seguirle el ritmo. Al llegar a la cima de la calle, sus poros se habían convertido en géiseres. Tenía la visión borrosa por el sudor; si por ella fuera, podría haber estado pedaleando bajo el agua.

Y hacía calor.

Mucho mucho calor.

Habría protestado. De hecho, se moría de ganas de protestar, pero no tenía suficiente aire en los pulmones para articular la palabra «detente», y mucho menos «imbécil».

Justo cuando sentía que el corazón le comenzaba a fallar, doblaron una esquina.

Levinger Hill.

Ahora volaban, compitiendo uno al lado del otro por la larga carretera de dos carriles. Pastos dorados salpicados de manzanos pasaban veloces a su lado.

Dean se echó hacia atrás, extendió los brazos… y Ruby navegó hacia el pasado. Volvían a tener catorce años, en aquel verano en que aprendieron a montar sin usar las manos, cuando cada rodilla raspada era una insignia de valentía, cuando bajaban a toda velocidad por esa misma colina con los brazos extendidos, juntos, y en la radio atada al manillar sonaba a todo volumen «Nothing's Gonna Stop Us Now».

La colina se transformó en una curva larga y uniforme en forma de ese que luego serpenteaba hasta la entrada del Parque Estatal Trout Lake. Ruby debería haber sabido que la llevaría allí.

—No es justo, Dino —dijo en voz baja, preguntándose si él la había oído.

Él la oyó.

—¿Qué es lo que dicen sobre el amor y la guerra?

—¿De cuál de los dos se trata?

—Eso depende de ti. Vamos, una carrera hasta el parque.

Sin esperar una respuesta, se alejó pedaleando por la larga y sinuosa calle bordeada de árboles.

Estaba oscuro en esa carretera, incluso en esa calurosa mañana de verano. Las sombras caían sobre la delgada capa de pavimento en franjas dentadas. El aire era frío.

Ella aceleró hasta alcanzar a Dean y luego lo adelantó. Lo oyó reír tranquilo detrás de ella y supo que ambos estaban pensando en la chica que fue, la que no soportaba perder en nada, ni siquiera en un reto como «una carrera hasta el parque».

La carretera rodeaba un enorme abeto de Douglas y desembocaba en la luz del sol. Ruby saltó de su bicicleta y la apoyó contra el aparcamiento de bicicletas de madera. No había necesidad de ponerle candado.

Oyó que la bicicleta de Dean aterrizaba contra los soportes con un ruido metálico, pero ella ya se dirigía hacia el lago. Había olvidado lo bonito que era ese lugar. El lago azul zafiro en forma de corazón estaba rodeado de frondosos árboles verdes y bordeado de granito. Una cinta de agua caía en cascada sobre el Labio del Gigante, una roca plana y saliente en lo alto de los acantilados, y salpicaba la plácida superficie del lago.

Había niños por todas partes, tanto isleños como turistas, que jugaban en la hierba, gritaban o nadaban en la orilla.

Dean se acercó a ella.

—¿Te apetece subir?

Ella se rio.

—Ya soy adulta. Ese sendero es para cabras montesas y adolescentes desesperados por fumar marihuana o echar un polvo.

—Yo puedo hacerlo —dijo él, que dejó que el desafío de sus palabras flotara en el aire.

Ella suspiró.

—Adelante.

Caminaron uno al lado del otro sin hablar, sorteando la multitud de excursionistas, perros que jugaban al *frisbee* y niños que chillaban. Cuando llegaron a la espesa franja de árboles en el lado oeste del lago, dejaron atrás a la gente. Poco a poco, el sonido de las voces humanas se fue desvaneciendo. El gorgoteo y el chapoteo del agua al caer se hicieron cada vez más fuertes.

Una vez más, Ruby estaba sudando.

El sendero era rocoso y estrecho. Subía en espiral entre los árboles, las gaulterias y las zarzamoras (que le arañaban los brazos y las piernas descubiertos, muchas gracias).

Al fin, llegaron a la cima. Al Labio del Gigante.

Era una losa de granito gris tan grande como una piscina y tan plana como una moneda. Cubría la piedra un espeso musgo verde, donde delicadas flores silvestres amarillas crecían de manera imposible. Un arroyo de agua no más ancho que el brazo de un hombre fluía a través de la roca en un surco labrado hacía mucho tiempo, se derramaba por el borde y caía seis metros hasta el lago de abajo.

Ruby entró en el claro y vio la cesta de pícnic. Estaba sobre una manta a cuadros rojos y negros que le resultaba familiar. Dean le tocó el hombro.

—Vamos.

La condujo hasta la manta, que había extendido con cuidado en un lugar donde el musgo tenía varios centímetros de grosor.

Se sentaron. Dean metió la mano en la cesta, sacó un termo y sirvió dos vasos de limonada.

Ruby bebió con avidez. Cuando terminó, dejó el vaso a un lado y se recostó sobre los codos. El sol calentaba sus mejillas.

—Solíamos venir aquí sin parar.

—Aquí fue donde me dijiste por primera vez que ibas a ser comediante.

—¿En serio? —Ella sonrió—. No lo recuerdo.

—Dijiste que querías ser famosa.

—Todavía quiero serlo. Y tú querías ser un fotógrafo premiado.

Ella no lo miró. Era mejor mantenerse separados y hablar del pasado como si fueran dos viejos amigos del instituto que se habían encontrado por casualidad.

—Eso está muy lejos de ser un ejecutivo júnior —añadió.

—Sí…, pero sigo deseándolo. Si pudiera, lo dejaría todo y empezaría de nuevo. El dinero, sin duda, no te hace feliz.

Le molestaba pensar que él fuera infeliz.

—Hablas como un hombre cuya empresa familiar está en la lista de *Fortune* de las quinientas más grandes.

Él se rio suavemente.

—Sí, supongo.

Se hizo el silencio entre ellos. Ruby tenía un vago temor de lo que él pudiera decir, así que soltó:

—Ayer vi a Eric.

—Me lo dijo. Ha significado mucho para él.

Ruby cruzó los brazos detrás de la cabeza. Una única nube vaporosa flotaba sobre los árboles.

—Ojalá hubiera mantenido más contacto con él.

—¿Tú? —Dean se rio con amargura—. Yo soy su hermano y no lo había visto en años.

Eso sorprendió a Ruby. Se giró hacia un lado y miró a Dean, pero él no levantó los ojos.

—Vosotros siempre os mantuvisteis muy unidos.

—Las cosas cambian, ¿no?

—¿Qué pasó?

Él miró al cielo.

—Parece que tengo un problema para conocer de verdad a las personas que amo. Me pilló por sorpresa.

—¿Te refieres a que es gay?

Por fin la miró.

—Eso es parte de lo que estoy diciendo.

Ella lo entendió y supo que había llegado el momento. Durante más de diez años, se había jurado a sí misma que, si alguna vez tenía la oportunidad con Dean, le diría lo que importaba.

—Lo siento, Dean —dijo—. No quería hacerte daño.

Él se giró hacia ella.

—¿Que no querías hacerme daño? Por Dios, Ruby, tú eras todo mi mundo.

—Lo sabía. Es solo que… no podía ser el mundo de nadie en aquel momento.

—Intenté cuidar de ti después de que tu madre se marchara, pero fue difícil. Estabas siempre buscando pelea conmigo. Pero me repetía a mí mismo que todo iría bien, que lo superarías y volverías a mí. Y seguí queriéndote.

Ruby no sabía cómo explicárselo. ¿Cómo iba a hacerlo? Apenas había empezado a entenderlo ella misma.

—Tú creías en algo en lo que yo no creía. Cada vez que cerraba los ojos por la noche, soñaba que me dejabas. En mis pesadillas, oía tu voz, pero nunca podía encontrarte. No soportaba esperar a que dejases de quererme. A que me dejaras.

—¿Qué te hacía estar tan segura de que te dejaría?

—Vamos, Dean…, éramos unos críos, pero no éramos estúpidos. Sabía que te irías a una universidad que yo no podría pagar y te olvidarías de mí.

Sus rostros estaban muy cerca y, si se hubiera dejado llevar, podría haberse perdido en el mar azul de sus ojos.

—Así que me dejaste antes de que yo tuviera la oportunidad de dejarte.

Ella sonrió con tristeza.

—Más o menos. Ahora cambiemos de tema. Eso es agua pasada y ambos sabemos que ya no importa. Cuéntame cómo te va la vida. ¿Cómo es ser un supersoltero de la jet set?

—¿Y si te dijera que todavía te quiero?

Ruby se quedó sin aliento.

—No digas eso…, por favor…

Él le tomó el rostro entre las manos y la obligó con suavidad a mirarlo.

—¿Dejaste de amarme, Ruby?

Ella sintió el terso aliento de Dean contra sus labios. Un segundo después, escuchó la pregunta. Ella quería decir: «Por supuesto, solo éramos unos críos», pero, cuando abrió la boca para responder, lo único que salió fue un suspiro silencioso que sabía a rendición.

Sus labios rozaron los de ella y fue una sensación a la vez familiar y nueva. Ella se derritió contra él, gimiendo su nombre mientras la mano de Dean se curvaba alrededor de la nuca de ella.

Era el tipo de beso que nunca antes habían compartido. El tipo de beso doloroso y solitario que un par de adolescentes no podían imaginar, el beso de dos adultos que habían estado solos durante demasiado tiempo y sabían que Dios les había concedido ese momento, que era un regalo demasiado precioso como para ignorarlo. Y, durante unos breves y emocionantes segundos, su pasado se desvaneció como una fotografía abandonada al sol ardiente.

Cuando él se apartó, Ruby abrió los ojos y vio los años perdidos dibujados en las arrugas de su rostro. El sol…, el tiempo…, el dolor…, todo había dejado huellas en su piel.

—He esperado mucho tiempo para tener una segunda oportunidad contigo, Ruby.

Si él le dijera que la amaba, ella le creería y le correspondería. Cerró los ojos, luchando contra una oleada de impotencia. Deseaba con desesperación haber madurado, haber cambiado profundamente por todo lo que había visto y aprendido en los últimos días. Pero no era tan fácil.

Su miedo al abandono era tan agudo que se había calcificado en sus huesos. No podía superarlo. Hacía mucho tiempo que había descubierto por qué los poetas lo llamaban «caer enamorado». Era un desplome vertiginoso y desgarrador, y había perdido la capacidad de creer que alguien la atraparía.

Lo apartó de un empujón.

—No puedo hacerlo. Es demasiado…, demasiado rápido. Siempre has querido demasiado de mí.

—Maldita sea, Ruby —dijo Dean, y ella percibió la decepción en su voz—. ¿No has madurado nada?

—No volveré a hacerte daño.

Él le acarició la cara.

—Ah, Rube…, me duele solo mirarte.

Nunca se había sentido tan sola. Cuando él la besó, vislumbró un mundo que nunca había imaginado. Un mundo en el que la pasión formaba parte del amor, pero no era lo más importante. En el que un beso del hombre adecuado, en el momento adecuado, podía hacer llorar a una mujer adulta.

—No puedo darte lo que quieres. No está en mí.

Dean le apartó el pelo de los ojos y dejó los dedos en su sien.

—Me dejaste cuando era un niño. Ya no tengo diecisiete años y ambos sabemos que esto entre nosotros no ha terminado. No lo ha hecho nunca.

20

Dean siguió a Ruby por el sendero. Si bien ellos no hablaban, el bosque estaba lleno de sonidos. Los pájaros graznaban y gorjeaban en los árboles, las ardillas chirriaban, el agua salpicaba.

En el parque, tiró la cesta de pícnic, todavía llena con la comida sin abrir, a la papelera. Se envolvió en la pesada manta y se subió cansado a la bicicleta.

Cuando llegaron a la casa de verano, se detuvo a un lado de la carretera y se bajó de la bicicleta. Ruby frenó unos metros más adelante, bajó el caballete y se volvió hacia él frunciendo el ceño.

—Supongo que aquí es donde me despido.

Él oyó el quiebro en su voz y eso le infundió esperanza. Ruby podía alejarlo de ella desde ese momento y para siempre, pero él seguiría conociendo la verdad. Podía verlo en sus ojos, oírlo en su voz temblorosa. Lo había sentido en su beso.

—Por ahora.

—Solo ha sido un beso —dijo ella—. No lo conviertas en *Lo que el viento se llevó*.

Él dio un paso hacia Ruby.

—Debes de haberme confundido con uno de tus chicos idiotas de Hollywood.

Ella quería retroceder; él lo notó.

—¿Qué quieres decir?

Ahora estaba lo bastante cerca como para tocarla, para besarla, pero se quedó inmóvil.

—Te conozco, Ruby. Puedes fingir todo lo que quieras, pero ese beso ha significado algo. Esta noche, cuando cada uno esté en su cama, pensaremos en ello.

Ruby se sonrojó.

—Conociste a una adolescente hace una década. Eso no significa que me conozcas.

Él sonrió. Era precisamente el tipo de cosas que ella habría dicho a los dieciséis años.

—Puede que hayas construido un muro alrededor de tu corazón, pero no lo has cambiado. En algún lugar, en lo más profundo, sigues siendo la chica de la que me enamoré.

Por fin le tocó la mejilla, una caricia fugaz.

Quería hacer más, atraerla hacia sus brazos, abrazarla y susurrarle «te quiero», pero sabía que no podía presionarla tanto. Todavía no.

—Durante años, después de que te fueras, creía verte —dijo en voz baja—. Cada vez que doblaba una esquina, me acercaba a un semáforo o bajaba de un avión, pensaba por un instante: «Ahí está». Corría hacia la persona, le daba un golpecito en el hombro y me encontraba sonriendo con torpeza a una desconocida. Sigo caminando por el lado derecho de la acera porque a ti te gusta el izquierdo.

A ella le temblaba la boca.

—Tengo miedo.

—La chica que yo conocía no le tenía miedo a nada…

—Esa chica desapareció hace años.

—¿No queda nada de ella?

Se quedó allí parada mucho rato, mirándolo de hito en hito, y al fin se dio la vuelta. Él sabía que no iba a responder.

—Está bien —dijo Dean con un suspiro—. Concedo este asalto.

Se subió a su bicicleta y comenzó a alejarse.

—Espera.

Se bajó de la bici tan rápido que casi se cae. Esta golpeó el suelo con estrépito mientras él se daba la vuelta. La forma en que ella lo miraba le recordó cuando tenía nueve años y se cayó del roble de la granja de Finnegans…, o cuando tenía doce y se rompió el brazo patinando por Front Street.

Ruby dio un paso hacia él y lo miró a los ojos. Dean no estaba seguro, pero ella parecía a punto de llorar.

—Pareces muy seguro.

Él sonrió.

—Tú me enseñaste el amor, Ruby. Cada vez que me cogías de la mano cuando tenía miedo o venías a uno de mis partidos, o dejabas una nota en mi taquilla, aprendía un poco más sobre él. Cuando éramos niños, quizá lo daba por sentado, pero ya no soy un crío. He pasado muchos años solo y cada cita que he tenido solo me ha vuelto a demostrar lo especiales que éramos.

—Mis padres eran especiales —dijo ella despacio—. Tú y Eric erais especiales.

—Entonces lo que quieres decir es que el amor muere.

—Una muerte fea y dolorosa.

Le entristecía saber cómo su corazón, antes tan abierto y puro, había sido pisoteado por las mismas personas que deberían haberlo protegido.

—De acuerdo. El amor duele. No puedo negarlo. Pero ¿qué hay de la soledad?

—No me siento sola.

—Mentirosa.

Ella se alejó. Sin mirar atrás ni despedirse, se subió a su bicicleta y se marchó.

—¡Adelante! —le gritó—. ¡Huye! ¡No podrás ir muy lejos!

Ruby sabía que su madre la estaría esperando, acaso sentada a la mesa de la cocina o en la mecedora del porche, y fingiría estar ocupada con alguna pequeña tarea. Quizá tejiendo; siempre le había gustado tejer.

Ruby dejó de pedalear. La bicicleta redujo la velocidad, traqueteando y dando botes por el camino irregular. Cuando llegó a la furgoneta, dejó la bici al lado del cobertizo de jardinería y se dirigió a la casa. La verja crujió ruidosamente al tocarla.

Entró en la cocina y encontró a su madre frente a los fogones, removiendo algo en una vieja olla de hierro. Llevaba puesto su antiguo delantal, el que decía que el lugar de una mujer está en la casa… y en el Senado.

—Ruby —dijo, levantando la vista con sorpresa—. No esperaba que volvieras tan pronto.

Miró hacia la puerta, ahora cerrada detrás de su hija.

—¿Dónde está Dino?

Ruby se quedó allí parada. Que Dios la ayudara, no podía ni hablar. Olía a carne guisada, cocinada a fuego lento todo el día con zanahorias baby y patatas doradas al horno. En una bandeja sobre

la encimera, se enfriaban unas galletas caseras. Y, a menos que Ruby se equivocara, lo que mamá estaba removiendo era crema pastelera de vainilla.

Había preparado la cena favorita de su hija.

En ese momento, Ruby no sabía qué le dolía más, si el esfuerzo que había hecho su madre para complacerla o el hecho de que Dean no estuviera allí para compartirlo. Lo único que sabía era que, si no salía pronto de esa habitación, se echaría a llorar.

—Dean se ha ido a casa —dijo.

Una mueca de preocupación cruzó el rostro de su madre. Apagó el fuego, colocó con cuidado la cuchara de madera sobre la olla, cogió sus muletas y se acercó renqueante hacia Ruby. Paso, golpe, paso, golpe. Los andares desiguales coincidían con los latidos del corazón de Ruby.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Supongo que empezamos algo que no pudimos terminar. O tal vez terminamos algo que habíamos empezado hace mucho tiempo.

Se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Esto no será como con Max… —dijo su madre.

—Quiero a Dean —admitió Ruby—, pero eso no es suficiente. De todos modos, no duraría.

—El amor no es nada sin fe.

—Perdí esa fe hace mucho tiempo.

—Por supuesto que sí. Y tienes razón al culpar a tu padre y a mí por ello, pero ya no importa de quién sea la culpa. Lo que importa eres tú. ¿Puedes dejarte caer sin red? Porque eso es el amor, eso es

la fe. Tú buscas una garantía, y eso viene con las piezas de automóvil. No con el amor.

—Sí, claro. El amor te llevó a un manicomio.

Mamá se rio.

—Creo que nos vuelve locos a todos.

Sentaba bien hablar con su madre de esa manera. Como amigas. Era algo que Ruby nunca había imaginado.

Era cierto; el amor volvía locos a todos. Esos años que Ruby había pasado enfadada con su madre, devolviéndole los regalos sin abrir y rechazando cualquier contacto, no fueron así porque se sintiera traicionada. Esos años, esos sentimientos y esas acciones fueron así por… nostalgia. Simple nostalgia.

Echaba tanto de menos a su madre que la única forma de seguir adelante en el mundo era fingir que estaba sola.

«Ya no estoy sola».

Esa única frase, una vez pensada, abrió un camino que conducía a Ruby hacia sí misma. No lo dijo en voz alta. Por instinto sabía que, si hablaba, su voz sería la de una niña, llena de asombro y desconcierto. Y lloraría.

«No puedo escribir el artículo».

—Tengo que subir —dijo de repente, ante la sorpresa en el rostro de su madre. A Ruby no le importaba.

Corrió escaleras arriba, se acercó al teléfono y marcó el número de Val.

Maudeen respondió al segundo tono.

—Lightner y Asociados, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Maudeen —dijo Ruby, sentada en la cama con las rodillas recogidas—. Soy Ruby Bridge. ¿Está el mago de Oz?

Maudeen se rio.

—Él y Julian se han ido a un estreno en Nueva York. Volverá el lunes, pero va llamando para ver si tiene mensajes.

—De acuerdo. Dile que no voy a entregar mi artículo.

—¿Quieres decir que se va a retrasar?

—No lo voy a entregar.

—Vaya… Será mejor que me des tu dirección y tu número de teléfono otra vez. Querrá hablar contigo.

Ruby le dio la información y colgó. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba buscando su bloc de notas, pero allí estaba, en su regazo. Era el momento de terminar lo que había empezado. Despacio, comenzó a escribir.

Acabo de telefonear a mi agente. Cuando me devuelva la llamada, le diré que no puedo entregar este artículo. Nunca pensé en lo que significaba escribir una revelación sobre mi propia madre.

¿Podéis creer que fuera tan ciega? Cogí el dinero que me dieron, mis treinta monedas de plata, y lo gasté como lo haría una adolescente, en un coche rápido y ropa cara.

Pero no pensé.

Soñé. Imaginé. Me veía en los programas de Letterman y Leno, una invitada ingeniosa y encantadora que promocionaba su carrera en ascenso. Nunca me di cuenta de que estaría apoyándome en la espalda rota de mi madre para conquistar el micrófono.

Mis sueños, como siempre, giraban en torno a mí.

Ahora veo a las personas que me rodean y sé cuál será el precio de mis acciones egoístas.

Mientras escribo, recuerdo ese pasaje de la Biblia que se lee en todas las bodas: «Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño».

Ahora siento como una adulta. Quizá por primera vez en mi vida. Este artículo rompería el corazón de mi madre y, lo que es peor, su alma. Hace una semana, eso no me importaba; de hecho, quería hacerle daño.

Mi única excusa: entonces era una niña.

Ya no puedo hacerlo; ni a ella ni a mí. Por primera vez, he corrido la oscura cortina de la ira y he visto el brillante día que hay más allá.

Puedo volver a ser la hija de mi madre.

Incluso mientras escribo esa frase, siento su poderosa seducción. No puedo expresaros de lleno a vosotros, unos desconocidos, cómo se siente no tener madre. El dolor…, el anhelo.

Ella es la guardiana de mi pasado. Conoce los momentos secretos que me han formado e, incluso con todo lo que le he hecho, siento que aún es capaz de quererme.

¿Alguien más me querrá alguna vez de forma tan incondicional?

Lo dudo.

No puedo renunciar a eso. *Caché* tendrá que encontrar a otra persona que traicione a Nora Bridge. Me voy a casa.

Ruby se sentía mejor. Su decisión estaba impresa, formada y consolidada en letras azules y brillantes.

No entregaría el artículo.

En Friday Harbor, el puerto deportivo era un hervidero de actividad. Los barcos entraban y salían; los niños corrían por los muelles de cemento, redes en mano; los navegantes llevaban comestibles a sus barcos amarrados en chirriantes carritos de madera.

Esta población era el centro de la sección estadounidense del archipiélago. Durante más de cien años, los isleños habían acudido a este puerto para comprar comestibles, reparar los barcos y disfrutar en compañía. El pueblo era una encantadora mezcla de edificios

antiguos y decrépitos, y otros más nuevos, que habían sido construidos con respeto por el pasado. Era un lugar donde los peatones y los ciclistas eran tan propensos a estar en medio de la calle principal como un automóvil, y casi nunca se oía el claxon de un coche. Como todas las islas, San Juan había aprendido hacía mucho tiempo a depender del turismo. El centro urbano era una mezcla ecléctica de galerías de arte, tiendas de recuerdos, emporios de regalos y restaurantes cuyos precios obligaban a los lugareños a salir de la isla para satisfacer sus necesidades diarias y animaban a los turistas californianos a comprar el doble de cada cosa.

Dean caminaba sin rumbo fijo por las calles. El día lo había deprimido muchísimo y sabía que no debería ser así. Nada fue nunca fácil con Ruby. Y el amor era lo más difícil de todo.

Entró en una tienda de fotografía. Por capricho, compró una cámara increíble y suficientes carretes como para inmortalizar la caída del Muro de Berlín. Al fin, oyó la sirena del ferry y supo que era hora de dirigirse al muelle. Se subió a la bicicleta y bajó la cuesta a toda velocidad. Llegaba tarde, así que siguió al último coche hasta el barco.

En Lopez, se detuvo en la tienda de comestibles y compró algunas cosas; luego pedaleó hacia casa tan rápido como pudo. El sol empezaba a ponerse cuando llegó. En la cocina, Lottie estaba ocupada cortando verduras para saltearlas. La saludó con un rápido gesto de la mano y se apresuró a subir a la habitación de Eric.

—Hola, hermano —dijo Eric mientras se incorporaba. Sonrió con cansancio—. ¿Qué tal el paseo en bicicleta?

Dean se acercó a él.

—¿Adivinas qué he comprado?

Abrió la pequeña bolsa azul isotérmica y sacó un polo derretido. Eric abrió mucho los ojos.

—Un Rainbow Rocket. No creía que los siguieran haciendo.

Dean quitó el envoltorio blanco empapado y le entregó a su hermano el polo multicolor, que goteaba. Tuvo que ayudarlo a sujetarlo, ya que sus manos estaban débiles y sin fuerza, pero la sonrisa de Eric era la misma de antaño.

Este cerró los ojos y gimió de placer mientras lamía el helado. Cuando terminó, dejó el palito pegajoso en la bandeja de la mesilla y suspiró. La cama se elevó hasta una posición más erguida.

—Ha estado genial —dijo, recostándose más en las almohadas. Giró despacio la cabeza—. Había olvidado lo mucho que me gustaban estas cosas.

—Yo no —dijo Dean—. Últimamente he estado recordando un montón de cosas.

—¿Como qué?

—¿Recuerdas el fuerte que construimos dentro de ese tronco muerto en la finca de la señora Nutter? Cuando nos descubrió, nos persiguió por todo el camino de entrada con una escoba…

—Gritando que éramos unos gamberros ricachones.

—Amenazó con llamar a nuestros padres…

—Y le dijimos que mamá estaba en Barbados y que la llamada le costaría una fortuna.

La risa de Eric se convirtió en una tos seca y luego desapareció por completo.

—Hay algo más —dijo Dean. Fue a su habitación y regresó con un cómic.

Eric lo miró parpadeando.

—Mi *Batman* extraviado. El único número que perdí.

Dean sonrió.

—No lo perdiste. Tu hermano pequeño se enfadó contigo un día por no compartir tu araña de goma y te quitó el *Batman*. Nunca supo cómo devolvértelo.

Sonriendo, Eric cogió el cómic y lo hojeó.

—Siempre supe que lo habías cogido tú. Cabrón.

—¿Quieres que te lo lea?

Eric lo dejó sobre su regazo.

—Ah… Supongo que no. Estoy demasiado cansado. Solo háblame.

Dean se inclinó sobre la barandilla de la cama y miró a su hermano.

—Hoy fui a ver a Ruby.

—¿Y?

—Digamos que la puerta me golpeó en el trasero al salir.

Eric se rio.

—Así es nuestra Ruby. Nunca cede ni un ápice. ¿Le dijiste que la querías?

—Le pregunté qué diría si lo hiciera.

Eric puso los ojos en blanco.

—Qué Cary Grant eres. Es difícil conquistar a una chica con una frase así.

—¿Cómo lo sabes?

—Chica. Chico. Es lo mismo, hermano. El romance. Y, francamente, será mejor que te des prisa. Quiero estar ahí para ver tu final feliz.

—Lo sé, lo sé. Te estás muriendo.

—Tienes toda la razón. Entonces ¿cuándo es el segundo asalto?

Dean suspiró.

—No lo sé. Tendré que abastecerme de armas defensivas. Quizá pase algo mañana, cuando salgamos todos juntos a navegar.

—Pero la quieres, ¿no?

—Creo que nunca dejé de quererla. Quería hacerlo, lo intenté, pero ella siempre estaba en mis sueños, la chica con la que comparaba a todas las demás mujeres. Pero eso no significa que ella todavía me quiera. O que, en caso de quererme, crea en ello.

—No dejes que te vuelva a alejar.

—No es tan fácil. No puedo hacer todo el trabajo. No voy a hacer todo el trabajo. Si ella quiere un futuro, tendrá que esforzarse un poco.

—Bueno, espero que se solucione pronto. Quería ser tu padrino de boda.

—Lo serás. —Dean se esforzó por mantener la voz tranquila. Sus miradas se cruzaron y, en los ojos de su hermano, vio la triste realidad. Ambos sabían que era una quimera esa conversación que estaban manteniendo. Eric no se pondría un esmoquin ni estaría de pie con sus zapatos relucientes junto a Dean ante el altar.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa, Dino. No podría haber hecho esto sin ti.

«Casa». Esa palabra, sencilla y compleja a la vez, se apoderó de su corazón. Sabía que sería difícil quedarse al margen y ver morir a su hermano, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de que todo acabaría. Esa despedida, aunque breve, era todo lo que les quedaba, y Dean tendría que aferrarse a esos recuerdos en los días oscuros que sin duda llegarían.

Si Ruby admitiera por un milagro que amaba a Dean, ¿a quién se lo contaría? ¿Quién se reiría de él y le diría: «Debiste de hacer algo para enfadar a Dios si eligió a Ruby como tu verdadero amor»?

Había tantas cosas por decir entre él y Eric…, pero ¿cómo y por dónde empezar? ¿Cómo se puede experimentar toda una vida en unos pocos días? ¿Y qué hay de las cosas que pasaron de largo, que por casualidad no se dijeron? ¿Y si Dean acababa moviéndose por un mundo sin color, sin Eric, en el que no pudiera pensar en nada más que en lo que debería haber dicho?

—No —dijo Eric.

Dean parpadeó, dándose cuenta de que había estado en silencio demasiado tiempo. Las lágrimas le picaban en los ojos. Intentó secárselas con naturalidad.

—¿No qué?

—Estás imaginando un mundo sin mí.

—No sé cómo superar esto.

Eric alargó la mano, pálida y con venas azules, cubrió la de Dean y la apretó con firmeza.

—Cuando empiezo a sentirme abrumado, vuelvo atrás en el tiempo, en lugar de avanzar. Recuerdo cuando solíamos jugar en Camp Orkila. O cuando solías sentarte con las piernas cruzadas en tu habitación, y los ojos cerrados, e intentabas hacer levitar tus juguetes cuando Lottie te obligaba a limpiar tu cuarto. —Sonrió con cansancio y cerró los ojos, y Dean pudo ver que el sueño le arrebataba a su hermano una vez más—. Recuerdo la primera vez que vi a Charlie. Estaba preparando un sándwich en el comedor de la universidad. Sobre todo recuerdo lo que he tenido, no lo que estoy dejando atrás.

Dean tenía la garganta tan apretada que no podía responder.

—Lo mejor eres tú. —La voz de Eric era poco más que un susurro. Sus palabras empezaban a sonar confusas, como si estuviera más que medio dormido—. Desde que has regresado, vuelvo a soñar. Es bonito…

—Sueña —dijo Dean en voz baja. Colocó la mano flácida de su hermano sobre la manta y le acarició la frente caliente—. Sueña con quién habrías sido y con quién fuiste. El mejor hermano, el más valiente e inteligente que un niño haya tenido jamás.

Después de cenar, Nora salió al porche y se sentó en su mecedora favorita. En esa hora mágica, a caballo entre el día y la noche, el cielo tenía el suave tono de las zapatillas de ballet de una niña.

La puerta mosquitera chirrió al abrirse y se cerró de golpe.

—Te he traído un poco de té —dijo Ruby, entrando en el resplandor de la luz del porche—. Té negro especiado con cáscaras de naranja. Lo tomas con nata y azúcar, ¿verdad?

—Gracias —dijo Nora—. Quédate conmigo.

Ruby se sentó en la mecedora. Recostándose, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y apoyó los pies en la pequeña mesa de cristal esmerilado junto al sofá de dos plazas.

—He estado pensando.

—Hay aspirinas en el armario del baño.

—Muy graciosa. No me ha dado dolor de cabeza. Me ha dado… dolor de corazón.

Nora se volvió hacia ella.

—Creo que fui fácil de dejar.

—No digas eso. Fuiste una víctima inocente.

—Estoy harta de esa respuesta. —Ruby sonrió, pero resultó una triste curvatura de los labios que duró un instante—. Fui una zorra con Dean después de que te fueras.

—Es comprensible.

—Lo sé. Tenía todo el derecho a ser una zorra. Estaba perdida y dolida. Pero ¿se suponía que él debía quererme cuando yo no era digna de ser amada, cuando no le dejaba acercarse? Esperaba amor de él cuando yo no le daba ninguno, y luego me acosté con otro solo para ver si Dean me querría pasara lo que pasara. Gran sorpresa: no fue así.

Se inclinó hacia delante de nuevo, apoyó los antebrazos en los muslos y observó a Nora.

—Y fui peor contigo —prosiguió—. Todos esos años me enviaste cartas y regalos y me dejaste mensajes en el contestador. Sabía que te importaba. Sabía que lo sentías, y yo estaba orgullosa de hacerte daño. Pensaba que era lo mínimo que te merecías. Así que no me contradigas cuando digo que yo he sido la artífice de parte de mi propio dolor.

Nora sonrió.

—Todos lo somos. Crecer es cuando por fin lo entendemos. ¿Recuerdas esos caramelos duros de fresa que solían aparecer en tu cesta de Pascua cada año?

—Sí.

—Esa eres tú, Ruby. Has construido una coraza dura para proteger tu corazón blando. Solo que no funciona. Sé que no tienes fe en el amor, y también que yo te hice así, pero es una vida a medias,

muchacha. Quizá ahora lo veas. Sin amor, la soledad no hace más que prolongarse.

Ruby bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—Me sentía sola cuando vivía con Max.

—Claro que sí. No lo amabas.

—Quería hacerlo. Quizá podría haberlo hecho si yo misma me hubiera dejado.

—No creo que el amor sea así. Simplemente… te golpea. Como un rayo.

—Y te deja achicharrada.

—Y te saca canas.

—Y te paraliza el corazón.

La sonrisa de Nora se desvaneció.

—Deberías darle una oportunidad a Dean. Quédate un poco más, a ver qué pasa. A menos que necesites volver a tu carrera…

—¿Qué carrera? —En cuanto lo soltó, Ruby levantó la vista de repente, como si no hubiera querido decir eso.

—¿Qué quieres decir?

—No soy graciosa.

Las palabras parecieron arrebatarle algo a Ruby; la mostraban joven y vulnerable.

Nora no sabía cómo responder. ¿Su hija quería sinceridad, empatía o que la contradijeran?

No había forma de saberlo. Lo único que Nora podía hacer era hablar con la chica que conoció una vez. Esa chica, la joven Ruby, había sido sincera hasta el extremo y capaz de mirar a la vida directamente a los ojos.

—Las dos sabemos que eres divertida. Siempre has tenido un gran sentido del humor. Pero ¿eres lo bastante divertida, y con la frecuencia suficiente, como para ganarte la vida con ello? ¿Has tomado clases, has analizado a gente como Robin Williams, Richard Pryor y Jerry Seinfeld? ¿Sabes cómo hacen que su material suene divertido?

Ruby parecía atónita.

—Suenas como mi agente. Siempre está intentando que tome clases. Al menos, solía hacerlo. Ahora parece que ha perdido la esperanza conmigo.

—¿Por qué no seguiste su consejo?

—Pensaba que se trataba de talento.

Esa palabra parecía incomodarla. Le dedicó a Nora una pequeña media sonrisa, como para reconocerlo.

—La mayoría de las cosas requieren más disciplina que talento. —Nora observó a su hija—. ¿Tu material es divertido?

—La mayoría de las veces. Es mi forma de contar lo que es horrible. Y no me siento cómoda en el escenario.

Nora sonrió. No pudo evitar recordar…

—Mamá, estás distraída.

—Lo siento. Una vez escuché tu actuación. Uno de mis lectores me envió una cinta.

Ruby palideció.

—¿En serio?

—Tengo que admitir que me dolió muchísimo. Me comparaste con una coneja: suave y bonita por fuera, pero capaz de comerse a sus crías. —Se rio—. De todos modos, me pareció que tu material era divertido, y no me sorprendió. Siempre pensé que serías escritora.

—¿En serio?

—Tus historias eran maravillosas. Tenías una forma de ver el mundo que me sorprendía.

Ruby tragó saliva.

—Me gusta escribir. Creo que se me da bien. He estado pensando en escribir un libro.

—Deberías intentarlo.

Ruby se mordió el labio inferior, preocupada, y Nora supo que se había pasado de la raya.

—Lo siento. No quería sugerir…

—No pasa nada, mamá. Es solo que casi escribo algo, pero era demasiado personal. Sobre nosotras, nuestra familia. No quería hacer daño… a nadie.

Ruby parecía desgarradoramente joven y sincera en ese momento.

—A veces la gente sale herida, Ruby. Nunca es algo que debas buscar o hacer a propósito, pero no puedes vivir una vida en la que no hieras a nadie. Si lo intentas, acabarás sin llegar a nadie.

—No querría hacerte daño —dijo Ruby en voz baja.

Antes de que Nora pudiera responder, oyó el ruido de un coche que se acercaba. Aparcó y el motor se detuvo. Una puerta se cerró de golpe.

Ruby miró hacia el jardín.

—¿Esperamos a alguien?

—No.

Se oyeron pasos sobre la grava. Una puerta oxidada se abrió con un chirrido y se cerró con un golpe.

Alguien subió los escalones del porche y caminó hacia la luz.

21

Nora miró a su hija mayor con sorpresa.

—¿Caroline? —susurró mientras dejaba el té en la mesa junto a ella.

—¡No me lo puedo creer! —Ruby corrió por el porche y abrazó con fuerza a su hermana.

Nora se empapó de la imagen: sus chicas, juntas de nuevo en Summer Island. En otros tiempos, se habría unido a ellas y las habría estrechado a las dos en un «abrazo familiar». Pero toda una vida de malas decisiones la habían dejado al margen, así que contemplaba a sus propias hijas a través de un cristal tan grueso como el corazón roto de un niño.

Nora se puso en pie con torpeza y avanzó cojeando hacia delante.

—Hola, Caro. Me alegro de verte.

Caroline se apartó del abrazo de Ruby.

—Hola, mamá.

Su sonrisa parecía forzada, lo cual no era de extrañar. Incluso de niña, era capaz de sonreír cuando tenía el corazón destrozado.

—Esto es genial —dijo Ruby—. Mi hermana mayor ha vuelto a casa para una fiesta de pijamas. No lo hemos hecho desde la fiesta de cumpleaños de Miranda Moore.

Bajo la suave luz naranja, Nora observó a su hija mayor. Caroline iba impecablemente vestida con unos pantalones de lino blanco planchados y una blusa de seda color rosa con unos volantes que le caían alrededor de las delgadas muñecas. Ni un solo mechón de su cabello rubio plateado estaba fuera de lugar, ni una mota de rímel estropeaba la pálida piel de debajo de sus ojos. Nora tenía la sensación de que no se atrevería.

Y, sin embargo, en toda esa perfección, subyacía una extraña corriente de fragilidad. Como si estuviera ocultando alguna pequeña grieta. Sus ojos grises parecían impregnados de una silenciosa tristeza.

Nora se preguntó de repente qué había llevado a Caroline hasta allí. No era propio de su hija hacer nada de forma espontánea: planificaba los días en que iba a comprar y los anotaba en una agenda. Un viaje sin avisar a la isla era asombroso por inusual en ella.

Ruby miró por encima del hombro de su hermana.

—¿Dónde están los niños?

—Los dejé con la madre de Jere para pasar la noche.

Miró nerviosa a Nora.

—He venido sola. Espero que no te importe. Sé que debería haber llamado.

—¿Bromeas? Te rogué que vinieras —dijo Ruby riendo.

Esta rodeó con un brazo los estrechos hombros de su hermana. Las dos mujeres entraron en la casa, con las cabezas apoyadas una en la otra.

Mientras iba cojeando detrás de ellas, Nora oyó a Ruby decir a su hermana en voz baja: «¿Va todo bien en casa?», pero la respuesta

de Caroline fue demasiado apagada como para poder oírla.

Nora se sintió como una intrusa. Se detuvo junto a la mesa de la cocina y carraspeó.

—Quizá debería dejaros solas un rato. Ya sabéis, para que charléis como hermanas.

Caro y Ruby estaban casi en la sala de estar. Juntas se dieron la vuelta. Fue Ruby quien habló.

—Eso es lo que nos metió en este patético lío, ¿no crees?

—Solo pensaba…

—Sé lo que pensabas —dijo Ruby con una ternura que oprimió el corazón de Nora.

Caroline avanzó, con el brazo izquierdo apretando con fuerza su bolsa de viaje de diseño y los tacones golpeando el suelo de madera. Nora podía ver el miedo de su hija; estaba a flor de piel.

«Pobre Caro». Pensaba de verdad que, si ponías cuidado, era posible patinar sobre un hielo demasiado fino para soportar tu peso.

—Bueno —dijo Caro, esbozando una rápida sonrisa que no le llegó a los ojos—, ¿te gustaría ver las últimas fotos de tus nietos?

—Podríamos empezar por ahí —dijo Nora, consciente de que no era la frase que tocaba. Se suponía que debía estar desesperadamente agradecida por cualquier apariencia de normalidad—. Pero, si en realidad queremos conocernos, se necesitará algo más que fotos.

Caroline palideció, si es que eso era posible a esas alturas, y luego continuó sin interrupción.

—Bien. —Abrió la cremallera de su bolso y sacó dos álbumes de fotografías—. Vamos a la sala de estar —dijo, ya en movimiento. Se

dirigió al sofá y, recatada, se sentó con las rodillas juntadas y los dedos extendidos sobre los álbumes que tenía en el regazo.

Ruby se apresuró a acomodarse a su lado. Nora ignoró las muletas y saltó a la pata coja tras sus hijas. Se dejó caer junto a Caroline.

Esta echó un vistazo al álbum. Sus largos y primorosos dedos acariciaron el cuero repujado. Nora se fijó en que esas manos, cuidadas hasta la perfección y cargadas de joyas de oro y diamantes, temblaban.

Poco a poco, Caroline abrió el libro. La primera fotografía era una imagen en color de su boda de veinte por veinticinco. En ella, Caroline estaba de pie, erguida y rígida (no tan delgada como ahora), envuelta en un elegante vestido de seda con pedrería y hombros descubiertos. Jere estaba a su lado, increíblemente guapo con un esmoquin negro de Prada.

—Lo siento —dijo Caro enseguida—. Las fotos nuevas están al final.

Empezó a pasar la página, pero Nora le puso con audacia la mano encima.

—Espera.

«¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre?».

Cuando el sacerdote hizo esa pregunta tan especial, Rand solo respondió: «Yo». Nora estaba en la parte de atrás de la iglesia, haciendo todo lo posible por no llorar. Debería haber sido: «Nosotros, su madre y yo».

Pero Nora había renunciado a ese momento precioso.

Asistió a la boda de Caroline, pero no estuvo allí. Caroline la había invitado, la había sentado en una mesa cercana pero distante, reservada para invitados especiales, pero no para la familia. Nora sabía que ese día ella misma era un detalle para su hija, ni más ni menos importante que los arreglos florales. Y Nora, perdida en el desierto de su propia culpa, dio gracias a Dios incluso por eso. Pasó por la fila de recepción y besó la mejilla de su hija mayor, susurrándole «te deseo lo mejor», y siguió adelante. Había un sinfín de preguntas que entonces no se permitió siquiera hacer, pero ahora, mientras contemplaba la hermosa fotografía de su hija, Nora no podía permanecer indiferente.

¿Quién había actuado como madre de Caroline ese día? ¿Quién había cosido las cuentas de última hora en el vestido? ¿O la había llevado a comprar lencería ridículamente cara que nunca volvería a ponerse? ¿Quién la había abrazado, por última vez, como una joven soltera y le había susurrado: «Te quiero»?

Nora retiró la mano. Oyó el sonido de una página al pasar y volvió a abrir los ojos.

Ruby se rio y señaló una foto de toda la comitiva nupcial.

—Quiero que sepas que nunca volví a ponerme ese vestido.

—Sí, y tampoco volviste a casa —replicó Caroline.

La sonrisa de Ruby se desvaneció.

—Tenía intención de hacerlo.

Caroline sonrió con tristeza.

—Palabras que podrían ser el lema de nuestra familia —dijo.

Pasó rápido otra página.

—Esta es nuestra luna de miel. Fuimos a Kauai.

Nora se dio cuenta de que los dedos de Caroline volvían a temblar. Seguía tocando con suavidad las fotografías.

—Parecéis muy felices —dijo Nora en voz baja.

Caroline se giró y Nora vio la tristeza reflejada en el rostro de su hija.

—Lo éramos.

Y Nora lo supo.

—Oh, Caro…

—Ya basta de fotos de la luna de miel —dijo Ruby en voz alta—. ¿Dónde están los niños?

Caroline volvió al álbum y pasó unas cuantas fotos más de arena y surf. Se detuvo en una en la que se veía una habitación de hospital decorada con globos y ramos de flores. Caroline estaba en la cama y lucía un camisón blanco con volantes y una sonrisa agotada. Por una vez, tenía el pelo revuelto. Sostenía a un bebé diminuto en brazos; la criatura, de cara roja, estaba envuelta en una manta rosa.

Aquí, por fin, había una sonrisa genuina, de las que brillan como la luz del sol.

Nora debería haber visto esa sonrisa en persona, pero no lo hizo. Visitó a Caroline en el hospital, por supuesto. Llegó con los brazos cargados de costosos regalos. Habló con su hija, la compadeció por el parto, le comentó lo bonito que era el bebé… y luego se marchó. Incluso entonces, con el milagro de una nueva generación entre ellas, no hablaron de verdad.

Nora no estuvo ahí cuando Caroline se dio cuenta de lo aterradora que era la maternidad. ¿Quién le había dicho: «No pasa nada, Caro, Dios te creó para esto»?

Nadie.

Nora se tapó la boca con la mano, pero ya era demasiado tarde. Se le escapó un pequeño ruido. Sintió cómo las lágrimas le quemaban los ojos y le resbalaban por las mejillas. Intentó contener la respiración, pero se le escaparon unos pequeños jadeos.

—Mamá —dijo Caroline, mirándola.

Nora no podía sostener la mirada de su hija.

—Lo siento… —Quería añadir «por llorar», pero la disculpa se le atascó en la garganta.

Caroline se quedó callada.

Nora no se dio cuenta de que su hija estaba llorando hasta que una lágrima cayó sobre el álbum, aterrizando en una mancha gris junto a una foto de Jenny en la cuna. Extendió la mano y la colocó sobre los dedos fríos e inmóviles de Caroline.

—Lo siento mucho —susurró de nuevo.

Caroline inclinó la cabeza. Una cortina de cabello cayó hacia delante y le ocultó el rostro.

—Ese fue el día en que más te extrañé. —Soltó una risa entrecortada—. La madre de Jere era una mujer muy autoritaria. Entró enseguida, me preparó las cosas y me puso en marcha con una lista de instrucciones. —Derramó una nueva lágrima—. Recuerdo la primera noche. Jenny estaba en una cama a mi lado. No dejaba de estirar el brazo hacia ella, tocándole los deditos, acariciándole la carita. Soñaba que tú estabas de pie junto a mi cama y me decías que todo iría bien, que no tuviera miedo. —Se volvió y miró a Nora con los ojos enrojecidos por el rímel—. Pero siempre me despertaba sola.

Nora tragó saliva.

—Oh, Caroline…

—Intenté recordar esa oración que solías decir cuando tenía miedo por la noche. Sé que era una tontería, pero no dejaba de pensar que todo iría bien si lograba recordar esas palabras.

—«Luz de estrella, estrella brillante, protege a esta niña ante la noche». —Nora sonrió con incertidumbre—. Caro, no hay palabras suficientes en esta galaxia para expresar lo mucho que lamento lo que os hice a ti y a Ruby.

Caroline se inclinó hacia ella y dejó que Nora la abrazara.

El corazón de Nora se rompió como un huevo. Lloraba tanto que empezó a tener hipo. Cuando Nora se apartó, vio a Ruby sentada al otro lado de Caroline. Tenía el rostro pálido y los labios fruncidos formando una fina línea. Solo sus ojos revelaban emoción; brillaban con lágrimas contenidas.

Ruby se levantó.

—Tenemos que beber —dijo.

Caroline se secó los ojos con timidez y frunció el ceño.

—Yo no bebo.

—¿Desde cuándo? En el baile de fin de curso, tú…

—Son una docena de recuerdos encantadores como ese los que me mantienen sobria. En la universidad, Jere solía llamarme «B. E.», por «borracha exprés». Dos copas y empiezo a pensar que desnudarme es una idea perfecta.

—¿B. E? ¿B. E.? Oh, esto es demasiado bueno. Tengo veintisiete años y no me he emborrachado con mi hermana desde antes de que fuera legal. Esta noche vamos a corregir todo eso.

Nora se rio.

—La última vez que bebí, choqué contra un árbol.

—No te preocupes, no te dejaré conducir —prometió Ruby.

—Vale. Una copa. Una —dijo Caroline entre carcajadas.

Ruby bailó un poco de chachachá mientras iba hacia la cocina. Luego echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—¡Margaritas!

Antes de que Nora hubiera pensado en cómo iniciar otra conversación con Caroline, Ruby volvió bailando hacia la sala de estar con unos vasos que podrían haber servido como cestas de Pascua.

Nora tomó su copa y se rio a carcajadas cuando Ruby se dirigió al tocadiscos, eligió un álbum y lo puso.

We will…, we will… rock you resonaba a todo volumen en los viejos altavoces. Ruby dejó el volumen tan alto que las ventanas retumbaban y los adornos parecían bailar a golpe de espasmo sobre la repisa de la chimenea.

Ruby dio un trago a su bebida entre risas, se limpió la boca con el dorso de la mano y dejó con fuerza el vaso en la mesa de centro. Luego señaló con la mano a Caroline.

—Vamos, miss América, baila con la peor cómica de Hollywood.

Caroline frunció el ceño.

—Eso no es cierto.

—Baila conmigo.

Sacudiendo la cabeza, Caroline agarró la mano de Ruby y se dejó llevar en un giro.

Nora bebió con cautela su cóctel y se inclinó hacia delante, hipnotizada por la interacción entre sus hijas. Estaban de pie, una al lado de la otra, ambas sudorosas por el baile, y parecían tan felices y despreocupadas que a Nora le dolía el corazón. Eran la versión adulta de las niñas que había dado a luz, las mujeres en las que

imaginaba que se habrían convertido sus hijas si su madre nunca se hubiera marchado.

Las chicas bailaron, bebieron y rieron juntas, chocando las caderas y cogidas de la mano, hasta que Caroline levantó las manos y dijo sin aliento:

—Ya basta, Ruby. Me estoy mareando.

—¡Ja! No estás lo bastante mareada, ese es tu problema. —Y, con esa afirmación, le entregó a su hermana su margarita—. ¡Salud!

Caroline se apartó el pelo húmedo de la cara. Por un momento, pareció que iba a rechazar la oferta.

—¡Oh, qué diablos! —Caroline se bebió el resto de su margarita de un trago y luego tendió el vaso vacío—. Otra, por favor.

—¡Esa es mi chica! —Ruby se fue danzando hasta la cocina y puso en marcha la licuadora.

En el equipo de música, cayó el siguiente elepé. Con un chirrido quejumbroso, el brazo del tocadiscos retrocedió hasta el principio y la aguja descendió sobre el vinilo, un viejo álbum de Eurythmics. «Sweet Dreams Are Made of These» resonó en los altavoces.

Caroline se tambaleó inestable hacia un lado y extendió la mano.

—Baila conmigo, mamá.

«Mamá». Era la primera vez que Caroline la llamaba así en años.

—Si te piso el pie, te romperé todos los huesos.

Caroline se rio.

—No te preocupes, estoy anestesiada. —La última palabra salió irremediablemente deformada y Caroline se rio de nuevo—. Borracha —dijo con severidad—. Borracha.

Nora agarró la muleta que se le había caído y se acercó cojeando hasta Caroline. Rodeó con un brazo la pequeña —demasiado

pequeña, pequeña hasta el horror— cintura de su hija y utilizó la muleta como apoyo.

Caroline presionó las manos contra los hombros de Nora. Poco a poco, comenzaron a balancearse de un lado a otro.

—Esta es la última canción que tocaron en el baile de graduación. Hice que la interpretaran en mi boda, ¿te acuerdas?

Nora asintió. Iba a decir algo impersonal, pero entonces se fijó en la forma en que Caroline la miraba.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con delicadeza, apretando con más fuerza la frágil cintura de Caro.

—¿Hablar de qué?

Nora no pudo evitarlo. Dejó de bailar y soltó la mano de Caroline; luego le tocó la mejilla.

—De tu matrimonio.

El hermoso rostro de Caroline se descompuso. Su boca tembló mientras soltaba un profundo suspiro.

—Oh, mamá… No sabría por dónde empezar.

—No hay…

Ruby entró en la habitación canturreando.

—¡Margaritas para las señoras!

Vio a Nora y a Caro allí de pie y se detuvo en seco.

—¡Dios, os dejo solas cinco minutos y ya estáis llorando otra vez!

Nora le lanzó una mirada suplicante.

—Ruby, por favor.

Esta frunció el ceño.

—Caro, ¿qué pasa?

Caroline dio un paso atrás tambaleante. Miró primero a Nora, luego a Ruby y de nuevo a Nora. Estaba llorando en silencio, y era

una imagen desgarradora. Era la forma en que una mujer lloraba en medio de una noche oscura con su marido a su lado en la cama y sus hijos durmiendo al final del pasillo.

—No iba a decíroslo —dijo Caro con la voz entrecortada y quebrada.

Ruby se acercó a ella con la mano extendida.

—¡No me toques! —dijo Caro. Ante la aguda desesperación de su voz, se echó a reír—. Me derrumbaré si me tocas, y estoy tan harta de derrumbarme que podría gritar.

Caroline se hundió poco a poco de rodillas en el suelo. Ruby se sentó a su lado y Nora la siguió con torpeza, aterrizando sobre su muleta caída.

Caroline dio un gran trago a su margarita y luego levantó la vista. Ahora tenía los ojos secos, pero de alguna manera eso solo la hacía parecer más herida. Una niña pequeña que miraba a través de los ojos desilusionados de una mujer y se preguntaba cómo había tropezado con tanto dolor.

—¿Algo que ver con el sueño? —preguntó Nora.

Caroline se mostró sorprendida.

—No.

—¿Con la comida?

—No.

—¿Medicamentos?

—No.

Nora asintió.

—Vale, eso es bueno. —Le tomó la mano a Caroline—. ¿Has hablado con Jere sobre ello?

Caroline negó con la cabeza.

—No puedo decírselo. Siempre vamos en direcciones diferentes. La mayor parte del tiempo me parece que soy una madre soltera. Y me siento sola. Dios, a veces me siento tan tremendamente sola que no puedo soportarlo.

—¿Ni siquiera has hablado con él sobre ese asunto? —preguntó Ruby, inclinándose hacia su hermana.

Caroline se volvió hacia ella.

—Tú no sabes lo que es, Ruby. Tú puedes decirle cualquier cosa a cualquiera. Para mí es más difícil.

—Sí, pero…

Nora tocó el muslo de Ruby.

—Ahora no necesita eso, hija. Hay un momento para el mundo real y las consecuencias, Caroline lo sabe. Este es el momento de hacerle saber que, pase lo que pase, siempre estaremos aquí para ella. —Nora miró con cariño a Caroline—. Sé por lo que estás pasando, créeme. Estás en ese lugar en el que tu propia vida te abruma y no ves una forma de liberarte. Y te estás asfixiando.

Caroline respiró hondo, con un hipo. Sus ojos se agrandaron.

—¿Cómo lo sabes?

Nora le acarició la mejilla.

—Lo sé.

Fue todo lo que dijo en ese momento. Sabía que habría más, pero tenían que poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Jere se está viendo con otra mujer? —preguntó.

Caroline emitió un gemido desesperado. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Todo el mundo decía que Jere era igual que papá. Supongo que debería haber tenido miedo. —Sorbió por la nariz y se secó los ojos

—. Pero voy a dejarlo.

—¿Lo amas? —preguntó Nora con delicadeza.

Caroline palideció. Su labio inferior temblaba; las manos en su regazo se apretaron en un nudo sin sangre.

—Mucho.

Nora sintió que se le rompía el corazón. Ahí estaba otro legado de su maternidad: les había enseñado a sus hijas que los matrimonios eran desechables.

—Déjame decirte cómo es esta decisión que crees haber tomado —le dijo a Caroline—. Cuando dejas a un hombre al que amas, sientes como si tu corazón se partiera por la mitad. Te acuestas en tu cama solitaria y lo extrañas, tomas tu café por la mañana y lo extrañas, te cortas el pelo y lo único en lo que puedes pensar es en que nadie lo notará excepto tú. Y sigues adelante con el corazón roto, sigues adelante. —Inspiró hondo, con un temblor—. Pero eso no es lo peor. Lo peor es lo que les haces a tus hijos. Te dices a ti misma que no pasa nada, que los divorcios son muy habituales y que tus hijos lo superarán. Quizá sea cierto si el amor se ha esfumado en realidad de tu matrimonio. Pero, si todavía lo quieres y lo dejas sin intentar salvar tu familia, te romperás. No solo lloras en mitad de la noche; lloras para siempre, todo el tiempo, hasta que tu interior está tan seco que no quedan lágrimas. Y entonces aprendes lo que es el dolor de verdad.

Nora sabía que lo que decía no era cierto para todos los matrimonios, para todos los divorcios. Pero estaba segura de que Caroline no lo había intentado lo suficiente, todavía no, no si quería a Jere. Cerró los ojos, tratando de pensar en Caroline…, pero

entonces pensó en su propia vida, en sus propios errores, y, antes de darse cuenta, estaba hablando de nuevo.

—Vives tu vida, te vistes y tal vez incluso encuentras una carrera que te hace rica y famosa. Crees que eso era lo que siempre habías querido, pero descubres que no importa. Ya no sabes cómo sentir. Estás muerta. En algún lugar, tus hijas están creciendo sin ti… Sabes que están ahí fuera, en algún lugar, cogidas de la mano de otra persona, llorando en el hombro de otra persona. Y todos los días vives con lo que les hiciste. No cometas mi error —dijo Nora con fiereza—. Lucha. Lucha por tu amor y tu familia. Al final, es todo lo que hay, Caroline. Todo lo que hay.

Caroline no levantó la vista mientras susurraba:

—¿Y si lo pierdo de todos modos?

—¡Ay, Caro! —dijo Nora, acariciando el cabello de su hija—. ¿Y si lo vuelves a encontrar?

22

Ruby sentía como si alguien tocara un tambor dentro de su cabeza. Aunque estaba agotada, no podía dormir. Había intentado encender la luz, con la esperanza de que Caroline se despertara, pero no hubo suerte. Su hermana, por supuesto, había caído en un coma de tequila.

Después de una noche de margaritas y lágrimas, ella y Caro se habían ido por fin a la cama, tambaleándose. Habían permanecido tumbadas en la oscuridad durante horas, hablando, riendo; incluso habían llorado. Se habían dicho todas las cosas que habían acumulado en los años transcurridos entre entonces y el momento presente, pero, al final, Caroline se había quedado dormida.

Ruby cerró los ojos e imaginó a mamá tal y como la había visto unas horas antes…, sentada en la alfombra de trapo sucia, como una niña de jardín de infancia, con la pierna escayolada extendida a un lado y un margarita a medio terminar junto a su muslo.

De perfil, con la luz del fuego iluminándole el rostro, parecía un ángel tallado en el marfil más puro.

Había estado hablando en voz baja con Caroline.

Se habían cogido de la mano, mamá y Caro, y habían susurrado sobre el matrimonio, sobre que no era lo que esperaban. Sus dos voces se habían mezclado en una música que Ruby no podía

comprender del todo. Al principio, se había sentido excluida, como una niña que escucha a escondidas a sus padres a través de la puerta cerrada de su dormitorio.

Estaba allí mismo, sentada junto a ellas, y, sin embargo, se sentía aislada y sola. Desconectada. Nunca en su vida Ruby había sentido con tal intensidad sus propias deficiencias.

No había podido unirse a la conversación porque nunca se había comprometido con otro ser humano; nunca había intentado amar a alguien en los buenos y malos momentos. De hecho, había elegido a propósito a hombres a los que no podía amar. De esa manera, su corazón siempre había parecido seguro. Y siempre había estado vacío.

Ya se había dado cuenta antes, pero esta vez le había impactado en lo más hondo.

Caroline y mamá habían estado hablando del amor y la pérdida, y sobre todo del compromiso; de que el amor era más que una emoción. Al final, mamá había dicho que, en ocasiones, el amor era una elección. Como la marea, podía subir y bajar, y había momentos de calma en los que una mujer no tenía nada en que creer excepto en un recuerdo, nada a lo que aferrarse excepto la elección hecha mucho tiempo atrás.

Mamá había mirado a Caroline y le había dicho en voz baja: «Dejé que los malos momentos me abrumaran y hui. No fue hasta que llegué demasiado lejos como para dar marcha atrás cuando recordé lo mucho que quería a tu padre, y para entonces ya era demasiado tarde. Durante todos estos años, no he dejado de preguntarme: "¿Y si…?"».

«¿Y si…?».

Ruby cerró los ojos. La oscuridad la oprimía. Oía el susurro del mar a través de la ventana abierta.

«¿Crees en las segundas oportunidades?».

La pregunta de Dean volvió a su mente y colmó su anhelo.

—Sí —dijo en voz alta, con la esperanza de que, al día siguiente, cuando salieran a navegar, encontrara el valor para decirle lo mismo a Dean.

Antes de esa noche, le habría parecido imposible exponer su corazón de una forma tan abierta y audaz. Admitir que quería amar y ser amada. Pero esa noche la vida parecía diferente.

Como si todo fuera posible.

A la mañana siguiente, Nora se despertó sintiéndose renovada y rejuvenecida. Casi joven de nuevo. Dio gracias a Dios por haber bebido solo un margarita en toda la noche.

Apartó la colcha y renqueó hasta el baño. Cuando terminó con su rutina matutina, se vistió rápido con unos pantalones cortos caqui y una camisa blanca de lino.

En la sala de estar, vio los restos de la fiesta de la noche anterior: tres vasos, cada uno con al menos un par de dedos de líquido verde viscoso en el fondo; un cenicero lleno de los cigarrillos que Caroline había fumado a escondidas; una pila de discos desechados.

Por primera vez en todo el verano, la casa parecía habitada. Era el caos causado por Nora y sus hijas, y había esperado toda una vida para verlo.

Puso una cafetera al fuego y subió cojeando las escaleras. La puerta del dormitorio estaba cerrada. La empujó para abrirla.

Caroline y Ruby aún dormían.

Parecían jóvenes y vulnerables, y, al verlas, recordó sus propias noches en esa habitación, aquellas en las que había dormido en esa cama con su marido, la mayoría de las veces con dos pequeños y cálidos cuerpos acurrucados entre ellos.

Y esas bebés eran mujeres adultas que dormían juntas en la cama que una vez acogió a sus padres. Caroline estaba hecha un ovillo, en posición fetal, con el cuerpo pegado al borde del colchón. Ruby, por su parte, yacía con los brazos y las piernas extendidos por encima de las sábanas.

Nora se acercó a la cama. Despacio, se inclinó y acarició la mejilla rosada y surcada de arrugas de sueño de Ruby. Su piel era suave, muy suave…

—Arriba, dormilonas.

Ruby gimoteó y parpadeó para despertarse, chasqueando los labios como si aún pudiera saborear el último margarita.

—Hola, mamá.

Caro abrió los ojos a su lado y estiró los brazos. Vio a Nora e intentó incorporarse. A mitad de camino, emitió un quejido y se dejó caer hacia atrás.

—Dios mío, tengo la cabeza que me explota.

Ruby no tenía mucho mejor aspecto, pero al menos podía sentarse erguida.

—Está claro que B. E. debería haber recibido un poco de formación sobre el alcohol antes de anoche. —Cerró los ojos con fuerza y se frotó las sienes—. ¿Tenemos alguna aspirina?

—¿Aspirina? —se quejó Caroline—. Es un medicamento de los suaves. Tengo un dolor que requiere receta médica.

Se incorporó poco a poco hasta quedar sentada y se desplomó contra Ruby.

—No volveré a hacerte caso nunca más. ¡Oh, mierda, voy a vomitar!

Ruby rodeó a su hermana con un brazo.

—¡Apunta a mamá! Esta mañana se la ve demasiado feliz.

La risa de Ruby resonó y Nora sintió una punzada de nostalgia. «Mis chicas», pensó. De repente, le pareció que era ayer cuando le habían pedido la Barbie Disco por Navidad.

Nora dio una palmada.

—Moveos, chicas. Hoy vamos a navegar con Dean y Eric, ¿te acuerdas, Ruby? Lottie ha organizado una cena para nosotros sobre las siete.

Caroline se puso verde.

—¿A navegar?

Se soltó de los brazos de Ruby y se dejó caer al suelo, aterrizando a cuatro patas. Se quedó allí agachada un minuto, respirando rápido, y luego se arrastró hacia el baño. En la puerta, agarró el pomo y se levantó. Se giró y le dedicó a Ruby una sonrisa dolorida.

—¡Yo primero a la ducha!

—¡Mierda! —Ruby se inclinó hacia delante y se cubrió la cara con las manos—. ¡No gastes toda el agua caliente!

Nora sonrió.

—Es como en los viejos tiempos…

Ruby la miró de reojo y le dedicó una sonrisa patéticamente descuidada.

—No recuerdo el tequila en la escuela primaria, ni que todas bailásemos al ritmo de «Footloose» y cantásemos a pleno pulmón,

pero… sí.

—«You and Me Against the World» —dijo Nora, y se le desvaneció la sonrisa ante la repentina aparición del recuerdo—. Esa era nuestra canción.

—Lo recuerdo.

Nora quiso acercarse a ella, pero se quedó quieta. Anoche, Caro había vuelto por completo con Nora, pero, incluso en medio de su fiesta de risas y sollozos, Ruby se había contenido.

—Bueno, voy a hacer el desayuno y a prepararnos un almuerzo ligero. Dean debería llegar con el barco sobre las once.

Esperó a que Ruby dijera algo, pero, cuando el silencio se prolongó, Nora se dio la vuelta y bajó las escaleras, pisando fuerte en cada escalón.

Estaba a mitad de camino cuando oyó llegar un coche. Un rápido vistazo a su reloj le indicó que eran las nueve y media. Ya había amanecido, desde luego, pero era bastante temprano para que los isleños fueran de visita.

Nora intentó bajar las escaleras deprisa, pero con la escayola le resultaba difícil. Se sentía como Quasimodo bajando por el campanario.

Llegó a la cocina justo cuando unos golpes secos resonaron en la puerta principal. Se peinó el pelo con los dedos y abrió la puerta.

En el porche estaba uno de los jóvenes más guapos que había visto nunca. Tenía ese tipo de belleza que hace que las mujeres mayores añoren la juventud. Aunque no lo había visto desde la boda, reconocería a su yerno en cualquier lugar.

—Hola, Jeremy —dijo ella, sonriendo.

Él parecía sorprendido.

—Nora.

—Supongo que es una sorpresa darse cuenta de que tienes una suegra.

Ella dio un paso atrás, indicándole que entrara. Él sonrió con cansancio.

—Dadas las otras sorpresas que he tenido en las últimas veinticuatro horas, eso no es nada.

Nora asintió, sin saber muy bien cómo responder.

—Caroline está arriba. No se encuentra muy bien.

Él se mostró preocupado al instante.

—¿Le pasa algo? ¿Por eso se ha ido?

—Tequila. Eso es lo que le pasa.

Él se relajó e incluso sonrió.

—Así que has conocido a B. E.

—No fue una visión agradable. ¿Te traigo una taza de café?

—Estaría genial. Anoche perdí el último ferry, así que he dormido en el coche, en el muelle. Es como si me hubieran enlatado el cuerpo.

Nora fue a la cocina y le sirvió una taza.

—¿Nata? ¿Azúcar?

—Sí, gracias.

Ella volvió con el café.

—Gracias. —Miró hacia las escaleras—. ¿Está despierta?

La mirada que le dirigió a Nora era de una indefensión tan absoluta que ella dijo:

—La llamaré. Espera aquí.

—Aquí estaré.

Nora y Jere se giraron al mismo tiempo. Caroline estaba de pie en la sala de estar. Llevaba la misma ropa de seda y lino de la noche anterior, solo que ahora estaba arrugada hasta quedar irreconocible. Tenía el pelo enredado y despeinado. Las manchas de rímel seco convertían sus ojos en dos moretones.

—Hola, Jere —dijo en voz baja—. He oído tu voz.

Ruby bajó las escaleras a trompicones y chocó con su hermana.

—Lo siento, Caro, yo… —Vio a Jeremy y se detuvo. Su risa se desvaneció en un incómodo silencio.

Jere se acercó a Caroline.

—Care.

La ternura de su voz le dijo a Nora todo lo que necesitaba saber. Puede que hubiera problemas entre Caro y Jere, quizá problemas graves, pero por encima de todo había amor, y con amor tenían una oportunidad.

—No deberías haber venido —dijo Caro cruzando los brazos. Dio un paso atrás y Nora supo que su hija tenía miedo de acercarse demasiado al hombre al que amaba tan profundamente.

—No —dijo él con suavidad—. No deberías haberte ido. No sin hablar conmigo primero. ¿Te imaginas cómo…? —Su voz se quebró —. ¿Cómo me sentí cuando leí tu carta?

—Pensaba…

—Tu carta, Care. Después de todos estos años, ¿me dejas una carta que dice que volverás cuando te apetezca?

Caro lo miró.

—Pensé que te alegrarías de que me fuera, y no podía soportar ver eso.

—Así que eso creías. —Él suspiró y se pasó la mano por el pelo—. Vuelve a casa —susurró—. Mamá cuidará a los niños el resto del fin de semana.

Caroline sonrió.

—Le sangrarán los oídos antes de mañana por la mañana.

—Ese es su problema. Necesitamos pasar un tiempo a solas.

—De acuerdo.

Caroline se dio la vuelta y subió las escaleras. Bajó un minuto después con su bolsa de viaje. Abrazó a Ruby con fuerza y le susurró algo que Nora no pudo oír; luego ambas chicas se rieron. Caroline cruzó la cocina y se acercó a Nora.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Oh, cariño, he esperado toda la vida por lo de anoche.

Los ojos de Caroline brillaban.

—Ya no te echaré de menos nunca más.

—Ni hablar. Ahora no puedes deshacerte de mí. Te quiero, Caro.

—Y yo te quiero a ti, mamá.

Nora abrazó a su hija y la estrechó con fuerza; luego la soltó poco a poco.

Jeremy cogió la bolsa de viaje y tomó a su esposa de la mano. Juntos salieron de la casa. Ruby y Nora los siguieron hasta el porche y observaron cómo el Mercedes gris seguía al Range Rover blanco al salir del camino de entrada.

—Se ha ido —dijo Ruby.

—Volverá.

Nora contempló el hermoso cielo azul y el mar verde y agitado. Iba a ser un día estupendo para navegar: sin nubes, con una ligera brisa que agitaba los árboles y el sol reflejándose en el agua.

Ruby se arrimó a Nora, tan cerca que sus hombros se tocaban.

—Lo siento, mamá.

Nora se volvió.

—¿Por qué?

Ruby parecía diferente de alguna manera. Seria.

—Por todos los regalos que devolví y todos los años que estuve lejos. Pero sobre todo siento haber sido tan terrible e implacable.

Nora no estaba segura de cómo había sucedido, de quién se había movido primero, pero de repente estaban abrazadas, riendo y llorando al mismo tiempo.

A las once en punto, sonó la sirena de un barco. Un fuerte rugido. El Wind Lass atracó en el muelle.

Ruby miró hacia el agua, observando a Dean amarrar el barco.

—Ya están aquí.

Había un deje de preocupación en su voz. Nora lo entendió.

—¿Te da miedo ver a Dean?

Ruby asintió con la cabeza. Nora le acarició la mejilla con la mano.

—Podrías recorrer el mundo y no encontrarías a un hombre mejor que Dean Sloan.

—Él no es el problema. Soy yo.

—Toda tu vida ha estado entrelazada con la de Dean. Cuando alguien lo pellizcaba, a ti te salía un moretón en el mismo sitio. Él es parte de ti, Ruby, te guste o no. Tenerle miedo es como tener miedo de tu propio brazo. Déjate llevar. Diviértete. Recuerda los buenos momentos, no solo los malos.

Ruby la miró.

—Eso es lo que quiero, mamá. Lo deseo con todas mis fuerzas…

El velero volvió a hacer sonar la bocina.

—Coge la cesta de pícnic —dijo Nora, señalando la pila de provisiones que había sobre la mesa de la cocina.

En cuestión de minutos, se dirigían por el camino hacia la playa. Nora se movía tan rápido como le permitían las muletas.

El velero estaba amarrado. Dean se encontraba en la proa y sujetaba los dos cabos que mantenían el barco contra el muelle.

—Bienvenidas a bordo.

Nora le entregó las muletas a Ruby y subió con cuidado al barco, tratando de asegurarse de que su yeso no dejara marcas en la cubierta de teca. Cuando recuperó el equilibrio, cogió las muletas y las tiró al sofá de la cubierta inferior. Caminando con torpeza, se deslizó alrededor del gigantesco timón plateado y se sentó junto a Eric. Tenía una almohada detrás de la cabeza, cubierta con un gorro de lana, y una gruesa manta navaja de lana le cubría el cuerpo. Aunque sonreía, parecía terriblemente pálido y débil. Tenía ojeras moradas. Sus labios estaban agrietados y sin color.

Nora se sorprendió por su aspecto. Estaba mucho peor que la última vez que lo había visto. No era Eric; este hombre demacrado y demasiado frágil era una versión reducida de él, tal vez, pero, cuando miró sus enormes y tristes ojos, vio el espíritu que el cáncer no podía tocar. Con exquisita delicadeza, le rodeó con un brazo y lo atrajo hacia ella. Él apoyó la cabeza en su hombro, temblando un poco.

—Me siento bien —murmuró.

Dean arrancó el motor. Ruby soltó amarras y saltó a bordo; salieron de la bahía y, cuando pasaron la punta de la isla, Dean izó la

vela mayor.

El barco se inclinó de inmediato a estribor y cogió una ráfaga de aire, surcando las aguas.

Eric puso el rostro hacia el viento y sonrió, alegre. Nora inclinó la cabeza sobre la de él y contempló las exuberantes y verdes islas. Ruby estaba en la proa, de pie contra la brisa. Nora no necesitaba ver la cara de su hija para saber que estaba sonriendo.

Dean se apresuró a bajar a la cubierta. Cuando volvió a subir, «Addicted to Love», de Robert Palmer, sonaba a todo volumen por los altavoces. En la proa, Ruby movía las caderas al ritmo de la música. Nora imaginó que estaba cantando —desafinada— a pleno pulmón.

Hubo una pausa entre canciones, y el silencio pareció interminable y perfecto, un momento atrapado en un tiempo que era de alguna manera tanto el pasado como el presente: Dean, al timón; Eric y Nora, sentados en la cubierta de popa; Ruby, en equilibrio en la proa, siempre ansiosa por ver hacia dónde iban.

Nora sintió el sol caliente en las mejillas y oyó el suave golpeteo de las jarcias contra el mástil.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Eric.

Ella le sonrió.

—¿Dónde más podría estar? Tú, Dean y Ruby… sois lo mejor de mi vida. Siempre recordaré a mi chico de pelo oscuro. Cada vez que me daba la vuelta, allí estabas tú, y me sonreías y me decías: «¿Qué vamos a hacer ahora, señora Bridge?». Parece que fue ayer cuando estabas sentado en la mesa de mi cocina con los codos magullados sobre el mantel rosa. Dios, el tiempo pasa tan rápido…

—Demasiado rápido. —La mirada de Eric era firme.

A Nora se le hizo un nudo en la garganta, pero se negó a dejar que él la viera llorar. Con delicadeza, le rozó la cara. Eric se apartó; ella se dio cuenta de que estaba recuperando la compostura para distanciarse de la verdad que se habían atrevido a tocar.

Miró a Ruby, de pie en la proa, y luego a Dean. Estaban separados por toda la eslora del barco, cada uno tratando de que no los pillaran mirándose el uno al otro.

—¿Crees que lo descubrirán?

—Espero que sí. Se necesitan el uno al otro.

—Cuida de él por mí —dijo Eric con voz ronca, secándose los ojos con el borde de la manta—. Pensaba que siempre estaría ahí para él…, mi hermanito.

—Lo estarás.

Eric se rio y se secó los ojos.

—Dios, estamos navegando y parece que salgamos de ver el drama del siglo.

Nora se rio y se secó los ojos. De repente, se levantó una brisa veloz que hinchó la vela de lona con un ruido sordo. El barco se inclinó y cortó el agua brillante y soleada.

Dean miró a su hermano.

—¿Quieres tomar el timón?

El rostro de Eric se iluminó.

—¡Oh, sí!

Dean rodeó con un brazo el frágil cuerpo de su hermano y lo ayudó a arrastrarse hacia el gran timón plateado. Eric lo agarró. Dean se colocó detrás, un poco a su lado, y le apoyó una mano en el hombro para mantenerlo firme.

El lagrimeo por el viento surcaba las sienes de Eric, su escaso cabello se agitaba a los lados del rostro, su camiseta se hinchaba contra el pecho hundido.

—¡Orcas! —exclamó Ruby de repente, señalando a estribor.

Al principio, Nora no vio nada. Se puso de pie y se protegió los ojos con la mano. Divisó la primera aleta negra que se elevaba despacio desde el agua. Luego descubrió seis más, que se movían por el mar como los dientes invertidos de un peine, increíblemente juntas.

—¡Soy la reina del mundo! —gritó Eric al tiempo que extendía los brazos. Se rio a carcajadas y, por primera vez en semanas, lo que sonó fue su risa, no la versión débil y diluida que le había dejado el cáncer.

Nora sabía que, cuando rememorara la vida de Eric y la fealdad de las últimas semanas y meses le pareciera abrumadora, lo imaginaría así. De pie, con la cabeza alta y los ojos entrecerrados ante el sol, riendo.

Y recordaría a su chico. A su Eric.

23

Era temprano por la tarde cuando regresaron a la casa. Lottie sirvió una deliciosa cena a base de cangrejos Dungeness, ensalada César y pan francés. Se reía mientras ponía la comida en la mesa y decía que no había cambiado mucho con los años: a los Sloan y a los Bridge les encantaba el cangrejo, pero eran demasiado flojos para hervir uno.

Aunque habían comido mucho en el barco, se abalanzaron sobre la cena como concursantes de *Supervivientes*. Eric incluso consiguió comer unos bocados, tiernos y mantecosos.

Mientras «las chicas» lavaban y secaban los platos, Dean llevó a Eric a su habitación. Nora y Ruby por fin subieron las escaleras y todos se quedaron alrededor de la cama de Eric, hablando en voz baja hasta que se durmió.

Los tres estaban ya de vuelta en el Wind Lass, rumbo a Summer Island. El viaje, que estaban realizando por la noche y sin radar, les llevó el doble de tiempo de lo habitual. Y Ruby aún no había encontrado el valor para entregarle su corazón a Dean.

Todo el día había esperado «el momento», ese en el que podría volverse hacia él, tocarle el brazo y decirle que ya no tenía miedo. Pero, cada vez que se disponía a acercarse a Dean, se quedaba

paralizada. Los restos de viejos hábitos se acumulaban bajo sus pies y hacían que le pareciera peligroso moverse.

Siempre había un obstáculo entre ellos, algo que Ruby no podía superar: una multitud de personas (bueno, Eric y mamá no eran realmente una multitud, pero, cuando te tragas tu orgullo, un solo testigo extraño ya es demasiado), una serie de tareas, un viento sibilante.

Así que Ruby esperó. Y esperó. Seguía esperando cuando el Wind Lass se deslizó hasta el muelle de los Bridge.

—Coge las amarras, Ruby —gritó Dean.

Ella agarró los cabos y saltó al muelle para asegurar el barco. Todavía estaba haciendo un ocho con la amarra alrededor de la cornamusa de proa cuando vio a su madre bajar al muelle.

—Gracias, Dean. —Oyó decir a Nora. Sintió, más que vio, que mamá se volvía hacia ella.

—Ruby, cariño, necesito que me ayudes a subir a la casa. La orilla está resbaladiza.

Ruby echó un vistazo al barco; todo eran sombras de cerca, franjas blancas y grises que se balanceaban arriba y abajo. No podía ver ni un destello del pelo rubio de Dean. Tal vez estaba abajo. ¿Y si se marchaba antes de que ella pudiera volver?

—Ruby.

Dejó caer el exceso de cuerda y se dirigió hacia su madre. Mamá se giró y saludó con la mano.

—Adiós, Dean. Gracias por este día estupendo.

Y allí estaba él, de pie junto al timón. Ruby podía distinguir su cabello dorado y su jersey amarillo, e incluso un destello de los dientes blancos al sonreír, pero eso era todo.

—Adiós —dijo con voz apagada.

—Eh… Si necesitas ayuda para irte, ya sabes, soltar amarras o algo así, puedo volver enseguida —dijo Ruby.

Hubo una pausa antes de que él respondiera. Ella deseaba poder verle la cara.

—Siempre me viene bien una ayuda.

Ruby sintió una oleada de alivio. Apretó con más fuerza los hombros de su madre y juntas subieron la pendiente ligeramente inclinada y cruzaron el césped.

En la puerta principal, mamá sonrió.

—Adelante. Y, Ruby…

Ella se agachó para coger la manta que estaba sobre la mecedora y se la echó sobre los hombros. Empezaba a hacer frío en el exterior.

—¿Sí?

—Él te quiere.

—Eso sería un milagro. He hecho de todo menos apuñalarlo en el ojo.

Mamá hizo una mueca.

—Todo amor es un milagro. Ahora ve con él. No tengas miedo. Y trata de no ser tan desagradable como siempre.

Ruby no pudo evitar reírse.

—Gracias, mamá.

Mientras cruzaba corriendo el jardín, una nube pasó veloz por el cielo y dejó al descubierto una luna casi llena. Iluminó el firmamento y tiñó el mundo de un azul inquietante.

Al borde de la orilla, Ruby se detuvo y se ajustó la manta alrededor de los hombros. Era consciente de lo que tenía que hacer,

pero saberlo no le confería valor. Temía haber tardado demasiado en madurar y haber perdido su oportunidad.

Dean estaba de pie al final del muelle, de espaldas a ella. Ruby se movió en silencio por la orilla y subió al muelle. Sus pasos eran indistinguibles de los crujidos y gemidos habituales de la madera vieja.

—Recuerdo cuando solíamos saltar desde este muelle con la marea alta —dijo Ruby en voz baja—. Solo los niños de Washington nadarían en estas aguas.

Él se dio la vuelta.

Ruby se acercó.

De repente, a ella le dio miedo hablar. Solo quería abrazarlo y besarlo hasta que no pudiera pensar ni moverse, y tampoco recordar todo lo que había entre ellos. Pero no fue así. Por una vez, tenía que hacer lo correcto. Le debía a Dean unas pocas palabras, breves y sencillas, y no podía ser tan cobarde como para no decirlas. Ahora ya no podía dar marcha atrás.

El silencio entre ellos se sentía cargado, peligroso. En él, Ruby oía el golpeteo de las olas contra los pilotes.

Cerró el último y pequeño espacio que los separaba y le cogió la mano izquierda, acariciándole los dedos. Luego, despacio, retiró la mano.

—Recuerdo la primera vez que me besaste. Me mareé tanto que no podía respirar. Me alegré de que estuviéramos sentados, porque me habría caído. Pero me enamoré de todos modos, ¿no? Me enamoré de mi mejor amigo. Cuando la mayoría de los chicos planeaban cómo escaparse de casa de sus padres el sábado por la noche, tú y yo soñábamos con nuestra boda…, con los hijos que

tendríamos. —Tragó saliva y sonrió—. Cuando teníamos quince años, dijiste que viviríamos en un ático en Central Park…, que iríamos de luna de miel a París. Cuando teníamos siete años, prometiste que algún día tendríamos un barco tan grande como un ferry, con una bañera en el camarote principal, y que Elvis cantaría en nuestra boda. —Ella le dedicó una sonrisa—. Los sueños de los niños que juegan a ser adultos. Deberíamos haber sabido que teníamos un problema cuando murió Elvis.

Dean cerró los ojos por un momento, solo eso, y ella se preguntó si le dolía escuchar los viejos sueños.

—Sí —dijo con voz seca—. Éramos jóvenes.

—Traté de olvidar esas cosas que dijimos, pero sobre todo traté de olvidar lo que sentí cuando me besaste —dijo—. Me repetía a mí misma que era un capricho…, que maduraría y seguiría adelante, y que volvería a sentir lo mismo. Pero no fue así.

Ruby oyó la crudeza en su voz, el tono desesperado de esperanza, y supo que él también lo había oído. Ahora estaba expuesta, vulnerable.

—¿Nunca te volviste a enamorar?

—¿Cómo habría podido…, si nunca dejé de estar enamorada de mi primer amor?

—Dilo.

Se acercó y levantó la cara hacia él.

—Te quiero, Dean Sloan.

Él no respondió durante un instante, solo se la quedó mirando. Luego la atrajo hacia él y la besó como ella siempre había soñado que la besaran. Y, de repente, ella quiso más. Más…

Ruby le soltó la camiseta, se la pasó por la cabeza y dejó que sus dedos exploraran el vello áspero y rígido de su pecho. Lo tocó por todas partes, movió las manos por la dureza de sus hombros, bajó por la parte baja de su espalda y llegó hasta su ropa interior.

Él tiró de la manta y la dejó caer al muelle, alrededor de sus pies. Soltando un gemido, deslizó las manos por debajo de la camiseta de ella, se la quitó y la tiró. Ella la apartó de una patada y luchó con los botones de sus pantalones cortos.

Desnudos, besándose y acariciándose, se arrodillaron sobre la manta, la alisaron y luego se dejaron caer sobre ella, riéndose de la torpeza de sus movimientos.

Ruby oyó el silbido del papel al rasgarse. Parpadeó, sintiéndose drogada por la intensidad de su deseo, y vio que él estaba abriendo un pequeño paquete de aluminio.

Eso la dejó atónita.

—¿Lo habías planeado?

Él le dedicó una sonrisa torcida y juvenil.

—Digamos que lo deseé con todas mis fuerzas.

Y volvió a reír, besándola, y ella no podía pensar. Su cuerpo estaba en llamas. Sus manos estaban por todas partes, en los pechos, en los pezones, entre las piernas, acariciando, frotando, tirando. Su boca siguió el camino de sus dedos mágicos y, cuando se inclinó sobre ella y apresó un pezón en su boca exploradora, ella se rindió al sexo como nunca antes lo había hecho. Renunció al control sobre su cuerpo y dejó que él la llevara al borde palpitante y desesperado del dolor. Finalmente, ella no pudo soportarlo más; todo su cuerpo estaba dolorido, necesitado…

—Por favor —gimió bajo sus caricias—. Ahora…

Él se dio la vuelta y la atrajo hacia él, penetrándola con una embestida. Sus manos estaban en su trasero, sujetándola contra sus caderas, enseñándole a seguir sus movimientos.

Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Dean se arqueó hacia delante y capturó su pezón con la boca, y ella gritó. Su liberación fue tan intensa que sintió como si se estuviera rompiendo.

—Oh, Dios —dijo, respirando con dificultad. Sentía su propio clímax dentro de ella. Ruby se derrumbó sobre él, enterrando la cara en su pecho sudoroso. Él la abrazó con fuerza, como si esperara que ella se apartara, y le acarició la espalda húmeda—. Oh, Dios mío… —susurró Ruby, que al final se apartó. Permaneció acurrucada contra él, con una pierna sobre sus muslos.

—Deberíamos haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Créeme, no habría sido tan bueno.

Ella suspiró recostada y observando el cielo iluminado por la luna.

Tan sencillo. Siempre había sido así entre ellos. Solo un roce, un suave roce de su piel contra la de ella, y Ruby había conocido una paz que no podía encontrar en ningún otro lugar. Se giró hacia un lado y lo miró.

—Vivamos juntos.

Él la miró extrañado.

—¿En Hollyfriki?

—¡Dios, no! —Fue una respuesta instintiva. Ni siquiera lo había pensado, pero, al oír su propia voz, supo que era cierto. Ya no quería vivir allí.

—Podría vivir en San Francisco.

Él se rio.

—No, gracias. —Alzó la mano y le tocó el pelo—. Ya hemos tenido esa vida, Ruby. No sé tú, pero yo no quiero volver a nada de lo que había antes. Quiero empezar de nuevo. Y no voy a vivir contigo.

—Oh… —Intentó parecer indiferente, como si él no acabara de pisotearle el corazón.

—Nos vamos a casar, Ruby Elizabeth. No más excusas, ni huidas, ni tiempo perdido. Nos vamos a casar. Mi voto es que nos mudemos aquí e intentemos con todas nuestras fuerzas descubrir qué queremos hacer con el resto de nuestra vida. Yo voy a probar con la fotografía; es lo que siempre he querido hacer. Y, lo más importante, vamos a prometernos envejecer juntos. Y lo vamos a hacer. Nos sentaremos en nuestro porche hasta que estemos ciegos y calvos y yo no pueda recordar ni siquiera cómo me llamo. Y lo último que sentirás en este mundo será mi beso de buenas noches.

—Tendremos hijos —dijo ella, soñando con ello por primera vez.

—Al menos dos, para que cada uno tenga un mejor amigo.

—Y a nuestro hijo… le pondremos Eric…

Ruby habría dormido en el muelle toda la noche, envuelta en los brazos de Dean y esa vieja manta, pero él quería volver con Eric, así que se besaron, se besaron y se besaron para despedirse.

Ayudó a Dean a soltar amarras y subió a la parte superior del terraplén para verlo partir. La luz de la luna resplandecía en todas las superficies blancas del velero, tiñéndolo todo de un azul plateado. Dean arrancó el motor y el barco se alejó del muelle. El traqueteo mecánico rompió el silencio de la noche.

Poco a poco, fue perdiendo color. Empezó por la punta del mástil, que se volvió negra de repente, y luego lo siguió el resto del barco. En el último rayo de luz de luna, una mano oscura se alzó y se movió para decir adiós. Aunque Dean no podía avistarla, sabía de alguna manera que Ruby seguía allí, viéndole partir.

Era lo que siempre había hecho.

Se quedó allí hasta que el velero desapareció en el mar agitado de puntas plateadas. Entonces se dio la vuelta y se dirigió a la casa.

La luz de la cocina estaba encendida y la puerta del dormitorio de mamá estaba cerrada. Ruby caminó, bueno, brincó hacia la puerta cerrada. No tenía ninguna duda de que su madre querría que la despertaran. Al fin y al cabo, no todos los días se compromete tu hija.

Estaba a punto de llamar a la puerta cuando sonó el teléfono. Corrió a la cocina y contestó al segundo tono, esperando que no fuera sobre Eric.

—¿Diga?

—Ruby, ¿dónde demonios has estado? He estado llamando toda la noche. ¿Y qué tipo de casucha de pueblo perdido no tiene un contestador automático?

Ruby se relajó de inmediato.

—Val. —Miró el reloj. Era la una de la madrugada—. ¿Podemos tener esta conversación por la mañana? Yo…

Su voz era apagada.

—Sí, claro, cariño… ¡Y un huevo frito! Lo siento, Ruby. Así que ¿qué es esa mierda de que no vas a entregar el artículo? Dime que Maudeen no te estaba escuchando bien.

—Ah, eso… No voy a entregarlo, eso es todo.

—Eso es todo. ¿Eso es todo? Mira, princesa de la comedia, no estamos hablando de una editorial barata y vanidosa. Se trata de la revista *Caché*. Han reservado el espacio en el número, han impreso la portada, con tu foto, por cierto, y han filtrado la historia. —Hizo una pausa y ella oyó cómo soltaba el humo en el auricular—. Y he conseguido que algunas cadenas se interesen por ti. La NBC quiere hablar contigo sobre escribir un guion de un episodio piloto.

—¿Un… piloto? ¿Mi propia sitcom?

Ruby se sintió mal. Ese siempre había sido su sueño imposible. Todas las comediantes soñaban con tener su propio programa.

—Sí, tu propia sitcom. Así que no pierdas el tiempo. Se supone que debes entregar el artículo mañana. Ayer envié tus billetes de avión por FedEx. Es probable que ya estén en la puerta de tu casa. Tienes una cita con Sarah Purcell el lunes por la mañana.

—No puedo hacerlo, Val.

Ruby cerró los ojos. En ese instante, pudo sentir la cálida huella de la mano de su madre sobre su cabeza, la suavidad de ese contacto. El pánico se apoderó de ella.

Val inspiró hondo y luego soltó el aire muy despacio.

—Dios mío. Sabía que eras un grano en el culo, pero les prometí que eras una profesional. Les di mi palabra, Ruby.

—Soy una profesional.

Incluso a sus propios oídos, su voz sonaba débil. Asustada.

—Los profesionales no aceptan dinero de revistas nacionales y luego rompen el contrato. ¿Puedes devolverles el dinero?

Ruby se estremeció al pensar en el Porsche en su plaza de aparcamiento, el vestido de diseño de su armario, el dinero que le había dado a su padre.

—Si me dan un poco de tiempo…

«Como veinte años, por ejemplo».

—No funciona así. La única posibilidad de salir de este acuerdo es devolverles el dinero, e incluso así tienen que estar de acuerdo. Y, muñequita, no lo estarán.

—¿Quieres decir que pueden obligarme?

Val se rio.

—¿Dónde has estado viviendo? ¿En Patatalandia? ¡Esto es un gran negocio! ¡No puedes simplemente cambiar de opinión! ¿Lo tienes escrito?

Odiaba la debilidad que la llevó a responder.

—Sí.

—Y el problema es…

Ruby sintió ganas de llorar.

—Que me cae bien. —Tragó saliva con dificultad—. No, que la quiero.

Val se quedó callado un momento y luego dijo:

—Lo siento, Ruby.

Su preocupación era más difícil de soportar que los gritos.

—Yo también —respondió ella con voz apagada.

—Entonces estarás en el avión, ¿verdad? Haré que Bertram te recoja.

Ruby colgó el teléfono, aturdida. Salió al porche y encontró el sobre de FedEx. Dentro había un billete de primera clase y un breve itinerario. Después de la grabación con Sarah Purcell, la llevarían a Spago para la celebración…

Una semana antes, eso la habría emocionado.

Pasó con apatía por delante de la puerta de su madre. En el último momento, se detuvo y presionó la yema de los dedos contra la madera.

—Lo siento —susurró Ruby. Pero sabía que esas dos palabritas no serían suficientes. Ni mucho menos.

Con un suspiro, se dio la vuelta y subió las escaleras. Se dejó caer sobre la cama e intentó dormir, pero no conseguía mantener los ojos cerrados. Al final, encendió la luz y buscó su bloc de notas.

> Acabo de hablar por teléfono con mi agente.
>
> Parece que la broma me ha salido cara. No puedo salirme de este acuerdo. Tengo que entregar el artículo como prometí o algún pez gordo de la empresa me demandará hasta dejarme en la ruina.
>
> Y perderé a mi madre, esta mujer a la que he esperado y anhelado toda mi vida, a la que he deificado y vilipendiado a partes iguales. Todo lo que podríamos haber llegado a ser se esfumará. Y esta vez será por completo culpa mía. El mundo entero contemplará la bancarrota de mi alma.
>
> Por fin he aprendido que la vida no se compone de GRANDES momentos y de revelaciones repentinas, sino de pequeños fragmentos de tiempo, algunos tan diminutos que pasan desapercibidos.
>
> Ahora puedo ver todo esto…, y es demasiado tarde.
>
> El lunes apareceré en *El show de Sarah Purcell* y, después de eso, lo que vea solo será de mi incumbencia. A mi madre no le importará.
>
> Pero deseo decir esto, para que conste, aunque soy consciente de que llega demasiado tarde y a un precio demasiado alto: quiero a mi madre.
>
> Quiero a mi madre.

Ruby soltó el bolígrafo. Este rodó alejándose de ella, cayó por el borde de la cama y aterrizó en el suelo, donde hizo un pequeño clic.

Todo esto era demasiado, y justo el día en que por fin había creído en un futuro feliz para ella. No podía escribir más, no podía pensar.

—Te quiero, mamá —susurró mientras miraba fijamente la grieta en forma de araña del techo.

24

Nora estaba sentada a la mesa de la cocina. Leía un periódico de hacía quince años que había encontrado en el armario de las escobas y sorbía una taza de café tibio. La noticia de portada era un indignado reportaje sobre cómo las autoridades del estado de Washington habían lanzado petardos submarinos para ahuyentar a los leones marinos de las esclusas de Ballard. Los leones marinos se comían los salmones y las truchas arcoíris. Junto a esa noticia, había una columna más pequeña, con fotografía incluida. El perro del presidente Reagan había sido sometido a una amigdalectomía.

Sobre todo estaba esperando a que Ruby bajara. Nora había intentado mantenerse despierta la noche anterior, pero a eso de las doce y media había sucumbido al sueño. Creyó que tenía que ser una buena señal que Ruby no hubiera regresado a casa temprano.

Al menos eso es lo que Nora se decía a sí misma.

Estaba a punto de pasar la página cuando sonó el teléfono. Ignorando las muletas apoyadas contra la pared, cojeó hasta la encimera y contestó.

—¿Diga?

—Soy yo, Dee.

Nora se desplomó contra la fría superficie rugosa de la nevera.

—Hola, Dee. ¿Qué buenas noticias tienes para mí hoy?

—No te van a gustar.

—No me extraña.

—Acabo de hablar por teléfono con Tom Adams. Me ha llamado a casa y en domingo para decirme que te dijera que, si no tenías esas malditas columnas en su maldito escritorio el miércoles por la mañana, te iba a poner una demanda de diez millones de dólares. Dijo que ya tenía toda la documentación preparada y que solo te estaba dando una última oportunidad. —Tosió un poco—. Añadió que iba a demandar a todas las personas con las que hubieras trabajado, incluida yo.

—No puede hacer eso —dijo Nora, aunque, por supuesto, no tenía ni idea de si podía o no.

—¿Estás segura? —preguntó Dee con voz asustada.

—Hablaré con Tom yo misma —respondió Nora antes de que Dee pudiera seguir hablando.

—Oh, gracias a Dios…

—¿Qué más está pasando allí? ¿Se está calmando el alboroto?

—No. —Y había que reconocer que Dee parecía muy triste por ello —. Tu ama de llaves fue anoche al programa de Larry King y dijo… cosas terribles sobre ti.

—¿Adele dijo cosas malas sobre mí?

—Una mujer llamada Barb Heinneman contó que le encargaste una costosa vidriera y nunca le pagaste. Y tu peluquera, Carla, mencionó que dejabas unas pésimas propinas.

—Por el amor de Dios, ¿qué tiene eso que ver…?

—El *Tattler* informó de que el tipo de las fotos no fue tu primera… aventura. Dicen que tú y tu marido teníais un matrimonio abierto y que ambos os acostabais con montones de gente. Y que a veces…

—La voz de Dee se redujo a un susurro conspirador—. Que lo hacíais en grupo. Como en esa película, *Eyes Wide Shut*. Eso es lo que escribieron, al menos.

A Nora le daba vueltas la cabeza. La verdad es que una parte de ella tenía ganas de reír… ¡Era tan ridículo! *¿Eyes Wide Shut?* ¿Sexo en grupo? Por primera vez desde que empezó todo este lío, se estaba enfadando. Había cometido errores, grandes y graves, pero esto… Esto no se lo merecía. Como había oído en una película una vez, esta mierda no se la iba a comer. Estaban intentando hacerla pasar por una especie de puta.

—¿Eso es todo? ¿O también estoy embarazada del niño mutante de un extraterrestre?

Dee se rio, nerviosa.

—Eso es más o menos. Excepto…

—¿Síííí? —Nora alargó la palabra, añadiéndole al menos tres vocales.

—Había algo en la columna de Liz Smith esta semana, una de esas insinuaciones chismosas que le encanta hacer, ya sabes cuáles. Daba a entender que alguien estaba escribiendo una historia reveladora sobre ti. Una fea.

—Eso no es…

—Se supone que es alguien cercano a ti.

Nora soltó un suspiro. No le sorprendió; ya se lo esperaba, pero aun así le dolió.

—Ya veo.

—Y tu ama de llaves contó que rompiste multas de aparcamiento y tiraste a la basura citaciones para ser jurado. Un tipo del ayuntamiento anunció que iban a iniciar una investigación.

Hasta aquí había llegado.

—Adiós, Dee —dijo Nora, sin saber si su asistente seguía hablando o no.

Colgó el teléfono y abrió de un tirón las puertas del armario. Ahí estaban: los platos baratos de cerámica amarilla que había comprado en un mercadillo hacía mucho tiempo. Cogió uno, sintió su peso en la mano. Y dudó. No tenía sentido ensuciarlo todo…

«Iniciar una investigación».

Echó el brazo hacia atrás y lanzó el plato. Este voló por los aires y se estrelló contra la pared junto al arco, rompiéndose en mil pedazos.

«Como en *Eyes Wide Shut*…, sexo en grupo».

Lanzó otro. Propinó un golpe satisfactorio.

«Matrimonio abierto…, pésimas propinas».

Otro plato salió volando.

Había pedazos de porcelana por todas partes, abolladuras en las paredes, arañazos en la pintura. Nora respiraba con dificultad. Y sonreía.

Debería haberlo probado hacía años. De hecho, ayudaba. Cogió otro plato.

«Demanda de diez millones de dólares».

Y lo lanzó al otro lado de la habitación. En ese momento, Ruby bajaba corriendo las escaleras.

—¿Qué demonios…?

Se agachó y se protegió la cara con la mano. El plato le rozó la cabeza y golpeó la pared. Cuando los pedazos cayeron al suelo, levantó la vista con vacilación.

—Dios, mamá… Si no te gustan los platos, compra un juego nuevo.

Nora se hincó de rodillas en el suelo duro y frío. Se rio hasta que las lágrimas le brotaron de los ojos… y luego se echó a llorar. Se cubrió la cara con las manos, avergonzada de que su hija la viera así, pero parecía incapaz de parar.

De repente, todo era demasiado para ella: la enfermedad de Eric, su carrera, su reputación arruinada.

Se sentía sola y vieja. Una mujer que había cambiado toda su vida por una preciada moneda de oro y había descubierto que una fuerte lluvia se había llevado la capa dorada y en su mano solo quedaba un trozo de cobre sin valor.

Levantó la vista hacia Ruby y vio a su hija a través de una cortina borrosa de lágrimas.

—Mamá. —Ruby se arrodilló frente a ella—. ¿Estás bien?

—¿A ti te parece que estoy bien?

—Pues como Courtney Love antes de la cirugía y después de un concierto. —Extendió la mano y apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos de Nora—. ¿Qué ha pasado?

—Una señora me está demandando por asesoramiento fraudulento. Y alguien cercano a mí, parece ser que un amigo, está escribiendo una historia desagradable en la que cuenta todos los detalles de mi vida. Ah, y no te sorprendas cuando te enteres de que tu padre y yo participábamos en sexo en grupo. —Intentó sonreír, pero fracasó estrepitosamente—. Aunque no te preocupes, puedo superar esto. He pasado por cosas peores. Solo es una rabieta de mediana edad. Lo único que importa es lo mucho que te quiero.

Ruby se echó hacia atrás y dejó caer la mano sobre su regazo.

—Ay, Dios… —susurró.

Nora se puso en pie con torpeza y fue cojeando hasta la mesa de la cocina. Se dejó caer en una silla y apoyó el pie escayolado en otra.

Entonces, mientras observaba a su hija, que seguía arrodillada en el suelo con la cabeza gacha, se dio cuenta de que no había silencio más cruel y vacío que el que siguió a esa simple declaración: «Te quiero».

Había pasado toda su infancia esperando oír esas palabras de su padre y luego una eternidad esperando oírlas de su marido. Al parecer, estaba destinada a esperar de nuevo. Y ella pensaba que las cosas iban tan bien con Ruby…

—¿Quieres un café? —dijo, apartando el periódico. Su voz era tranquila y serena, como si fuera del todo normal que estuvieran allí juntas, en medio de un montón de pedazos de porcelana amarilla rota.

Ruby la miró.

—No.

Nora vio que su hija estaba llorando; eso la confundió.

—¿Qué pasa, Rube?

—No finjas que no lo has dicho. Por favor.

Nora no sabía cómo responder. Ruby se levantó, se dio la vuelta y subió las escaleras. Nora oyó cada uno de sus pasos. No podía respirar con normalidad. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Entonces volvió a oír los pasos. Ruby bajaba las escaleras. Entró en la cocina con una maleta en una mano y un bloc de papel en la otra.

Nora se llevó la mano a la boca.

—Lo siento. Pensaba que habíamos llegado a un punto en el que podía decirte eso.

Ruby soltó la maleta. Cayó con un golpe que hizo vibrar los finos cristales de las ventanas.

—Ruby, cariño… —El término afectuoso se le escapó en una corriente de nostalgia y arrepentimiento.

—Nunca se trató de olvidar o de perdonar —dijo Ruby muy despacio. Las lágrimas brotaron de sus ojos oscuros y le resbalaron por las mejillas—. Me llevó mucho tiempo darme cuenta de eso. Y ahora es demasiado tarde.

Nora frunció el ceño.

—No entiendo…

—Te quiero.

La voz de Ruby era tan suave que Nora pensó al principio que había imaginado las palabras, que las había sacado de su propio subconsciente para darles la sustancia del sonido.

—¿Me quieres? —Se atrevió a susurrar Nora.

Ruby se quedó allí, un poco inestable.

—Solo intenta… recordarlo, ¿vale?

—¿Cómo podría…?

Ruby dejó caer un bloc de papel amarillo sobre la mesa de la cocina.

—Me pasé toda la noche haciendo una copia de esto.

Nora apenas le echó un vistazo; estaba demasiado ocupada mirando a Ruby.

—¿Qué es?

Ruby retrocedió y se colocó junto a su maleta.

—Léelo —dijo con voz apagada.

Con un pequeño encogimiento de hombros, Nora acercó la mesa.

—Quizá necesite las gafas… —Se inclinó para mirar el papel, entrecerrando los ojos.

> En aras de la transparencia, debo deciros que me pagaron por escribir este artículo. Me pagaron generosamente, como dicen en el tipo de restaurantes en los que una persona como yo no puede permitirse pedir una ensalada para cenar. Lo suficiente como para poder cambiar mi destartalado Volkswagen Escarabajo por un Porsche un poco menos destartalado.
>
> También debo deciros que no me gusta mi madre. No, eso no es cierto. Quien no me gusta es el dependiente engreído que trabaja en el turno de noche del videoclub de mi barrio.
>
> A mi madre la odio.

Nora levantó la vista de repente. Ruby estaba llorando tan fuerte que sus mejillas habían enrojecido y se le sacudían los hombros.

—Es un artículo para la revista *Ca… Caché*.

Nora respiró hondo, jadeando. Sabía que todo estaba en sus ojos: la punzante traición, la dolorosa tristeza y…, sí, la ira.

—¿Cómo has podido…?

Ruby se tapó la boca con la mano, agarró la maleta y salió corriendo de la casa. Como desde una gran distancia infranqueable, Nora oyó que arrancaba el coche y se alejaba a toda velocidad, salpicando grava suelta.

Todo volvió a quedar en silencio.

Nora intentó no mirar las páginas amarillas con sus palabras azules garabateadas desfilando a lo largo de las líneas uniformes, pero no pudo evitarlo. Aquellas horribles y odiosas palabras saltaron a la vista.

«A mi madre la odio».

Respiró hondo, muy hondo, y volvió a mirar hacia abajo. Le temblaban las manos cuando levantó el bloc y continuó leyendo: «Nuestra historia comienza hace doce años, en un lugar que pocos de vosotros habéis visto: las islas San Juan, en el estado de Washington».

Solo unas frases más tarde, Nora arrancó a llorar.

Ruby llegó hasta el final del camino de entrada y entonces pisó el freno. Estaba huyendo de nuevo, pero no había ningún lugar donde esconderse, ninguna forma de escapar excepto enfrentarse a ello. Lo que había hecho era terrible y egoísta, y le debía a su madre algo más que una casa vacía.

Puso la furgoneta marcha atrás y retrocedió por el camino de entrada. Aparcó, caminó por el sendero, atravesó el fragante jardín y salió al borde del terraplén. Habría ido a sentarse en su roca favorita, pero su madre no podía llegar allí con muletas.

Quería que la vieran. Cuando mamá terminara el artículo, sin duda se dirigiría al porche; era su lugar favorito. Entonces vería a su hija sentada en el límite de la propiedad.

Se acomodó en la hierba. Era un hermoso día de verano. Las islas constituían un mosaico infinito de colores: azul, azul celeste, tierra verde cubierta de bosques, plata, mar agitado.

Se tumbó en la hierba y cerró los ojos. El aire acercaba el dulce olor a hierba y sal, a su infancia.

Sabía que recordaría ese día por el resto de su vida, y a buen seguro en los momentos más extraños: cuando estuviera sumergida hasta los codos en agua jabonosa, lavando los platos de la cena; en

la ducha, con el meloso aroma cítrico del champú favorito de su madre a su alrededor; o sosteniendo a los bebés que rezaba por tener algún día. En ocasiones así recordaría ese momento y todos los demás que lo habían precedido. En realidad, este sería el comienzo de su vida adulta; todo lo que creciera después estaría plantado en el suelo de lo que ella y su madre se dijeron allí mismo.

Se preguntaba si alguna vez superaría su vergüenza o si la llevaría siempre consigo, del mismo modo que antes la había agobiado la ira.

Ahora Ruby sería la que enviaría los regalos a distancia, la que dejaría mensajes en el contestador, la que esperaría y esperaría eternamente una respuesta…

—Hola, Rube.

Ruby abrió los ojos y vio a su madre de pie, a su lado. Se inclinaba torpe hacia delante sobre las muletas. El sol le iluminaba el cabello castaño rojizo.

Ruby se incorporó de un salto.

—Mamá —susurró para darse cuenta de que tenía la garganta demasiado apretada para decir nada más.

—Me alegro de que hayas vuelto. Supongo que no te resulta tan fácil alejarte de mí en una isla.

Mamá tiró las muletas a un lado y se arrodilló despacio sobre la hierba; luego se dejó caer de costado hasta permanecer sentada. Dejó el artículo en su regazo y se quedó mirándolo. Los bordes rizados se agitaban con la suave brisa.

—He leído cada palabra que has escrito sobre mí y tengo que admitir que me has destrozado.

Ruby quería acurrucarse y morir. Pensó en lo lejos que habían llegado ella y su madre, en el sinuoso y sombreado camino que las había llevado desde entonces hasta el presente, y le dolía lo que había provocado su egoísmo. Si no fuera por el artículo, Ruby estaría riendo ahora mismo mientras le contaba a su madre lo de la noche anterior. Quizá habrían hablado de cosas ridículas y femeninas, como anillos de boda, damas de honor y arreglos florales.

—Me avergüenzo tanto… —dijo—. Sabía que esas palabras te harían daño. Al principio, eso era lo que quería hacer.

—¿Y ahora?

—Daría cualquier cosa por borrarlo todo.

Nora sonrió con tristeza.

—La verdad siempre duele, Ruby. Es una ley de la naturaleza, como la gravedad. —Miró hacia el estrecho—. Cuando he leído tu artículo, me he visto a mí misma. Puede que no parezca gran cosa, pero me he pasado toda la vida huyendo de quién soy y de dónde vengo. Nunca confié en nadie lo suficiente como para ser yo misma. Cuando empecé mi columna de consejos, sabía que no le gustaría a la gente, así que inventé a Nora Bridge, una mujer en la que pudieran confiar y a quien admirar, y luego traté de estar a la altura de esa creación. Pero ¿cómo podría hacerlo? Los errores que había cometido, la mujer que en realidad era, me mantuvieron al margen todo el tiempo, enfrentada a mi propia vida. —Volvió a mirar a Ruby —. Pero confié en ti.

Ruby apretó los ojos.

—Lo sé.

—Hice bien en confiar en ti, Ruby. Lo supe cuando terminé de leer. Escuchaste y escribiste, y, cuando terminaste, me habías revelado.

Desde la niña que se escondía debajo de las escaleras hasta la mujer que se escondía detrás de los barrotes metálicos de una institución mental, pasando por la mujer que se escondía detrás de un micrófono. —Sonrió—. Para acabar en esta mujer que ahora no se esconde. Me has hecho verme a mí misma.

—Sé que he revelado todos tus secretos, pero no voy a publicar el artículo. No te haré eso.

—Oh, sí que lo harás.

A Ruby no le sorprendió que su madre no la creyera.

—Te prometo que no lo entregaré.

Nora se inclinó hacia delante, tomó las manos de Ruby entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Quiero que publiques este artículo. Es un retrato hermoso y poderoso de quiénes somos y muestra quiénes podemos ser las dos. Muestra cómo el amor puede salir mal y cómo se puede volver al principio si crees en él. Lo que escribiste… no es una traición, Ruby. Quizá empezó así, pero ¿por qué no iba a serlo? Teníamos un largo largo camino por recorrer. Y, al final, lo que he visto es lo mucho que me quieres.

Ruby tragó saliva.

—Te quiero, mamá. Y lo siento mucho…

—Chist, ya basta. Somos familia. Vamos a pisotear los sentimientos de los demás de vez en cuando. Así es como debe ser. —Los ojos de Nora brillaban por las lágrimas contenidas—. Y ahora vamos a entrar y a llamar a tu agente. Voy a aparecer en *El show de Sarah Purcell* contigo.

—Ni hablar. Te comerán viva.

—Que lo hagan. Sujetaré la mano de mi hija para que me dé fuerzas. Ya no pueden hacerme daño, Ruby. Y estoy ansiosa por contraatacar.

Ruby miró a su madre con asombro. Lo estaba haciendo otra vez, cambiaba ante los ojos de Ruby. De repente, entrevió a una mujer del todo diferente.

—Eres increíble.

Nora se rio.

—Te ha costado bastante darte cuenta.

25

Tuve mis quince minutos de gloria y, contra todo pronóstico, cuando el reloj marcó el cuarto de hora, seguía siendo famosa. Mi madre y yo nos habíamos convertido, al parecer, en el símbolo de que el mundo no iba por un camino tan rápido y feo, después de todo. Tiene sentido, si lo piensas bien. Vivimos en una época en la que las noticias de la noche están cargadas de historias deprimentes, una tras otra.

Es lamentable, ya nada de eso nos sorprende. Nos sentamos en la sala de estar, en el lujoso sofá que una década de prosperidad nos ha permitido comprar, y negamos con la cabeza ante las noticias. A veces, con audacia, apagamos los informativos o cambiamos de canal. Lo que rara vez hacemos es preguntarnos por qué. ¿Quién ha declarado que un asesinato es más noticioso que la conmovedora historia de una anciana que entrega comidas a domicilio a los enfermos de sida del barrio?

Pero, como dice el cómico Dennis Miller, me estoy yendo por las ramas. Es solo que he visto de primera mano que la fama no es la utopía que había imaginado, y eso me ha hecho cuestionar mis interpretaciones del mundo que me rodea. Los famosos tienen más dinero… y menos libertad; tienen más opciones… y menos honestidad. Todo es una compensación. Y, cuando dejamos que los medios de comunicación elijan a nuestros héroes por nosotros, ya estamos perdidos.

Lo que mamá y yo descubrimos fue que no estamos tan aislados —ninguno de nosotros— como creemos. La gente quiere buenas noticias, además de las malas, y les encantó la historia de mi redención. Una chica que odia a su madre…, una chica que aprende a querer a su madre…, una chica que renuncia a su carrera para no devastar el corazón de su madre.

A la gente le encantó. Me querían.

Pero sobre todo amaban a mi madre. Escucharon la historia de toda su vida, expuesta ante ellos como una novela, y aplaudieron lo que había superado. Se convirtió en algo más que una celebridad…, se convirtió en una de ellos, en una mujer corriente. Lo sorprendente es que eso la hizo más famosa y más querida.

Ahora la escucho en la radio y oigo las respuestas. De vez en cuando recibe la llamada de alguien enfadado que la tacha de hipócrita y perdedora por abandonar a sus hijas.

Creo que la antigua Nora Bridge se habría derrumbado ante un ataque tan personal y certero. Ya no. Ahora escucha y está de acuerdo, y luego continúa hablando del regalo de los errores y del milagro de la familia. Espera que la gente aprenda de sus malas decisiones. Los envuelve con ese hechizo que solo ella sabe tejer y, al final del programa, sus oyentes buscan pañuelos y piensan en cómo encontrar el camino de vuelta a su propia familia. Los más inteligentes van a por el teléfono.

No hay nada que pueda sustituir a hablar con las personas que amas. Pensar en ellas, soñar con ellas, desear que las cosas sean diferentes…, todo eso es el principio. Pero alguien tiene que dar el primer paso.

Supongo que esa es una de las cosas que aprendí este verano, pero no es lo más importante; no es lo que guardaré en mi corazón y le transmitiré a mi propia hija cuando llegue el momento adecuado. Las verdades que recopilé en Summer Island eran muy fáciles; estaban ahí, tiradas en la hierba. Debería haber tropezado con ellas. Lo habría hecho… si hubiera abierto los ojos.

Como madres e hijas, estamos conectadas entre nosotras. Mi madre está en los huesos de mi columna vertebral y me mantiene recta y fiel. Está en mi sangre y se asegura de que fluya enriquecida y fuerte. Está en los latidos de mi corazón.

Ahora no puedo imaginar una vida sin ella.

Sé lo valioso que es el tiempo. Lo aprendí de mi amigo Eric. A veces, cuando cierro los ojos, lo veo como era antes, risueño, de pie en la proa de su velero, mirando al futuro de su vida. Oigo su voz en el viento, siento su tacto en la lluvia y recuerdo…

La vida es corta. Y sé que, cuando Eric pierda su batalla contra el cáncer, su ausencia me resultará insoportable. Entonces cogeré el teléfono y llamaré a

mi madre, y su voz me devolverá a la realidad.

Una hija sin su madre es una mujer destrozada. Es una pérdida que se convierte en artritis y se instala en lo más hondo de sus huesos. Ahora lo sé.

Dejé Los Ángeles como una joven dura, amargada y cínica que cargaba con un gran resentimiento. En Summer Island me completé. Y todo fue tan fácil… Ahora lo veo.

Fui en busca de la vida de mi madre y encontré la mía.

—¿Crees que volverán pronto a casa?

Dean no necesitaba preguntar a quién se refería Eric. En los tres días transcurridos desde que Nora y Ruby se habían ido, él y Eric habían especulado sin cesar sobre su regreso. Dean sabía que su hermano solía olvidar sus conversaciones sobre el tema. A veces, terminaban una discusión y, momentos después, Eric volvía a formular la misma pregunta: «¿Crees que volverán pronto a casa?».

—Llegarán cualquier día —contestó Dean.

Aunque siempre respondía de manera similar, no estaba tan seguro, y la incertidumbre lo estaba matando. Era Nora quien llamaba todas las noches para hablar con Eric; Ruby siempre estaba en algún lugar, haciendo publicidad o «asistiendo a una reunión». Solo había hablado con ellos una vez y, aunque le había dicho a Dean todas las palabras adecuadas, él había sentido que se creaba una distancia entre ellos.

Ahora era famosa. Era lo que siempre había querido, incluso cuando era niña; había soñado con ser amada por desconocidos. No podía culparla por disfrutar cada minuto de su nueva fama y no podía evitar preguntarse si todavía habría un lugar para él en su vida.

Eric tosió.

Dean se apartó de la ventana. Por un instante, la visión de su hermano lo conmocionó. Los últimos días habían sido así. El deterioro de Eric resultaba tan repentino que, a veces, de un momento a otro, Dean se descubría sorprendido. Su hermano estaba tan demacrado, tan encogido…; las sonrisas se habían vuelto escasas. Parecía agotado por el simple hecho de respirar y los medicamentos no lograban aliviar el dolor por mucho tiempo.

—¿Podemos salir? —preguntó Eric—. Veo que hace un día precioso.

—Claro.

Dean salió corriendo y lo preparó todo. Colocó una tumbona de madera a la sombra de un viejo madroño, de manera que su hermano pudiera contemplar toda la playa. Luego volvió arriba, envolvió a Eric en mantas gruesas y lo llevó fuera.

Era como llevar a un niño pequeño; no pesaba nada.

Dean colocó con cuidado a su hermano en la tumbona. Eric se recostó, hundiéndose en el montón de almohadas. Cerró los ojos.

—Tío, qué bien sienta el sol en la cara.

Dean miró a su hermano, que tenía la cara levantada para captar la luz del sol. Lo que vio no era a un joven delgado y calvo acurrucado en una manta multicolor. Lo que vio fue coraje, destilado hasta su esencia más pura.

—Ahora vuelvo.

Corrió a la casa, cogió su cámara, le puso una película en blanco y negro, y volvió corriendo al jardín. Empezó a hacer fotos.

Eric abrió los ojos. Le llevó un minuto enfocar y unos cuantos más comprender qué era la caja plateada que Dean estaba utilizando. Al

final, jadeó y levantó una mano débil y manchada.

—Oh, Dios, Dino… Nada de fotos. Parezco una mierda en una tumbona.

Apartó la cabeza. Dean se quitó la cámara del ojo y se acercó a su hermano, arrodillándose.

—Vamos, ¡si haces que el mismísimo Tom Cruise se avergüence!

Eric se volvió hacia él.

—Solía ser un buen ejemplar masculino —dijo, sonriendo con una mueca—. Y vas y esperas a que parezca salido de *Alien* para hacerme una foto…

Dean acarició la frente húmeda de su hermano. Se daba cuenta de que Eric ya estaba cansado.

—Me perdí esos años, amigo. No quiero perderme estos. Necesitaré… fotos tuyas.

Eric gimió.

—Mierda. —Levantó una mano y se frotó los ojos.

—¿Sabes lo que veo cuando miro a través de esta lente? Veo a un héroe.

Eric abrió despacio los ojos y sonrió.

—Estoy listo para mi primer plano, señor Cecil B. DeMille.

Dean terminó el rollo de película, dejó la cámara sobre la mesa de pícnic y se tumbó en la hierba junto a su hermano.

—¿Crees que volverán pronto a casa?

—Cualquier día de estos.

Dean se volvió y miró a su hermano.

—Ruby ahora es famosa. ¿Recuerdas que la vimos ayer en *Entertainment Tonight*? Es lo que siempre había querido.

—Sí, bueno, yo quería ser astronauta. Y solo me subí a una montaña rusa en la feria estatal.

—Creo que Ruby necesitaba ser famosa.

Eric se giró sobre su costado, gimiendo un poco por el movimiento. Miró a Dean.

—¿Crees que la fama es lo que ella quería?

—He visto de cerca los medios de comunicación. Salí con una supermodelo hace unos años. Puede ser algo bastante salvaje eso de que todo el mundo te quiera.

—Eso no es amor.

—Sí —dijo Dean, pero no sentía la verdad de ello en lo más profundo de su ser.

—Sé lo que es el amor, amigo. Ella volverá contigo, y, si no lo hace, es demasiado estúpida para vivir.

Dean se incorporó. Ese era el único tema que habían evitado, lo que Dean nunca había sido capaz de preguntar y Eric había sido demasiado cauteloso para mencionar. Pero siempre había estado entre ellos. Al principio, tenía el tamaño de una roca; ahora, el de un guijarro. Pero siempre estuvo ahí molestando, esperando a ser liberado.

—¿Cómo era la relación entre Charlie y tú?

Eric soltó un pequeño sonido de sorpresa.

—¿Seguro que quieres hablar de eso?

—Sí.

Una sonrisa lenta y desgarradoramente sincera transformó el rostro de Eric para hacerlo parecer casi joven de nuevo.

—Miré a Charlie y vi mi futuro. —Sonrió—. No es que en ese momento me pareciera algo bueno, eso sí. Es decir, sabía que se

suponía que debía ver mi futuro en un cuerpo que tenía útero. No quería ser gay. Sabía lo difícil que sería…, que eso significaría renunciar al sueño americano: hijos, una casa en las afueras, mi propia familia. Me destrozaba por dentro.

Dean nunca había pensado en eso, en lo que en realidad significaba ser gay. Tener que elegir entre quién eras y quién creía el mundo que debías ser.

—Dios…, lo siento.

—Quería hablar contigo sobre ello, pero tenías dieciséis años. Y tenía miedo de que me odiaras. Así que me quedé callado. Al final, lo que sentía por Charlie era más importante que cualquier otra cosa. Lo quería tanto… Y, cuando murió, una gran parte de mí se fue con él. No lo habría conseguido sin Nora. Ella siempre estuvo ahí conmigo. —Cerró los ojos. Su respiración hacía un sonido agitado. De repente, se despertó y se inclinó hacia delante—. ¿Dónde he dejado mi goma de borrar?

Dean tocó el antebrazo de su hermano.

—Está en la mesa de la cocina. Te la traeré.

—Ah. —Eric se calmó de inmediato y se hundió de nuevo en las almohadas—. ¿Crees que llegarán pronto?

Dean acarició la frente de Eric.

—En cualquier momento.

Cuando oyó que la respiración de su hermano se volvía regular, Dean se tumbó en la hierba y cerró los ojos. El sol caliente le daba en la cara y, si se esforzaba mucho, casi podía fingir que era un día normal de verano de hacía mucho tiempo. Que él y Eric estaban agotados y dormían en la playa tras un día nadando en la cala.

Se despertó cuando llegó un coche.

—Hola, Lottie —gritó mientras saludaba con la mano, somnoliento. No se molestó en levantarse.

Se sentía tan bien allí, tumbado con los ojos cerrados…

—¿Es esa forma de saludar a tu prometida, ahora famosa y aún sin anillo?

Dean abrió los ojos de golpe. Ruby estaba de pie a su lado, con los brazos en jarra, bloqueando los rayos del sol. Se puso en pie de un salto y la abrazó, dándole los besos que había estado contando desde que ella se marchó.

Ella se apartó, riendo.

—Vaya, voy a tener que irme a menudo cuando estemos casados. Así da gusto volver a casa.

Cogiéndole la mano, se agachó hacia Eric, que seguía durmiendo.

—Hola, Eric —dijo con suavidad.

Eric parpadeó y la miró.

—Hola, Sally.

Ella frunció el ceño a Dean.

—Está empeorando —susurró él—. Sigue olvidando dónde está.

Ruby se desplomó contra él. Dean la sujetó con un brazo alrededor de su cintura.

—Os vimos a ti y a Nora en *El show de Sarah Purcell*. Estuviste genial.

Ruby sonrió.

—Fue divertido. En el sentido de que los periodistas te siguen hasta el baño. Ser famoso es duro. Rechacé las ofertas para la sitcom.

—¿En serio?

—Acepté un contrato para escribir un libro. Esta vez, una novela. Pensé que era algo que podía hacer aquí arriba.

—¡Hola, chicos! —gritó Nora, que saludaba con la mano. Se acercó a ellos cojeando con su nueva férula ortopédica. Tocó el hombro de Dean.

—¿Cómo está Eric?

—No muy bien.

Eric volvió a abrir los ojos y enfocó la vista.

—Nora, ¿eres tú?

Ella se arrodilló a su lado. Si le sorprendió lo mal que estaba, no lo demostró.

—Estoy aquí, Eric. —Le cogió la mano—. Estoy aquí.

—Sabía que llegarías en cualquier momento. ¿Has visto mi goma de borrar? Creo que Sally la ha escondido.

—No, cariño, no la he visto. —Su voz era ronca—. Pero… ¿sabes qué día es hoy?

Eric la miró.

—¿Lunes?

—Es el Cuatro de Julio.

—¿Vamos a celebrar nuestra fiesta?

—Por supuesto.

—¿Con bengalas? —Sonrió, somnoliento.

—Vete a dormir un rato. Le diré a tu hermano que empiece a preparar la barbacoa.

—Dean es un desastre haciendo barbacoas. Lo tira todo sobre las brasas. Siempre me dejas cocinar el pescado a mí.

Le acarició la frente.

—Lo sé. Tal vez tú podrías supervisarlo.

—Sí. —Le sonrió a Dean—. Tú limítate a sacar la carne antes de que se incendie.

Nora se inclinó y besó a Eric en la mejilla. Para cuando se puso de pie, él ya se había vuelto a dormir. Dean vio que Nora tenía los ojos húmedos. Le cogió la mano y se la retuvo. Los tres se quedaron allí, cogidos de la mano en medio del jardín durante un largo largo rato. Nadie habló.

Ruby dijo al fin:

—Empecemos la fiesta.

Dean le dedicó a Nora una última mirada conmovida.

—Gracias —susurró. Junio aún no había dado paso a julio, pero esa fiesta era justo lo que Eric necesitaba.

Mientras Nora y Ruby disponían la comida y los suministros en la mesa de pícnic, Dean subió las escaleras y encendió el equipo de música. Las canciones siempre habían sido una parte importante de sus celebraciones. Colocó los antiguos altavoces negros junto a la ventana abierta, en dirección el jardín. Sintonizó la emisora local de viejos éxitos musicales —ninguno de ellos necesitaba que les recordaran ahora el paso del tiempo— y subió el volumen. Por esa única noche, haría todo lo posible por hacer retroceder el reloj una docena de años.

Como si fuera una respuesta, la primera canción que sonó a todo trapo por los altavoces fue «Money for Nothing», de Dire Straits.

Cuando volvió a salir, Nora y Ruby lo tenían todo preparado. Habían pelado y envuelto en papel de aluminio las mazorcas de maíz, la ensalada de pasta que habían comprado en la tienda esperaba, lista para servir, en una fuente de cerámica y el salmón

estaba sazonado y cubierto con rodajas de cebolla dulce Walla Walla y limón.

La música cambió. Ahora se oía «Crazy for You», de Madonna. Dean rodeó con el brazo los hombros de Ruby y la atrajo hacia él. Se movían al ritmo de la melodía.

—Dios, esto me trae recuerdos.

Ella lo apartó de la mesa de pícnic.

—Baila conmigo.

Dean la tomó en sus brazos y bailó hacia atrás en el tiempo. Si hubiera cerrado los ojos, habría visto el gimnasio del instituto, decorado con purpurina, papel de aluminio y papel de seda. Habría visto a Ruby con un vestido de poliéster azul hielo y tirantes finos trenzados, y su larga melena cayéndole por la espalda.

Pero no cerró los ojos, no miró atrás. A partir de ahora, solo quería mirar hacia delante.

Cuando la música volvió a cambiar, esta vez a «Da Do Ron», de Shaun Cassidy, Nora salió cojeando y empezó a bailar con ellos. En la tumbona, Eric hacía todo lo posible por seguir el ritmo de la canción con las palmas.

Pasaron el resto del día riendo, al parecer. Hablaron, recordaron los viejos tiempos y soñaron con los días venideros. Cenaron en platos de papel que sostenían en el regazo. Eric incluso logró dar unos bocados al salmón. Y, cuando la oscuridad al fin llegó a la fiesta, encendieron las bengalas y lanzaron los fuegos artificiales.

Ruby se paró en el terraplén, de espaldas al estrecho, y escribió en el aire «Ruby quiere a Dean» con destellos blancos de luz. A su lado, Nora escribió: «Quiero a mis chicas» y «Summer Island para siempre». Ambas sonreían mientras saludaban a Dean y a Eric.

Eric giró la cabeza. Cuando sus miradas se cruzaron, Dean sintió una punzada de miedo. Su hermano parecía irremediablemente viejo y cansado.

—Te quiero, hermanito.

El mundo se redujo a ellos dos, sentados en ese jardín a oscuras. Se hizo el silencio, que sofocó la música y las risas de las mujeres. La calma repentina parecía interminable, oscura y peligrosa.

—Yo también te quiero, Eric.

—No quiero un funeral. Quiero que hagáis una fiesta, algo como esto, como en los viejos tiempos. Luego arrojad mis cenizas desde el Wind Lass. Quizá bajo el puente de Deception Pass.

Dean no podía imaginar la escena, de pie en el barco, viendo las cenizas grises flotar en la superficie del mar verde y agitado, pensando en un par de ojos azules que nunca volverían a mirarlo…

La respiración de Eric se volvió dificultosa. Cerró los ojos.

—No encuentro la lista de entrenamientos.

—Te la traeré.

Eric abrió los ojos. No parecía capaz de enfocar la vista.

—¿Puedes llamar a mamá? Necesito hablar con ella.

Dean se quedó paralizado.

—Está aquí, ¿verdad?

Dean asintió rápido, secándose las lágrimas de los ojos.

—Por supuesto que está aquí.

Eric sonrió y se recostó sobre las almohadas.

—Sabía que vendría.

—Iré a buscarla.

A Dean le pareció que tardó una hora en cruzar el pequeño trozo de césped. Mientras caminaba, los sonidos volvieron a él: la música,

las risas, las olas en la playa. «That's What Friends Are For» retumbaba en la radio.

—Vamos, Dino. —Ruby se rio y se acercó a él—. Aún no has escrito mi nombre.

Dean no podía extender la mano. Sentía como si se estuviera desmoronando y el más mínimo movimiento pudiera arruinarlo.

—Está preguntando por mamá.

Nora se tapó de inmediato la boca con la mano. Aun así, se le escapó un pequeño grito ahogado. Ruby dejó caer su bengala. Esta lanzó chispas desde la hierba y ella la apagó con cuidado pisándola con el pie.

En silencio absoluto, los tres caminaron hacia Eric. Dean podía oírlo todo ahora, hasta el crujir de la hierba bajo sus zapatos. Ruby fue la primera en arrodillarse junto a Eric. Lo miró fijamente y Dean pudo ver las lágrimas en sus ojos.

Eric le sonrió.

—Estás relajada…

Dean frunció el ceño ante las palabras ininteligibles; para su sorpresa, Ruby pareció entenderlo.

—Lo estoy —respondió en voz baja, inclinándose para besarle la mejilla.

—Cuida de mi hermano.

—Lo haré.

Eric suspiró y volvió a cerrar los ojos. Dean se acercó a Ruby, le tomó la mano y se la apretó.

—Oh, Dios —susurró ella, y él supo que se preguntaba cómo podría superar aquello. ¿Cómo podría hacerlo cualquiera de ellos?

Eric se quedó dormido durante unos minutos y luego abrió los ojos, parpadeando con fuerza.

—¿Mamá? —Miró a su alrededor. Había un toque de pánico en su voz—. ¿Mamá?

Dean se aferró a la mano de Ruby. Sentirla era su salvavidas, lo único que lo mantenía estable.

Nora se dejó caer en la silla y se sentó en el borde, junto a él.

—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí.

Eric se la quedó mirando con los ojos vidriosos y desenfocados.

—Dino ha vuelto a casa… conmigo. Sabía que tú también lo harías. Sabía que no te quedarías lejos. ¿Dónde está papá?

Nora le acarició la frente.

—Por supuesto que he vuelto a casa. Siento haber tardado tanto.

Eric soltó un suspiro largo y lento. Luego sonrió y, por un instante, sus ojos se aclararon.

—Cuida de Dino por mí. Ahora te va a necesitar.

Nora tragó saliva.

—Tu padre y yo cuidaremos de él —dijo con voz ronca.

—Gracias…, Nora. Siempre has sido mi madre.

Eric sonrió y cerró los ojos. Un momento después, susurró:

—Charlie, ¿eres tú?

Y se fue.

Epílogo

Diciembre

La capilla de Summer Island, situada en la cima de una pequeña elevación, era un edificio estrecho de techo inclinado y revestimiento de tablillas. Incluso ahora, en pleno invierno frío y gris, la construcción estaba cubierta de brillante hiedra verde. Las enredaderas de clemátide marrones enmarcaban las puertas dobles; en unos pocos meses, volverían a producir una explosión de hojas verdes y flores moradas.

—Todavía no puedo creer que no me dejaras llenar la iglesia de flores.

Ruby se rio de su madre. Estaban de pie en el pequeño aparcamiento de grava adyacente a la iglesia, esperando a que atracara el ferry.

—Gracias, Martha Stewart, por esa actualización sobre la moda nupcial. Esto es justo lo que queríamos. Solo hay una decoración que me importa.

—Estamos en pleno invierno. Sabes que no hay calefacción en la capilla.

Nora se cruzó de brazos. Su elegante traje verde de punto St. John resaltaba el impecable marfil de su piel. No soplaba ni una

pizca de viento que le desordenara el peinado. Por desgracia, la temperatura era de un grado bajo cero, un frío inusual para la semana de Navidad.

Hay que reconocer que Nora intentó sonreír.

—Quería planear este día para ti. Que fuera perfecto en todos los sentidos.

La sonrisa de Ruby era suave y comprensiva.

—No, mamá. Querías planearlo para ti.

—Y estoy en mi derecho, maldita sea. —Una rápida sonrisa se dibujó en su boca—. ¿Jenny lo hará bien?

—Yo pagaría por ver esa pelea: tú y Caroline luchando por el control del gran día de Jenny. Es probable que acabaras oficiando una pequeña ceremonia en el Vaticano.

Nora se rio y se acercó.

—Te quiero, Ruby —dijo en voz baja, y luego añadió—: ¡Oh, demonios, ya estoy llorando!

Ruby empezó a decir algo, pero el ferry hizo sonar su sirena.

En cuestión de minutos, llegaron tres coches, que aparcaron uno al lado del otro. Se abrieron las puertas y apareció el resto de la pandilla. Caroline, tan elegante y fresca como una flor acuática, vestía un traje de seda azul hielo pálido. Junto a ella, Jere acompañaba a los niños. Todos parecían sacados de un anuncio de Ralph Lauren.

Caroline abrazó a Ruby con fuerza y luego se apartó. Tenía los ojos llenos de lágrimas mientras sonreía.

—Mi hermanita en… —Frunció el ceño—. ¿Qué llevas puesto?

Ruby posó. Lo que en su día fue su vestido de la vergüenza se había convertido en su vestido de novia.

—¿No es genial?

La mirada entrecerrada de Caroline la recorrió de arriba abajo y se fijó en el escote pronunciado y la abertura lateral desde el tobillo hasta la entrepierna.

—No lo has encontrado en The Modern Bride.

—Es de Versace.

Caroline sonrió.

—Sin duda lo es. Estás preciosa…

Jere se acercó a su esposa y le tomó la mano.

—Hola, Ruby —dijo, colocando a Freddie en su cadera—. Estás estupenda.

Ruby sonrió.

—Podría acostumbrarme a esto.

Entonces apareció Rand con un elegante esmoquin negro. Marilyn estaba a su lado y llevaba al hijo de ambos en brazos. Lottie también se encontraba allí, con su «vestido de ciudad» con volantes y un gran sombrero de paja. La única concesión que había hecho al invierno eran unas botas de nieve negras de gran tamaño.

Rand besó a Ruby y, antes de apartarse, le susurró:

—Hola, Hollywood, estás preciosa.

—Hola, papá. —Ruby miró a Marilyn, que se mantenía apartada de la multitud. Ruby le dedicó una brillante sonrisa—. Hola, Marilyn, me alegro de que estés aquí. ¿Cómo está mi precioso hermanito?

Marilyn esbozó una sonrisa y se acercó.

—Está muy bien. Tú estás fabulosa.

Después de eso, todos empezaron a hablar a la vez; las voces se superponían unas a otras.

Otro coche entró rugiendo en el aparcamiento. Dean salió del vehículo y cerró de un portazo. Con su esmoquin negro de Armani, estaba tan guapo que, por un momento, Ruby no pudo respirar. Se acercó a ella y le dedicó una sonrisa tan lenta y seductora que sintió cómo le subía el calor a la cara.

Con delicadeza, le tomó las manos entre las suyas.

—¿Estamos listos para hacerlo?

«He estado lista toda mi vida», quería responder ella, pero su corazón estaba tan lleno que solo pudo asentir con la cabeza.

—Entonces vamos.

Entraron juntos en la iglesia. En el interior, un pasillo separaba dos filas cortas de bancos toscamente tallados. El altar era una sencilla mesa de madera con dos gruesas velas blancas de cera de abeja. Las llamas titilantes desprendían el dulce aroma de la lavanda secada a mano. Un pañuelo de seda dorado, decorado con una sola cruz roja, cubría el ancho de la mesa. En la esquina había un pequeño abeto noble que brillaba con blancas luces navideñas.

La familia encontró sus asientos y se apiñó en ellos. Jere sacó una videocámara y comenzó a grabar. Dean caminó solo por el pasillo y ocupó su lugar en el altar.

—¿Estás lista?

Ruby oyó la voz de su padre y se volvió ligeramente. Rand se acercó a ella y le ofreció el brazo. Ella sabía que su sonrisa era un poco temblorosa, pero no le importó. Entrelazó el brazo con el suyo y dejó que la guiara por el pasillo.

En el altar, su padre se detuvo, se inclinó y le besó la mejilla.

—Te quiero, Hollywood —le susurró.

Sus emociones estaban a punto de desbordarse. Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza mientras él daba un paso atrás y la dejaba de pie junto a Dean.

Justo delante de ellos, en el altar, había una gran fotografía enmarcada en madera dorada y ornamentada. La única decoración que importaba.

Eric.

En ella, él tenía unos quince años y estaba de pie en la proa del Wind Lass, medio girado hacia la cámara. Su sonrisa era la típica de Eric.

Dean se quedó mirando la foto. Suspiró, y ella supo que estaba recordando. Deslizó la mano en la de él y la apretó con fuerza, susurrando:

—Él está aquí.

—Lo sé —respondió Dean, apretándole la mano con fuerza—. Lo sé.

El padre Magowan les sonrió. La hermana Helen le guiñó el ojo a Ruby y luego se acercó al órgano y se sentó.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí para celebrar la unión de este hombre y esta mujer en santo matrimonio. —Su voz rica y melodiosa llenó la pequeña capilla.

Por fin llegó a «¿Quién entrega a esta mujer al matrimonio?». Era lo único que Ruby había pedido para esta ceremonia, esa pregunta. Y, cuando se dio la vuelta y vio a su madre y a su padre juntos, supo que había hecho lo correcto. Era una imagen que permanecería en su corazón para siempre.

Rand miró a Nora, que lloraba sin reservas. La rodeó con el brazo y la atrajo hacia él.

—Nosotros —dijo con orgullo—, su madre y yo.

Caroline también estaba llorando, y Ruby vio cómo Jere se acercaba a ella y le rodeaba la cintura con el brazo.

Ruby se volvió hacia Dean, lo miró a los brillantes ojos azules… y se olvidó de todos los demás. La ceremonia continuó con palabras pronunciadas en un silencio solo roto por la suave música del órgano.

—Puedes besar a la novia.

Dean se la quedó mirando con los ojos húmedos.

—He esperado toda la vida para esto —dijo en voz baja—. Siempre te amaré, Ruby.

Ella lo vio todo en los ojos de Dean: su pasado, su presente, su futuro. Vio a un par de niños rubios jugando en las frías aguas del estrecho de Puget y las cenas de Navidad con muchas sillas alrededor de la mesa. Incluso los vio a ellos dos cuando ya eran viejos, con el pelo blanco y la vista cansada, y supo que nunca olvidaría ese momento.

—Eso está bien —dijo ella, que sonría mientras saboreaba la salada humedad de sus propias lágrimas. Sabía que estaba arruinando el maquillaje que su madre había pagado, pero no le importaba.

Él se inclinó y la besó.

Detrás de ellos, la familia aplaudió, vitoreó y rio a carcajadas.

De repente, Elvis, con un traje blanco lleno de pedrería, empujó las puertas. El Rey se pasó la mano por el tupé, esbozó una pequeña sonrisa burlona y arrancó a cantar «All Shook Up».

Agradecimientos

Gracias a Gina Centrello, Shauna Summers, George Fisher y a todo el equipo de Ballantine por hacer del 2000 un año tan memorable.

Gracias a Chip Gibson, Steve Ross, Andrew Martin, Joan De Mayo, Barbara Marks, Whitney Cookman, Alison Gross y a todos los de Crown Publishers.

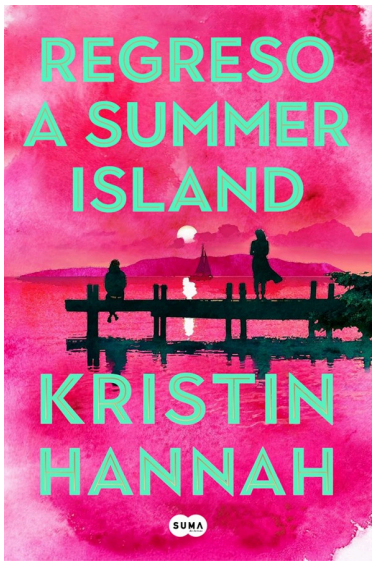
Gracias a Kim Fisk por mantenerme (en la medida de lo posible) enfocada.

Gracias de nuevo a Ann Patty y Megan Chance por todo.

Por último, pero no menos importante, gracias a mi familia. Tuve la bendición de nacer en una familia maravillosa. Así que ¡un brindis por Kent, Laura y papá! Tenemos la suerte de ser amigos además de familia. Y también a la «familia canadiense»: el tío Frank, la tía Toni, Leslie, Jacqui, Dana y, por supuesto, Johnsie, la primera narradora.

Y, sobre todo, a Tucker y Benjamin, quienes me enseñan un poco más sobre el amor cada día.

A veces, el camino hacia adelante empieza volviendo al lugar donde todo comenzó.



Hace años, Nora Bridge dijo adiós a su matrimonio, abandonando a su familia. Desde entonces, se ha convertido en una respetada locutora de radio mientras que su hija menor, Ruby, es una humorista en crisis que utiliza la figura de su famosa madre como blanco de su sarcasmo y su amargura.

Cuando la prensa desentierra un escandaloso secreto del pasado de Nora y una revista ofrece a Ruby una tentadora suma para escribir un artículo sensacionalista sobre su madre, esta decide reunirse por fin con la mujer con la que no ha hablado en casi una década.

En Summer Island, en la encantadora casa frente al mar donde creció, Ruby se reencuentra también con su primer amor y con su

hermano. Los tres llegaron a ser inseparables, hasta aquel verano en que Nora se marchó... dejando un rastro de corazones rotos.

De la autora superventas de *El Ruiseñor*, una novela conmovedora, cálida y profundamente humana sobre el primer amor, la familia y el poder del perdón.

Kristin Hannah es autora de más de veinte novelas de gran éxito de las que se han vendido veinticinco millones de ejemplares en todo el mundo. Sus títulos más recientes, los best sellers *El Ruiseñor*, *Volverás a Alaska*, *Los cuatro vientos* y *Las mujeres de la guerra*, han ganado numerosos premios de ficción. *El baile de las luciérnagas*, al que siguió su secuela, *Vuela lejos*, ha sido adaptado por Netflix y convertido en una exitosa serie. Kristin estudió Derecho antes de convertirse en escritora profesional y es madre de un hijo. Vive con su marido en la región del Pacíco Noroeste de Estados Unidos, cerca de Seattle.



Título original: *Summer Island*

Primera edición: abril de 2026

© 2001, Kristin Hannah
Publicado por acuerdo con la autora representada por Jane Rotrosen Agency LLC., a través de International Editors & Yáñez Co, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Natalia Fernández, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la portada original de MacMillan / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de la portada: © Getty Images y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87845-54-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Regreso a Summer Island

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Segunda parte

- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Kristin Hannah
Créditos